BERNA GONZÁLEZ HARBOUR



VERANO EN ROJO

TODOS SABEN, TODOS CALLAN

LA NOVELA QUE HA INSPIRADO LA PELÍCULA

Madrid, verano de 2010. Corren los días del Mundial de fútbol y, mientras los ojos de todos están puestos en los tortuosos avances del equipo de España en Sudáfrica, la comisaria María Ruiz se enfrenta a un tenebroso crimen: un joven ha aparecido asesinado. Sin identidad visible. Sin pistas aparentes. Sin móvil.

Mujer atractiva, concienzuda y tenaz, María iniciará una investigación que se complicará cada vez más. Pero no está sola: el veterano periodista Luna, un maestro de la profesión hoy acorralado por la crisis y la era digital, y Tomás, brillante informático de la policía, serán claves para llegar hasta el fin. La intriga será para ellos tan trepidante como la que acompañó a la selección nacional hasta su gesta final.

Berna González Harbour

Verano en rojo

Comisaria María Ruiz - 1

A JAVIER Y MARGARET
A MÁXIMO, LUCÍA Y TONI,
IMPRESCINDIBLES

El todoterreno dejó atrás la circunvalación, sorteó la gran rotonda con una gasolinera mal iluminada y enfiló impaciente hacia los primeros semáforos de la ciudad. Un badén le obligó a ralentizar de nuevo y volver a acelerar; otro más y el traqueteo despertó a su copiloto, sumergido desde hacía rato en el sueño profundo de la medianoche. En el tercero, un Ford Fiesta rebosante de adolescentes y música los adelantó entre risas, con las ventanas abiertas y sin la menor piedad hacia la amortiguación.

«Otros malditos cretinos», pensó, demasiado cansado como para dedicarles poco más que una fugaz mirada de desprecio.

Había conducido demasiadas horas y faltaba poco para dejar a su acompañante, para poner rumbo a su residencia, a su habitación, para quitarse la ropa y los zapatos polvorientos, para abrir los grifos, contener la respiración y sumergirse como siempre — treinta, cuarenta, cincuenta segundos, todos los que fuera capaz de soportar — bajo el agua de un baño helado que le aplacara los nervios antes de emerger de nuevo, de restablecer el flujo de oxígeno en la sangre y de recobrar paulatina pero ineludiblemente el pulso vital. Después, cerraría los ojos entre las sábanas ásperas e intentaría dormitar hasta que el despertador marcara el comienzo de un día diferente, al fin. El calor era abrasivo desde junio y el aire acondicionado del coche solo acentuaba esa sensación agobiante de vivir bajo estado de excepción.

Rodeó pausadamente otra rotonda y, cuando apenas le faltaban unos metros para llegar a su destino, unas luces azuladas, unos coches policiales cruzados y unos focos lentos, rotatorios y mudos en la calle Arturo Soria le sobresaltaron, le hicieron pisar de nuevo el freno, aminorar la marcha, encauzarse por el único carril que quedaba disponible y avanzar despacio bajo la severa mirada de unos agentes que señalaban el paso con indicadores luminosos. Uno de ellos le dio el alto indiscutible con una mano mientras con la otra le indicaba el lado del arcén en el que debía aparcar. Y soplar.

Un calambre intenso, viejo conocido, le invadió súbitamente el vientre. Lo sufría siempre que la policía le paraba, como lo había sufrido de niño cuando le pillaban en falta, y hoy, a pesar de la edad y de intuir que el control era de tráfico, volvía a sentir ese hormigueo excitante, molesto y pueril. Solo la visión del Ford Fiesta unos metros más allá, con su conductor de acné en el rostro y gomina en el cabello, soplando y ya sin música, le devolvió una cierta sensación de equilibrio, de que las cosas no iban a ir del todo mal si la policía había parado a esos críos. Pero que le pararan a él… La voz de su copiloto también le sobresaltó.

—¿Lo tenemos?

Él negó con la cabeza. El agente le indicaba ya que abriese la ventanilla y sus manos empezaron a temblar.

—¿Entonces no está aquí? —el copiloto insistió.

—La llave no funcionó. Lo siento — se disculpó.

El copiloto le miró con severidad. Su voz había sonado aún más grave al despertar molesto de un sueño interrumpido. Y el policía insistía con nudillos contundentes en la ventanilla.

—Lo siento —ahora también le temblaba la voz. Se frotó las manos sudorosas en las piernas.

—Tranquilízate y baja la ventanilla — ordenó su acompañante —. Por ahora es mejor así. Pero lo tendrás que arreglar. ¡Vamos!

Una vaharada de aire hirviente penetró en el coche cuando al fin bajó la ventanilla. El agente que se dirigía a él era joven, muy joven, con un afeitado reciente que dejaba adivinar una barba despoblada y una barriga incipiente que el cinturón apretado no lograba disimular.

—Documentación, por favor.

Su voz era aguda y chocaba con toda la sensación de autoridad que le había transmitido el uniforme, las sirenas, las luces en la oscuridad. Él se calló.

—Buenas noches, agente —habló el copiloto —. ¿Una noche complicada?

El policía se inclinó para inspeccionar el interior del X3, un BMW en el que, con suerte, podría pillar a un par de pijos cargados de coca y copas.

Pero lo que había en su interior no le pudo chocar más. Él era un cuarentón con aspecto de otra era: pantalón formal, camisa antigua, con todos los botones abrochados salvo el primero, que apenas dejaba asomar la nuez pronunciada en la garganta, el pelo ya cano muy corto y gafas de pasta oscura. ¿Y el copiloto? No era al fin y al cabo más que un sacerdote muy anciano. Soñoliento y grueso, se veía recién despertado y abrazaba sobre su barriga un antiguo maletín de cuero desgastado y desbordado de muchos más papeles de los que podía contener. La densa sotana negra rematada en alzacuellos que vestía se antojaba imposible de encajar en una noche tan caliente. Y el grueso anillo que apretaba su anular derecho solo añadía pesadez a unas manos muy hinchadas.

Tendió al agente la documentación.

—Una noche complicada, sí. Con un partido como este, ya saben, noche de borracheras — se explicó el agente —. Pero no se apuren, es evidente que ustedes no han olido el alcohol ni de lejos.

—No desde la última misa —bromeó el copiloto, ahora en tono beatífico. Él trató de sonreír.

El partido. No recordaba siquiera de qué partido se trataba. El policía cogió los papeles y echó un vistazo al carné de conducir, con la foto aún más deslucida que el modelo real.

—Pueden continuar —zanjó—. Paramos a los coches al azar y les ha tocado, pero es obvio que no son ustedes delincuentes.

Tragó saliva, sintió su recorrido en la garganta — la nuez subiendo y bajando en torno al primer botón de la camisa —, y se despidió forzando una sonrisa nada convincente. Arrancó despacio y, mientras se alejaba, no pudo evitar mirar de reojo a los chicos del Ford Fiesta, para los que la fiesta verdaderamente había terminado. La sensación de que el mundo seguía girando medianamente en orden era algo, un poco tranquilizadora. Y en unos metros más alcanzó el número 1 de la calle Añastro, su destino.

Paró el motor. Bajó del coche para abrir la puerta al copiloto, que descendió con dificultad. Sus brazos apenas lograban abarcar el abultado maletín de cuero que sostenía y que también aprisionaba el plateado crucifijo de su pecho. Ya incorporado, con la sotana aún descolocada, el anciano sacerdote le miró y en tono imperativo dijo:

—Jesús cura a un poseso ¿recuerdas? Está en San Mateo, en San Lucas y en San Marcos. Y todo lo demás no importa — y girando, corpulento, sin mediar palabra alguna más de despedida, desapareció en el interior del edificio, sede de la Conferencia Episcopal.

Al fin podía irse a descansar. Pero el desasosiego en el vientre seguía ahí amarrado con decidida terquedad.

Y otra vez, tampoco el baño helado en medio de la noche le iba a conseguir apaciguar.

1

María se acababa de sentar a desayunar y hojeaba la prensa con ganas, relajada tras una carrera en el pasillo verde, diez largos en la piscina, una larga ducha y un panorama de sábado al fin libre y con planes: paella familiar en la casa de Alcobendas a las tres, madre, hermanos, sobrinos, litros de café y todos a esperar a que dieran las nueve y comenzara el partido contra Paraguay. Estaba disfrutando del condenado Mundial. No hacía falta ser muy futbolero para compartir una expectación vibrante, nada contenida, una alegría simple y contagiosa que ilusionaba por igual — y sin que sirviera de precedente — a delincuentes y agentes. Había buen humor en el ambiente y eso era reparador. «España contiene el aliento ante los cuartos de final», «El país está en sus manos», «España fútbol club» eran los titulares en su mesa. Hasta los periódicos estaban amables y un aire de tregua dominaba esos días de verano y crispación. Porque, al fin y al cabo, ¿quién iba a rechazar una excusa para el buen humor en esos duros tiempos de crisis?

Apuró el café solo de su minúscula taza y se estaba recogiendo la melena aún mojada cuando el móvil empezó a vibrar junto al periódico. Pensó en su madre, pendiente de algún ingrediente de última hora o de que alguien recogiera a la abuela en Chamberí, y no precisamente ella en su moto, pero aún era temprano. Y la visión de la pantalla no pudo ser peor: 8800. La centralita.

—¿Comisaria Ruiz?

—Aquí estoy.

—Le paso a Esteban.

Mierda, pensó, hoy precisamente no.

—Jefa, ¿recuerdas que queríamos un buen caso para pasar el verano?

—Hombre, queríamos… Qué bestia eres. ¿A quién has matado?

—Es un chaval.

—¿Y?

—Un chaval que ha aparecido muerto.

—¿Y?

—Puede ser un menor.

—¿Y?

—Que se ha ahogado.

—¿Y? —María nunca había logrado corregir lo que llamaba el culebrón de Esteban: cuando su segundo tenía información, se hacía de rogar —. Hay muchos ahogados en verano.

—Pero no como este —escupió al fin —. Este se ha ahogado…

—Dispara ya.

—… en un estanque…

—Suéltalo todo…

—… a ochenta centímetros de profundidad.

A primera hora de la mañana, los miembros del servicio de limpieza del parque Juan Carlos I estaban repasando con desgana los bordes de la laguna, las áreas de matorrales y paseo cuando se produjo el hallazgo. Arrancaba el primer turno del sábado, responsable de eliminar los desechos, de supervisar el riego y de adecentar el parque antes de que llegaran las familias con sus cometas, sus bicis, sus balones, sus neveras portátiles y sus manteles de pícnic. Winston Enrique avanzaba recogiendo papeles aquí y allá con su uniforme naranja, su carro de limpieza, su pinganillo en la oreja y la mente puesta en una sola idea: no actuar ni demasiado rápido como para que le sobrara el tiempo ni demasiado despacio como para que se le acumulara lo más duro del trabajo en las horas de mayor calor. La mañana era fresca, el sol ya apuntaba maneras y la luz de Madrid le recordaba a esas horas la nítida claridad de Ecuador. Algún corredor solitario le sorprendía de tanto en tanto y hasta un airecillo tenue animaba la mañana generando leves ondulaciones sobre la superficie del agua. «No es un mal trabajo este al fin y al cabo — pensaba — que te permite limpiar con guantes y recoger la basura con largas tenacillas para evitar agacharse». Así, fue recogiendo algún periódico abandonado, bolas de papel de aluminio que flotaban en el lago, un par de latas vacías o los trozos de pan que chocaban contra el borde, tal y como les habían ordenado.

—¿No dejamos a los peces el pan que les tira la gente?

—Ni hablar. Se retira todo o pronto tendremos ballenas en vez de carpas — les había dicho Manuel Perales, el director general.

Así que seleccionó el redeño de su equipo de limpieza y empezó a retirar los gruesos trozos de pan que los padres se empeñaban en arrojar a aquellas bocas avaras, ansiosas, que competían sin piedad por engordar, a mayor gloria de sus hijos.

—Acá se dejaron una panadería entera — se dijo en voz alta, distraído, calculando lo que costaba comprar en España una comida que ni él ni los que vivían con él hubieran desperdiciado jamás.

Pero esta vez era demasiado. Decenas de trozos inundaban el borde del lago ante la indiferencia de las carpas.

—¡Cómo puede haber tanto pan! — siguió pensando en voz alta —. Estos peces se volvieron exquisitos y ya lo desprecian.

Ensimismado, tardó en reparar en que algo no cuadraba en la rutina del parque. Y es que el tumulto de peces hambrientos no borboteaba esta vez en torno a ese pan que mejor habría estado en sopa o salmorejo, sino a otra cosa que atraía desde el fondo su atención. Winston Enrique dirigió su mirada, curioso, hacia el barullo que parecía hacer hervir el agua como una poción poderosa, y lo que vio le hizo temblar de la cabeza a los pies.

—¡Virgen del Cisne! Ven a mi socorro.

El batallón de carpas luchaba por abrirse paso en torno a algo inerte e indefinido a un par de metros del borde. Alargando todo lo que pudo el redeño para espantar a las fieras, el agente de limpieza logró empezar a atisbar el perfil de lo que había allí abajo. Una pierna humana se alzaba desde el fondo buscando salir a flote, como una lenta e involuntaria patada hacia la vida.

Los peces luchaban por abrirse paso.
Y había que buscar ayuda.

Cuando la comisaria Ruiz y el agente Esteban Vázquez llegaron al parque Juan Carlos I, el circo estaba montado. En un absurdo intento de sacar aún con vida un cuerpo que podía sumar muchas horas sumergido, los guardas del parque habían malogrado un escenario mudo que, bien observado, les debía estar hablando. Cinco ambulancias se arremolinaban en torno al estanque, en balde, mientras el director del parque, con una camisa ceñida de fiesta y pantalones Mexx, sin afeitar y con intenso olor a tabaco y *whisky*, intentaba atinar con alguna explicación.

—Disculpen, me acaban de avisar y estaba de fiesta.

María se ajustó los guantes y se inclinó para echar un primer vistazo al cadáver. Había salido de casa en vaqueros, camiseta blanca ajustada y sandalia plana pero, a pesar de sus esfuerzos por transmitir neutralidad en la ropa, sabía que nunca iba a evitar las miradas de los hombres eternamente sorprendidos ante una mujer policía, y una mujer muy atractiva. Y esquivó con desdén la mirada del director del parque, al que los vahos de la juerga que acababa de abandonar tenían aún confundido.

Los guardas habían colocado el cuerpo sin vida sobre la hierba húmeda y lo habían cubierto con un mantel viejo y descolorido que alguien había dejado olvidado. El mantel era pequeño y cuadrado, y estaba extendido en diagonal para intentar abarcar más superficie, pero los picos estirados con maña hasta cada extremo dejaban al descubierto unos pies de talla grande con calcetines bajos, por un lado, y el cabello corto, la frente, sienes y pómulos de lo que parecía un varón joven y alto, por otro. María miró el reloj. Nueve y veintitrés de la mañana, sábado. A pesar de los cadáveres que ya sumaba en su historia, sabía que ninguna experiencia es suficiente para escapar del asqueo que causa la visión de un cuerpo inerte, arrancado violentamente por voluntad propia o ajena del curso natural de la vida, y especialmente si se trataba de un joven, como parecía. Ella y Esteban se cruzaron la mirada e intercambiaron sin palabras, en solo un segundo, esa momentánea sensación de cansancio al encontrarse en el umbral entre su vida más o menos normal y el abismo inevitable de un caso terrible que empezaba y que nadie sabía durante cuánto tiempo, con cuánta energía y con qué resultados los iba a secuestrar. Era siempre un fugaz instante de pereza que, en décimas de segundo, se iba a convertir en entrega ante un asunto que, en otras décimas más, los iba a atrapar hasta el tuétano. Aquello iba a ser entretenido, sí, pero María no pudo dejar de echar un último vistazo mental y lleno de nostalgia anticipada al plan de la paella y fútbol de su madre, símbolo de la normalidad recién y nuevamente abandonada.

María empezó a retirar el mantel por el extremo del rostro mientras todos los que rodeaban al muerto, como un solo colectivo que hubiera cobrado vida, y como siempre ocurría, se aproximaban y cerraban el círculo a la vez que se llevaban las manos a la cara para cubrirse nariz y boca. Aquel chaval debía de llevar unas cuantas horas muerto. Era ciertamente un varón joven, pelo muy corto, con la cara hinchada y la piel blanqueada por el agua del estanque. De nuevo como un todo, casi todos los allí presentes retrocedieron instintivamente un paso y apartaron la vista con horror mientras intercambiaban miradas de espanto. Algunas partes de las mejillas, los labios y el cuello estaban desgarradas por mordiscos de los peces, que en su voracidad habían

dejado pequeños jirones de carne o piel desprendidos. Igual que en los hombros y en los brazos, descubiertos por una camiseta Nike de tirantes que al menos le había protegido la mayor parte del torso y el estómago. Unos vaqueros cortos se habían encargado de salvarle la cadera y las piernas hasta la rodilla. María acabó de retirar la manta y los presentes, con el aliento contenido, aún tuvieron que afrontar la visión de un amasijo de músculos, tendones y nervios destrozados.

Las carpas se habían dado un espeluznante festín.

No habían dado las diez de la mañana cuando Teresa abrió los ojos, se desperezó y tanteó la mesita en busca del teléfono móvil. El intento de pulsar el asterisco y la flecha para desbloquear le salió mal, dormida como estaba, y el teléfono acabó resbalando en el estrecho espacio entre la cama y la mesa. Joder. Se incorporó, se levantó, se frotó los ojos y optó por ir al cuarto del niño para obtener información directa de su paradero. Su cama estaba tan impecable como ella la había dejado la mañana anterior, con sus sábanas ajustadas, la colcha estirada y la almohada embutida entre pared y doblez con una precisión rectilínea. Era obvio que Samuel no había dormido en casa. Solo un pequeño cerco en la colcha, la guitarra eléctrica apoyada y un par de revistas indicaban que él había estado allí sentado, por la tarde, antes de salir de juerga. Y sin estudiar. Cierto que quedaba mucho hasta septiembre, pero…

Teresa abrió las ventanas para ventilar el cuarto, aunque nadie hubiera respirado ahí desde ayer. De mal humor regresó a su habitación, separó la mesita de la cama, para lo cual antes tuvo que alejar una silla cargada de ropa y la tabla de planchar, y al fin recogió el móvil de ese rincón maldito, para proceder a encajarlo todo en su sitio otra vez. Estaba siempre deseando mudarse a un piso más grande, sabía que podía alcanzar a pagarlo, pero solo pensar en buscarlo, en vender este y sobre todo en la actitud de Samuel, un adolescente en pleno estallido de rebelión y capaz de cuestionar hasta la más mínima decisión de su madre, se quedaba sin energía para encararlo. Y entonces se contentaba con este apartamento de cuarenta metros cuadrados donde todo funcionaba solamente cuando cada cosa encontraba su sitio en el rompecabezas.

Esta vez sí, asterisco, flecha y el móvil estaba desbloqueado. «Tienes dos SMS». Fue a ver el último, donde como siempre estaría la información válida, pero era un amasijo de letras al azar: «xrrmxxp1». Este chaval debía de haberse agarrado un buen pedo. Fue al primero: «llgr trde mma, ntprcps.bss».

Tan sencillo. Apenas un par de vocales había merecido la lista de consonantes apretadas que este memo entendía como un mensaje suficiente para su propia madre. «Llgr trde mma, ntprcps. Bss». «Llegaré tarde mamá. No te preocupes», significaba todo eso. ¿Era un consejo, lo de no te preocupes, o una orden? ¿No era acaso una instrucción precisa ante una realidad que debía aceptar sin inmutarse? El cabreo le fue invadiendo el cuerpo, prendió un cigarrillo y puso rumbo a los fogones para encender la cafetera. Mientras esperaba el borboteo y ese aroma salvador que pronto iba a inundar el piso, se entretuvo en el espejo del aparador. Por muy rubias y recientes que fueran, las greñas en que se había convertido el peinado que le había hecho la peluquera iban a ser difíciles de corregir. Michelines incipientes luchaban por abrirse paso y reconquistar el territorio perdido a base de gimnasio y alguna liposucción, por qué no reconocerlo, pero en términos generales no estaba mal. Le sobraban siempre unos kilos de más, pero había conocido tiempos peores, de talla 44 y hasta 46 en los años del divorcio, cuando comer con ansiedad y

languidecer en el piso mientras cuidaba obsesivamente a Samuel se había convertido en rutina. Ahora estaba harta y, por más que le adorara y se desesperara, en realidad estaba deseando que acabara de crecer, de estudiar, de espabilar.

Hubo un momento, hacía no mucho, en que él amenazaba con irse con su padre si ella seguía «acosándole y violando su intimidad», decía ese mocoso, porque ella le pilló hachís en la mochila. Ella reculaba entonces llorosa, le rogaba que se quedara y aquellas discusiones acababan de forma surrealista: él, pillado in fraganti a los quince años con droga, era el ofendido que aceptaba perdonar y convivir; y ella, que le había descubierto en falta, le pedía disculpas por registrarle sus cosas y celebraba que él se quedara con ella. Si eso ocurriera ahora, pensaba hoy, otro gallo cantaría.

Mientras el primer café iba reparando un poco el mal despertar, Teresa volvió a mirar el móvil. El primer mensaje era de la una y diez de la madrugada, hoy, sábado 3 de julio. Y el último, el revoltijo de letras caprichosas que había resultado de algún apretón al móvil sin bloquear, de la una y cincuenta y tres. Y ahora se daba cuenta. Entre uno y otro, ocho llamadas perdidas. A saber dónde ha dejado el móvil el gilipollas; debía haber estado bailando encima de él.

Drenar el lago era urgente y para acelerar iban a movilizar los sistemas de bombeo de la policía. De las carpas, que habían vuelto a interesarse por el pan, indiferentes al jaleo de la zona, se iba a encargar el diligente director Perales.

—Ya íbamos a proceder en unos días al vaciado total. Arrancaremos mañana y así lo adelantaremos.

—Más bien ya hemos arrancado — atajó María Ruiz, mientras señalaba el camino de acceso al estanque —. La Policía del Subsuelo ya está aquí. Y la Científica, en camino.

Un primer examen del cadáver arrojaba más preguntas que respuestas. Salvados los primeros instantes de grima, precintada la zona más inmediata y con los demás agentes, personal del parque y curiosos ya dispersos por alrededor, María y Esteban se empezaron a centrar en los detalles. No había cartera ni documentación en los bolsillos y, según la versión apresurada que les habían dado sobre el hallazgo, el cuerpo había estado firmemente agarrado al fondo por la mitad superior. Algo atenazaba la cabeza y el torso hasta la cintura, y solo la pierna izquierda estaba suelta y tendía a flotar. La derecha no había sido difícil de liberar. Los dos guardas jurados que se habían echado al lago para sacarle, ahora empapados pero ufanos de un relato que dibujaban heroico, describían cómo les había costado arrancar el cuerpo de alguna especie de atadura que lo retenía en el fondo. María y Esteban sabían perfectamente en qué pensaban al intercambiarse una mirada rápida: estos inútiles tal vez han destrozado el escenario de un crimen, pero no hubo reproche ante la diligencia de un par de privados que, al fin y al cabo, solo habían visto la oportunidad de un poco de protagonismo en su rutina habitual de guardias de hasta veinte horas en un uniforme sin prestigio a novecientos euros al mes. Mientras ambos hablaban y repetían una y otra vez su actuación, enriqueciéndola cada vez más con más florituras y nuevos detalles, echaban la vista a Esteban y María, pero sobre todo a Esteban, en busca de esa aprobación masculina con rango de Policía Nacional. Los dos habían tenido que tirar fuertemente

del cuerpo, cubiertos hasta la cintura por el agua del estanque hasta lograr liberarlo. Par de zoquetes.

Pero, después de todo, aquello que había retenido al cuerpo en el fondo tenía que seguir allí. Y por más que exhibieran su voracidad, era harto improbable que los peces también hubieran devorado las pruebas.

2

Abrió los ojos segundos antes de que sonara el despertador, a las seis, como todos los sábados. Así tenía siempre programadas sus semanas: a las cinco de la mañana, de lunes a viernes; a las seis, el sábado; y a las siete, el domingo, día del Señor. Y nunca importaba que hubiera pasado la noche en vela o que no hubiera conciliado el sueño hasta la madrugada, como hoy. Su reloj corporal siempre le avisaba momentos antes del sonido estridente de un despertador que sumaba ya veinte años. Recordó a su padre, como todas las mañanas, que una Navidad se lo había enviado con una nota escueta: «Mi regalo es la puntualidad. Feliz Navidad».

Se lavó el rostro y las manos en el pequeño lavabo de su habitación y durante unos segundos contempló su propia imagen en el fino espejo de 15×20 que les tenían permitido. Las ojeras eran grandes y la palidez mayor de lo habitual, pero se veía firme, cargado de un vigor que, por el momento, no le había abandonado. Inspiró a fondo mientras se observaba. Lo has conseguido, se dijo, mientras alzaba las cejas y se dedicaba un gesto de medido asombro. Pero aún tienes cosas que hacer.

Se sentó en su escritorio, una adusta mesa de madera castellana presidida por un sencillo crucifijo en la pared, para leer el fragmento de Biblia correspondiente a la mañana. Estaba a punto de culminar por décima vez su lectura desde que inició el método del calendario anual en tres fases diarias: un fragmento del Antiguo Testamento antes de desayunar, otro del Nuevo antes de comer y otro de Salmos o Cartas antes de cenar. No anotó ninguna reflexión ni marcó ningún versículo, como en los buenos tiempos, pero tachó la casilla correspondiente en el tríptico que le servía de guía y se dispuso a acometer lo que ahora le urgía más. Debía centrarse en la tesis, que estaba cerrando tras cuatro años de trabajo, pero eso también iba a esperar. Debía hacer un viaje inmediato, sería rápido, e iba a mirar los horarios. Solo ida. Abrió el ordenador y echó un vistazo al correo.

Un par de *spam* sobre Viagra. Eliminar.

Una poco atrayente invitación desde Rusia con amor: «Irina quiere conocerte, yo quiere cuidar ti e amarte». Eliminar.

Un par de *newsletters* de la Conferencia Episcopal. Eliminar.

Y una sorpresa.

Asunto: «Solicitud de plaza». Remite: «Colegio Residencia Nuestra Señora de los Penitentes de Uruguay». El corazón empezó a latirle más deprisa al empezar a leer: «Estimado Hermano. Nos es grato comunicarle que podemos responder positivamente a su petición. Su superior le comunicará todos los detalles con vistas a su incorporación al nuevo curso».

Volvió a leerlo, era real: había para él una plaza en Uruguay. El corazón se le disparó y sus

manos fueron presas de un leve temblor. ¿Acaso de verdad iba a empezar a arreglarse todo? Con el aliento contenido y el cuerpo en tensión consultó los horarios, miró el reloj, había tiempo. Se terminó de preparar, salió de la habitación y se paró en seco; faltaba algo. Unas llaves. Volvió para sacarlas del último cajón de su mesita y, ahora sí, salió y bajó saltando atropelladamente los escalones de cuatro en cuatro hasta el exterior. Como una exhalación pasó ante el recepcionista asombrado.

Necesitaba darse prisa para llegar a tiempo a la estación. Y, sobre todo, calma para culminar lo que había empezado.

Después, podría pensar muy detenidamente en Uruguay.

María telefoneó a su madre para anunciarle su ausencia — «pero niña, si viene hasta la abuela, y tu hermano ha retrasado sus vacaciones para estar aquí», le dijo — y ella se colocó el primer dardo del caso en su particular diana mental. Sí, era el primer cumpleaños que celebraba su madre desde que estaba sola y todos en casa habían decidido hacer piña a su alrededor; el dardo hurgó un poco más profundamente en la herida, pero… Vicente y Juan, Hernández y Fernández para los amigos, ya estaban aquí. Regresó al escenario acordonado y los saludó. Ambos iban a hacer la autopsia en cuanto el juez les permitiera empaquetar el fiambre y no perdían detalle del sujeto que tenían ahí tumbado.

A pesar del deterioro, se veía proporcionado, sano y seguramente guapo. Chaval atractivo, sin duda. Mostraba un gesto indefinido, como no podía ser de otra manera tras pasar unas cuantas horas bajo el agua reciclada y tratada del estanque. El cuello, además de los desgarros de los depredadores, presentaba unas ligeras marcas rosáceas. El joven no portaba ningún elemento identificador, ninguna medalla, nada en los bolsillos del pantalón; solo una pequeña pulsera de cuero con un par de nudos en una muñeca y un grueso reloj en la otra. La camiseta y el pantalón de Nike indicaban cierto nivel adquisitivo. O no, porque cualquier yonki de Orcasitas podía vestir una Nike.

—No vale una mierda el peluco este — dijo Vicente, alias Hernández.

—¿Algún indicio del perfil? — preguntó María.

—Es… era un chaval fuerte, atlético, bien alimentado, no hay rastro de deterioro por drogas, pero es pronto. Vamos a analizar si había consumido algo — dijo Juan, alias Fernández.

—Y las marcas en el cuello, ¿qué nos pueden indicar? ¿Estrangulamiento?

—Demasiado pronto para saberlo — respondió Juan.

—¿Posibilidades de suicidio o accidente? — preguntó Esteban.

—¿Estás loco? —saltaron los dos —. Siempre puede haber ocurrido que una sirena le atrajera al fondo y le atara allí — apuntilló Juan.

—¿Cuándo tendremos algo? —interrogó María.

—En quince días lo tendremos liquidado — dijo Vicente, mientras María intentaba contener el instinto inquisidor que esa respuesta le estaba despertando.

—¿Quince… días? —espació ambas palabras con una lentitud que solo resaltaba su impaciencia.

—Informe toxicológico incluido… — remató Juan, para ayudar. La furia de la comisaria era demasiado evidente.

—Y sin el tal informe… ¿sería posible disponer hoy de los primeros detalles?

María midió cada palabra. Vicente y Juan eran unos todoterrenos de la medicina forense, listos para reaccionar en cualquier momento y lugar. No había fiesta, vacaciones, noche o Viernes Santo que no estuvieran disponibles, en teoría el uno o el otro, aunque siempre acababan llegando los dos. Pero, a pesar de su disponibilidad, de vez en cuando les daba un ataque de protocolo y parsimonia que enervaba a todos los demás. Era como si, una vez en sus manos, ya no hubiera prisa, el cadáver les perteneciera para trabajar a fondo sobre él y el objetivo estuviera conseguido. Se lo tomaban con calma. Así que había que cumplir el rito de rogarles un poquito, lo suficiente para que no antepusieran los cauces y los plazos oficiales a la información privilegiada que les solían adelantar.

—Recordad: mañana puede…

—… ser tarde —le quitaron la palabra los dos, la conocían bien.

—Y es muy posible que un hijo de puta pueda…

—… volver a actuar —le volvieron a pisar la frase mientras contenían una sonrisa en la comisura de sus labios. María les clavó la mirada seca. Cierto que los médicos forenses solo respondían ante un juez y que a ella no le debían nada, pero eran muchos años compartiendo la pasión por los mismos escenarios. Así que Vicente no tardó más en acceder:

—Te llamaremos esta tarde. Comisaria.

—Os lo agradeceré. Doctores.

A María le había costado asumir lo que llamaban el espíritu del cuerpo, el tono faltón, la apariencia de bronca permanente, el taco en la boca que parecía imprescindible para que todos aquellos machotes funcionaran bien. Era más efectivo decir «¿Has llamado ya a esos hijos de puta de Hortaleza, cabrón, o es que te has metido la coca que pillamos anoche y estás alucinando?», que decir «¿Has hablado con el informante?». Parecían todos más a gusto preguntando «¿Vas a interrogar de una puta vez a ese pavo o es que te lo vas a follar con velas a la luz de la luna?», que simplemente «¿Cuándo le vas a interrogar?».

A ella le había costado al principio, pero ahora se movía como pez en el agua con su particular detector de testosterona. Si su interlocutor era una persona educada le hablaba con normalidad, y por más que a algunos les costara creerlo, aquello funcionaba. Pero era la excepción. Cuando se trataba de uno de los clásicos, por lo común fumador, bebedor, cínico y mujeriego (de boquilla), echaba mano del vocabulario B: hijo de puta, cabrón y sucedáneos. Y toda esa panda de polis y personal de investigación parecía más cómoda así. Igual que chicos de gimnasio inflados de anabolizantes a escondidas, pero con sus pectorales y tabletas abdominales de diseño en su sitio a la hora de figurar. Así eran sus insultos, de diseño.

Así que no se iba a andar con contemplaciones tras la enésima conversación con su madre para frustrar un plan familiar. Más valía que todos aceleraran para que aquello hubiera merecido la pena.

Comisaria desde hacía un año, policía desde hacía doce, la carrera de María Ruiz había sido todo menos convencional. No había entrado desde la base, como todos sus compañeros, sino que accedió a la plaza tras años como psicóloga del cuerpo. Y no solo de los que ayudan a las víctimas, a las mujeres maltratadas o a los familiares de asesinados, no solo. La mayor parte de

su experiencia, la más intensa y feroz, la había labrado atendiendo a los propios policías. Agentes alcoholizados, agentes aterrados llegados del País Vasco, agentes demasiado perdidos por haber pasado más tiempo de la cuenta tratando como iguales a traficantes, confidentes o mafiosos, o incluso agentes de la oficina de denuncias, desbordados por los «locatis» habituales capaces de pasar horas esperando el numerito de su turno para poner la enésima denuncia contra algún vecino o pariente, o alguien que pasaba por allí. Denuncias que todos sabían que se iban a archivar sin pruebas. Ni fundamento.

Por ello su carrera no era convencional, y tenía algunos colegas recelosos, más por su conocimiento del género humano que por sus terapias. Pero en general y después de doce años a este lado de la barrera, tenía sólidos compañeros, la mayoría agradecidos por alguna consulta muy atinada en el pasado. Todos sabían que ella guardaba férreamente los secretos, no solo en la escala de los mortales, sino que jamás había elevado ningún trapo sucio hacia arriba. Y los coleccionaba de toda suerte y condición.

También los suyos. Su particular armario de cadáveres guardaba asuntos por los que todos sabían que no debían preguntar.

Como sabía María que, hoy y en este parque, debía forzar al máximo la maquinaria si quería armar bien este caso. Tener un chaval, y no precisamente un tío marginal, posiblemente asesinado en extrañas circunstancias en Madrid en pleno julio, con medio cuerpo policial de vacaciones por los turnos de verano, no iba a ser fácil de asimilar por la prensa, deseosa de un buen culebrón para llenar páginas y atrapar a los lectores de encefalograma plano al borde de la piscina o la playa. Qué mejor que una historia de sangre y misterio por capítulos para dar un poco de marcha al periódico en verano… Y si tiene sexo, mejor, le habría dicho su viejo amigo Luna.

Siempre reía con el periodista que cubría los crímenes en *El Diario*. Se veían mucho en verano, cuando ambos se quedaban de guardia y comentaban en qué andaba cada uno.

—¿No tenéis nada para llevarnos a la boca? — le preguntaba Luna.

—Pero si debéis de estar muy ocupados con las inundaciones en China. He oído que hay miles de muertos — le decía ella.

—Pero son chinos.

Más pronto o más tarde iba a tener que hablar con él, no se le iba a escapar a Luna una noticia así, pero antes debía asegurarse de poder ponerlo todo patas arriba. Y ni siquiera había llegado aún el juez.

—Esteban, llama a la secretaria judicial y dile que las moscas han llegado antes que el juez. Y después a la Central. Averigua si hay denuncias de desaparecidos.

Miró a su alrededor y decidió arrancar con el director del parque. Se aproximó a su corrillo.

—Se lo he explicado ya todo a su compañero, señorita — dijo Perales, mientras señalaba al agente Martín.

Martín, agente joven y admirador incondicional de su jefa, intentó ocultar una sonrisa mientras simulaba tomar apuntes en una libreta.

—Pues ahora me lo va a contar a mí, si no le importa — rugió María.

—Ella es la jefa, señor Perales, es la comisaria Ruiz — musitó Martín, ocultando su risa, mientras la señalaba con el pulgar.

Los agentes que presenciaban la escena agacharon la cabeza para contener la risa, pues la situación era frecuente y ella no siempre reaccionaba bien. Muchos tíos, y así lo había hecho el director, la miraban como miran los poderosillos con algún cargo a una tía, con aire de superioridad, sin percatarse de que la jefa era ella. Con sus piernas largas, su escote, su melena negra cuidada y su cuerpo cultivado, atractiva como era a los treinta y tantos años, no podían creer que ella fuera la responsable de la investigación y de toda esa panda de agentes con uniforme. Tras el apuro inicial, Perales reaccionó.

—Por supuesto, comisaria, con mucho gusto. — Su tono no pudo ser ahora más obsecuente, recompuesto a pesar de mantener el aspecto resacoso tras la juerga de la noche. Perales gestionaba este parque municipal y sabía que su puesto dependía de la autoridad. Del alcalde, en este caso, pero un comisario era un comisario. Comisaria, más bien. Y no podía haber empezado peor —. Dígame en qué la puedo ayudar.

—Cuénteme los horarios del parque, las actividades, cómo funciona la seguridad.

—El parque se cierra a la una de la madrugada en verano y se abre a las siete de la mañana el fin de semana. De lunes a jueves, sin embargo, el horario…

—Al grano, Perales. Es sábado, aquí hay un muerto y son las diez. Cuénteme lo que nos pueda ayudar. Qué ha pasado en las últimas veinticuatro horas aquí. Quién lo vigila, quién lo frecuenta.

—Los guardas jurados recorren por la noche el recinto, pero no han detectado ninguna anomalía.

—¿Ya se lo ha preguntado?

—Me lo habrían dicho.

—Tampoco detectaron el asesinato ¿verdad? No me diga chorradas.

Tras encarrilar el diálogo de besugos, María pudo recapitular los detalles que necesitaba. El parque se había cerrado a la una y reabierto a las siete; seis guardas habían recorrido en parejas el recinto, con base en una garita a unos quinientos metros del siniestro. Solo había cámaras en la entrada principal y, aunque simulaban funcionar, hacía tiempo que estaban desconectadas. La víspera, el parque había estado bastante vacío hasta las siete u ocho de la tarde, la hora en que familias, pandillas, corredores o ciclistas empezaron a llegar, como otros viernes de verano; al caer la tarde. Al final podían sumar unas dos mil personas. En el estanque en cuestión pudo haber tres o cuatro pescadores, como siempre, ya que la pesca sin muerte estaba permitida todo el año, y solían ser habituales; también muchos niños tirando pan a los peces; y aunque cada verano solía haber conciertos o fuegos artificiales, este año no había nada de nada: la crisis. Media hora antes de cerrarse el parque, los guardas lo solían recorrer para echar a los remolones, pero dada la dimensión del lugar, era factible que se quedara algún borracho, alguna pareja, algún espontáneo, y solía ser común ver largarse a algún propio a las cuatro o cinco de la mañana, cuando el fresco apretaba y se le había pasado ya la mona. El equipo de limpieza hacía su ronda a partir de las seis. En resumen: nada muy claro por donde tirar.

Salvo los fijos: guardas, limpiadores y pescadores.

—Localizadlos y citadlos cuanto antes en comisaría — ordenó María. Sus hombres tomaban nota a toda prisa cuando Esteban interrumpió.

—El chófer del juez está ya en la entrada principal. Pregunta por dónde tirar.

Bien. Al menos los forenses iban a poder arrancar.

Alka-Seltzer, Alka-Seltzer, Alka-Seltzer. Solo esta palabra martilleaba la cabeza de Luna con más potencia que el dolor que le iba a quebrar el cerebro si no lograba pronto una dosis efervescente para revivir. Alka-Seltzer. Abrió los ojos, no se movió, ni siquiera sabía si iba a reconocer el campo visual de su particular escenario de resaca, pero los rayos de sol, que le habían llenado de sudor y que le trituraban la vista desde todos los ángulos posibles, le indicaban que no debía estar en un sitio muy diferente de su casa, su salón, su mirador. Dónde le iba a atacar el sol con esa virulencia si no era en la terraza de su apartamento, esa joya de la noche donde aún impresionaba a alguna señora de tanto en tanto, que se transformaba en solárium asesino en las mañanas de verano y que solo empezó a reconocer cuando sus ojos comenzaron a adaptarse a la agresiva luz. Logró incorporarse, se sentó en el suelo y miró a su alrededor. «¿Pero cómo has llegado hasta aquí?». Un vómito en el suelo había compuesto una extraña forma irregular que también le apuntaba como un dedo acusador. Luna volvió a cerrar los ojos. «¿Pero en qué estado has llegado a casa, viejo?». Hacía milenios que no se había emborrachado así. O siglos. O décadas. O al menos años. O meses. Dejémoslo.

Alka-Seltzer. Si tuviera un Alka-Seltzer. Luna se palpó el cabello, la barba, el torso; estaba entero, se levantó, logró atravesar el salón y tambalearse hasta el baño interior y oscuro, donde se dejó caer a la altura del botiquín. ¿Pero qué había ocurrido? ¿Qué había bebido, qué había hecho? Mirar una y otra vez las medicinas caducadas intentando enfocar la vista sin ver no iba a servir de nada, así que arrastró la caja entera hasta el pasillo iluminado y allí la volcó. Frascos de aspirinas, paracetamoles, somníferos, viejos antibióticos y jarabes empezaron a rodar. ¿Dónde coño había un Alka-Seltzer? Pero ahí estaba. Una caja vieja, una sola dosis, no importaba. Luna la agarró como si fuera una medalla valiosa rescatada en medio de un incendio, anduvo hasta la cocina y la sumergió en un vaso alto, rebosante, para verla chispear antes de que cumpliera su misión, como un viejo taller de coches de segunda mano.

Vodka, aquello solo podía ser el vodka. Ninguna otra sustancia le llevaba de la felicidad a la inconsciencia como quien viaja del paraíso hasta el infierno, y ninguna otra sustancia se había prohibido jamás, con una de esas promesas que solo se rompen cuando la ocasión lo merece.

Y eso sí lo recordaba bien. Por qué había bebido. Por qué había perdido el control. Por qué la ocasión lo había merecido. Por qué había salido con sus viejos colegas y hoy estaba aquí deshecho, como un trapo, castigado. Y por qué su casa estaba vomitada y patas arriba, como su propia vida.

Eso lo recordaba bien.

Teresa decidió que ya era hora de llamar a su excelencia, si es que tenía a bien tener conectado el móvil, y de averiguar dónde estaba y a qué hora se iba a dignar a volver a casa con su madre y a estudiar. La tentación de preparar paella que siempre le nacía los domingos, cultivada en los primeros años de maternidad feliz, volvía siempre por inercia, pero hoy, como tantas veces en los últimos tiempos, le provocó un dolorcito en el ánimo y un gesto de disgusto. ¿Hacer comida o no hacer comida? ¿Para uno, para dos o para toda la pandilla, como a veces había ocurrido algún domingo en que Samuel se había presentado con cinco o seis adolescentes gritones, a los que se

había apresurado a atender con toda amabilidad, improvisando tortillas, abriendo el jamón almacenado para los imprevistos y sirviendo hasta la última gota del último refresco de la nevera para que al terminar de comer y con el eructo en la boca se largaran dejándola atrás, como saqueadores?

«El número al que llama está apagado o fuera de cobertura en este momento».

¿Hacer la comida para uno, para dos, para una tropa, o por el contrario llamar a Belén, su amiga de Getafe, que al menos tenía piscina y se lo había repetido mil veces? Iba a hacer algo de comida, sí, unos filetes empanados, pero para llevar a Getafe. Al fin y al cabo, «mma ntprcps» era eso. Y lo iba a empezar a practicar. Por si acaso probó de nuevo, pero obtuvo la misma respuesta.

—«El número al que llama está apagado o fuera de cobertura en este momento».

Así que, sin pensárselo más veces, telefoneó a su amiga.

A media mañana, María había puesto rumbo a su despacho en la comisaría; necesitaba pensar con calma, en soledad. Rebuscó unas monedas en el bolsillo y se paró en la máquina del café de la planta de oficinas. El resto fue rutina: los cuarenta y cinco céntimos primero; después la máquina expulsaba dos o tres veces la moneda de cinco, ella insistía y al fin la aceptaba; pulsaba la tecla para eliminar el azúcar y lo de siempre, un descafeinado con leche. Apreciaba tanto el buen café que no solía malgastar las pocas dosis de cafeína que se permitía cada día con la basura de aquella máquina inmunda. Cayó el vaso, cayeron los polvos, cayó el palito, cayó el líquido hirviendo de color café, cayó el líquido hirviendo de color leche, levantó la persianilla de la máquina y lo cogió. El rito se había cumplido. Y mientras mezclaba distraídamente la bebida con el palito del vaso, se encerró en su despacho.

Pensar. Pensar. El cadáver de un joven, tal vez menor, aparentemente asesinado en un parque de Madrid. Los compañeros del subsuelo habían empezado el drenaje. Los canales del parque tenían un sistema de compuertas que iba a permitir, con las bombas propias y las de la policía, despejar la zona en diez o quince horas. Prometían. A partir de las ocho podía haber noticias. (¿Tal vez en pleno gol de Villa, el más prometedor en el partido de hoy, se permitió una fustigación?). Por ahí no podía avanzar más.

Más datos. Testigos. Sus agentes ya estaban recopilando la lista de guardas jurados y limpiadores presentes para citarlos a declarar. Cuanto antes. Y a través de la federación de pesca podrían averiguar quién había pescado allí el día anterior, pues todos los aficionados debían llevar carné. Posiblemente mañana podrían interrogarles, el lunes en el peor de los casos.

La autopsia. Hernández y Fernández debían estar ya bisturí en mano, mascarilla en el rostro y los focos encendidos en torno a la mesa central del Anatómico Forense. De allí podía haber noticias a partir de las cinco.

Más cosas. Pensar. A vueltas con el palo del café y el rostro amargo tras sorber el líquido. Cómo se me ocurre beber esta pócima con este calor, pensó. La zona de despachos de la comisaría estaba sin aire acondicionado los fines de semana y el recinto no se había librado del sol. Su móvil sonó. Era Esteban.

—¿Novedades?

—¿Preparada?

—No me jodas. —Esteban no era de los maleducados, pero a veces tensaba la cuerda y se llevaba su dosis.

—Hay tres denuncias de desapariciones desde el viernes.

—A ver.

—Una chica de quince años desaparecida en un pueblo de Orense.

—Al grano, Esteban.

—Un hombre que abandonó su casa el jueves en Las Rozas y que nadie ha visto desde entonces.

—¿Edad?

—Setenta y seis.

—¿Y el tercero es un enfermo de alzhéimer?

—No —Esteban también disfrutaba de su momento, se lo podía permitir —. Un chaval de diecisiete años de Santander. Deportista, buen aspecto. El jueves se despidió de su casa para salir con los amigos, pero ninguno de ellos le vio. Ninguna novia ni historias raras, dicen. Y aún no ha regresado. He visto la foto y puede ser él.

María arrojó el vaso vacío a la papelera de la esquina y encestó.

—Bingo.

Se hizo un silencio que Esteban rompió, extrañado:

—¿Lo das ya por hecho?

—No, no, tonterías mías. —Y María sonrió por primera vez esa mañana, celebrando el largo recorrido perfecto de su vaso hasta la particular canasta en la que siempre fallaba, excepto hoy. En ese umbral imaginario entre la vida de ciudadana normal y la de policías atrapados por un caso, ya hacía rato que había cruzado el vado. Y no iba a haber canasta que fallaran —. Nos vemos luego, Esteban. Ahora debo hacer una llamada.

Y colgó. Nunca faltaban razones para hablar con su viejo amigo Carlos, su maestro, pero esta era de las más urgentes. Le llamó.

Era cierto que Alejandro Sánchez Gandarillas, Álex, era un chico de diecisiete años deportista, guapo y sin novia; hasta ahí la descripción recogida en la denuncia de la desaparición coincidía con la realidad. Pero de ahí a pensar que no se andaba con líos iba un trecho.

—Bueno, me vas a entender, la familia no nos dijo… no era la clase de historias que uno incluye en la denuncia. Pero hay tela — había dicho Carlos a María — y yo te lo cuento todo.

Carlos Fuentes era un viejo comisario que, después de muchas solicitudes y de años de negativas, había logrado el ansiado traslado a Santander. Un infarto de miocardio también había tenido algo que ver. «¡A la buena vida! Ahora a vaguear», habían bromeado todos en su fiesta de despedida. Adiós a la dureza de Madrid, de los colgados, de la vigilancia antiterrorista constante, de la tensión con las mafias de la droga, de los inmigrantes, las redes de prostitución. De todo ello había en Cantabria, pero en dosis muy pequeñas y, sobre todo, sin la presión que imprimía la política a toda la actuación policial. Si un ministro necesitaba exhibir resultados, era en Madrid; si un director general quería mejorar estadísticas, pesaba Madrid; si un periódico señalaba defectos, era en Madrid. Por eso la vida para un comisario de policía en Cantabria transcurría con suficiente trabajo, pero, había que reconocerlo, sin demasiada tensión. Y se había alegrado

mucho de recibir la llamada de María, una joven a la que había acogido con desgana hacía ya muchos años y que pronto, sin que él se diera cuenta de cuándo ni cómo, empezó a absorber como una máquina todo lo que le pudo enseñar.

Aún recordaba muy bien el momento en que la conoció. Había pedido refuerzos y todo lo que vio cuando el jefe le dijo «están en camino» y alguien llamó demasiado suavemente a su despacho fue a una tía que podía pasar por buenorra si tuviera ganas — pensó —, de palabra justa y objetivos inciertos.

—¿Por qué has dejado la psicología? — le preguntó al ojear el informe que traía.

—Demasiado tiempo sentada — le sorprendió. Era pequeña, delgada y parecía impresionada, pero respondía sin ninguna duda. No movía una pestaña.

—¿Y crees que ahora vas a analizar mejor a los delincuentes con la pistola en la mano?

Ella calló. Incómoda, pero sin apartar la mirada.

—¿O es que lo que quieres es analizar a los polis?

Siguió callada. Y sin bajar la vista. Era guapa, muy guapa, aunque no parecía saberlo, pensó. Parecía demasiado cabreada o concentrada en cosas importantes como para entretenerse en tonterías. Lástima, le dijo su alma de macho. Puede funcionar, le dijo su cargo de comisario. Se olía la mala leche.

—¿Por qué te has hecho policía?

—Por eso. Para actuar.

Y eso fue todo. Ninguna explicación más. Debía tener entonces veintisiete o veintiocho años y aún tardó mucho en contarle las razones verdaderas, mucho más de lo que tardó en aprender todo lo que le enseñó.

Y hoy, lo que eran las cosas, él le había rendido cuentas a ella, le había contado todos los pormenores de la posible desaparición de Alejandro Sánchez Gandarillas, un mal estudiante con relaciones altamente problemáticas.

Ciento dos. Exactamente ciento dos despidos. Podían llamarlo prejubilaciones, regulaciones de empleo, adaptaciones a los nuevos tiempos o como coño quisieran, pero aquello no era más que ciento dos vulgares despidos. Y no es que a él le hubieran incluido en la primera lista, la de los cincuenta periodistas que iban a tener que irse sí o sí. Pero estaba en la segunda, la de los voluntarios. Y llamarla así era peor que llamar voluntarios a los kazajos forzados por los nazis a luchar, porque aquellos aún podían aspirar a sobrevivir, huir, volver a empezar. Y así se sentía hoy Luna tras lograr que la mezcla efervescente de acetilsalicílico, ácido cítrico y bicarbonato sódico que componía el Alka-Seltzer generara en su cuerpo la reacción química necesaria para aplacar los regueros de vodka que remoloneaban por sus venas, como un kazajo desprotegido y preso obligado a combatir de nuevo en primera línea de fuego.

—Luna, no queremos prescindir de ti — le había dicho el jefe del Departamento de Personal —. Por eso queremos proponerte un contrato especial.

Contrato especial, lo llamaban. Seguir trabajando por libre, fuera de nómina, y cobrar por pieza. Poner fin a cuarenta años de lealtad, cuarenta años rechazando ofertas de la competencia, para investigar los sucesos desde casa y sin compromisos, como quien está empezando. ¿Y sus

colegas? Casi todos a la calle, a casa. *El Diario* iba a ser un periódico sin veteranos, sin redacción, sin alma.

—Tenéis que comprenderlo, Luna. Nos hundimos.

Así que por eso, porque no lo habían podido comprender, se habían ido todos a beber y a absorber una copa tras otra como esponjas secas.

María iba a volver al parque pero, antes, tenía algo que hacer. Abrió el ordenador para ojear las noticias y comprobar que todo estaba donde debía estar. Con el mando encendió el pequeño televisor de su despacho. Todos los canales llenaban su espacio con un solo tema: el sueño de ganar por primera vez el Mundial. Conexiones con Sudáfrica, reportajes en los pueblos de los jugadores, relatos sobre cómo los avances de La Roja habían sepultado la vieja inquina a la bandera española y esta se había hecho presente, sin complejos, en Baracaldo o El Vendrell. Y el pulpo Paul. No entendía cómo oceanógrafos o biólogos importantes habían entrado al trapo y se prestaban a comentar con seriedad la capacidad del cefalópodo para predecir el campeón y la hipótesis más factible: que uno de los mejillones que le ofrecían — y no la bandera que le acompañaba — pareciera más apetitoso que el otro. En fin, cuántas chorradas se podían contar para llenar tantas horas de televisión. Solo un vistazo a Telemadrid le procuró una imagen diferente al monotema nacional: el viaje del Papa a Malta, donde posaba con víctimas de los curas pederastas. «Bien, bien, que estén todos entretenidos», pensó.

Tras un vistazo igual de tranquilizador a las webs, pinchó en la pestaña de Madrid de un par de periódicos nacionales. Nada. Bien. Sabía que sus hombres no iban a filtrar la noticia, pero no podía responder de todos los que en el parque ya la conocían.

Antes de salir tecleó en Google: «Asesinato en el Juan Carlos I de Madrid». Y sorpresa. De las 538 entradas que ofrecía el buscador con esas palabras clave, las ocho primeras sí se referían a un crimen. Una o varias violaciones en 2002. O 2003. Podía ser interesante, aquello. Pero nada sobre el caso de hoy. Así que, con el frente mediático contenido, se dirigió de nuevo hacia el escenario del crimen.

3

Desinfectar a fondo las manos, calzar el gorro, el camisón y las babuchas verdes, blandir el bisturí y las pinzas, situarse al lado de la mesa mortuoria, uno frente a otro, y dedicar varios segundos a estudiar visualmente el cuerpo, a recorrerlo con los ojos de la cabeza a los pies, constatando que estaba entero, que allí había lo que había, y hasta corrigiendo suavemente con las manos alguna postura imperfecta, un brazo no muy bien posado, una rodilla algo encogida o la cabeza ladeada, era algo que Vicente Rodríguez Montes y Juan Cervantes Conejero sabían afrontar como lo que era. Como un ritual. No solían dedicar ni un pensamiento al drama sino que, como un cocinero que comprueba la limpieza de su cocina, la disposición de los pucheros y cucharas y la presencia de todos los ingredientes necesarios; como un mecánico de anticuario que examina a fondo el motor en el que se va a sumergir sin pensar en la grasa negra que le va a manchar; así afrontaban ellos el capítulo que les deparaba hoy su oficio. Sin dramas, con tranquilidad y, por qué no, con la absoluta convicción, por denominarlo suavemente, de un resultado perfecto. Como el cocinero que sabe que obtendrá un menú digno de la mejor boda o el mecánico que entregará un Volkswagen Escarabajo de 1953 en perfecto estado. Ni más. Ni menos.

Hacía ya mucho tiempo que Vicente y Juan, por lo demás graciosos, castizos y eternamente compenetrados, habían dejado enfriar la vinculación sentimental inevitable entre un caso y su trabajo. Mucho tiempo desde que compartieron un asunto feo, feo, en la costa. Las autopsias de mujeres embarazadas y de niños africanos llegados en patera, cuando todo el mundo sabía de qué habían muerto. Aquel trabajo los había unido, pero nunca hablaban de ello porque no podían olvidar la tétrica lista de peticiones: buscad qué han comido y durante cuántos días, buscad quién ha comido mejor, averigüemos en los muertos lo que no nos dicen los vivos; quién puede ser el jefe mafioso, cuándo les dejaron a la deriva desde la nave nodriza, de cuántos meses traen embarazadas a las mujeres, de cuántos años traen a los menores. Preguntas asquerosas en situaciones asquerosas.

Hoy, y en Madrid, podía haber tíos asesinados de toda forma y condición —quemados vivos en el portamaletas de un coche, inyectados con una sobredosis y abandonados en un mal callejón de Hortaleza, o hasta un narco colombiano tiroteado en pleno Doce de Octubre, zona de cardiología, en presencia de su anonadado compañero de habitación—, pero no había peligro de ahogamientos masivos de mujeres y niños en pateras. Y eso era un gran alivio.

Vicente cortó la camiseta del muerto desde el cuello hasta el abdomen, después los tirantes, logró quitársela y la arrojó a una cubeta lejana. Juan limpió el torso y abdomen que habían quedado al descubierto de un joven definitivamente musculoso, en forma. Vicente cortó

cuidadosamente las perneras del pantalón y el calzoncillo de *slip*. Lo retiró. Despacio procedió a quitarle calcetines, pulsera y reloj, que cayeron sin ruido en la cubeta limpia. Con unas pinzas los dos se aplicaron a recoger briznas de hierba o algún trozo de barro adherido a la piel. Sabían que, por más obvio que resultara, cualquier resto puede convertirse en una prueba decisiva.

—Un momento —dijo Juan— tenemos piedras.

En la base de la espalda, unas minúsculas piedras estaban incrustadas entre la piel raspada, indicio de que el cuerpo pudo haber sido arrastrado hasta el lago. Ambos se inclinaron, Vicente sostenía una bandeja mientras Juan las separaba, una a una, hasta dejarlas caer en su interior. Vicente iba a cerrar la caja cuando Juan le contuvo:

—Espera, aquí hay algo más.

Y alzando con fuerza todo lo que pudo el cadáver, dejó al descubierto una mancha oscura que bien podía ser otra piedra, esta muy grande, o un trozo de barro nada despreciable. Vicente lo palpó. No había relieve. Ambos se inclinaron y se aproximaron más. ¿Podía ser cierto lo que estaban viendo? Vicente alcanzó una lupa y ambos miraron a través de ella. Una pequeña corona de espinas estaba detalladamente tatuada en apenas dos centímetros cuadrados de piel. Ambos emplearon su fuerza en ladear el cuerpo para verlo bien. Y allí, bajo la corona, vieron algo más: unos dedos emergiendo en posición de ofrenda, miembros de una mano abierta que en realidad no estaba. Solo ellos, los cinco dedos, surgían de la nada para alzar una corona de espinas lacerante, ensangrentada. Y entre la corona y los dedos, a la vista solo de aquella lupa de aumento, tres gotas de sangre precisas, como globos microscópicos en un esmerado rojo de tono cobrizo. Era un tatuaje diminuto, una obra de arte en miniatura, jamás habían visto nada igual.

Vicente y Juan se miraron con asqueo, como dos viejos sabios que saben que tienen que volver a sacar brillo a su costra. A su escudo. Aquello podía ser algo más que un elemento identificador.

Luna se decidió al fin a levantarse y devolver un poco de orden a su apartamento cuando una música bobalicona rompió el silencio que le rodeaba y le sorprendió. Miró a su móvil, que vibraba en el aparador, y le costó recordar que él mismo había cambiado la sintonía en plena vacilada con las becadas del periódico, unas tías buenas que pronto harían cola en el INEM. Así que no todo había sido drama y vodka por la noche, se sonrió, mejor no pensar mucho hasta dónde había hecho el idiota con esas macizas llegadas este verano… «Bond — le habían dicho —, pareces James Bond». Ahora lo recordaba. Y le encontraron la sintonía del último y odiado Bond, un Daniel Craig que no le llegaba ni a la altura del zapato al adorado Sean Connery de sus tiempos, de eso habían estado hablando… Qué estupidez.

—Luna —al fin contestó. La cabeza le martilleó de nuevo con intensidad.

—Ya sé que eres Luna, gilipollas. Te estoy llamando a tu móvil.

—Algunos mantenemos las viejas costumbres. ¿Y tú quién coño eres? Tú, que ocultas tu número.

—Ya sabes quién coño soy.

—¿Y desde qué cloaca me llamas? Salen trescientos números en la pantalla.

—Qué más da —la fuente rio—. ¿Quieres un regalito?

—Más bien quiero un Alka-Seltzer; el último se me acabó.

—Venga ya. Querrás un muerto bien fresquito para entretenerte en verano.

—Lo que yo quiero ya no importa. Es mi periódico el que ya no quiere nada. Y yo, solo un Alka-Seltzer. O un montón. Para pasar el día y la jubilación.

—Venga tío, no te creo una palabra.

—Pues créeme una: jubilación. O dos por el precio de una: despidos y jubilación.

La fuente se quedó unos segundos en silencio. Al fin habló.

—Allá tú con tu jubilación. Llamaré entonces a la competencia para describirle el fiambre que nos acaba de entrar.

Y colgó.

Un fiambre. Mercancía. El gusanillo empezó a correr por las venas de Luna más rápido aún que el Alka-Seltzer.

María regresó al parque a tiempo de oír los primeros avances entre los testigos. Los trabajadores del turno de noche ya estaban identificados y empezaban a declarar. Martín había localizado al ecuatoriano que halló el cuerpo y que avisó a seguridad. La conversación era difícil, pues estaba muy nervioso y temía que eso le trajera problemas.

—¿Quieres probar con él? —le preguntó Martín, en un aparte.

—No. Sigue tú —respondió.

Porque no era eso lo que ahora estaba buscando. Se separó de sus hombres y se alejó del escenario para adentrarse en la zona más arbolada. La limpieza era casi total, a falta de algunas colillas que mandó recoger. La hierba estaba impecable a pesar del calor abrasador de verano, y en algunos puntos se habían formado charcos por un sistema de riego con alguna fuga. Nada que destacar. Recordó las veces que había venido a este parque acompañando a su hermano Julián y sus sobrinos, a los que se permitía mimar como la madre que ella no planeaba ser. Siempre le había parecido un mastodonte inmanejable, con buena intención pero imposible de mantener en su punto, demasiado caluroso en verano y helado en invierno, sin mucha escapatoria entre el viento y el sol. Había olivos centenarios soberbios y algún recoveco especial, pero era un descomunal monumento al asfalto, demasiado cemento y hormigón bajo la mirada vigilante de decenas de esculturas fantasmagóricas, difíciles de interpretar. Recordó el paseo en barco que había dado con sus sobrinos pequeños una tarde de verano, mientras tomaban helados y los abrasaba a besos, en ese mismo lugar. Miró hacia el camino y comprobó que el viejo puesto de helados estaba cerrado, abandonado, seguramente nunca tuvo el negocio asegurado y sus encargados habían emigrado. ¿Y el barco? Ni rastro de aquel pretencioso cacharro que hacía las veces de catamarán. ¿O sí? No había rastro en el agua, donde los equipos policiales ya estaban trabajando en el bombeo, pero sobre el cemento, a unos metros de allí, camuflado en la espesura, ahí estaba el barco, inclinado y en plena descomposición. María se acercó, lo rodeó con nostalgia; debía incluso tener fotos de sus niños asomados por la borda. Pero abandonado como estaba en esa plataforma, con algunos de sus tablones caídos, la pintura descascarillada, inclinado peligrosamente hacia el estanque, recordaba esos viejos parques de atracciones que al cerrar quedan desolados, intrigantes; con grandes estructuras de antiguos colores vivos ya apagados, preparadas para divertir y brillar, pero ya destartaladas. La buena vejez era imposible en ellos.

María alcanzó la escalinata, ya medio rota, y de un salto entre escalones imposibles, podridos y rotos subió. Los bancos parecían intactos, los salvavidas habían desaparecido de sus huecos y la cabina de mando emergía enhiesta en la mitad. Recordó que fue una chica con gorra marinera, simpática y dispuesta, la que había capitaneado su excursión aquella tarde, pero ahora estaba vacía. Entró. Uno podía haber imaginado un amasijo de ropa vieja, latas, periódicos o jeringuillas en este rincón olvidado del parque Juan Carlos I de Madrid, un rincón para gamberros ajenos al horario oficial. Pero la visión de un escenario limpio y ordenado la sorprendió, algo transmitía la sensación de que aquel espacio estaba habitado. El acolchado del asiento, aún con algún agujero que delataba el abandono a la intemperie, estaba limpio. Lavado. En un extremo, un par de mantas de viaje estaban cuidadosamente dobladas. El timón estaba reluciente y, bajo él, en una balda, una bayeta en buen estado confirmaba que alguien era responsable de tanta limpieza. Y era improbable que los chicos de mantenimiento hubieran subido hasta ahí. María sacó de nuevo los guantes de látex del bolsillo, se los ajustó y se dispuso a revisar palmo a palmo el habitáculo. Nada raro en el timón, nada en el suelo, nada pintado en el cristal, ni en la pared derecha, ni en la izquierda, ni en el fondo. Nada marcado. Si esas paredes habían tenido alguna vez algún grafiti, como corresponde a todo espacio público dejado de la mano de Dios, alguien se había ocupado de borrarlo bien. Nada tampoco en el asiento. Ni un chicle pegado en el suelo. Con cuidado, sin desdoblarlas, la comisaria echó un vistazo a las mantas. Iban a ir directas al laboratorio. Y en una última inspección al asiento, se fijó en que en un extremo más deteriorado, uno de los rotos presentaba un corte extraño. La mayor parte del porexpan que dejaban ver los rotos estaba oscurecida y desgastada, como corresponde a un viejo mueble abandonado. Pero uno de ellos dejaba ver un fragmento de espuma más amarillo, más nuevo, recién descubierto. Era como si alguien hubiera continuado por la fuerza un desgarro que era resultado del tiempo. Acción voluntaria frente a azar. Color vivo frente al resto ennegrecido. Allí había una actuación humana, una acción reciente, alguien que quería decir algo. María se agachó, palpó la superficie alrededor y descubrió un pequeño bulto junto al agujero. Era fino, casi imperceptible, pero su densidad diferente a la del material del asiento era inapelable. Metió con dificultad los dedos y ahí estaba: un móvil, un Nokia 2720 sin un solo rayón, estaba incrustado en la espuma.

Lo apretó entre sus manos, se asomó a la puerta de la cabina y gritó para atraer a sus hombres.

El relato que le había hecho el viejo comisario Carlos sobre el muchacho desaparecido en Santander no había abandonado su mente ni uno de aquellos segundos.

Alejandro Sánchez Gandarillas era un chaval listo, guapo, al que nunca le alcanzaba el tiempo para saltar del surf a la escuela de buceo, del buceo al fútbol o del fútbol a la juerga con los amigos. Tenía muchísimas amigas, aunque ninguna más especial que otra, y montones de llamadas, mensajitos y una vida agitada en Tuenti y Facebook. Al menos así es como lo había definido su familia. Su hermano mayor había acompañado a su madre a la comisaría de Santander para denunciar su desaparición, deshecha en lágrimas y nervios.

—¿Alguna sospecha en su entorno?

—Está rodeado de gente maja. Son juerguistas, jóvenes, claro está, pero parece gente sana.

—¿Le han prohibido algún plan que tuviera con sus amigos?

—Ni hablar. Vive con bastante libertad.

—¿Creen que podía tener intención de irse con alguien, que había recibido alguna invitación?

—Nada que sepamos —había dicho el hermano.

—Y él jamás habría faltado al cumpleaños de su abuela, que se celebra hoy — lloró su madre. A su abuela nunca le habría hecho algo así.

Su hermano lo explicó. Álex era el menor de cinco hermanos y tenía doce años cuando sus padres se divorciaron. Mientras el hogar saltaba por los aires y los mayores (el siguiente le llevaba cinco años) emprendían ya rumbo a sus bodas, trabajos o pisos compartidos, él se refugió temporalmente en casa de su abuela. Lo que iba a ser provisional se fue alargando, y hoy, con diecisiete años, dormía o comía aquí o allá, con la abuela o con mamá, bastante libre y feliz, por lo demás. Decían.

Nunca con papá, que convivía con una insoportable mujer portorriqueña. Decían.

Los agentes al mando de Carlos Fuentes procedieron a tramitar la denuncia, a comunicarla con la foto adjunta a otras comisarías y a introducirla en la red de los cuerpos y fuerzas de seguridad. Pero para investigar iban a esperar hasta el lunes. Eran comunes los casos de adolescentes que desaparecían misteriosamente un par de días, en general en fin de semana o cerca de él, para reaparecer el lunes y zanjar así la alarma general. Y casualmente aquello solía coincidir con la Semana Grande de Acá o la Semana Pequeña de Allá, con San Fermín o San Crispín. Había dicho Carlos. Así que mucho protocolo, mucha información, pero mucha tranquilidad. Tres días era el mínimo para arrancar de verdad.

Pero hoy, a las ocho de la mañana, un telefonazo había despertado a Carlos y había frustrado su plan de vaguear en la cama hasta media mañana. Víctor, el agente de guardia en la comisaría, había sido rotundo:

—Más vale que vengas, jefe. Hay novedades en el caso de Alejandro Sánchez Gandarillas.

—¿Ha aparecido?

—No.

—¿No habrá un cadáver, no?

—No.

—¿Un herido?

—No, no. Más vale que vengas. Aquí hay una persona que nos quiere contar algo. Y creo que es mejor que le escuches tú.

Cuando Carlos Fuentes llegó a la comisaría, tras un café doble apresurado y sin ni siquiera afeitar, y pasó a su despacho, el cielo se había oscurecido por unos nubarrones que amenazaban con terminar de cargarse su primer fin de semana libre en tres semanas. Todo lo que podía empeorar en Cantabria, el tiempo y la temporada de trabajo, parecía empeñado en empeorar.

Así que encendió la luz. Vio a un chaval larguirucho, delgado, con el pelo rubio largo, las facciones suaves. Grande como un hombre pero de rostro dulce como un niño. Fuera quien fuera ese individuo, e independientemente de lo que viniera a contar, tenía un aspecto indefenso y cálido, provocaba ternura verle ahí deshecho. Tenía los ojos reventados de llorar y era evidente que no había dormido. ¿Acaso iba a confesar un delito? No iba a ser muy convincente con este aspecto, pensó Carlos.

María había seguido el relato atentamente pero ahora, mientras lo repasaba, se daba cuenta de que no había preguntado a su viejo amigo algo clave: ¿de quién sospechaba este chico en

realidad?

Porque lo que le contó el chaval larguirucho, de nombre David, es que Álex era su novio, su pareja, su amor inseparable, su vida, su ser y una palabrería que Carlos no sabía bien cómo reproducir. Destrozado por su ausencia, y seguramente destrozado por una relación conflictiva, David se había desmoronado mientras narraba la última vez que le vio, el jueves pasado.

—Tranquilo, hombre, tranquilo — procuraba calmarle Carlos —. Tú intenta decirme cosas que nos puedan ayudar.

Pero aquel chico necesitaba desahogarse, y les había tocado. Llamó a Víctor, más joven y — pensó Carlos — seguramente más sensible a la salida del armario en directo que estaban viviendo en comisaría y, con algo más de paciencia, esperó a que pasara de los lloros a los hipos, y de los hipos al detalle.

—Dios mío, me acordé en ese momento de ti precisamente. Una buena psicóloga es lo que el chico habría necesitado. No un comisario de otra era como yo — le había dicho Carlos al relatarle los hechos.

El asunto era que David, dieciocho años y natural de Santander, se decía novio inseparable de Álex desde hacía un año. Pero lo de inseparable venía a ser relativo, porque él mismo sospechaba que él tenía otras relaciones. «¿Con mujeres?», le había preguntado Carlos, al que el resorte de su masculinidad no le hacía concebir más opciones razonables en este culebrón inesperado. «No, en absoluto. Con tíos mayores». Y volvió a sumergir el rostro entre las manos mientras sollozaba como un cachorrillo abandonado.

Hacía rato que María no veía a Esteban y le buscó en torno al estanque. ¿Dónde se había metido? Había novedades para analizar, como la historia de Alejandro y el hallazgo del teléfono móvil que ella misma iba a poner en manos de la Tecnológica. Los hombres de la Científica ya estaban tomando huellas en la cabina del barco y esas mantas de cuadros ya estaban empaquetadas en bolsas aislantes, rumbo al laboratorio. Los agentes del subsuelo avanzaban poco a poco en el bombeo y ella había ordenado ampliar el cordón policial para evitar las miradas de curiosos.

De pronto, notó una vibración en el bolsillo, un mensaje en su móvil y lo abrió. Era una alerta de *El Diario*. «Hallado en el parque Juan Carlos I de Madrid el cadáver de un joven. Posible asesinato de un menor».

Mierda, ese era Luna. El condenado se había enterado. Y eso era justo lo que menos necesitaba. Una fila de cámaras grabando por ahí, el departamento de prensa preguntando qué podían contar ante la ansiedad de webs, radios, periódicos y televisiones; y cientos de familias preocupadas por un hijo que aún no había vuelto de la juerga; o que pasaba el fin de semana fuera; o que se había quedado a dormir con la novia… Miró alrededor en busca de sospechosos de la filtración y se le frunció el ceño al ver a Perales, el director del parque, ya recuperado de la juerga, suelto y parlanchín andando por el escenario del crimen. Había que tomar medidas con ese idiota. Le llamó:

—Dé orden de cerrar el parque; todas las entradas permanecerán cerradas. Y haga salir a los cuatro curiosos que hay por aquí.

—¿Lo cree necesario, comisaria? Va a ser complicado con el personal que tenemos. Y he convocado una rueda de prensa aquí a las dos.

—Pues ya puede cancelarla. Y le advierto a usted una cosa, señor Perales: si usted o sus hombres hablan con alguien que no sea policía o juez, me encargaré personalmente de que desvíen a su teléfono móvil todas las llamadas de padres desesperados que preguntan por sus hijos.

—Pero… —Tocado.

—Sí. ¿Usted no sabe nada de esa especie que cobra vida y sirve para preocuparse si desaparece, los hijos? ¿Le suena?

—Yo, yo… —Hundido.

—Pues eso. Cierre el parque y el pico. A ver si de eso es capaz — zanjó María.

Y ese condenado de Luna se iba a enterar. A saber cómo lo había sabido. Tenía mil ojos y fuentes, Luna. Su llamada estaba ya entrando en el móvil. Pero eso iba a tener que esperar. Antes tenía otra llamada más urgente que hacer.

Así que no quería contestar, la comisaria. No bastaban las comidas, las risas, ni siquiera las copas que de tanto en tanto solían compartir, ni menos aún las artimañas para tenerla en el bote con las que él fracasaba una y otra vez, pero que al menos la hacían reír. ¿Compartir, decíamos? La comisaria apenas se aferraba a la misma caña mientras él se descerrajaba algún otro cubata más. Comisaria Ruiz. Venga, contesta, no te escondas, quién si no tú se está encargando de ese muerto fresquito, quién va a contar a papá lo que tiene que saber. Venga, bonita, ayúdame a dar en los morros a ese gilipollas del Departamento de Personal, vamos a ponerle en la boquita uno de esos casos que venden periódicos para que se quede sin habla. Nada. Nadie descolgaba el teléfono.

Era indomable, María. Luna sumaba décadas de contactos en la policía, en hospitales, ayuntamientos, delegaciones de gobierno, entre las mafias, los chulos o los vendedores ambulantes. Y la receta siempre funcionaba igual: poner ajos y cruces a los gabinetes de prensa como si fueran vampiros y compartir paellas, chuletones, puros y copas con las verdaderas fuentes. Escuchar. Decir burradas. Estar. Sin prisas. Ni horarios.

Pero Ruiz era un ser de otra galaxia. Amigos, sí. Accesibilidad, total. Siempre que se tratara de algo personal. Pero jamás había forma de que desconectara el maldito detector de periodistas que parecía llevar encima cuando se metía en un caso y contestara al teléfono cuando un asunto interesante empezaba a arder. Entonces no. Maldita sea. Soy Luna, joder. No soy cualquiera.

Pero no importaba; había otras vías, pensó Luna. Ya había dado la alerta en el móvil e iba a buscarse la vida para averiguar los detalles. No importaba. De hecho, la maldita sintonía de James Bond volvía a sonar, una buena fuente asomaba en la pantalla. Los viejos amigos no abandonan, pensó. Hora de salir a cazar.

Ya duchada, Teresa se peinó lentamente las mechas rubias, que no habían logrado tapar por completo las canas que le estaban volviendo a brotar desde la base. Tal vez no debía haberse lavado el pelo hasta la noche, porque iba a ir a una piscina y se le iba a estropear igual, pero estaba en esa edad que no permitía ya despertarse, pasarse el peine y salir corriendo. Así que ante la duda de cada mañana, mejor lavárselo. Dejó el móvil visible a su lado mientras se arreglaba, pero se sumergió en sus cosas y sonrió al recordar la tontería que habían hecho la víspera.

Había quedado con su prima y dos amigas para dar una vuelta en Las Vistillas y habían acabado colándose en el Matadero en un concierto de Miguel Bosé. Se reía al recordarlo. Casi involuntariamente, curioseaban por allí cuando se vieron sumergidas en una multitud que hacía cola. La mayoría tenían entradas y fueron pasando, pero varios que no tenían pase fueron desviados a un lateral, donde acabaron escuchando seis o siete canciones hasta que los guardias de seguridad se dieron cuenta del fallo y las echaron. ¡Pero cómo se habían reído! Ellas y otras despistadas que se vieron en el mismo saco terminaron tomando una sangría en una terraza muertas de risa. «Seré tu amante, bandido, bandido…».

Se echó la crema hidratante, el contorno de ojos y algo de espuma en el pelo; se aplicó la raya del ojo, un poco de sombra, un colorete suave, el perfilador de labios, el pintalabios y pasó del rímel, nada recomendable en caso de piscina. Cogió el móvil y probó de nuevo. «El teléfono al que llama está apagado o fuera de cobertura en este momento».

Que te den. Agarró la bolsa del bañador, se calzó las alpargatas de tacón, las llaves, el móvil, el bolso, las tarteras, y adiós. Rumbo a Getafe.

Este era un número de teléfono al que María había llamado pocas veces. Lo tenía grabado en la memoria del móvil y lo atesoraba como oro en paño desde hacía exactamente un año, pero solo su visión fortuita cuando repasaba su agenda le producía tal rubor que evitaba cuidadosamente pulsarlo si no era por una razón profesional evidente. Y esta vez la había. Tommy trabajo. Tommy móvil. Tecnológica. Se situó sobre el segundo número y pulsó: llamar.

Tomás acababa de sacar del horno una empanada de bacalao que iba a estar exquisita y se disponía a meter cervezas y refrescos en la nevera. Por la noche iba a tener invitados al partido. Su fox terrier, aún un cachorro, correteaba a su lado, nervioso y coleando, alegre de ver en casa movimiento y a su amo, que disfrutaba del domingo en bermudas, camiseta ceñida y descalzo. Los amigos de la facultad iban a venir a partir de las ocho. Y sus novias. Él era casi el último *single* del grupo, el superviviente, pero… La llamada del móvil le interrumpió.

—Tomás. Soy María. —Nunca sabía cómo dirigirse a él: «¿Soy la comisaria Ruiz o soy María?». Y completó —: La comisaria Ruiz.

—Sí, sí, te tengo grabada, hola.

—Mira Tomás, siento molestarte en fin de semana. Tenemos un cadáver con el que nos puedes ayudar.

—En el Juan Carlos ¿verdad? Recibí una alerta en el móvil.

María sintió el pinchazo de otro dardo, pero este había ido directo a la diana del amor propio.

—No me lo recuerdes. Una maldita filtración.

—Bueno ¿y? ¿En qué te puedo ayudar?

—Tengo un móvil, un teléfono móvil, claro, que he encontrado en la zona y hay grandes posibilidades de que sea del muerto. Estaba escondido por alguien que quería verdaderamente esconderlo. — No le gustaba verse dando explicaciones tan largas a Tomás pero, al fin y al cabo, no era exactamente un subordinado directo. Y más valía que nunca llegara a serlo, pensó.

—Claro. ¿Lo tienes tú? —pregunta absurda, ya se lo había dicho ella, él también llenaba la conversación con más palabras de las necesarias, pensó María.

—Sí, sí.

—¿Dónde estás? ¿Quieres que nos veamos en comisaría? Podemos picar algo abajo, en el Fredo's, y lo empiezo a mirar.

Picar algo. Eso sonaba bien. Miró la hora y entendió por qué su estómago estaba rugiendo de hambre. Y aquello era lo más cercano a un planazo que un día así iba a poder lograr.

—Hecho. Ahí te espero.

En un adosado de Alcobendas, a solo ocho kilómetros de ahí, un paellero recién estrenado debía estar ya humeando para su familia. Quién sabe si, pasadas unas horas, podría ir a sumarse al partido.

Pero eso, de momento, era impensable.

Otro colegio, otro país, otro planeta. El sueño de volar a Uruguay le había agitado toda la mañana, mientras el autobús renqueaba entre montañas amarilleadas por el calor de julio y él se había adormecido con las llaves anilladas en sus dedos. ¿Era posible entonces rozar la salvación? ¿Era legítimo soñar con un futuro sin manchas, limpio como una hoja en blanco? Sus plegarias habían sido oídas. Dios se había apiadado de él, le daba otra oportunidad; la carta desde Montevideo no podía ser sino un mensaje del cielo. El mensaje que esperaba y que ahora le revolvía más que las curvas del camino.

Había pecado, había sufrido y había vuelto a pecar, pero sentía que Él le enviaba una señal: «Toma un vuelo, empieza otra vez, ahí tienes otra oportunidad, esta vez solo. Haz ahora lo que tengas que hacer, termínalo, pero coge tus cuatro cosas y vuela. Y antes despídete. Debes decir adiós».

«Lo que tengas que hacer». Era mucho lo que tenía que hacer, demasiadas cosas las que hervían en su cabeza y la misión de hoy no iba a ser la más difícil de ellas. Pero ¿despedirse? ¿Despedirse de quién, de qué? Sabía bien lo que es cambiar de colegio y de ciudad. A los chicos nunca les importaba, pasaban de curso sin mirar atrás, esos condenados nunca miraban atrás. Los padres, ni existían. ¿Y los compañeros? Unos apretones de manos, ya te llamaré.

Así que no era esa la clase de despedida que la voz de Dios le estaba exigiendo esta vez, no era el apretón a los compañeros, el saludo a la cocinera y el intercambio de *e-mails*.

El recuerdo feroz de un viejo cementerio descuidado empezaba a llamar a su memoria. La lluvia torrencial sobre las lápidas, sobre una lápida, los helechos azotados por el viento, las hiedras que trepaban e iban devorando las gélidas figuras de mármol, estatuas de ángeles, vírgenes, cruces y jesucristos, esculturas ajadas por el tiempo, y un niño empapado de la cabeza a los pies, con su cabello, sus gafas, su rostro, su abrigo, sus zapatos y sus huesos calados en la tormenta. Y una lluvia que camuflaba sus lágrimas. O unas lágrimas que camuflaban la lluvia.

«No has ido a limpiar la tumba de tu madre».

Más fuerte aún que la voz de Dios, la de su padre también llegaba a sus oídos, tronaba.

«No has ido a limpiar la tumba de tu madre».

Debía ser eso lo que se barruntaba en su despedida.

La tumba.

Pero el autobús había llegado a su destino y por ahí era por donde ahora iba a empezar. Lo principal, al fin y al cabo, ya estaba hecho. Solo quedaba cerrar los últimos detalles. Apurar el cáliz.

4

A las dos de la tarde, el cocinero jefe de la calle Añastro 1 de Madrid ultimaba con sus ayudantes el menú escogido para un almuerzo que sabían importante. «Viene gente de Roma», les habían dicho. Y poco a poco, a lo largo de la mañana, habían ido doblegando todos aquellos ingredientes y los habían transformado en el mejor seguro para un banquete excelente. Para empezar, croquetas de ibéricos y queso azul; anchoas de Santoña con pimientos del piquillo, y dados de tortilla de patatas con sus palillos clavados, por supuesto. Para continuar, algo fresquito, como le habían pedido: una *vichiçoise* de puerro y calabaza. Y como plato fuerte, merluza rellena y/o solomillo.

Las instrucciones eran claras: que haya doce raciones de merluza y doce de solomillo; quien quiera elegir, que elija, pero quien quiera ambas cosas, que las tenga a su disposición. Un señor almuerzo regado con Rioja tinto y blanco de Rueda para monseñores y políticos. Nadie en la cocina sabía exactamente quién venía, pero él, el cocinero jefe, había podido husmear cuando subió a supervisar la mesa. En los carteles de protocolo que indican quién se sienta dónde había creído ver al menos a un presidente autonómico. Otros nombres también le sonaban mucho. Por lo demás, cuatro apellidos italianos y los habituales del lugar: altos cargos de la Curia; estómagos agradecidos, en general.

De refilón todos sabían de qué se trataba: el Papa iba a venir a España y estaban preparando la visita. Julián lo sabía: su agenda ya estaba bloqueada para la primera semana de noviembre y había empezado a estudiar los menús más apropiados. Los primeros cuatro días, para los enviados de Roma que iban a preparar el terreno y cuantos obispos y altos cargos los acompañaran. Y los dos últimos días, para Su Santidad en persona. Y mientras comprobaba que el relleno de bogavantes, huevo y vinagreta estaba en su punto para irlo introduciendo en la merluza, el hermano de María se sintió satisfecho. Iba a ser todo un hito profesional llegar a cocinar para tan buenos comensales.

El salmorejo que pidieron la comisaria Ruiz y el teniente de brigada Tomás Gutiérrez, con sus taquitos finos de huevo duro y jamón ibérico salpicados en el plato, fue una auténtica inyección de frescor y energía para ella, que sin darse cuenta había llegado desfallecida por el hambre y el calor tras la mañana de trasiego. Él la miraba con expectación, casi como una abuela mira a un nieto terminarse todas las lentejas, admirado, como mínimo, de su voracidad.

—¿Qué pasa, tío? —preguntó ella en un tono de enfado de escasa credibilidad.

—Nada, nada —él se intentó poner serio —. Ojalá a mis invitados esta noche les guste tanto

lo que les he preparado.

—¿Invitados? —dijo María. Él la miró con aire interrogante —. Me vas a dar envidia si puedes atender a tus invitados.

—Cuéntame.

—Tenemos el cadáver de un joven, tal vez menor, en el fondo del estanque del Juan Carlos. Hernández y Fernández están con la autopsia. Lo extraño es que parecía estar amarrado al fondo, y si una pierna no se hubiera soltado y no hubiera quedado visible, habríamos tardado bastante en encontrarle. Tal vez hasta la próxima limpieza del sistema de canales del parque, que suele ser en otoño. Es un asunto feo.

—Muy feo —Tomás prefirió no imaginar el aspecto que habría tenido el cadáver tras meses de inmersión. Mejor no empañar la imagen de esos boquerones recién fritos que les estaban llamando desde el plato. El Fredo's, santuario informal y casero de la policía, nunca los defraudaba.

—El asunto es que he encontrado un móvil escondido. Estaba oculto en un barco abandonado junto al estanque, el que hace años hacía un recorrido para las familias. El parque nació con pretensiones, ya sabes: barco, tren, heladerías, bares… ahora casi nada funciona. Y el barco está ahí pudriéndose. En la cabina encontré un escenario curioso: todo limpio y ordenado, con mantas incluso para estar cómodo y, en uno de los rotos del asiento, entre el forro de escay y la espuma, estaba este móvil. Algo me dice que puede ser del chico — María le tendió el aparato introducido en una bolsa de plástico —. ¿Qué puedes hacer?

—Es raro que esté apagado si el chico lo escondió en situación de emergencia.

—Puede habérsele acabado la batería. No lo he tocado.

—¿Ya le habéis tomado las huellas? ¿Puedo enredar?

—Sí, sí. Los de la Científica ya lo han fichado.

—¿Entiendo que no conocemos su identidad?

—El jueves desapareció un chico de Santander y la descripción coincide: joven, atlético, moreno, pelo corto. Esteban incluso ha visto la foto y le ve parecido, pero hay que tener en cuenta que el cadáver está inflado, algo deformado… y mordisqueado… por los peces. — María, que sostenía un boquerón pinchado en el tenedor y que estaba a punto de lanzarse a darle un bocado mientras describía minuciosamente el cuerpo, fue frenando al ver el rostro de Tomás.

—No sigas, no sigas. Ya sabes que lo mío no es la sangre, sino los circuitos — Tomás apartó disimuladamente el plato de boquerones mientras María dejaba caer el tenedor, pesarosa, y sacó el móvil del plástico. Intentó encenderlo, y un hilillo rojo de batería agotada brilló como una última exhalación del cacharro, que volvió a sumirse en la oscuridad —. En un rato podré decirte al menos las llamadas más recientes, las más frecuentes y te daré un esquema de contactos; eso es *pecata minuta*. Si hay suerte y logramos que alguien espabilado de Movistar se olvide un ratito de Sudáfrica y del pulpo Paul y nos dedique un par de horas, esta tarde tendremos al dueño. Y si luego localizamos un ordenador, haremos maravillas.

Maravillas. Sonaba bien. La comisaria estaba satisfecha. Los dos cafés solos, sin parada en el postre, ya estaban sobre el mantel de papel de la mesa. María removió con la cucharilla el líquido sin azúcar y se cruzó una mirada fugaz con Tomás. El mismo resorte saltó para los dos, que volvieron a concentrarse en sus respectivos cafés, mezcla que mezcla, sin saber o querer tender

un puente hacia el pasado. Maravillas. Mientras ambos se limitaran a hablar de la investigación, todo iba a ir bien, por su carril. Vestido así, con sus vaqueros y su camiseta ajustada, tan alto, los hombros fuertes y bonitos, los pectorales marcados, era aún más atractivo que con uniforme, este maldito policía tan joven que había desembarcado hacía un tiempo en la comisaría y que no debía haber cumplido los treinta y cinco. Sabía que habían superado bien la prueba de la comida pero, agotada la conversación sobre el caso, la zozobra se le estaba volviendo a instalar en el estómago. Del café pasó a sacar el móvil, donde entraba en ese instante la llamada salvadora de su número dos.

—¿Esteban? ¿Dónde te habías metido?

—¿Dónde te habías metido tú, jefa? Te busca todo el mundo. Luna está volviendo locos a todos.

—No me lo recuerdes. —Y apartó un instante el teléfono de su oreja para comprobar que varias llamadas perdidas así lo atestiguaban —. Vaya, no lo había escuchado. ¿Ha dado Luna algún detalle más en la web?

—Solo tienen el muerto. Alguna televisión está dando algún antecedente criminal en el parque. — María recordó las violaciones y alguna cosilla que ella también había visto en Google, nada de qué preocuparse.

—¿Y tú dónde estás? ¿Qué haces? — Esteban conocía muy bien a su jefa para saber que, si no había atendido o «escuchado» el móvil, era por alguna razón, digamos, interesante.

—Venga, venga, tú sígueme contando.

—Vale, jefa. Hernández y Fernández tienen algo: el muerto se había hecho un pequeño tatuaje con una corona de espinas y gotas de sangre sobre unos dedos.

—¿Dedos?

—Sí, unos dedos. Nos han mandado una foto por MMS y por *e-mail.* Unos dedos abiertos en posición de ofrenda.

—Interesante. ¿Y tú dónde estás?

—Hace tiempo que no visito a mi primo. Luego te cuento. — María recordó que, siempre que pasaban por la calle Fuencarral, el gueto de adolescentes modernos y puestos de *piercings* y *tatoos* en pleno centro de Madrid, Esteban le hablaba de un tatuador que conocía —. Y te aconsejo que llames a Luna para encarrilar lo de la prensa. Las televisiones se están agolpando a la entrada del parque y están reventando la centralita.

—Esteban, una cosa.

—Dime.

—Ni a Luna ni a ningún otro periodista: ni una palabra sobre el desaparecido de Santander.

—¿No me conoces o qué?

María pagó la cuenta y se dirigió a Tomás.

—Creo que te acompaño arriba a comisaría. También yo tengo algo que hacer en el ordenador.

Dedos. Dedos en posición de ofrenda. Corona de espinas con dedos. Corona de espinas a secas. María revisó por Internet decenas de imágenes de tatuajes, pero ninguna coincidía con la que los forenses le habían enviado por *e-mail*. Esta era diminuta, fina, hermosa. Las que encontró en la

red eran de todo tipo: las había expresionistas, satánicas, estilo *kitch* o muy ñoñas, pero todas eran bastas. Y ninguna unía esta disposición de elementos en un mismo dibujo: la corona de espinas como ofrenda de unos dedos alzados hacia arriba, hacia el cielo.

Una idea le estaba rondando por la cabeza desde el café. Miró la hora y se decidió. Casco, moto y aeropuerto. Si pillaba el avión de las cuatro, el siguiente café se lo iba a tomar en Santander. Contactos. Carlos Fuentes. Llamar.

—Hola María. ¿Novedades?

—¿Sigues teniendo tu vieja cafetera en tu oficina?

—Pues claro.

—Pues que sea un café doble. De los tuyos. A las cinco.

—¿Te vienes? —Carlos sintió un vuelco en el pecho.

—Allá voy. ¿Podremos ver a la familia del chico?

—Están a nuestra disposición, faltaría más. Y el gayer ese, también.

—Tío…

—Perdona, soy de otra generación. Quiero decir, el novio también. Te espero en el aeropuerto.

—Carlos.

—Dime.

—Sobre la familia, mejor cada uno por separado.

—Hecho —terminó Carlos, pero ella ya había colgado. Estaba claro que no iba a poder descansar en todo el fin de semana. Pero una inmensa sonrisa de satisfacción se dibujó de forma inevitable en su rostro. Ese runrún de volver a tener un caso entre manos, de gozar de una buena compañía inteligente de nuevo, de compartir lo más intrigante de una investigación, no tenía parangón en este mundo de Dios. Ni las playas más escondidas de su costa, ni su atardecer, ni el martini con una ración de rabas frente al mar ni el tranquilo ritmo de vida que había encontrado en esta etapa de su vida resistían en la balanza ante el palpitar de un caso como este. Con permiso de su corazón.

Antes de que se cerraran las puertas de su avión, un vuelo regional de Air Nostrum rumbo a Santander, María agarró de nuevo el móvil. Contactos. Esteban. Mensaje. Enviar. «Desconecto una hora. Luego hablamos». Incluso iba a poder descansar un ratito.

Duchado, vestido, el cabello mojado y peinado hacia atrás, la barba recortada y los ojos sepultados tras sus finas gafas de sol, Luna sintió la mínima rehabilitación necesaria para salir a la calle. «Doy el pego», se dijo en el espejo del aparador, elegante, antes de coger las llaves y emprender rumbo al parque, mientras un ronroneo en el estómago aún le desafiaba con alguna mala intención. «Y tú estate quieto».

El rígido control policial no le intimidó al llegar. Conocía a casi todos aquellos agentes que intentaban contener a televisiones y fotógrafos y la naturalidad con la que entró solo molestó a un par de periodistas de un programa de escándalos cuyo nombre no iba a ser capaz de retener jamás.

—Hijo de p… —le gritaron, sudorosos bajo un torrente de calor —. ¿Por qué le dejáis entrar a él si nosotros llevamos toda la tarde?

—Iros a… —se cortó, no merecía la pena. La sintonía de James Bond ya le estaba llamando de nuevo. Esta vez era su jefe —. Luna.

—¿Qué tal, Luna, novedades?

—Estoy en ello, estoy en ello… — intentó que en su tono pesara más la paciencia que el cabreo.

—Has dado la exclusiva, tío, un puntazo. Los demás no tienen nada y todos te citan. Pero ahora necesitamos más detalles.

—Estoy en ello… —La rapidez con que sus jefes pasaban de despedirle a adularle era asombrosa —. Yo os llamo. — Y colgó.

El primer vistazo al escenario del crimen no arrojaba mucha luz. María no estaba allí, ni Esteban, ni ninguno de los policías que podían aportar algo. Algunos agentes que coordinaban el drenaje le saludaron desde la sombra de unos árboles en los que se protegían del sol mientras las bombas hacían su trabajo.

—¿Qué hay, jefes? ¿Buscando pepitas de oro?

—Como en el Lejano Oeste, Luna. A punto de forrarnos.

Era obvio que ahí no había gran cosa que rascar. Puso rumbo a las oficinas del parque. El director Perales podía ser de alguna ayuda, si es que ese zángano que solía revolotear en torno al alcalde con la mejor sonrisa ante los periodistas como él seguía teniendo hambre de relumbrón.

Y allí no había cordón policial. Luna pudo abrir la puerta entornada sin que nadie se percatara de su llegada. Unas voces llegaban desde el despacho principal, sin duda de Perales, y no precisamente relajadas. Un buen rapapolvo le estaba cayendo a alguien, por lo que pudo comprobar mientras se acercaba en silencio.

—… a robar. A eso es a lo que venís aquí. A robar lo que podéis y negarlo todo con esa vocecita de pobrecillos que ponéis. — Era sin duda la voz de Perales.

—No, señor director. Le juro que los iba a entregar, que yo se los traía a usted. — El acento era latinoamericano, posiblemente de Ecuador.

—Ya, ¿y por qué no los entregaste cuando te preguntó la policía?

—No los tenía, señor, los he encontrado después.

—Sois todos unos…

Luna decidió entrar, como quien llega despistado y no se ha dado cuenta de nada.

—¿Se puede?

—Hombre, Luna —Perales reaccionó bien, como esperaba —. Aquí estoy con un hijo de puta del servicio de limpieza, un hijo de puta al que le gusta robar. Winston Enrique, se llama.

—Encantado —dijo Luna, con sinceridad. La bronca que ese pobre hombre estaba recibiendo de un gilipollas como Perales le había hecho ganarse automáticamente su simpatía.

—Para servirle, señor —musitó el inmigrante.

—¿Para servirle? Así nos engañáis todos. «Para servirle, señor», con esa boquita de pobrecillos educados que solo queréis ayudar. Y luego a robar. Todo lo que podéis — Perales no daba tregua —. El «pobrecillo» este estaba robando los zapatos del muerto. ¿Qué te parece?

—No estaba robando, señor. Los encontré más tarde, en un matorral, ni siquiera sabía que eran del señor muerto, y se los traía a usted.

Luna observó el objeto de la discusión. Unas zapatillas Nike nuevas de buena talla lucían sobre un periódico en la mesa del director. Lo había oído por ahí. El cadáver había sido hallado

descalzo.

—Espérame aquí, Luna, supongo que querrás hablar. Y tú ven conmigo ahí fuera a entregarlos a la policía, a ver cómo se lo explicas.

Perales agarró las deportivas y salió con el muchacho ecuatoriano, tembloroso como una hoja. Luna sintió lástima por él. Se quedó merodeando con la vista en el despacho, observó las paredes, cargadas de fotos de Perales con el alcalde, con la presidenta de Madrid, con Nadal, con el rey… siempre fotos colectivas en las que había colado su falsa sonrisa, fotos de entregas de premios, medallas… Parecía un hombre dedicado a medrar y medrar, ese Perales. Entonces, por deformación profesional, Luna se fijó en el periódico que había quedado sobre la mesa, sobre el que habían posado las zapatillas. Quiso ver los titulares. Pero aquello no era uno de los diarios nacionales al uso, no reconocía ni la tipografía. No tenía cabecera, pues eran hojas sueltas del interior y afinando la vista pudo distinguir en la esquina superior: *Alba*. Era *Alba*, el periódico de los curas. No. No podía ser que Perales estuviera leyendo esto como quien lee *El Diario* o *El País* en su despacho, no era un periódico colocado para proteger la mesa de unas zapatillas sucias. ¡Era el periódico en el que estaban envueltas las zapatillas! Ahora lo vio claro. Estaba arrugado, incluso escrito, aquello era parte de una prueba que solo la idiotez de Perales había dejado fuera del circuito policial. Y no lo pudo evitar. Lo agarró, lo dobló, lo escondió en un bolsillo y salió de allí mientras el pulso acelerado le confirmaba que, además, seguía vivo. Muy vivo.

La familia Sánchez Gandarillas — o lo que quedaba de familia Sánchez Gandarillas — parecía una piña cuando los dos comisarios llegaron a verlos a media tarde. La puerta del piso estaba abierta y en el descansillo estaban despidiendo a un cura, un sacerdote clásico y mayor, con la sotana negra y cerrada hasta los pies, el alzacuellos en su sitio y con una calva mal tapada con cuatro mechones de pelo lacio traídos hasta la frente desde lejos, muy lejos.

—Adiós, padre, gracias por la visita y sobre todo por su consuelo — decía la madre.

—Gracias a usted, doña Carmen, y gracias por la comida. Ya sabe que rezo en todo momento por el pequeño Alejandro. Verá usted cómo entre todos — y señaló con el índice hacia el cielo — logramos que vuelva con nosotros.

Ay. María sintió un rebrote de urticaria en la médula espinal. El colegio de monjas al que había ido de pequeña solo le había dejado una inmunización parcial ante el clero. La alergia estaba dominada en su vida diaria, pero había secuelas, y un contacto inesperado con el factor alergénico podía desencadenar la crisis en cualquier momento y ser fatal. Ella y Carlos se miraron. Él logró ocultar una incipiente mueca de sorna — la conocía muy bien — y ella consiguió incluso saludar civilizadamente cuando la presentación se completó.

Afortunadamente, el padre aquel, con su sotana y su barriga llena, se fue de una vez.

José, el hermano mayor, de aspecto tristón, con un buen perímetro de cintura y una calvicie incipiente, les franqueó el paso mientras agarraba a su madre por el brazo y los acompañaba a la sala de estar. Sala de estar, así se llamaba en esos pisos antiguos al salón más elegante, al que nunca podían entrar los niños de la casa y que estaba solo reservado para las visitas más formales, más incómodas, aquellas que debían llevarse una buena impresión mientras hijos, primos y hermanos se tenían que conformar amontonados en la cocina o la salita.

El cura era apropiado para ese salón. Y los dos policías, desde luego que también.

María observó el escenario. El aire estaba denso y dominado por un olor ácido; prefirió no imaginar las costumbres higiénicas del cura. Dos cortinones — uno tupido de flores recogido en un anillo entre remaches dorados y otro de visillo — impedían ver el exterior y, sobre todo, que entrara al salón la hermosa luz exterior de media tarde que había vencido a las nubes en Santander. Esa tampoco está invitada aquí, pensó María. Numerosas fotos de familia abarrotaban los estantes: las había recientes, de bautizos y primeras comuniones de nietos; las había algo más antiguas, con los hijos y sus padres jóvenes en ropa de los ochenta; y las había en blanco y negro, de boda, muy formales, con el novio y la novia mirando atentos y serios a la cámara mientras ella agarraba el ramo de flores y él, a ella. Esta pobre mujer aún no ha quitado sus fotos de boda, pensó María, tantos años después del divorcio.

La señora de la casa se sentó en el centro del sofá, rodeada de sus hijos, tres varones y una mujer, que no la habían abandonado desde que Alejandro desapareció. Por el aspecto de los hermanos, estaba claro que este debía haber sido un hijo tardío. Las cuñadas se habían puesto de acuerdo para llevarse a los niños a la calle.

María y Carlos se sentaron en las dos butacas laterales, aunque la sala de estar era tan estrecha que, estar, estar, estaban casi de refilón. Ella le miró y él comprendió:

—¿Les importa que hablemos a solas con su madre?

María percibió un gesto cómplice de asentimiento de la hija, pero habló el mayor:

—Miren. Mi madre está muy afectada, no creo que le venga bien ni que les aporte nada quedarse sola con ustedes. — Por las fotos, José era físicamente igual que su padre, y estaba claro que había asumido su papel de jefe de la casa.

—No importa, José, no importa. Hablemos así si quieren — dijo la madre. Sus ojos parecían ya secos tras dos días de drama; estaba cansada, pero deseosa de responder a la policía, ahora que por fin parecían hacer algo por su hijo.

Y los cuatro hijos salieron.

—Disculpe, no prejuzgamos nada, pero cualquier detalle puede ser importante y todo podrá avanzar mejor si logramos hablar con cada uno de ustedes por separado. En una investigación es común que unos trasladen a otros sus impresiones, y es más conveniente que cada uno elabore las suyas por separado. Dígame, por favor. ¿Habían notado algo raro en los últimos días?

—Nada de nada. Álex es un alma bendita el pobre, es el pequeñín. ¡Con lo que ha sufrido el pobre en esta casa! — y Carmen se echó a llorar mientras se frotaba desesperada una mano contra otra; en el anular seguía el anillo de casada. María respondió a su mirada con un gesto comprensivo —. Mi marido hace tiempo que se fue, ¿saben? Álex era muy pequeño y lo ha llevado muy mal. Los demás son ya mayores y no es lo mismo, pero Álex… — su llanto era desconsolado.

—Comprendo. ¿Cree usted que tiene alguna relación… difícil? ¿Alguna relación más especial que otra? — preguntó, diplomática, María, dejando un margen amplio para la respuesta.

—Nada de nada. Los hermanos le toman el pelo: que si le ha llamado fulana, que si le viene a ver mengana, zutana… lo típico. Pero yo creo que nada formal con ninguna.

Desde luego esta mujer, pensó María, no tenía la menor idea de cómo era su hijo. De ahí no iban a sacar gran cosa.

—Dígame una cosa, doña Carmen — dijo María, intentando tratarla como parecía que a ella le gustaba ser tratada —. ¿Su hijo es religioso?

—Demasiado poco. Solo me acompaña a misa en Nochebuena y Todos los Santos. De las misas de domingo y del rosario, que rezaba de pequeñito conmigo, ya ni hablamos. Y se lo tengo dicho: que tiene que venir a la iglesia… — el llanto dominó de nuevo la conversación.

—Gracias —Carlos rompió el círculo vicioso —. ¿Nos puede prestar algunas fotos recientes?

La conversación con los hermanos no fue mucho más fructífera. José, el que tomaba la iniciativa por edad, aunque sin demasiada convicción, no se extendió demasiado. Salvo en lo que se refería a los estudios.

—Siempre le he dicho que si se dedicara a estudiar en vez de salir tanto, otro gallo cantaría. Ha sacado la ESO casi por casualidad, por su cara bonita, porque engatusa a todo el mundo. Y ahora — y reprimió un sollozo — y ahora, si Dios quiere que vuelva, ni siquiera sabe si va a seguir Bachillerato, o un módulo de FP… Está despendolado. Siempre le he dicho a mamá que le tiene malcriado, y luego pasa lo que pasa.

—¿Usted vive aquí con ellos?

—Vivo en el piso de arriba, con mi mujer y mis dos hijos. Así ayudamos a mi madre, desde que se divorció está sola, y hacemos lo que podemos.

—¿Y habían visto relaciones extrañas?

—¿Extrañas? Lo que no hay es ninguna normal.

Si María y Carlos hubieran sido perros de caza, en ese momento sus orejas habrían apuntado bien alto.

—Explíquese.

—Ninguno que trabaje, ninguno que estudie. Todo el día de juerga, todo el día con los modelitos y la música a tope, eso sí.

—¿Alguien de quien pueda sospechar?

—Aparte de vagos redomados, no.

No era gran cosa, la verdad. El concepto de «relaciones extrañas» que este hombre tenía no estaba muy al día. Pobre de él cuando sus hijos fueran adolescentes.

Los otros dos hermanos varones, Juan y Miguel, no aportaron mucho más. Ambos habían compartido un negocio de albañilería en los buenos tiempos, ambos se habían quedado en paro con la crisis y ambos habían vuelto a casa de su madre. Con esposa y un hijo cada uno, el paralelismo entre los dos era asombroso. La desaparición del pequeño había caído como un remate a la desgracia que padecían, para la cual no tenían la más mínima explicación.

La hermana de Álex, Leticia, soltera, parecía sin duda la más articulada de todos. Carlos la miró con asombro; era increíblemente parecida a María, guapa y reconcentrada, aunque más insegura. Y para ella, al menos, su hermano pequeño no era ningún angelito.

—Miren. Ni mi madre ni nosotros sabemos bien en qué anda mi hermano. Va y viene, viene y va, pasa la gorra con su madre y con nosotros y luego se larga de juerga.

—¿Y no saben cuáles son sus mejores amigos, sus relaciones más asiduas?

—Quiero que me comprendan bien. Ni las sabemos ni las queremos saber. Como habrán podido comprobar, mi madre no ha sido una mujer que pueda afrontar un divorcio con normalidad. Ha sido una ama de casa entregada, una esposa devota y una madre buena, pero que

mi padre la abandonara es algo que jamás ha podido superar. Ni superará. ¿Saben ustedes cuando alguien encuentra el límite de su sufrimiento, de sus penas? Pues ella lo encontró con su divorcio. Y hoy, ni la situación de mis hermanos medianos, que viven aquí amontonados con sus mujeres y sus hijos, ni mis problemas, ni las andanzas de Álex le interesan demasiado. Es como si estuviera saturada de problemas. Simplemente no le caben. ¿Me comprenden?

Claro que entendían muy bien la descripción. María sabía de sobra que algunas personas de carácter débil que han pasado una niñez muy protegida, aislada y de expectativas limitadas se ven sobrepasadas por problemas y cierran su mente a afrontar nuevas situaciones. Era una reacción muy infantil que suele contar con la complicidad de los que le rodean. Pero sabía también que la capacidad de asumir nuevas realidades es prácticamente ilimitada, y que quien no lo hace es por comodidad, por sucumbir a una limitación autoimpuesta y, en pocas palabras, para dejarse cuidar por los demás y trasladarles sus problemas. Por eso no sentía la más mínima compasión por aquella gente que miraba para otro lado mientras el pequeñín yacía en un estanque de Madrid.

Tampoco se le había escapado nada del relato, ni siquiera los problemas de la propia Leticia, pero no era el momento de profundizar. Y la psicología, como siempre, debía quedar fuera.

—¿Podemos ver el cuarto de Alejandro?

—¿El cuarto? Desde los doce años vive prácticamente con la abuela, o eso es al menos lo que queremos creer. Y con el regreso de los medianos se ha quedado sin habitación.

—¿Ningún ordenador, ningún armario propio?

—Tiene algunas cosas en el trastero: la tabla de surf, el equipo de buceo, hasta una moto acuática que sacó a mi madre el año pasado… les acompaño a verlo si quieren. Pero ¿ordenador, dice? Aquí no tenemos Internet ni por casualidad, es decir, ni por wifi. ¿No ha visto el vecindario?

No se habían cruzado con nadie al venir, pero solo su llegada al piso, situado en un bloque humilde de los setenta en una de las intrincadas cuestas de Santander, tras subir decenas de escaleras con alguna que otra bombona de butano a la puerta, lo había dicho todo.

—Leticia.

—Dígame.

—Una última cosa. ¿Cree que su hermano es religioso?

—¿Religioso? Ni hablar. Tiene mucha vida en torno al colegio, excursiones, campamentos, lo típico, pero religioso… lo dudo.

—Pues eso es todo por hoy. Si me puede dar su móvil para alguna otra consulta, por favor…

—Faltaría más, aquí está escrito — y le tendió una tarjeta sencilla, seguramente impresa en las máquinas que habitan las estaciones junto al fotomatón: Leticia Sánchez Gandarillas. Consultora. Y el número de teléfono. Ni una dirección de despacho, ni menos aún un *e-mail* —. Llámenme para cualquier cosa. Mi madre… ya saben.

—Está claro.

—Y una cosa.

—¿Sí?

—Vayan a hablar con la abuela. Ella… esa sí que está enterada.

—Es justo lo que pensábamos hacer.

Y tras despedirse de todos, salieron. Fue un alivio respirar de nuevo el aire puro, fresco y sano de Santander.

Números. Números sueltos, separados por guiones y aparentemente inconexos: 9-42-48-18-6-17-1-2. Podía ser un número de teléfono pero aquello tenía demasiadas cifras. ¿Un teléfono con una extensión? Podía ser. O podían ser tallas, pesos, medidas, la primitiva, ¿cuántos números tenía la primitiva? O tal vez nada. Luna lo miraba una y otra vez sin acertar a comprender por qué aquellos números escritos a mano en unas hojas de periódico habían envuelto los probables zapatos del muerto. Llamó a María. Otra vez apagado o fuera de cobertura. Observó los papeles, qué bajo habían caído los periodistas de la Iglesia. Se sonrió al ver la ilustración bobalicona del artículo principal, y recordó sus viejos comienzos en aquel periódico de la Conferencia Episcopal, el periódico de sus inicios. Cuánto luchó entonces por hacer periodismo del bueno, y cómo se estrelló una y otra vez contra aquellos manipuladores para los que la verdad era solo bienvenida cuando coincidía con sus intereses. Cuánto sufrió hasta darse cuenta de que debía emprender otro camino. Aún conservaba a su amigo de esos tiempos, a su antiguo jefe, que tal vez le podía ayudar. Hojeó de nuevo los papeles. Se trataba de un especial sobre familia católica donde habían destacado fotos y reportajes de familias de ocho, diez ¡y hasta catorce hijos! Posaban todos arreglados, los niños con flequillos engominados, las niñas recatadas, los padres de pie, las madres sentadas en el centro de la foto… ¿Tendría aquello algún sentido? Si aquellos eran realmente los zapatos del joven, ¿por qué su asesino no los había tirado al agua sin más? ¿Por qué los había envuelto con ese periódico? ¿Acaso les estaba dejando un mensaje?

Urgía hablar con el ecuatoriano que los encontró. O mejor aún. Urgía hablar con su viejo amigo.

Años de silencio no iban a borrar la gran deuda que atesoraba desde un pasado remoto.

5

La casa de la abuela no parecía fácil de encontrar. Carretera de Monte a la Maruca, les habían dicho. Una casita vieja y amarilla en el camino hacia Cueto. Con un pastor alemán. Ladra sin parar, pero no muerde. Carlos conocía bien la ciudad y sus alrededores, pero él mismo dudó en cuanto dejaron atrás las aceras y semáforos y penetraron en esa zona rural que había permanecido milagrosa y fantasmagóricamente al margen, atrapada entre mar y ciudad. La costa quedaba a la izquierda, rocosa, revuelta, el mar picado y el viento crónico. María entendió ahora por qué no era una zona turística ni muy habitada. Y la mole de pisos y más pisos, a la derecha. Extraña zona para un chico de diecisiete años que debe ir cada día al colegio en la ciudad. No está lejos, les habían dicho, un autobús le deja todos los días en la puerta. Y podía ser verdad. Pero aquello estaba aislado, casi frío en pleno verano, y una bruma neblinosa ascendía desde el mar. No quiero ni imaginarme lo que será esto en invierno, se dijo María. Pero era hermoso. Parecía realmente un paisaje inglés — praderas verdes, rocas, bruma y mar — pero urbanizado en España: somieres en vez de verjas, azulejos en las fachadas, alguna bañera a modo de abrevadero, enanitos y leones fieros de piedra aguardando a las visitas en los pequeños jardines robados a la maleza.

Mientras deslizaba suavemente su Mercedes por esas callejas, Carlos se había mantenido en silencio. Tampoco había hablado mucho en casa de los Gandarillas, contemplando sobre todo cómo actuaba María y admirando la soltura que había adquirido.

—¿Cuántos años tienes, María?

—¿Cuántos años? Treinta y nueve.

—Dios mío, cuarenta años vas a tener.

—Treinta y nueve, he dicho.

—Treinta y nueve, me da igual. Si eras una niña de teta cuando empezaste conmigo, no me lo puedo creer.

—¿Y qué pasa, que tú no has cumplido, vejestorio?

—Desde los cincuenta, ni uno he cumplido, ahí me he quedado.

Ambos rieron. Habían compartido muchos años en la comisaría principal de Madrid y, superados los primeros días de impacto, María jamás se había cortado un pelo en llamarle viejo, machista, homófobo y recomendarle terapias para resetear su mente carcamal cada vez que él intentaba ligar con ella u ofendía al universo con sus exabruptos. A veces habían llegado a discutir muy en serio. Pero el cariño era hondo y, cuando él sufrió el infarto, ella apenas se había separado de su cama en el Gregorio Marañón.

Era una historia común: policías de una pieza igual a policías solos. Ni una pareja al lado en

el hospital. Todo lo más una exesposa en algún rato y algún hijo bastante desconocido. Y pocos amigos. Ella iba directa a repetir esquema pero, era cierto, ya iba a cumplir los cuarenta y la soledad empezaba a ser una opción algo pesada.

—¿Ninguno aún lo ha conseguido?

—¿De qué hablas? —María no preguntó, casi escupió las palabras.

—Ya lo sabes. ¿Ningún hombre lo ha logrado?

—Mira bien. Vas a atropellar a esa anciana — y señaló a una mujer que caminaba por la carretera en bata y zapatillas.

—Ya sabes que no voy a atropellar a nadie — sonrió —. Salvo que con ello te hiciera cambiar de opinión.

—Idiota.

—Idiotas los hombres que te rodean. ¿Cómo es que ninguno ha sido capaz de tirar el muro de Berlín?

—Qué muro de Berlín ni qué… — María empezó a mover la cabeza de un lado al otro, se estaba cabreando —. No hay muros, hay una simple decisión. Libre y soberana.

—Que tienes que superar. ¿No te enseñaron con tanta mierda psicológica a superar los traumas? No veo que te apliques.

—Ya no soy psicóloga.

—A este paso tendré que serlo yo, ya ves.

—Pero ¿dónde coño vivirá la abuela esta?

—Donde Cristo perdió la boina, la hostia.

Y es que lo más parecido a la intimidad que ambos podían practicar no podía acabar sin un buen ataque de tacos.

—Joder —remató ella.

—La hostia —recalcó él.

Y ambos rieron de nuevo. Habían llegado al aparcamiento de un bar y no iban a perder la oportunidad de preguntar. Pero antes de salir del coche, él midió lentamente sus palabras, la miró y le dijo:

—He oído hablar de un informático listo, creo que el tío no está mal. Lástima que te mantengas en tus trece — y cerró con un portazo y una sonrisa en la comisura de los labios.

Disfrutaba haciéndole rabiar. Y era el único que se lo podía permitir.

Tras preguntar en un viejo bar y dejar atrás el pequeño cementerio vallado, Carlos atinó al fin con el camino y la casa de la abuela tomó cuerpo ante ellos. Era pequeña, de un amarillo tan envejecido que se había vuelto casi blanco. Una lagartija asomaba nerviosa de una grieta en la fachada. Geranios y pelargonios desafiaban al viento que subía de la costa y alegraban la vista en el camino que llevaba hasta la puerta; los había rojos, rosas, violetas o blancos; eran vigorosos, y los nuevos brotes emergían con una energía que parecía forzar a las flores plenamente abiertas a caer pronto, a admitir su sustitución por la nueva generación. El pastor alemán levantó fugazmente la cabeza, despertando de una siesta intensa, pero volvió a sumergirse en ella sin importarle lo más mínimo la llegada de los extraños.

Cuánto tiempo hará que los otros nietos no vienen por aquí. Este perro ni siquiera tiene ya fuerzas para ladrar, pensó María, que había estado temerosa por la descripción que le habían hecho del pastor alemán. Llamaron.

—Está abierto —gritó una voz desde el interior —. Hasta el fondo.

Como el viejo perro, la abuela parecía haberse desperezado lo justo para gritarles que pasaran y sumergirse de nuevo con la misma indiferencia en el tresillo. Ni siquiera se inmutó al ver a los dos desconocidos en su sala, ni cuando estos se identificaron como policías.

—Ya era hora de que vinieran por aquí — se limitó a decir.

María y Carlos se miraron. Les había caído bien.

—Nos gustaría que nos describiera la última vez que vio a Alejandro.

—Se lo dije ya a la mojigata de mi nuera, que se lo habrá dicho todo a ustedes: el jueves se fue por ahí con los amigos y no ha vuelto. Y eso nunca lo había hecho.

—¿Nunca?

—Ha podido llegar de madrugada de una juerga, a veces cuando ya me he levantado y le han caído buenas broncas. O quedarse a dormir en casa de su madre, que siempre le anda lloriqueando, aunque en esos casos siempre me ha avisado. Pero desde que los hermanos volvieron y perdió su cuarto, allí no se está nada de nada. Así que faltar días enteros, jamás. A mi niño le ha pasado algo, eso no me lo van a descubrir ustedes a mí. Yo ya lo sé.

Hablaba con amargura, pero era una amargura vieja, un fatalismo asumido, sin drama.

—¿Quiénes son sus amigos? ¿Quién cree que puede haberle visto la última vez?

—El rubio ese que anda con él, seguro que ya ha ido a llorarles como una niña, todo el día está moqueando y husmeando alrededor.

Ellos compartieron de nuevo mirada y pensamiento: esta mujer sabía mucho más que su nuera. Formaba parte de aquella generación de mujeres que a menudo parecía saber mucho más que la siguiente. Esas abuelas habían vivido la guerra y la posguerra y ahí lo aprendieron todo, pero se guardaron mucho de contárselo a sus hijas; estas solo habían vivido el franquismo y habían crecido ciegas ante las diferencias, las debilidades, las imperfecciones de un modelo que creyeron sólido y extrapolable a todos. Aquellas eran sabias; estas eran eso, mojigatas.

—Él tampoco sabe nada, señora. ¿Qué otras relaciones podía tener su nieto?

—Nada buenas. Por aquí iban y venían, le recogían en coche, en moto y, como le decía yo, cualquier día te van a recoger en avioneta. De día a la playa, al buceo, a la tabla esa. De noche él se arreglaba y de juerga. ¿Cómo quieren ustedes que controle yo al chiquillo? Es verano, ha aprobado… y es un buen nieto.

—¿Cree que es buena persona, no se habrá metido en líos?

—Creo lo que he dicho: que es un buen nieto. Siempre con una sonrisa, siempre con una atención: «¿Te llevo el café, abuela? ¿Te hago los recados? ¿Te friego los cacharros? ¿Te traigo el chal, abuela, que te vas a resfriar?». Cuando era más pequeño y hacía mucho frío se metía en mi cama para darme calor, decía. Y yo le abrazaba y le frotaba los brazos y la espalda hasta que se dormía… — ahora sí se entrecortó su voz, pero ninguna lágrima surcó entre unas arrugas que parecían haber conocido muchas —. Una pena, una pena de chiquillo.

—¿Le ha notado algún cambio últimamente?

—Pues sí. Él seguía igual con sus atenciones — «abuelita mía, qué te llevo», y todo eso, hasta me había prometido una cocina nueva que fuimos a ver porque esta de carbón ya no tira

bien — pero estaba diferente.

—¿Diferente, cómo?

—Diferente. Nervioso, triste, serio, no sé, diferente.

—¿Desde cuándo?

—Desde fin de curso. Podía ser por dejar el colegio, pensé yo, pero ahora veo que me equivoqué.

—Una pregunta, señora. ¿Le dice a usted algo esta imagen? — María le mostró la foto de la corona de espinas sangrante sobre los dedos abiertos, que había aislado cuidadosamente del cadáver hallado en Madrid gracias al *photoshop*, y que había imprimido antes de coger el avión.

La abuela lo miró atentamente, se llevó una mano al pecho y dijo con un hilo de voz:

—Es su tatuaje, me lo enseñó una vez.

Su voz se ahogó mientras con la mano se golpeaba en el pecho.

De golpe, había comprendido que aquellos policías tenían algo más que una hoja en blanco, que no partían de cero y que su convicción de que había ocurrido algo fatídico estaba ya confirmada. Y, ahora sí, rompió a sollozar.

Funcionó. Llevaban años sin llamarse y décadas sin verse desde que compartieron la experiencia más cruda que había sufrido Luna en sus inicios, cuando la censura y la manipulación le forzaron a madurar de sopetón. Aquello estaba olvidado, la costra hacía mucho que había curado e incluso le había servido para forjar su andadura y un orgullo ciego que solo la insolencia de un jefe de Personal le intentaba hacer tambalear. Pero si lo pensaba un poco — y estos días de jubilaciones y despidos no era poco precisamente lo que se dedicaba a pensar —, se daba cuenta de que la espina de aquel episodio seguía necrosada bajo la costra espesa. Por mucho que hubieran pasado cuarenta años.

Pero hoy, había funcionado.

Quevedo, su viejo colega, su primer jefe, no solo no se había sorprendido de su llamada.

Le había contado una historia.

Le había contado detalles. Interesantes detalles. Casi todos los detalles.

Le había dado un nombre.

Y le había dejado una pregunta.

Esta pregunta:

—¿Hay precedentes?

—¿Cómo? —había reaccionado Luna.

—Sí. En el parque. ¿Has indagado si hay precedentes?

Y aquella no podía ser una pregunta casual. Así que, pensó Luna, tenía aún muchísimo que hacer. Definitivamente tenía que espabilar.

La habitación de Alejandro era la fotografía perfecta de lo que puede llegar a ser el universo de un adolescente, de un adolescente libre, tal vez demasiado libre. Situada en el altillo, al que se accedía por una escalera de madera muy pindia, la habitación era grande, soleada por un par de ventanales viejos que prometían también bastante frío en invierno. El suelo estaba incluso algo

inclinado, a falta de una buena reforma en un mundo ideal de arquitectos e ingenieros que no era, desde luego, el mundo de esta casa. Un póster firmado por Gasol observaba desde el techo abuhardillado, junto a otros de Melendi, Bunbury y una copia de *El Grito* de Munch. Todos ellos estaban ya amarilleados, deteriorados, debían pertenecer a alguna otra época y por pereza seguían allí.

Sobre la cama, en una caja, una camiseta de la selección, de Iniesta, tal vez un regalo sin estrenar. En la pared no había hueco que no estuviera libre, asaeteada como estaba por chinchetas que intentaban retener la vida de Alejandro: fotos de colegio, fotos de excursiones, de amigos y amigas haciendo el idiota, con comentarios escritos sobre una u otro a modo de bocadillos de cómics: «Estoy loca por tiiiiiiiiiiiii», «deja deagarrarmeelculooooooooooooo», cuernos dibujados sobre algún amigo y chorradas por el estilo. También había trípticos de buceo o algún gimnasio, entradas de conciertos, recuerdos de excursiones, alguna medalla colgada, diplomas de vela, socorrismo, surf y tiro con arco. En todas esas fotos se veía a Álex más pequeño, con trece o catorce años, diferente del chico ya muy masculino, de cuerpo más desarrollado, que habían percibido en las más recientes. En el lado más abuhardillado de la habitación había pesas por el suelo y algún paipo. El cuarto no estaba ni muy sucio ni demasiado desordenado, a pesar de que era improbable que la abuela subiera por ahí, pero tenía un aire indefectible de refugio con su propio orden interno.

María volvió a la zona de las fotos, en torno al ordenador que el chico tenía sobre una mesa, para repasar lo que veía. De alguna forma, la mayoría de estas fotos mostraban a un chico feliz, de gesto ilusionado, adolescente, frente a las fotos más secas, sin alma ni calor, que les había dejado su madre: Alejandro con su madre, Alejandro con sus sobrinos, Alejandro con sus hermanos, Alejandro el día de su graduación… En estas paredes estaba un chico con brillo en la mirada; en aquellas un buen hijo, un correcto hermano y un tío joven y supuestamente guay, pero ninguna emoción.

María observó una foto pequeña y más antigua, con menor precisión y escasa calidad, con la imagen de un hombre sonriente que miraba a un punto lejano, a un niño pequeño que se tambaleaba intentando caminar hacia él. El mismo hombre, diez años mayor, estaba en otra foto en la que también posaban Alejandro y su abuela en delantal. De la abuela había muchas más. Su cara arrugada, su cara cabreada, su cara haciendo el gesto de que no le sacaran más fotos, y siempre con el mismo delantal. Sin duda aquel hombre debía ser su hijo, el padre de Alejandro, y no había mucha comodidad en los gestos. En ellas, Álex volvía a ser el chico frío.

David también era un habitual en la pared: David sonriendo, David sacando la lengua, David en Picos de Europa, David en la playa, David siempre con una melena rubia, a veces recogida en coleta, a veces suelta… David siempre feliz.

Y luego estaba la mesa, el ordenador. Este disco duro va a ser una mina para Tomás, pensó María. Más allá de una pegatina con la lengua de los Rolling y otra de Bob Esponja y Calamardo pegadas sobre la carcasa, no había aparentemente nada allí.

La comisaria palpó los perfiles del ordenador, la pantalla, el disco duro. Quiso encenderlo, pero los botones no obedecían. Extrajo la balda rodante sobre la que reposaba el teclado y el ratón; todo parecía normal. Le dio la vuelta al teclado, nada extraño por ahí. Los botones seguían sin obedecer, el ratón estaba muerto; no importaba, ya se encargaría Tomás. Intentó devolver la balda a su sitio, pero algo le impedía replegarla hasta su tope. Lo intentó de nuevo y no lo

consiguió. Se agachó para ver qué pasaba. No se veía nada en esa zona oscura y estrecha. Alargó la mano entre la mesa y su balda y, estirando al máximo los dedos, topó con algo grueso que obturaba los carriles. Tiró de aquello. Estaba fuertemente enganchado, parecía una carpeta abarrotada de papeles. Metió el otro brazo —buena era ella —; se impulsó con todo su cuerpo hasta que al fin, mientras ella rodaba aparatosamente por el suelo, aquello salió.

—¡María!

—Estoy bien.

Lo tenía. Era un archivador. De gomas. Sobre la cubierta, una fila de enigmáticas iniciales y una anotación: *bedel*.

—¡María!

—Que estoy bien.

Arrodillada en la alfombra, la abrió. Una galería de fotos abarrotadas de escándalo se desparramó a sus pies. Estaban impresas en grande, en color, y retrataban inmisericordemente una cruda intimidad que la asaltó desde el suelo. El primer vistazo rápido la golpeó en los ojos como un vómito incontrolado.

—¡María!

Ella no le prestaba atención. Estaba ante una enorme colección de fotos acreedoras de la mayor dosis posible de oscuridad.

O de un triturador de documentos.

O del contenedor de la basura.

O de una hoguera.

O de la sección de delitos de pornografía infantil.

Vaya con el angelito.

—¡María!

—Esto es gordo, Carlos.

Pero él estaba a lo suyo, señalaba fijamente a la pared.

—Mira esto.

Al fin María le miró. Carlos rondaba las fotos pegadas a la pared y señaló la del hombre que parecía ser su padre, con la abuela y con Alejandro.

—¿No ves nada interesante aquí?

Ella dejó por un momento el repugnante botín y se aproximó al fin. Afinó la vista y la fijó sobre el padre. ¡Cómo se le había podido escapar! En su camiseta blanca, en pequeño, en el lado del corazón, estaba la imagen de una corona de espinas como la del tatuaje. Y unas letras imposibles de distinguir.

Iban a necesitar una buena lupa para verlo bien.

Y unas buenas copas para digerir todo ese material.

6

Imposición. Obligación. Contra mi voluntad. Era el recuerdo más suave que le venía a la mente cuando rememoraba sus años de colegio. «Rezad para que no gane Mitterrand, aquí en la iglesia, pero también en la cama, cuando os vayáis a dormir. Rezad, hijas mías, para frenar el socialismo que está a punto de ganar en Francia. Rezad por el generalísimo Franco, que en paz descanse. Rezad por el rey, para que encuentre el camino acertado para que no triunfe el comunismo. Rezad por los confundidos del mundo. Rezad por los pobres».

Y niña obediente como era, allí estaba ella en la cama intentando recordar los nombres diabólicos — ¿Miferan, Mitesan, cómo se llamaba ese demonio? — que habían dicho los curas y que entre todas debían desterrar con sus rezos. «Si cada una reza un poquito al acostarse, día tras día, entre todos lograremos llamar la atención de Dios y frenar la maldad».

Pero ese Mitterrand ganó sin que valiera para nada el esfuerzo realizado por cientos de chiquillas en su cama por la noche. ¿O acaso no habían hecho lo suficiente? ¿O en el fondo todas se iban quedando dormidas mientras recordaban a qué habían jugado hoy o qué iban a pedir a los Reyes? Siempre quedaría esa duda.

Y eso era lo más suave que podía recordar María.

—Vayan a hablar con el cura, el cura de la familia.

La frase le retumbaba ahora en la cabeza, tendida en la cama del hotel que había reservado *in extremis* en lugar de regresar a Madrid. En una tienda playera había logrado un par de camisetas y ropa interior. Ninguna esperanza de encontrar un cargador de móvil, que hacía rato había fallecido, pero de eso se iba a ocupar Carlos. Ambos se habían dado una hora de descanso antes de salir a cenar, si es que algún restaurante iba a sobrevivir abierto al partido. Así que se dio una ducha, se vistió, se asomó al balcón con vistas a una bahía bella e iluminada, se tumbó en la cama y repasó las últimas palabras de la abuela al despedirse:

—Vayan a hablar con el cura, el cura de la familia.

El cura de la familia. Aquel de los mechones lacios sobre la calva, que había señalado al cielo para confiar en el regreso de Alejandro, como otros antes confiaron en el cielo para frenar el socialismo. Aquel que acababa de llenar la barriga en casa de los afectados, como el Padre Saturnino cuando iba a su casa algún domingo. ¡Cómo se reía entonces con sus hermanos! El Padre Saturnino se dejaba caer por ahí, sin invitación alguna, y su madre se volvía loca para improvisar alguna comida más suculenta, para sacudir el mejor mantel, comprobar que no tuviera migas y para que todos se arreglaran un poco mejor. Cuando alguna vez algún hermano

que jugaba en la calle le veía llegar, se lanzaba a correr sin ser visto para gritar desde la escalera: «¡Que viene el Padre Saturninooooo…!». Y entonces sus padres les obligaban a recoger a toda prisa para hacerse los sorprendidos cuando sonara el timbre y ante sus ojos se presentara ese sacerdote viejo, de nariz y barbilla curvas, sotana negra y bastón, pariente de otros parientes.

Entonces la conversación en la comida solo giraba en torno a él. Padre y madre se esforzaban en interesarse por la vida en el convento y por los familiares comunes después de que él bendijera la mesa, y ellos bajaban la vista tras las manos cruzadas como si de verdad les interesara la oración que él estaba dirigiendo. Ahora recordaba lo difícil que era para ella y sus hermanos contener la risa cuando en verano las gotas de sudor le empezaban a perlar la frente, le iban resbalando por las mejillas y seguían su camino indefectible hasta la barbilla, donde aún zozobraban un rato antes de caer sobre la sotana sucia. Era el momento glorioso, cuando todos tenían que salir en estampida hacia el baño, a por el pan, la sal, la jarra de agua o cualquier otra excusa medianamente creíble sin poder contener la carcajada explosiva que se revitalizaba a escondidas, ya todos en el pasillo.

—Vayan a hablar con el cura, el cura de la familia.

Iba a ser lo primero que hicieran por la mañana. Pero de momento había que cenar y cargar el móvil. Y ya era la hora. Carlos la esperaba en recepción.

Tomás había pasado la tarde luchando con el Nokia que le había dado María, probable prueba en un caso de homicidio. No era la primera vez que se había movilizado en domingo para acelerar algún asunto urgente, pero sí era la primera vez que lo hacía en un domingo de julio, y tardó poco en darse cuenta de que iba a ser más difícil de lo que creía. Aquello estaba desierto y la famosa Brigada de Investigación Tecnológica que él ahora coordinaba era, dijeran lo que dijeran las noticias, la suma improbable de cuatro gatos y tres máquinas, hoy apagadas. La sección más puntera de la policía solía brillar en los telediarios como responsable de los éxitos más sonoros: redes de pornografía infantil desarticuladas, robo y clonación de tarjetas de crédito desde ordenadores de Oregón o Beirut que a veces lograban pillar o algún escurridizo *hacker* que habían conseguido atrapar. Pero Tomás sabía que las cosas salían adelante casi por casualidad, porque una conexión a Internet y un indicio de delito les bastaba, a él y a otros locos como él que estaban por allí, para sacudir a toda la red de *frikis* de las policías amigas y, echándole imaginación y muchas horas, pillar a algún desalmado. Cuestión de voluntad.

Hoy, para destripar el móvil que tenía en la mano no necesitaba gran cosa, pero lo que necesitaba no estaba en funcionamiento, así que tras varias horas perdidas, no había más remedio que probar suerte con una llamada.

—Enrique, ¿te pillo bien?

—En Seychelles.

—No jodas.

—Pues no, la verdad. Estoy ni más ni menos que saliendo de la piscina de Usera. Me tocaba con los niños y estábamos en remojo.

Bien. Enrique, su mejor contacto en las empresas telefónicas, no le iba a fallar.

—Necesito un favor. Tengo una tarjeta de móvil que me tienes que identificar. Hoy.

—Cómo os gusta a los polis esto de los favores desde que tenéis la ley a la medida —Tomás calló. Sabía que Enrique tenía razón; desde el atentado del 11-M todos los móviles y tarjetas de móvil debían estar registrados a nombre de su dueño. Y eso había agilizado mucho las cosas —. En fin. Dame un rato, entrego los niños a su madre y estoy contigo.

—¿Cuánto tiempo crees que necesitas?

—Tomás… que ya voy. Si al fin y al cabo, no tenía ningún plan para el partido.

Ay, el partido. Adiós, cena; adiós, partido. Y mientras le esperaba y cancelaba la cita con sus amigos, él iba a avanzar. Conseguir la contraseña de ese móvil no debía de ser muy complicado.

Carlos y María eligieron la única terraza abierta que encontraron en el Sardinero con mesas para cenar. Algunos restaurantes habían cerrado, conscientes de la imposibilidad de tener clientes a tres citas de la final del Mundial, y otros habían preparado las mesas y los menús en torno a grandes televisores. Había uno incluso que se había declarado «el bar que da la bienvenida a los enemigos», para «suizos, chilenos, holandeses, portugueses y otros rivales dispuestos a cambiar de bando». Sus armas: tortilla de patatas, chorizos, morcillas y sangría, todo en barra libre a veinte euros. Los turistas se asomaban por acá y por allá, curiosos y risueños ante el ambiente de banderas españolas que había tomado la ciudad, y solo unos americanos despistados se sentaron en la terraza junto a los dos comisarios, ajenos a la movilización general que había provocado el Mundial.

—Ahora tenía que estar yo con mi familia en Alcobendas, viendo el partido y digiriendo aún la paella de mi madre — comentó María.

—¿Cómo está?

—¿Quién?

—Tu madre, claro. ¿Cómo está? — insistió Carlos. Ya lo sabía. A María nunca le gustaba hablar de sus cosas y la muerte de su padre tampoco era una excepción.

—Saliendo del hoyo. Al menos hoy está rodeada de los suyos. — Un murmullo colectivo alrededor hizo intuir una oportunidad de gol, pero se desvaneció y María siguió —: De casi todos los suyos. ¿Y tú? ¿Cuál era hoy tu plan?

—Mejor no te lo cuento. —Carlos sabía lo que se estaba ahorrando: ver el partido solo, gritando al televisor y abrazando a un cojín en caso de gol.

—¿Cómo estás?

—Espléndido, la verdad. —Carlos no iba a reconocer tan fácilmente la alegría que sentía al estar aquí con ella, la que fue casi su becaria, afrontando un caso complejo e intenso, como en los viejos tiempos.

Los salmonetes de roca los observaban ya desde la mesa; a ellos les traía sin cuidado la intensidad del caso. Se sirvieron.

—Va a ser difícil este caso. ¿Cómo lo ves? — preguntó María.

—¿Cómo lo ves tú? Es tu caso y yo soy ya casi un jubilado.

—Venga ya. Dime qué opinas.

—Tienes un fiambre en el Anatómico Forense de Madrid con un tatuaje que la abuela ha reconocido.

—Ha reconocido el tatuaje, no a su nieto.

—Bien. Mañana organizaremos el reconocimiento formal. Y tienes una carpeta con fotos del chico follando con un montón de tíos distintos. Creo que él los chantajeaba y que uno de ellos se ha enfadado, está cantado.

—Demasiado fácil ¿no crees? Tú siempre me decías eso.

—Y qué crees que iba él a hacer con el material, ¿felicitaciones de Navidad?

María no pudo evitar reír.

—¿Te has fijado en la pinta de esos maricones? — siguió Carlos.

—Carlos…

—Perdón. ¿De esos tíos?

—Lo justo. Y solo te digo una cosa: no eran precisamente de su edad.

Un grito colectivo atronó en ese momento desde todas partes y hasta los americanos se levantaron del susto ante el gol. Los vítores de alegría salían desde todas las ventanas, desde los bares y terrazas que habían instalado pantallas. ¡Villa, Villa! El asturiano había roto el empate y la esperanza volvía a la calle, junto a los pitidos de los coches y cohetes desde todos los rincones de la ciudad. Una cascada de fuegos artificiales sembró la playa de intensos colores.

—Ven para acá. —Y Carlos achuchó a María con fuerza mientras ambos botaban por el gol —. Eres mucho mejor que un cojín.

Lo tengo. Lo tengo.

Tomás apretó los puños con el rostro concentrado, satisfecho.

Lo tengo. Te tengo, amigo.

El cacharro aquel había empezado a funcionar. Había costado mucho aquella puñetera clave. Pero la tenía. El Nokia ya estaba iluminado, la agenda bailaba en el móvil mientras la descargaba en el ordenador y el resto iba a ir rodado. Había 543 contactos, ni más ni menos. Abuela, Acanto, Amparo… Vamos, vamos… Carlos, Carmen, Casa, Caterina… Bien.

Casa. Vamos a llamar a casa. Llamar.

Nadie.

Lourdes, Lucas, Mamá, Manuel.

Mamá. Llamemos a mamá. Dios, esta es la parte que menos le gustaba de su trabajo. Las máquinas, los ordenadores, las redes de colegas policías… con ello no había problema. Pero las personas, las víctimas, los criminales, ese era un terreno mucho más difícil.

Un solo timbre bastó.

—¿Hijo?

—…

—¿Hijo? ¿Dónde te has metido todo el día?

—¿Señora?

—¿Quién es? ¿Quién es usted?

—Disculpe. Soy agente de la Policía Nacional. Alguien ha encontrado este móvil y por eso la estoy llamando… ¿Y usted quién es?

—Soy Teresa. Teresa Pescador. ¿Quiere decirme dónde está mi hijo?

Nadie les iba a librar del cava que el camarero acercó en un portabotellas helado con dos copas mientras señalaba a los americanos.

—Cortesía de los señores.

Ambos turistas, hombre y mujer de unos setenta años, alzaron sus copas y les sonrieron con su dentadura perfecta y el alma entregada.

—*Congratulations*, felicitaciones a los *championes* del mundo — dijo el hombre.

—Todavía no, todavía no.

Carlos intentó explicarles que aún había que ganar dos partidos más para lograr la Copa del Mundo, pero el precario español de los americanos combinado con el nulo inglés de Carlos lo hacía misión imposible. María reía. Era el primer momento de relajación desde que, muy temprano, la llamada de Esteban la había arrancado de la excepcional normalidad.

El gol que había atronado Santander también había atronado Madrid, y a pesar de que la comisaría era gigantesca, de que la Brigada de Investigación Tecnológica estaba perdida en la quinta planta de un edificio que parecía muerto y de que Tomás seguía bloqueado mirando al móvil con el que acababa de hablar con una madre a punto de entrar en erupción, el estruendo de los cohetes también se coló hasta allí.

—Debemos de haber metido un gol — dijo abstraído, sin quitar la vista de la pantalla del móvil.

—¿Un gol? Yo sí que tengo aquí el gol. — Y Enrique se levantó como un rayo, lanzando su silla de ruedas rodando hasta la pared —. Lo tenemos, tío, aquí está papá.

Tomás tomó el papel que le tendió Enrique y se pasó el brazo por la cara para enjugarse el sudor que manaba de su frente. Ni por asomo necesitaba gafas de cerca para leer, pero lo que vio le hizo agudizar la vista para concentrarse en el nombre como si estuviera cegato, una y otra vez. Ahí estaba: Samuel Gómez Pescador. Nacido en 1994 en Madrid. Móvil a nombre de su madre, Teresa Pescador. Con domicilio en la plaza Elíptica de Madrid.

Era urgente telefonear a la comisaria Ruiz.

Carlos no había terminado de pagar la cuenta, que incluía un par de copas de orujo de Liébana para los americanos, cuando recibió una llamada en el móvil.

—Carlos Fuentes.

—Soy Víctor.

—Víctor ¿cómo vas? ¿Has logrado ver el gol?

—Comisario, tenemos un aviso importante.

—Escupe.

—Unos turistas han hallado el cadáver de un joven.

—¿Un cadáver? ¿Dónde?

—En la playa. Ahogado.

María salía del baño, se había pasado el peine por la melena y pintado los labios. Estaba lista para una copa antes de dormir.

—¿A dónde me vas a llevar?

Carlos le arrojó una mirada grave y sin contemplaciones.
—A la comisaría.
—¿…?
—Ahora tenemos dos.
—¿Dos? ¿Dos qué?
—Dos cadáveres, María. Ahora son dos. Y, si no me equivoco, con el mismo tatuaje los dos.

7

El viaje hasta Oyambre, la playa en la que había aparecido el cadáver, lo iniciaron en silencio, él centrado en la carretera y ella en su móvil al fin recargado. Su lado de la autovía estaba prácticamente desierto y solo el contrario estaba atestado de coches que enfilaban hacia Santander a base de acelerones, pitidos y banderas por las ventanillas, para celebrar la victoria.

—Por qué será que siempre vamos en dirección contraria a los demás mortales — pensó Carlos en voz alta.

—Dios mío, veintinueve llamadas perdidas, no quiero ni contar cuántos mensajes tengo.

Y por fin llamó a Esteban:

—¿Dónde te habías metido? Te hemos llamado mil veces.

—Lo sé, lo sé, hasta ahora no he podido recargar la batería.

—María, tenemos el nombre del dueño del móvil, es un chaval de Madrid que no ha vuelto a su casa desde ayer. Samuel. Samuel Gómez Pescador.

—Tomás se ha portado, ¿verdad?

—Claro, como todos. —A Esteban le fastidiaba el embeleso de su jefa con el tal Tomás. Todos los demás se podían descornar un domingo con el mismo caso, pero unos parecían descornarse más que otros —. La madre está viniendo ahora hacia comisaría, desolada. Creía que el niño estaba de juerga y no había denunciado la desaparición.

—¿Cómo va el drenaje?

—Avanzando, pero queda, queda. No se han movido de allí, pero nos piden paciencia.

—¿Y la autopsia?

—No es definitiva.

—¿Qué quieres decir?

—Eso, que no es definitiva.

—Venga, estírate. —María no iba a irritarse, sabía que Esteban no iba a perder la oportunidad de hacer su culebrón y quiso brindarle su momento de gloria.

—Piden hasta mañana.

—Ya ¿y?

—Que no han terminado.

—¿Y? Algo tendrán.

—Aún les falta pesar los órganos, dicen.

—Venga, algo tienen.

—Sí.

—Cuéntame o la batería se va a volver a descargar.

—Muerto por estrangulamiento. El agua que hay en los pulmones es posterior al deceso.

Lo que había imaginado. Fue estrangulado en la cabina del barco, llevado hasta el agua y sumergido. El asesino estaba en forma, muy en forma.

—¿Y el viaje a Santander al menos te ha servido para algo? ¿Has visto a Carlos?

—Claro que sí, estoy con él.

—¿Habéis visto el partido?

—Lo que estamos a punto de ver es otro cadáver ahogado y con el mismo tatuaje. — María le resumió los detalles —. Esteban.

—Dime.

—Cuando llegue la madre del chaval… ¿no tenemos un psicólogo de guardia? — María recordó sus viejos tiempos, cuando intentaba imponer un poco de humanidad en el trato a las víctimas en todo aquel mundo de insensibles. Primero había que consolar, calmar, empatizar con el familiar de una víctima, y una madre ante un menor muerto era sin duda lo más difícil a lo que un agente se podía enfrentar. Y a la vez había que conseguir información para actuar con rapidez. Lamentó estar lejos.

—Claro, acaban de convocar la plaza y hoy han jurado siete, no te…

—Bueno, bueno, Esteban. ¿Quién la va a recibir?

—Pues Tomás y un menda, si le parece a usted bien.

Vaya papelón para Tomás, pensó, un policía informático que parece intimar más con el *software* que con cualquier ser humano y que iba a recibir a la madre de este chico muerto. Y Esteban, con esos humos.

—Esteban.

—Sí.

—Ya lo sabes: lo primero es el consuelo. Ofrecedle ayuda psicológica y mañana veremos qué inventamos. Preguntadle a quién puede llamar para que vengan a buscarla, para que no esté sola. Y en cuanto veáis que puede hablar, preguntadle por la corona de espinas y los dedos, es posible que ni sepa que su hijo tenía ese tatuaje, pero que cuente sus relaciones, su colegio, lo que sepa. Si conoce a Alejandro Sánchez Gandarillas. Ya sabes: poco a poco.

—¿Algo más? Si quieres vuelvo a la academia para empezar de nuevo.

Vaya humos.

—Esteban.

—Sí.

—Venga tío. Al fin y al cabo queríamos un caso para animar el verano ¿no?

—Si tú lo dices.

—Me lo dijiste tú esta mañana, ¿recuerdas?: «¿No queríamos un caso para animar el verano?». Y yo te dije: «¡Qué bestia eres!». Pues ya lo tienes.

—Con lo bien que estábamos tranquilos.

—Pues eso. A triunfar. Cuidad a esa madre. Y da un abrazo a todos los chicos.

—¿Incluido a Tomás? —pasado el enfado, Esteban se permitía incluso vacilar.

—Vete a la mierda.

—Jefa.

—¿Sí?

—Supongo que has olvidado a Luna.

—Joder. —Luna era uno de los que más llamadas perdidas había dejado en su móvil.

—Pues él no se ha olvidado. Y está a punto de cerrar la edición.

—Ok. Llámame luego. Me cuentas lo de la madre y yo te cuento lo que me voy a encontrar en la playa. Aunque algún año de estos habrá que irse a dormir.

—Adiós. Y saluda a ese mamón que tienes al lado.

Javier Luna. Había olvidado por completo al periodista que podía convertirse en una pesadilla si no estabas de su parte. Las televisiones y otros medios habían divulgado la noticia del parque, pero si la única fuente que tenían era el idiota ese que lo dirigía, podía estar tranquila, iban a barbotear tonterías sin sentido, informativo tras informativo.

Pero Luna era de otra pasta. Ese era capaz de levantar hasta la última piedra antes que sus policías o de contar la autopsia como si la hubiera realizado él mismo. Más de una vez, sobre todo al principio, había leído el resultado de la autopsia con detalle en *El Diario* antes de que llegara a sus manos. Pero eso era en los tiempos en que ella hacía caso a los forenses y esperaba religiosamente a que le enviaran el informe oficial, vía judicial, tras escuchar con respeto reverencial todas las razones sobre el tiempo que necesitaban para llegar a resultados médicamente concluyentes con la precisión necesaria. Y con la cadena de mando. Gilipolleces. En aquel entonces, tras creerse esa milonga, recibía al día siguiente una bofetada en su orgullo al ver publicado en la prensa el resultado de la autopsia que a ella le habían negado por razones médicas. Todo ello antes de que Hernández y Fernández se convirtieran en aliados rápidos, fieles y mudos. A veces se hacían de rogar, pero filtrar, no iban a filtrar nada.

Pero había muchas más fuentes a las que tocar y por eso lo mejor era tenerle de su lado. Así que: Contactos. Luna. Llamar.

—¡Hombre! ¡La señora está viva! — reprochó Luna.

—Más viva que otros —se permitió bromear. Con el tiempo había aprendido a sortear mejor las conversaciones de machotes.

—¿Otros? —no se le escapó a Luna el plural.

—Es un decir.

—Bueno, comisaria, ¿qué tenéis?

—Mucho cansancio ¿y tú?

—Entonces tengo más que tú. Porque tengo la noticia.

—Y pedazo de noticia. Con el gol de Villa ya no necesitaréis más — probó a vacilar.

—No, no. El gol de Villa… eso ya lo tiene todo el mundo. Yo abro el periódico con el joven muerto en el parque.

—¿Y? Ya lo he visto en todas las televisiones.

—Con su identidad.

Alarma. Hora de dejar de jugar.

—¿Con qué identidad? —María tanteó. Puede que Luna fuera de farol.

—Con su identidad.

—No jodas. Hay una madre en este momento a punto de reconocerlo.

Luna sonrió, ya tenía algo más.

—Pues yo tengo aquí una identidad completita: Alejandro Sánchez Gandarillas, menor.

—Ya puedes parar eso porque te estrellas. — Quién habría sido el condenado soplón. Este Luna tenía más tentáculos que el pulpo Paul.

—¿Me lo desmientes?

—No solo te lo desmiento. Te estoy haciendo un favor, porque te estrellas. No es ese chaval.

—¿Y quién es?

—Mira, Luna. Tú confías en mí y yo puedo confiar en ti ¿verdad? Así lo hemos hecho varios años.

—Lustros.

—Pues eso. Paraliza inmediatamente eso, porque no es así. Y mañana te prometo, no un muerto, sino dos.

—¿Cómo?

Y la batería se agotó otra vez. María tiró el móvil al fondo del bolso. Sabía que, con Luna, eso bastaba para cerrar un trato. Luna era un águila, pero no un buitre. Y él también sabía que, en caso de duda, era mejor estar al lado de la autoridad. En ese frente, podía estar tranquila.

Una playa es a primera vista un paraíso, pero adquiere un aire tenebroso cuando lo que queda es el ruido de las olas, el brillo de la luna, el reflejo de los nubarrones y no hay siquiera luces para iluminar los pasos. De noche la playa impone, y esta playa, inusitadamente extensa, despoblada bajo los acantilados y bañada por un mar Cantábrico sonoro y helado parecía aún más desolada. Si añadías además la visión lejana de unas sirenas rotando calladamente sobre un coche aparcado de la policía y los reflejos de potentes linternas que un grupo de hombres mantenía encendidas en torno a un cuerpo que yacía en la arena fría, sentías que estabas definitivamente ante el lado oscuro. Solo el uniforme rojo de los dos socorristas que habían estado de guardia esa tarde, un hombre y una mujer, proporcionaba un poco de color a la escena. María, ahora destemplada en su camiseta fresca de verano en la noche de Cantabria, y Carlos, inmutable como siempre y con un cigarrillo al abrigo de su bigote, observaron sin gestos de sorpresa el cadáver.

—Lo habrá devuelto la marea — dijo el chico de Cruz Roja, que no debía de haber cumplido veinte años —. Tal vez se ahogó anoche o esta mañana, y ahora el mar lo ha devuelto.

—Ya. ¿Vestido y con DNI? —dijo Carlos, que agachado ante el cadáver había encontrado ya la documentación.

María pidió unos guantes, se inclinó ante el cuerpo recostado y, ante la sorpresa de todos, fue directa a descubrirle la espalda, alzando su camisa desde abajo e incluso bajando unos centímetros sus pantalones mojados. Lo cual le costó. No halló nada. Pidió una de las linternas, levantó la camiseta por delante y ahí estaba. En el pecho, sobre el corazón, una corona de espinas sobre unos dedos en posición de ofrenda.

Como siempre, faltaba el juez. Pero no le necesitaban para saber lo que tenían delante: un joven asesinado y aparentemente ahogado, con un tatuaje idéntico al de otro joven asesinado y también aparentemente ahogado.

Pero el juez debía de estar aún celebrando el gol.

8

«Te estrellas. Te estrellas», había dicho María. Luna abrió el minibar de su salón y se quedó unos segundos contemplando sin entusiasmo el festival de desechos que tenía ante su vista. Hacía un par de años que la crisis había acabado con las cestas de Navidad en *El Diario,* y por tanto con el repuesto anual de botellas, y él tampoco era un gran planificador de las compras de su casa. Si había que beber, mejor por ahí fuera, de copas, fuera solo o acompañado. Así que en casa quedaban poco más que restos de licores de café y plátano intragables, una ginebra mala ya esquilmada, un montón de coñac de otra era y un par de brebajes que una embajada del Este le seguía enviando desde que anduvo por ahí siguiendo el rastro de la mafia rusa. Mejor ni olerlo. Y una botella de vodka. Vodka espeso de Polonia que debía estar horrible, tan caliente, pero había hielo en la nevera… Era la mejor opción.

«Te estrellas». María había sido contundente y debía confiar en ella.

Por eso había tenido que agarrar el teléfono en el peor día posible y llamar a la redacción:

—Levanta la historia, jefe. No podemos publicarlo.

—No me jodas.

—Te jodo.

—Coño, está ya encajado en página. Estamos al límite. ¿Qué ha pasado?

—Simplemente levanta la historia, algo está mal. Tú hazme caso.

El jefe se había quedado en silencio unos instantes. Podía imaginar la rabia de su joven superior, que iba a tener que improvisar otra apertura para las páginas de Madrid o tirar de la nevera, esa en la que se almacenaban los temas mediocres que solo adquirían valor cuando fallaba una historia superior.

—Te pasas el día fuera, no sabemos nada de ti, me envías una exclusiva a última hora con la identidad del muerto ¿y ahora la levantas porque sí, sin una explicación?

—Sí.

—¿Y por qué no estás aquí? Dime al menos por qué no estás aquí.

—Eso pregúntaselo al Departamento de Personal. — Y colgó.

No lo merecía el jefe, francamente, un trato así. Al fin y al cabo no era culpa suya que la empresa arrinconara a un centenar de veteranos y le mandara a él a trabajar desde su casa y a la pieza, pero Luna no estaba de humor. Y ahora, mientras observaba aquel minibar inmundo sin rastro de *glamour*, con la botella de vodka polaco en la mano, y se decidía a poner rumbo a la cocina en busca de un torrente de hielos para violar de nuevo su vieja promesa, no pudo evitar sentir una pequeña punzada de arrepentimiento.

Pero era pequeña, con ella podía vivir. La que le causaba un boquete inasumible, la que le

estaba fisurando al mismo ritmo en que el vodka espeso se colaba lentamente entre el amasijo de hielos que había colocado en su vaso, era la otra punzada, la de la contradicción. «Te estrellas», había dicho María. Y cómo había tenido que levantar una noticia a los cincuenta y nueve años como un vulgar becario, cómo pudo haber dado por buena la información de una fuente si no era cierta, cómo podía haber fallado así era lo que le atormentaba. ¿Acaso su fuente le había engañado? ¿Acaso su viejo amigo le estaba intoxicando con otra identidad? ¿Y si la empresa tenía razón? ¿Y si estaba viejo y era mejor apartarlo? El primer trago de vodka le refrescó la garganta. Hacía calor en su piso y decidió salir a la terraza. El ambiente de victoria había llenado la calle de ruido, pitidos, cohetes, cómo ni siquiera estaba celebrando ese gol con los colegas. Luna se acomodó copa en mano en un sillón cuando sus ojos fueron a parar al suelo, distraídos. Mierda. El vómito de la otra noche seguía allí, seco, incrustado, había abrasado el parqué. Abrió los ojos como platos. Estás jodido, viejo. Estás acabado. Y alzando la copa en un brindis a la decadencia, dejó que la espesura del vodka se mezclara con la de su ánimo.

Los había jóvenes. Chicos guapos, de pelo rubio o castaño, unos lo tenían corto y otros largo, musculosos y trabajados. Había uno de aspecto más canalla, de barrio, con tatuajes y algo más enclenque, pero los otros parecían niños que habían salido de un buen colegio de pago, que habían cumplido ya el trámite del ortodoncista y el blanqueo dental, del club deportivo y la ropa de marca. No es que llevaran muchas marcas encima, pero un reloj acá, unas gafas de sol sobre el cabello allá, algún pantalón, aunque estuviera puesto solo a medias, proclamaban que no se iban a vestir a un mercadillo, precisamente. Bien nutridos desde generaciones atrás, en fin. Anotó quince fotos en total. En realidad muchachos, tras comparar las caras y cuadrar parecidos, eran solo tres.

Y los había mayores. Hombres mayores cuya imagen resultaba repulsiva. En aquellas fotos, al fin y al cabo, y dentro de lo incómodo que resulta contemplar el sexo ajeno, podía haber afinidad natural. En estas saltaba a la vista que la afinidad era todo menos electiva. Mejor no detenerse en las calvas, las barrigas, las posturas o los gestos. Pero no había más remedio que observar y retener todas aquellas caras, porque iba a tener que identificarlas una a una. Y en casi todas ellas el chaval, Alejandro Sánchez Gandarillas, exhibía una expresión dura en el rostro, sin rastro de placer, con frialdad, con la mayor distancia, fijando incluso la mirada oscura en donde sabía que estaba la cámara. Parecía estar diciendo mudamente: «Ya te joderé yo a ti».

Se fijó en que solo en dos fotos llevaba el tatuaje, en las demás no, luego eran menos recientes. Lo anotó. Fotos de hombres mayores: 18. Hombres: 3.

Y el lugar. Era el mismo escenario en todas las fotos de sexo, desde el mismo ángulo y con la misma luz, siempre con un horroroso fondo de motivos florales en verde y marrón.

Y las iniciales. Las contempló:

S. R.

M. C.

P. R.

H. H.

M. G.

P. C.

Bedel

Interesante anotación, la de *bedel*. Eso podía ayudar.

Un ataque de maldad hizo a María buscar una calva especial y conocida entre la colección, esta vez sin sotana. Pero no se dio el caso. Cerró de nuevo la carpeta y la guardó en su bolso inmenso. Iba a necesitar muchas manos para esta investigación y una noche en blanco no iba a ayudar nada. Pero aún necesitaba hacer otra llamada.

Un timbrazo penetrante despertó a Luna de un susto. La copa que aún sostenía en sus manos se fue al suelo, los restos de líquido se desparramaron junto al vómito, a sus pies. El timbre rugió de nuevo. El sonido atronaba sin parar, más valía atenderlo. Quién coño le quería gastar una broma, qué borracho se había equivocado de portal, quién tenía una mala juerga en esta noche de fútbol. Logró ponerse en pie, tambalearse hasta la entrada y descolgar el portero automático.

—¿Quién coño es?

—Alguien a quien no le cuelgas el teléfono.

—¿Quién eres?

—Abre, Luna. A mí no me cuelgas el teléfono.

El jefe. Luna miró alrededor y aprovechó el par de minutos que el jefe iba a tardar en subir para refrescarse la cara en el lavabo y cerrar el acceso a la terraza. Repasó con la vista su salón desordenado y, cuando ya sonaba el timbre de la puerta del piso, se fijó en el periódico arrugado que había robado en el parque. Torpemente lo plegó y se lo guardó en el bolsillo.

—¿Desde cuándo me haces levantar una historia y me cuelgas el teléfono?

Luna calló. Con un gesto seco le invitó a sentarse.

—Me preocupas, tío. Sé que ayer os cogisteis la cogorza del siglo, tú y todos los… — el jefe dudó.

—… los que nos vamos —ayudó Luna, con tono borracho, pero certero.

—Los que os vais, los que os vais… ¿Crees que vamos a prescindir de ti? ¿Crees que nos podemos permitir ese lujo?

—Es evidente que sí.

—O sea que ayer os cogéis la cogorza del siglo. En plena resaca me traes la exclusiva, eres el primero en enterarte. ¿Te das cuenta? Nadie puede estar a tu altura, Luna. ¿Y crees que voy a prescindir de ti, el mejor periodista de *El Diario*?

Silencio. No era mal jefe, el suyo, pero era tan joven… Envidió por un momento la energía con la que había llegado a verle. Y los ideales.

—Luego me traes una identidad y me la quitas. Dime, ¿qué ha pasado?

—Aún no lo sé, simplemente no lo sé.

—¿Y por eso te encierras en casa a beber? — El olor del vodka debía impregnar el salón, ojalá no se hubiera colado también el del vómito, acertó a pensar Luna —. ¿Por eso te encierras con la botella mientras España entera está celebrando un gol?

Silencio. Luna miraba al suelo.

—¿Eso es lo que quieres? ¿Encerrarte y beber mientras te espera un cadáver en el Anatómico Forense?

—O dos.

—¿Cómo?

—Eso me dijo una fuente: «Mañana tendrás dos». Lo acabo de recordar. — Luna estaba borracho, pero su cabeza se empezaba a reactivar.

—¿Serás gilipollas? Explícate. — El jefe se había levantado como un rayo, en la mano sostenía la botella de vodka ya medio vacía, parecía que la fuera a estrellar.

—Mira, perdona, jefe. Sé que tú no tienes la culpa, pero a uno no le expulsan todos los días del año con otros cien compañeros. Y uno no levanta una historia *in extremis* cuando está a punto de cagarla si no es un becario. Todo se está yendo a la mierda.

—A la mierda te vas a ir tú como no me cuentes todo. Explícame eso de los dos muertos. ¡Aún vas a tener otra exclusiva y tú aquí borracho!

Luna se mesó el cabello y la barba, miró a su jefe a los ojos, al fin se decidió.

—Mira, jefe, una buena fuente me dio la identidad: «Alejandro Sánchez Gandarillas, menor, abusado, asesinado». Una fuente que sabe, no me podía engañar. Por eso lo escribí. Pero la policía me lo negó: «No es él, te estrellas». Así de simple. Y ahora lo recuerdo. Me dijo: «Mañana tendrás dos».

—¿Y tú vienes a encerrarte aquí a beber como si estuvieras acabado? ¿Tienes dos fiambres y tú aquí con el vodka? — El jefe avanzó hasta la cocina, Luna escuchó el sonido del ansiado líquido escapando para siempre por el fregadero, adiós —. ¿Te voy a enseñar yo que tienes un historión entre manos? Agarra tus cosas y te llevo yo al Anatómico Forense. Conducir, no estás en condiciones de conducir, pero investigar… ya te digo yo que estás en condiciones de investigar. ¡Gilipollas!

Y ambos salieron por la puerta, el jefe firme, Luna con un notable tambaleo.

Contactos. Tommy. Mensaje. Enviar.

—stas dsprto?

Y entonces fue él quien llamó. No era sin duda la mejor hora ni situación para hablar con el hombre que un día había logrado — ¿cómo dijo Carlos? ¿Tirar el muro de Berlín? — pero el caso merecía olvidar por un momento la rigidez cotidiana… o al menos era simplemente una buena excusa para hablar con él. Así que sin permitirse ni una más de sus habituales justificaciones previas a cualquier actuación que se saliera de la norma, pulsó: aceptar.

—¿Tommy?

—Hola, María.

—¿Cómo estás?

—¿Cómo vas tú, comisaria?

—Podría estar mucho mejor a estas horas, te lo aseguro. — Peligro, se dijo, cómo puedo decirle algo tan estúpido. Con él nunca lograba dominar la conversación, todo podía tener siempre otra lectura, qué difícil mantener la claridad —. Quiero decir… no imaginas el material que tengo entre manos.

—¿Material?

—Tomás ¿recuerdas el caso aquel de Dom Perignon? — Otra vez pisaba terreno peligroso, fue el primer caso que compartieron y que terminaron celebrando con toda la carne en el asador,

en un episodio del que la zozobra en el estómago era solo una de sus secuelas. Había más —. ¿Recuerdas ese caso?

—Claro que sí.

—¿Recuerdas los vídeos?

—Ni un solo día los puedo olvidar.

Aquellos vídeos. Fue su primer caso importante en la Tecnológica y las noticias que brillaron en portadas y telediarios cuando desarticularon una banda de pornografía infantil no incluyeron nunca, por suerte, la basura que tuvieron que tragarse él y sus hombres durante días y días, encerrados en la comisaría y forzados sin remedio a ver a aquellos pobres niños peruanos… La imagen se le ahogaba siempre en la memoria a base de voluntad, pero estaba agazapada y acechaba en los instantes más inesperados. No hay sueldo que pague el contemplar esas imágenes, se llegó a decir entonces. Por qué no habré seguido el rumbo de mis amigos y no me estaré forrando haciendo videojuegos para Sony, se preguntaba.

El problema es que sí sabía por qué. Sí sentía una compensación, y era sencilla: se trataba de ver a esos desalmados esposados tras las rejas, con la cabeza gacha y el alma al descubierto. Se trataba de que el trabajo mereciera la pena, sirviera para algo más que para acorralar malvados marcianos en un universo paralelo situado en su inexpugnable habitación. Aunque tuviera que tragar basura para llegar hasta ahí.

Por una anécdota absurda, y era que el protagonista de la inefable serie gráfica que investigaron entonces vestía una camiseta con la leyenda «Dom Perignon», el caso acabó asumiendo el nombre que le dieron informalmente cuando aún no había un apellido, un nombre, una nacionalidad. Y así se quedó.

—Dom Perignon. ¿Más niños entonces?

—No, tranquilo. Es siempre Alejandro. Pero me vas a tener que ayudar a identificar a unos cuantos hombres maduros y estudiar sus conexiones con él.

—¿Qué tenemos? —preguntó él.

—Tenemos fotos, tenemos seis iniciales y tenemos un ordenador. Y un bedel. Tenemos un bedel.

—Curioso.

—¿Curioso por? —inquirió María.

—No, por nada.

—Por algo lo habrás dicho.

—Una relación que he hecho, pero sin nada en concreto. La madre de Samuel también ha mencionado el instituto, pero es normal. Ambos eran chavales en edad escolar.

—Ambos en edad escolar. Ambos con el mismo tatuaje. Tenemos que actuar muy rápido porque un asesino está suelto. O dos. ¿Cómo ha ido todo con la madre?

—Mal, claro, muy mal. Una mujer sola, en seguida se ha culpabilizado, hemos estado dos horas… un horror.

—¿Sola? ¿No había un padre, hermanos?

—Separada. Ni siquiera quería dar los datos para que avisáramos al padre. Decía que si ese hijo de puta no se ha preocupado de él en vida, no merece siquiera conocer su muerte.

—Otra separada, entonces.

—¿Por?

—Otra conexión. Ya tenemos dos madres separadas, con padre aparentemente inexistente. ¿Y qué habéis hecho?

—Finalmente la ha venido a buscar una amiga desde Getafe. Ella nos ha dicho que se hacía cargo de todo y se han ido al Anatómico Forense. Allí las esperaba una tal Patricia. ¿Cómo se apellidaba…?

—Gálvez.

—Eso, Patricia Gálvez.

María respiró tranquila. Conocía de sobra a Patricia y sabía que era la mejor psicóloga del Anatómico Forense. Al menos algo iba a ir bien. O lo mejor posible en medio del mal.

—Eso está bien. ¿Tienes su ordenador?

—Mañana, mañana. Iremos allí sobre las diez.

—Gracias por todo, Tommy. Siento haberte fastidiado el domingo pero sabía que iba a estar en buenas manos. — María se mordió el labio. Otra frase demasiado ambigua.

—Nada, nada.

—Espero que no fuera una cena importante la tuya. — Dios, lo esperaba en todos los sentidos.

—¡Dónde estará la cena! Apuesto a que estas horas mi perro habrá dado buena cuenta de ella. — Recordó la empanada que había dejado en la mesa. Gary era un fox terrier bueno y disciplinado, pero el abandono es el abandono —. Y siempre nos queda la semifinal.

—Y la final.

—Y la final.

—Bien. Habrá que dormir.

—Habrá que dormir.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana, María. Cuídate por allí.

«Hasta mañana María. Hasta mañana María. Cuídate por allí. Cuídate por allí». En qué tipo de idiota se había convertido para que estas seis palabras le rebotaran de un lado al otro dentro del cerebro como un caramelo de menta recién salido del papel cuando empieza a bailar en la boca. «Hasta mañana, María. Cuídate por allí». El sabor aquel estaba logrando limpiar su mente de la porquería de este día.

«Hasta mañana, María. Cuídate por allí».

Y tardó mucho pero al fin, a las tres de la mañana, se durmió.

Ni un cabello iba a quedar a salvo de unas manos que se proponían arrancar todos y cada uno de ellos de cuajo. Ni un milímetro de piel iba a quedar incólume de la furia que invadía todo su cuerpo. Ni una arruga de la cara iba a ser tan pequeña como se le antojaba que eran todas las que surcaban su rostro. Ni una lágrima iba a ser nunca la última lágrima.

Se dice que no hay palabras para definir lo que se siente ante la muerte de un hijo, de un único hijo, de un ser que por más tallas que haya dejado atrás no se ha distanciado demasiado del

pequeño ser que empezó a vivir en el vientre. Las hay, claro que las hay. ES EL FINAL. Es el final. No hay otras.

Teresa no iba a dejar un átomo de su vida en pie si aquel pequeño al que había amamantado, protegido, curado, vestido, mimado, acariciado, enseñado las tablas de multiplicar o quitado los piojos mientras su padre veía el fútbol en el bar del barrio o se iba de putas había acabado la suya en el fondo de un estanque. Y todo eso hoy, el día en que por una vez se había largado de casa sin esperarle, sin buscarle, sin denunciar su desaparición y sin encontrarle. En que se había enfadado con él.

Le era imposible a la psicóloga Gálvez convencerla de que ella no tenía la culpa, de que ella no habría podido arreglarlo, ni salvarle, ni evitarlo. Quién iba a poder convencer a una madre de una cosa así.

—Él me llamó. Él me llamó. Él me llamó.

Y lo peor es que era cierto. Que las últimas llamadas perdidas de Samuel habían sido para su madre dormida, una hora después de aquel mensaje que primero la enfadó y que ahora crecía en su conciencia culpable como una última declaración de amor: «llgr trde mma, ntprcps.bss». «mma» era mamá. Mamá. Mamá. «No te preocupes, mamá. Llegaré tarde mamá».

Iba a ser muy difícil que esa mujer saliera del agujero, y así se lo dijo la psicóloga a la amiga que la acompañaba. Pero ahora, y al menos por el momento, había una motivación para seguir respirando: hallar al culpable.

Y Teresa, como una hiena herida, no iba a desaprovechar ni un resquicio de energía, aunque fuera el último resquicio, para ayudar a cazarle.

Luna logró incorporarse y salir del vehículo mientras su jefe le veía dar los primeros pasos con aire inquisitivo. Mejor no dejarle solo.

—Estoy bien, lárgate. Este es mi territorio.

—Ni de coña. —Y aparcó el coche para acompañarle al interior del Anatómico Forense.

No había un átomo de actividad por ahí. El portalón estaba abierto, casi todo el edificio estaba a oscuras y a lo lejos se oía jaleo en un despacho. Mejor no llegar hasta allí.

—Por aquí —Luna le indicó una escalera, saltó un torno de control que limitaba el acceso y se quedó mirando al jefe con una media sonrisa. Hasta él se había sorprendido de su propia agilidad. Y esta vez fue él quien adoptó un aire inquisitivo —: ¿No venías?

—No sabía que estuvieras tan en forma. — Y con nervios más que visibles, el jefe también saltó.

Llegaron a un pasillo apenas iluminado, hacía calor. Al final, solo dos de las salas tenían vida, una frente a otra. Luna miró a su jefe, señaló ambos sitios en silencio y con dos dedos en uve musitó:

—Dos. Vamos allá.

El jefe le paró un instante. Le tendió un par de Smint de emergencia que guardaba en el bolsillo.

—Apestas a vodka, tío. Intenta disimular.

Al fin asomaron en la primera estancia. Una mujer de rostro lívido estaba sentada en el fondo, con la mirada perdida. Otra le agarraba las manos a su lado. Ambas en silencio; ninguna

los miró. Un guarda jurado joven y de rostro adormecido vigilaba la entrada tras un pequeño mostrador. Luna, en voz baja, probó.

—¿Es esa la madre de Alejandro?

—¿Quién es usted?

—Tenemos dos encargos para recoger a dos familias que no están en condiciones. ¿Es esa la de Alejandro?

—¿Alejandro?

—El chico muerto en el parque. — Luna se arriesgó más. Sabía que de un mal dato aproximado siempre se puede llegar al correcto.

El guarda alzó el listado que tenía bajo el mostrador. Era muy joven, seguramente un sustituto de verano, y sin ninguna precaución lo puso a la vista de los tres. El jefe contuvo como pudo el aliento. Este condenado Luna parecía un auténtico conductor de asuntos delicados. ¿De dónde habría sacado una tapadera así?

—No, nada de Alejandro. Es Teresa Pescador, madre de Samuel — y el guarda señaló con el índice los datos —, de Samuel Gómez Pescador. Este es el joven muerto en el parque.

Bien. Tenían la identidad. Samuel Gómez Pescador. El nombre tenía un aire familiar para Luna. Miró de nuevo a la mujer, Teresa. ¿La conocía de algo? Había algo en ella… pero no la identificaba.

—Gracias. Tenemos orden de llevarnos primero a los otros. — Y Luna y el jefe salieron, mientras este contenía la risa nerviosa y el guarda se encogía de hombros y se disponía a adormecerse de nuevo. No sabía que hubiera ningún otro por ahí, pensó.

Los dos periodistas entraron en la otra sala iluminada. Pero estaba vacía, no había ningún otro cadáver por allí, ninguna otra familia, ningún otro menor. Ni rastro de ese Alejandro. ¿Qué había fallado? «Mañana tendrás no un cadáver, sino dos», le había dicho María. Salieron de nuevo. Las dos mujeres estaban abandonando su sala y Luna cruzó involuntariamente la mirada con la madre. Durante un segundo le pareció percibir un reconocimiento mutuo, un chispazo de algo compartido, pero esa mujer estaba rota, ida, sedada, ni se atrevía a preguntar. Por discreción caminaron lentamente detrás de ellas hacia la salida y habían alcanzado ya el aparcamiento, donde un taxi iba a recoger a las dos, cuando esa mujer se volvió de nuevo hacia él, le clavó la mirada y le señaló:

—Mi Samuel, mi Samuel… —Y se derrumbó en el llanto. Su amiga la introdujo en el taxi y ambas se alejaron, solas, de allí.

—¿La conoces? —le preguntó su jefe.

Luna no contestó. La borrachera se había ido de forma fulminante, pero su mente se había atascado ahora en el laberinto. Samuel Gómez Pescador, a cuya madre parecía conocer. Alejandro Sánchez Gandarillas, o la crónica de un muerto sin confirmar. Su viejo amigo, su fuente del mundo eclesial, que mientras le había dado detalles le había llenado de confusión. Metió las manos en los bolsillos y sintió el tacto de un periódico, el que había ocultado a su jefe y que envolvía los zapatos de… Samuel. Y aquellos números…

—La conoces, vaya si la conoces. Al menos ella sí te conoce a ti — el jefe insistió —. Pero ahora son las tres de la mañana, Luna. Solo podemos ir a dormir.

Y el jefe enfiló hacia la Castellana para llevarle a su casa. Viajaron en silencio, con las ventanillas del coche bajadas y el aire en la cara, mientras de las terrazas aún llegaba

intermitentemente el ritmo de *Waka Waka*. Esto es África.

9

Apenas era un crío al que se le había caído el último diente de leche cuando se encontró en aquel cementerio frío, húmedo, arrasado por los azotes de una lluvia que llegaba a ratos en vertical, a ratos en horizontal, zarandeada por un vendaval ruidoso y abrumador. Lo recordaba bien porque en ese cementerio no solo le dolió inmensamente el alma, le dolió sobre todo la encía desnuda, descarnada, porque el frío era más intenso en ese pedacito de carne que había quedado al descubierto, porque las ráfagas atacaban sin tregua ese rostro pequeño, asustado, y se colaban como cuchillos entre los labios prietos, las gafas, el abrigo, la tela del pantalón, los zapatos, sin piedad, mientras su padre permanecía enhiesto, erguido, sin lágrimas apreciables, y él se deshacía como un revoltijo de nervios deshilachados y se sentía capaz de disolverse en el agua agresiva que iba cubriendo también esas estatuas inmensas como un manto aterrador.

El recuerdo de su propia infancia le asaltó al despertar, sudoroso y atrapado entre las sombras intermitentes de unos focos policiales que giraban lentos y silenciosos bajo sus párpados cerrados. Se acabó, se acabó, se dijo, mientras abría los ojos y se incorporaba en su cama estrecha, abrasadora. Es solo un sueño. Cierto que ayer no lo conseguiste, pero… es domingo, comienza un nuevo día, comienza otra era y pensar también es acuciante. Y sin mayor resistencia, dejó fluir el pasado entre sus pensamientos mientras, cosa extraña, se arrebujó de nuevo entre las sábanas calientes para recordar.

Adiós. Aquel cementerio inundado fue el preludio de otra inundación más grande. La casa. La vida. Dónde habían ido a parar las cortinas de colores, las alfombras, las fotos, la ropa, los muebles, los cuadros. Los juguetes. Los madelman. Todo debía estar en aquellas cajas que se amontonaron en el sótano al que también llegó esa lluvia; ese sótano al que echó una última ojeada fugaz cuando la punta de un diente nuevo empezaba a romper aquella encía destemplada y un taxi le iba a llevar muy lejos. Y dudaba mucho de que ninguna clasificación ordenada como la que parecía figurar en aquellas cajas — Cuarto 1, Baño 1, Baño 2, Salón 1, Salón 2, Cuarto 2, Cuarto 3, Cobertizo… —, ninguna clasificación fuera a ser jamás capaz de rehacer las piezas de ese hogar desvencijado.

Adiós. Era todo eso lo que debía abordar antes de coger ese avión rumbo a Uruguay, lo que se le amontonaba cada vez que se sentaba al teclado para terminar su tesis, lo que le acechaba en cada carrera temprano, en cada baño, en cada lectura, en cada momento.

Ni siquiera cuando falleció su padre había sido capaz de buscar el rompecabezas roto, de encontrar y abrir las cajas, de rehacer el pasado. Ese día, solo había caminado unos minutos en torno a la vieja casa que estaba a un paso del cementerio, el mismo cementerio en el que despidió a su madre. Fue un día frío de invierno, pero un día seco. La casa estaba cambiada. Colores

nuevos, columpios nuevos en el jardín y unos críos peleando en la puerta. Críos nuevos. Y una madre, otra madre, que le habló.

—¡Hombre Luis! ¡Qué mayor te has hecho! ¿No quieres pasar?

—No, no, tranquila.

—Pasa, hombre, al fin y al cabo esta era tu casa, y ya sabes que lo sigue siendo.

—Gracias. No.

Y adiós. ¿Qué más podía hacer allí? ¿Dónde estaban los pedazos de esa infancia en cajas? ¿Se habrían salvado del agua? Jamás le había preguntado a su padre, y después jamás se había interesado por revolver en el sótano.

No importaba. Otra vez iba a coger una simple maleta, una sola, para meter sus cosas: su Biblia, su archivo, su vida. Como entonces. Pero no solo el portátil y los *pendrives* iban a diferenciar — o debían diferenciar — esta de la primera maleta. Entonces había viajado rumbo a la tristeza, el duelo, la orfandad, la indefensión. Y ahora iba a ir rumbo — o debía ir rumbo — a la libertad, el dominio, el control. El perdón de Dios. Dios le estaba — o le debía estar — perdonando. No tenía una piedra atada al cuello, no, o no debía tenerla. El espíritu impuro estaba entrando en los cerdos, debía entrar en los cerdos. Y Dios estaba ganando la batalla.

Debía estar ganándola.

Como él.

Una ametralladora fuera de control cosía a tiros un muro de color blanco repleto de fotografías. El arma salía de la pantalla de un ordenador, que empezaba a pulverizarse mientras la metralla reventaba trozo a trozo aquella pared. Las fotos saltaban por los aires y entonces emergía una gigantesca escultura de piedra que tomaba vida, que empezaba a dirigir la escena y a acorralar a María. Ella corría sin avanzar para huir de aquel ruido insoportable y un timbrazo penetrante añadía el peor elemento de tortura a pesar de que intentaba avisarla del peligro.

Cuando María abrió los ojos y logró aterrizar mentalmente en su cama y en su hotel, identificar una taladradora insoportable que levantaba la acera en el exterior y caer en la cuenta de que el timbrazo aquel no era más que el del teléfono fijo de su habitación, no llegó a tiempo para cogerlo. Aún sudando, se incorporó, sacudió la cabeza y se arrastró hasta el lavabo para refrescarse la cara. Sintió que la pesadilla se iba rápidamente como el agua se va por el desagüe y eso era un alivio, pero también sintió que, de ella, algo quería atrapar. Algo se estaba quedando pendiente en su inconsciente y no deseaba que se fuera. ¿Qué era?

Repasó la angustia. El muro blanco, las fotos, la ametralladora, el ordenador, la escultura. La escultura. Era la escultura. ¿Cómo se le había pasado? La escultura que tomaba el mando. Se deshizo mentalmente de todo lo demás, como si al fin tirara de una cisterna cargada, y se quedó con la escultura. Cómo no había caído. Ella la había visto antes en alguna revista o documental pero anoche, cuando llegaron a Oyambre para inspeccionar el cadáver de Alejandro y caminaron en la oscuridad de la playa, no había puesto demasiada atención en una enorme escultura que emergía extrañamente en el centro de la arena y que proyectaba una sombra inquietante. La imagen del monumento a los Caídos en la playa de Omaha que había visto en un viaje a Normandía le había venido fugazmente a la cabeza. Algo impactante y un tanto siniestro tenía un

memorial que parece salir del agua en la marea alta y que parece huérfano de base en la marea baja. Así lo había pensado entonces en Normandía y así lo pensó anoche antes de concentrarse en el aspecto hinchado e inerte del cadáver de Alejandro Sánchez Gandarillas.

Así que el mastodonte que la sorprendió de noche, al pie del cual se encontró el cadáver del muchacho, la había aguardado en su subconsciente hasta convertirse en pesadilla. Un curioso monumento a un aviador que tuvo que hacer un aterrizaje de emergencia en esa playa.

El mismo timbrazo que la despertó estaba sonando de nuevo. Y esta vez lo cogió.

—¿Has dimitido o estás de resaca? — Carlos apremiaba desde recepción.

—¿Qué hora es?

—Las nueve y media. Y a las diez nos espera el cura.

Ay, sintió una punzada un tanto ridícula en sus planes, y es que odiaba perderse el bufé en los hoteles. Pero no lo iba a confesar.

—Carlos.

—Dime.

—¿De qué va la escultura de la playa de Oyambre?

—¿Te quedas dormida cuando un asesino anda suelto y lo que ahora te preocupa es el arte?

—El arte no. La historia.

—Manda narices. Pues qué quieres que te diga: la hazaña de unos pilotos y un pueblo que no tiene otra cosa que celebrar, supongo.

—Venga. Me refiero al hecho de que el cadáver estuviera al pie de la escultura. ¿Te dice algo?

—Que para estar dormida, estás demasiado despierta. Ahora vístete y arranca, porque el cura ese tiene misa a las once.

—Voy —dudó unos instantes pero se decidió —. Carlos, hazme un favor mientras me visto. Entra en la cafetería, diles que me he dormido y píllame algo del bufé. Cuanto más mejor.

—A sus órdenes, majestad.

Qué mala leche, este Carlos. María sonrió, voló a la ducha y arrancó.

El Pájaro Amarillo. Tres aviadores franceses que habían cruzado el Atlántico habían logrado aterrizar de milagro en la primera playa con cierta envergadura que atisbaron desde el aire mientras se precipitaban hacia el mar. Los tres, y un polizón que se había colado, lograron sobrevivir ante el asombro de un pueblo que se convirtió en testigo de una de esas aventuras de héroes voladores que entonces fascinaban a la población. Fue en 1919. El vuelo de América a París se había reanudado con ayuda de esa gente, y el pueblo lo había conmemorado desde entonces cada año con el orgullo heredado de unos antepasados que habían aportado su presencia y ayuda a una proeza única. ¿O es que algún otro pueblo del mundo, de España, del norte de España, de Cantabria o de la comarca había pasado a los libros de historia de la aviación por una contribución similar? Con razón había un monumento, por más que fuera espantoso.

Pero lo que ahora rondaba en la cabeza de María — agotado ya hace mucho el sabor del caramelo imaginario con que se durmió, y calmada el hambre a base de un cruasán y un sobao envueltos en servilletas — eran preguntas: ¿por qué el cadáver de Alejandro estaba al pie de la escultura?; ¿por qué había muerto en esa playa?; ¿tenía aquello alguna significación?

Y Carlos, que de sobra conocía su testarudez, también añadió otra cuestión. Una que podía abrir un interrogante de los que llegan desde la tierra hasta el cielo:

—¿Estás pensando en por qué los cadáveres han aparecido en lugares marcados por sus esculturas?

María le miró con los ojos como platos mientras analizaba esa relación.

—¿Los cadáveres? Eres único.

¿Cómo no había caído en ello? El cadáver de Alejandro estaba junto a una escultura, pero no era el único. El parque Juan Carlos I de Madrid podía ser de naturaleza pobre comparado con hermanos mayores como el Retiro, el Capricho o la Quinta de los Molinos; podía ser de aspecto áspero, podía ser lo que fuera, pero tenía una identidad, y era que nació como plataforma para escultores atrevidos. Ahora no recordaba cuántas ni cuáles ni dónde exactamente estaban ubicadas, pero eso era algo que iba a ser fácil de analizar. Había enormes figuras en hierro, había un donut rojo gigante sobre una colina, había un monumento al holocausto, había… había…

—Dedos.

—¿Cómo? —Carlos aparcaba ya entonces frente a la iglesia de los Penitentes de Santander.

—La escultura de los dedos. — María abrió la mano derecha imitando el tatuaje. Carlos apagó el motor. La miraba distraído.

—¿Y el único soy yo, dices? Creo que acabas de dar en el clavo — dijo al entender —. Pero ahora vamos. El cura de la familia nos espera hace rato.

Ambos bajaron. Era hora de arremangarse, afilar los colmillos y al ruedo.

Luna logró a duras penas levantarse, arreglarse y prepararse algo parecido a un café con leche mientras contemplaba la botella de vodka tumbada en el fregadero como testigo de su última y abortada borrachera. La cabeza le dolía, pero podía pensar. Tenía que pensar. Contempló su móvil y vio un par de SMS nuevos: «Llama, hay novedades»; «Estás despierto? Llama». Eran dos colegas del periódico, compañeros de fatiga y de despido, pero ellos tenían que esperar. Y él tenía que centrarse, tenía que trabajar. Recordó las hojas del periódico robado, rebuscó en el bolsillo de su pantalón y las desplegó sobre el sofá. Observó los números. Aquello podía ser importante o no ser nada. Los anotó en su libreta. Buscó un sobre, metió las hojas en él y también su tarjeta con una dedicatoria: «No debes descuidar nunca a los amigos». Sin escribir el remitente, se esmeró en la letra del destinatario: Comisaria Ruiz. Lo dejaría en la comisaría de camino hacia el periódico.

Tenía muchos flancos abiertos y nada claro por dónde tirar. Los misteriosos números eran sin duda una pista, pero, en seco, aislados, no le permitían avanzar gran cosa. Samuel Gómez Pescador, Teresa Pescador. Los dos nombres le rondaban la cabeza sin encajar en la muesca exacta que debían tener en su memoria. ¿Y Alejandro? El nombre que le había facilitado su vieja fuente seguía siendo un misterio. ¿Dónde y cuándo iba a aparecer?

Su fuente, su fuente… Había que volver a contactar, tenía que ir a verle. Debía saber muchas cosas para hablarle como le había hablado y, sobre todo, debía tener la conciencia herida por la batalla de otros tiempos, cuando le obligó a tragarse una exclusiva de oro macizo en sus inicios para proteger a un superior. Lo sabía, sabía que siempre había simpatizado con él, con el Luna

joven, ansioso de noticias y verdades, y con el Luna adulto convertido en firma respetada, y sabía que en su fuero interno siempre había lamentado censurarle.

Así se escribe la historia, la vieja historia y la nueva; a quién le importa, pensó Luna.

A él nadie le había vacunado contra ese tipo de seres capaces de levantar el teléfono un día y decir: «A este no le puedes tocar». Él nunca podría ser uno de ellos, pero los había llegado a conocer. A comprender. Y no siempre eran personas sin escrúpulos; podían tener un corazón. Y hoy, cuarenta años después, había detectado en ese hombre el aire de reparación y revancha que siempre intuyó. Reparación hacia él, no había duda. Pero revancha… ¿hacia quién y contra quién? Era improbable que aquel al que entonces protegió aún estuviera vivo, que quedara rastro alguno de esa vieja historia, pero ese hombre tenía información. De pronto, recordó la pregunta que le había hecho con voz firme: «¿Has visto si hay precedentes? Busca precedentes en el parque».

Abrió su viejo ordenador, tardaba un siglo en encender. Mientras esperaba entró un nuevo mensaje: «Llama, Luna». ¿Qué mosca les habría picado a Joaquín y Javier? Los dos estaban en la lista, la primera, la de los despedidos sin invitación a seguir. Dos buenos veteranos sin grandes posibilidades de volver a escribir. Iba a llamarlos pero debía centrarse, debía sacar adelante esta historia o pronto estaría otra vez con la botella, muerto en vida. El ordenador ya parpadeaba y le invitaba. Entró en Google. «Aquí está todo», le decían los jóvenes en la redacción. «Todos los sucesos antiguos, el BOE, la *Wikipedia*, el pasado de la gente está aquí». «¿La wiki qué?», provocaba él. Y ellos le decían: «Nuestro futuro está ahí». Él les miraba entonces con recelo. Aquellos infelices lo sabían todo de su pantallita y su teclado, pero jamás habían pisado una morgue, un laboratorio de coca, ni traído una sola noticia a la redacción. Ni una ni dos.

Pero hoy estaba él aquí, sentado ante Google, dispuesto a dejarse tentar, gilipollas no iba a ser. Y tecleó: «Violación en el Juan Carlos I». Y ahí estaba. Unos cuantos *links* a viejas noticias del parque, noticias del verano de 2002. ¿Y dónde estabas tú, viejo? ¿Recuerdas esa violación? Intentó rebobinar. Año 2002. ¿Acaso no fue aquel el año del desastre? ¿Acaso no fue el año en que pediste un permiso mientras tu vida saltaba por los aires para intentar recoger al menos algún pedacito? Claro que sí, fue el año aquel.

Pero hubo llamadas, hubo contactos. Algún becario le había pedido ayuda, ahora sí lo recordaba.

—Tenemos una extraña violación en el Juan Carlos I. Te llamo por si me echas una mano.

—¿Extraña por qué?

—No te lo puedo decir, es secreto de sumario. ¿Por dónde podemos tirar?

—Por el puente de Segovia te puedes tirar.

Así había contestado al becario, claro que lo recordaba. A él le iba a pasar el secreto de sumario por los morros, a Luna, que aún no había conocido a juez, madero o segurata que se le resistiera (salvo María, en fin). Nunca recordó cómo se llamaba ese becario, pero sí cómo le había mandado a la mierda. Insolente, gilipollas, vete de nuevo a la facultad, pero a la de los idiotas.

Claro que se acordaba. Una extraña violación. En el Juan Carlos I. Siempre se le había quedado agazapado en la memoria. Y eso ahora no era solo un hilo, era todo un ovillo del que empezar a tirar.

Así que acertó a encender la impresora, lo imprimió y guardó la copia entre las hojas de su libreta.

La sala de visitas del colegio de los Penitentes no se diferenciaba mucho de la consulta de un homeópata que María había frecuentado años atrás. Salvo el sencillo crucifijo de madera oscura que presidía el cónclave, justo encima del anfitrión, la mesa de escritorio, las paredes desnudas y las sillas que rasgaban el suelo de azulejos con su estruendo desagradable cada vez que se levantaban y sentaban se le antojaron frías e insuficientes para que nadie se sintiera realmente acogido en ese lugar. Simplemente era eso: un lugar. Una mesa, cuatro sillas y una cruz. Nada indicaba que de algún sitio pudiera salir, por ejemplo, el café que le faltaba para espabilar.

—¿Queréis un café? —El Padre Damián se asomó y la sorprendió.

—No hay nada que desee más en este instante — María se sinceró.

—Me apunto también —se sumó Carlos.

Y el Padre Damián salió al pasillo, de donde a los dos minutos volvió con la bandeja repleta. No estaba aquello mal organizado, al fin y al cabo.

Para llegar hasta aquí habían tenido que rodear el claustro, donde un par de hermanos rezaban en silencio, subir a pie unas escaleras de piedra tan pulida por los pasos que era fácil resbalar, y acertar casi a ciegas en la tercera sala, a la izquierda, como les había indicado la portera. La luminosidad de julio tampoco había llegado hasta allí.

—¿Y bien? ¿En qué os puedo ayudar?

Arrojarle la carpeta a la mesa sin prolegómeno alguno iba a resultar demasiado brusco, así que María optó por preguntar.

—¿Qué nos puede contar de Alejandro?

—Conozco a toda la familia desde que los niños son pequeños y sé muy bien el calvario por el que pasaron cuando se divorciaron doña Carmen y don José. Alejandro es el que más lo pagó.

—¿En qué sentido lo pagó?

—Ya lo habéis visto. Se fue con su abuela y ha vivido demasiado suelto, digamos.

—¿Suelto?

—Un muchacho adolescente debe tener un control y Alejandro no lo tenía.

—¿Y qué cree que ha hecho con su libertad?

—Pecar.

—¿Pecar? —María sintió activarse la enzima de su alergia anticlerical —. Vamos al grano. ¿De quién sospecha usted?

—Mira, ¿cómo te llamas? María. Mira, María — esa manía de los curas y otros seres de tutear al prójimo desde su atalaya, asumiendo que sus interlocutores también les conceden el lugar privilegiado que creen que les corresponde empezaba a fastidiarla — no tengo ningún sospechoso. No creo que tuviera malas relaciones, era un buen chico un poco perdido.

Mano al bolso. Hora de sacar la artillería. Carlos intuyó la tormenta e intentó una introducción rápida.

—Padre. Hemos encontrado…

Pero las fotos de Alejandro con varios hombres que le penetraban sin cortapisas ya estaban llameando sobre la mesa sin que hubiera dado tiempo a preparar el extintor mental. Carlos

intentó desactivar el fuego sin demasiada fe.

—… hemos encontrado este material comprometedor.

—¿Reconoce a alguno de ellos? — María siguió impasible.

—Ave María Purísima. Ave María Purísima. Santísimo Creador, ayúdanos.

El Padre Damián se santiguaba una y otra vez y miraba hacia la cruz mientras clamaba por un poco de ayuda divina, lívido, contrahecho, espantado. Luego empezó a toser y a atragantarse mientras Carlos lanzaba una mirada contenida a María. ¿No era él el que hacía de poli malo y ella de poli bueno? Toda la vida había sido así, pero estaba claro que a la comisaria Ruiz ya no le quedaba ni un solo diente de leche.

—Padre, lamentamos enseñarle este material sin haber aislado al menos las caras, pero debe comprender que tenemos que avanzar deprisa. Quién sabe dónde puede estar el asesino. — Carlos aún lo intentaba arreglar.

—Ave María Purísima. Ave María Purísima. Ave María Purísima. — El cura se llevó un vaso de agua a los labios —. Asumiré este material como un secreto de confesión. Ave María Purísima.

—Me da igual como lo asuma usted. Lo que le pregunto es si reconoce a alguno de estos hombres. Son las diez y media de la mañana y aún tenemos que localizar a los seis.

—¿Son seis? Ave María Purísima. — Pero esta vez, a la tercera, el padre accedió a mirar las caras —. Ave María Purísima.

Su rostro demudado parecía ir cambiando de color a medida que fijaba la vista en una u otra foto. Las observó todas con minuciosidad, santiguándose de vez en cuando y bendiciendo el agua de la jarra para luego salpicarse algunas gotas por la frente.

Todavía me va a mojar las fotos, pensó María.

—Estos jóvenes han sido alumnos del colegio. Os daré confidencialmente los nombres — dijo al fin, señalando a los tres de aspecto menor.

—¿Y los demás?

—Ni idea.

—¿Ni la más mínima idea?

—Ni la más mínima.

Y él mismo agrupó las fotos, cerró torpemente la carpeta de gomas y se la tendió a los policías.

—Y ahora si me disculpan —el tratamiento de usted, por primera vez en toda la conversación, no se le escapó a María — tengo la misa.

—¿No era a las once la misa?

—Comprenderán que tengo que prepararme.

Y, sin más, salió. Los dos comisarios se cruzaron sendos y gigantescos interrogantes con la mirada y se encogieron de hombros. María guardó el material y ambos desanduvieron el camino de salida. Escaleras, claustro, portería. Ya estaban alcanzando la calle cuando Carlos se volvió hacia la portera.

—¿Concha? Hola Concha ¿cómo estás? Mira María, te presento a la madre de un viejo amigo de la escuela.

—¿De la escuela? ¡Esos son los buenos amigos! Encantada.

—¿Y cómo está mi Carlos, mi Carlitos? Dios mío, cómo recuerdo yo cuando jugabais juntos, tú y mi Paco, las hacíais pardas. ¡Pardas, las hacíais!

—Eran buenos tiempos. Nos vamos corriendo Concha, otro día te pasaré a ver.

—Aquí me encontrarás. Le diré a Paco que te he visto, siempre se acuerda de ti, mi Paco.

—Hasta otro día, Concha. —Carlos ya estaba otra vez con un pie en la calle cuando se volvió —. Una pregunta, Concha: ¿quién es ahora el bedel del colegio?

—¿El bedel?

—Sí, ¿sigue aquel bedel que… cómo se llamaba, otro viejo amigo mío… tal vez se ha jubilado?

—¿Matías? ¿El viejo Matías? Matías se murió, hijo, murió hace dos o tres años. Lo siento — dijo la portera, mientras Carlos intentaba un gesto de duelo —. Pero ahora está su hijo, seguro que también lo conoces. Matías también. Matías hijo. Hoy no está. Pero cualquier día que pases lo encuentras.

—Gracias Concha, te veo estupenda. Saluda a Paco.

La mirada que esta vez se cruzaron Carlos y María era de bingo. Ya tenían a tres chicos y al bedel. Era hora de pararse a tomar un buen café. Uno de verdad.

Los madelman, los coches, el balón y, abruptamente, respirar. Era la secuencia repetida muchas veces, las últimas veces, tras sumergirse en la bañera helada y contar los habituales segundos de aguante bajo el nivel del agua. 29-30-31 y las venas se le hinchaban bajo el agua, querían cobrar vigor… 38-39-40 y el cabello flotaba como el sexo mortecino y lacio… 43-44-45 y las yemas de los dedos se volvían blancas, se arrugaban… 50-51-52 y estaba limpio, hasta las uñas se transparentaban blandas con su recorte perfecto… 55-56-57 y los madelman, los coches, el balón y unas canicas volvían… 62-63… inspiración, el aire volvía a penetrar, los pulmones se ensanchaban… 64-65… expiración, el oxígeno fluía, el corazón bombeaba. ¿Por qué volvían ahora, después de tantos años, las imágenes de aquellos juguetes que dejó en las cajas cuando el desastre familiar los obligó a desmantelar la casa? ¿Por qué le venían a la mente ahora, en la bañera? «Cuarto 2». Era el suyo, el cuarto 2. Una decena de cajas debía llevarlo escrito en la cubierta pero estaban todas embaladas. La última ojeada al sótano inundado no había aclarado nada.

—Padre, ¿mis juguetes?

—Te los guardaré.

Pero nunca volvió a ver a esos dos madelman capaces de arreglar todos los males del mundo en batallas infinitas, ni los coches que aparcaba minuciosamente en orden junto a los geranios de su madre, ni las canicas rayadas por miles de carreras veloces en ese patio de asfalto agrietado y frío.

—Padre, ¿mis juguetes?

—Los buscaré.

Pero nunca los buscó, o nunca los encontró, o nunca se los mandó, y ahora regresaban a su memoria, igual que esa pelota deshinchada que usaban en el internado para tirarse unos a otros sin permiso para botar, o esos coches sin ruedas abandonados por las esquinas del supuesto cuarto de jugar.

Después el cura empezó a regalarle bolsas de canicas nuevas, barajas sin arrugas y cromos en color, pero eso fue justamente cuando a él le dejaron de interesar.

En ese momento en que te empieza a molestar el suelo rasposo en las rodillas desnudas y ya no quieres pantalones cortos, ni canicas.

Ni confesar otra vez.

O, para ser exactos, ni entrar en el confesionario otra vez.

Ni ayudar al cura detrás del altar.

Ni quedarte nunca rezagado.

Suspiró nervioso. ¿Por qué ahora volvía todo eso? Nunca iba a ser capaz de buscar en aquellas cajas, era una estupidez. Tampoco iba a ser capaz jamás de indagar en las cosas de su padre, esa era otra estupidez. ¿Por qué siquiera lo estaba rumiando de nuevo?

¿Porque debía? ¿Debía, ahora que Dios le pedía que se despidiera, que arreglara viejas cuentas antes de su nueva vida, que buscara los cabos sueltos y los atara para siempre?

Un día, hacía siglos, la frontera entre deber y voluntad había llegado a estar clara para él, y sin embargo ahora se estaba borrando como el perfil del agua en la bañera tras quitar el tapón bien encajado. No quería, sí quería, no debía, sí debía. ¿Quería pero no debía o debía pero no quería? ¿O acaso debía solo obedecer? ¿Y obedecer a quién?

Seguramente estas preguntas eran otra gran estupidez. Debían de ser otra estupidez.

10

No habían dado aún las nueve y media cuando Tomás llegó al número 10 de la plaza Elíptica, un bloque abigarrado de una zona que a diario debía ser ruidosa, cargada de pitidos y circulación pero que hoy, domingo de julio en Madrid, resaca de la victoria, parecía el escenario dormido de una batalla reciente. El estilo de los edificios y las avenidas grandes devolvían a Madrid el aire de una ciudad castellana cualquiera, una ciudad expandida, tranquila hasta el aburrimiento y venida a más. El frescor del potente chorro de agua que un camión del Ayuntamiento disparaba hacia el asfalto le arrancó de su ensimismamiento, y mientras se apartaba para no mojarse vio de lejos a Martín, que husmeaba los números de portal en portal sin darse cuenta de que el que buscaba estaba en la otra punta de la plaza. Se alegró de coincidir con él, otro agente de su edad, persona inteligente, educada y normal, mucho más simpático que ese condenado de Esteban que en ausencia de María les amargaba la vida. No es que fuera mala gente, Esteban, pero su genuina mala leche estaba siempre varios grados más allá de lo que un informático convertido en policía estaba dispuesto a encajar.

Llamó a Martín y levantó los brazos para atraer su atención, pero este chico debía estar aún más dormido que él. Tomás apenas había logrado conciliar el sueño tras el encuentro con aquella madre destruida, el calor sofocante que había azotado Madrid toda la noche y las sirenas y vuvuzelas de los que celebraban el pase a la semifinal. El llanto de aquella mujer le retumbaba aún en el cerebro y le podía paralizar, por lo que tuvo que recordarse una vez más cuál era su objetivo exacto: «El ordenador, el ordenador, tú solo necesitas el ordenador».

—Buenos días, Tom. —Martín por fin había caído en el lado bueno de la plaza.

—¿Qué pasa, tío? —Ambos se estrecharon las manos a su manera, en posición de echar un pulso, mientras se daban una palmada con la mano libre en la espalda —. Ya solo nos falta Esteban.

—No va a venir. Se queda en comisaría. Hay desfile de testigos, los guardas del parque, y nos ha dejado solos. — Ambos se cruzaron una mirada de alivio, que se cuidaron de no verbalizar.

—Hazme un favor. Tú te encargas de ella, y yo del ordenador.

—Vaya listo que eres.

Por dentro, el portal era bastante más calamitoso de lo que parecía por fuera. Este bloque años setenta de catorce alturas, terrazas acristaladas y fachada curva en sintonía con la plaza no había tenido muchas alegrías y había envejecido por dentro mucho más rápido que su entorno. Las escaleras estaban vestidas de moqueta desgastada y claveteada a los lados, con algún boquete que parecía estar pidiendo a gritos que alguien tropezara; los buzones eran viejos,

descuidados y desbordados por folletos publicitarios que nadie se había ocupado de limpiar; la luz era escasa y ruidosa, con un sonido que recordaba en todo momento que su ciclo estaba a punto de esfumarse y que había que ir corriendo a pulsar el interruptor otra vez. Una portería cerrada y polvorienta sugería que el bloque había conocido tiempos mejores, y el ascensor estrecho y sin espejos renqueaba, pero respondía, hasta depositarlos en el destino acordado: tercero, letra B. Otro par de agentes se les habían sumado a tiempo para explorar el terreno.

Pulsó el timbre. El sonido contundente y seco también sonaba a otra época y la imagen del piso al abrirse la puerta terminó de dibujar el cuadro perfecto de una vivienda atrasada, construida a mayor gloria del capricho elíptico del entorno y sin gran consideración hacia sus moradores. El piso era pequeño y nada acogedor, porque su contorno se adaptaba al muro ovalado que abrigaba un vistoso patio interior. Puede que ese patio de geometría creativa fuera la leche, o hubiera sido la leche en el pasado, pero su estado de deterioro se había convertido en un grito de socorro con un solo mensaje: las casas deben ser para quien las habita, no para quien las contempla.

Así que en ese espacio curvilíneo y alargado de forma semilunar, de unos cuarenta metros en total, había hecho su vida Samuel Gómez Pescador, joven de Madrid cuya muerte había matado en vida a su madre, Teresa, que yacía sin expresión en el rostro en el tresillo del salón, cubierta por una manta que su amiga le había colocado en las piernas para intentar templar a una mujer que iba a ser ya imposible de templar jamás.

El efecto de los tranquilizantes era notable y Tomás y Martín se sentaron junto a ella con escasas esperanzas de lograr un dato coherente de esa mujer sedada, dolorida y rota.

—Nadie podía querer mal a Samuel, nadie podía quererle mal.

—¿Cómo está, señora? —se atrevió Tomás, con el tono bajo.

—Nadie podía querer mal a Samuel, nadie le podía querer mal.

Su amiga Belén le atrajo a la cocina por un pasillo estrecho mientras Martín intentaba mejor suerte en la conversación.

—Mire, agente, Teresa está destrozada y no les va a reconocer que su hijo era en realidad un chico malcriado, que estaba fuera de control y que ella estaba desesperada. No se le imponía nunca y la traía por la calle de la amargura.

Tomás asentía mudo en la cocina, ambos de pie, y con expresión comprensiva. Nunca sabía qué debía preguntar, decir, si debía consolar o debía interrogar. Afortunadamente ella, sola, continuó.

—Trabajo con Teresa desde hace casi veinte años. He visto nacer a ese niño, le he visto crecer. Era guapo, listo, simpático de pequeño, pero le puedo decir que ella nunca le ha sabido manejar. En cuanto se hizo adolescente se echó a perder, saltaba a la vista para todos, salvo para Teresa. — Belén hablaba en tono bajo, se veía triste y reventada pero era una mujer agradable, inteligente.

—¿Tiene usted sospechas en el entorno? — Tomás se decidió por fin a preguntar.

—No conocemos realmente su entorno, era un misterio. Iba y venía sin avisar; podía desaparecer el viernes y regresar el domingo sin que le importara lo más mínimo que su madre se desesperara. Por eso ayer no se alarmó, solo se enfadó con él. Y eso la va a perseguir toda la vida.

—¿Y en el colegio? ¿En el entorno del colegio?

—Sí.

—¿Sí? —demonios, aún no sabía interrogar.

—Hubo un problema.

—… ¿Un problema? —Esta amiga parecía ponérselo difícil.

—Un problema, sí. —La amiga se quedó callada, pareció titubear.

—… y ¿me lo puede contar?

—El año pasado hubo un problema con un compañero, una denuncia, pero ella nunca nos lo comentó demasiado.

—… ¿una denuncia? —la pregunta era obvia y fácil.

—No lo sé muy bien. Algo de acoso. Ella se derrumbó una vez y lo contó, rompió a llorar en la oficina porque no podía más. Un compañero del colegio le había denunciado y ella solo acertaba a decir que era una mentira imposible. Y que iban a dar la razón a Samuel. Pero nunca más lo quiso comentar. Cuando un día le pregunté tímidamente cómo había acabado aquello se enfadó, y dijo escuetamente: «Bien, ningún problema»; y no quiso comentar más.

Ella calló y Tomás, acartonado en su uniforme mientras escuchaba, guardó silencio sin saber qué más preguntar, pero su particular detector de alertas ya parpadeaba en su mente y tentaba a sus dedos, porque ya tenía algo importante que teclear: acoso/denuncias/Madrid. Merodeó aún en busca de material por la casa mientras observaba de reojo cómo Martín había logrado entablar conversación con Teresa. Era una conversación apagada, en voz baja, casi confidencial, pero no se le escapó que el agente, más dotado que él para los interrogatorios y que apuntaba datos esporádicos en su pequeña libreta, había sido capaz de hacer hablar a aquella madre malherida.

La habitación de Samuel apenas medía ocho metros cuadrados. El ordenador estaba ya rumbo a la calle en manos de sus compañeros y el cerco que su vacío había dejado en la mesa descubría garabatos de otra época. Una pintada de trazo infantil dibujaba un coche en la mesa; otra, un niño de la mano de una madre; otra, un balón; otra, un Pokemon; otra, un padre y otra, Doraemon. Monigotes pintarrajeados en las aburridas horas de deberes de años atrás y que el peso de un ordenador había conservado intactos, como se guardan unas pinturas rupestres a salvo del deterioro tras la losa que el azar ha derrumbado en su puerta. Y aquello le resultó familiar a Tomás, que también había acumulado años de aburrimiento y garabatos mientras memorizaba, o lo intentaba, las conjugaciones de los verbos, los anfibios, los reptiles o los reyes godos hasta que descubrió la informática, su pasión, y un ordenador también tapó su mesa infantil. Pasó una mano por la mesa de Samuel con una nostalgia prestada; observó las paredes cargadas de voces de un adolescente y sintió que se encontraba en el cuarto de un chaval normal, como fue su cuarto en un piso cualquiera de un barrio cualquiera de una ciudad cualquiera, su Ávila natal.

Martín le llamaba ya y se despidieron sin más. En dos zancadas estaban abajo. En la plaza, los barrenderos terminaban de borrar cualquier rastro de la noche y hasta las flores parecían haberse enderezado tras los pisotones. Los coches ya abundaban; los vecinos domingueros ya rodeaban el quiosco para comprar el periódico e ir a disfrutar de un cruasán, los niños bajaban las bicis y los perros recién sacados a pasear tensaban nerviosos las correas en busca de espacio vital. La ciudad se ponía en marcha y solo un par de puertas separaban el drama solitario de una mujer de la vida que emergía de nuevo tras recomponerse el escenario de la fiesta. Ni un aire de homenaje, ni una palabra, ni una cara amiga peregrinaba hacia el tercero B del número 10 de la plaza Elíptica porque, en eso sí — pensó Tomás — era diferente Madrid.

—¿Dónde te habías metido?

—Te hemos estado llamando.

Luna saludó a Joaquín y Javier, los dos viejos colegas que le esperaban en la redacción. Dejó sus cosas sobre la mesa, se quitó la chaqueta y, de pronto, echó de menos el esquinero donde siempre la arrojaba.

—¿Y los muebles, y mi silla?

—Están desmantelándolo todo. Esto será la zona web, es lo que te intentábamos decir.

Luna miró a su alrededor y vio más lejos a su jefe, que ya se encaminaba hacia él. Tres hombres con mono verde impecable tiraban cables nuevos por el suelo y otros dos movían muebles y trastos por la sala.

—Luna, nos están poniendo todo patas arriba y tienen que mover tu archivo — le dijo el jefe. Y a la vista de su mirada se encogió de hombros y añadió —: Yo me he enterado hoy.

Luna le miró confuso, con la chaqueta en la mano, se sintió ridículo, sin saber dónde colgarla. Ambos compartían las ojeras de su noche toledana.

—¿Y dónde se supone que voy a escribir?

—Por el momento te vienes a mi despacho y luego lo hablamos. — El jefe bajó la vista al suelo.

Luna seguía paralizado, con la chaqueta en la mano. Se la volvió a poner. Los tres viejos colegas se intercambiaron una mirada. Era obvio que sin que hubieran firmado aún su salida y mientras se lo estaban supuestamente pensando, la empresa ya les había borrado del paisaje. Sin escrúpulos.

—Vamos a tomar algo, aquí sobramos — dijo Joaquín.

—Luna, ya lo sabes —el jefe le apuntó con el índice, su mirada de advertencia lo decía todo y el recuerdo del vodka huyendo por la cañería también era compartido —: te espero en breve en mi despacho.

—Si cuando vuelva no te lo han quitado.

Los tres bajaron a la calle. Tres cafés para empezar. Y tres cigarrillos humeantes antes de que el progreso también les arrebatara ese placer en la barra.

—Todo se está yendo al carajo — dijo Joaquín —. Nos han quitado el sitio antes incluso de que firmemos. Esta es la despedida.

—Pero hay cosas peores, compañeros — siguió Javier —. ¿Sabéis lo de Gómez?

—¿Gómez? —Luna no caía.

—El de la partida de los viernes. Gómez, el de talleres.

Entonces cayó en la cuenta. Los viernes, hacía ya muchos años, encargaban en el bar la paella de la casa para comer y se quedaban hasta tarde jugando una partida, al menos antes de que los móviles les pusieran a tiro constante de los jefes. Ay, aquellos tiempos. En aquellas sobremesas de barajas, puro y copas se hicieron grandes amigos, especialmente entre la gente de rotativas y redacción, que jamás se habrían mezclado de otro modo. Y Gómez era de aquellos, de los colegas del buzo.

—¿También le han echado?

—No, lo nuestro es una broma al lado de lo que le ha pasado.

—¿Qué ha pasado?

—Su hijo ha muerto. Con dieciséis años. Nos hemos enterado esta mañana.

—¿Su hijo? —Luna se quedó paralizado. ¿Otro menor muerto? —. ¿El hijo de Gómez?

—Sí. Samuel. No sé de qué, solo sé que ha muerto.

Samuel. Dieciséis años. Hijo de Gómez. Luna hizo tambalear la taza mientras se echaba hacia atrás hasta alcanzar la silla más cercana.

—Samuel Gómez —musitó.

—Sí, Samuel. ¿Qué te pasa?

—Samuel Gómez Pescador. —Volvió a levantarse y agarró la barra con las manos, la mirada concentrada, ausente.

—¿Qué ocurre?

Samuel Gómez Pescador. Y Teresa. Claro que la conocía. Había venido un día, hacía ya muchos años, a darles las gracias por el regalo de boda que entre todos hicieron a Gómez. Estaba embarazada entonces y al fin se casaban. Habían salido a celebrarlo y habían brindado por los dos, y por el que estaba en camino. Gómez la abrazaba entonces; daban envidia, estaban enamorados. ¿Dieciséis años habían pasado? Podía ser. ¿Y adónde se había ido esa alegría? Porque esa era la mujer que anoche le había mirado fugazmente, rematadamente rota y sola, mientras los forenses ultimaban la autopsia de su hijo. Porque esa pareja hacía tiempo que estaba separada. Porque ese hijo había muerto asesinado. ¿Acaso alguien había decidido levantar el tapón del mundo y dejar que se fuera entero por la alcantarilla?

Era increíble hasta qué punto una madre podía desconocer a su hijo; qué mecanismos le podían hacer ignorar el espejo que pudiera devolverle su imagen real, y elegir la mirada deforme, mejorada, maquillada y perfeccionada de un ser que, cuanto menos, había que cuestionar. El análisis del ordenador de Samuel no dejaba dudas sobre su carácter chulo, simpático, pero bravucón. Muy querido, pero muy sobrado. Una buena red de amigos le seguía en Tuenti y a primera vista era como cualquier red de amigos en Tuenti: comentarios chorras, con brotes esporádicos masivos de algún tema serio, como las notas finales o la prohibición de los loros, para volver a sumergirse todos en la fascinación ante algún evento colectivo como la adoración a una misma hora de su icono, Bob Esponja, o la exhibición, todos a una, de las fotos más comprometidas de la cogorza con que celebraron el fin del colegio. La de Samuel, un baño en pelotas en la fuente mientras se partía de risa, no era mucho peor que las de los demás. Mejor no incluirlo en el informe oficial.

El vistazo inicial a Facebook no arrojó muchos detalles más. Más atrasada que en Tuenti, su cuenta ahí abundaba en contactos de algún año atrás, en fotos de lo que debía ser un campamento, con montón de chicos y un par de monitores en ropa de baloncesto en un entorno arbolado y caluroso. Él se veía más niño, casi imberbe, con acné. Tal vez eran del verano anterior. Sí. Definitivamente eran del verano anterior, porque los únicos comentarios recientes eran de compañeros que iban a repetir: «Se acerca el Campus, tíos — se decían —, ¿os apuntáis?». «Depende de las notas». «Si apruevo, boi». Samuel no se había definido aún.

Tomás copió en un archivo la red de contactos de Facebook, lo imprimió, volvió a Tuenti, repitió la operación, y se sumergió en la lectura de los últimos mensajes de Samuel.

Horas antes de su muerte, el viernes, se había intercambiado mensajes con la que parecía ser su panda habitual: «donde kedamos», «oi bamos a la disco, tios», «no pekeis», decía uno que parecía que se iba a quedar fuera del plan. «No poco, bamos a pecar», respondía Samuel. «Pues don penitente os perseguira».

«Don penitente, don penitente», los Penitentes… ¿No era ese colegio al que María le había dicho que iba el chico de Santander? ¡Qué idiota! Cómo no había caído en preguntar el nombre de su colegio.

Pero afortunadamente estaba Martín, que se lo confirmó: Samuel Gómez Pescador, dieciséis años, alumno de 4.º de la ESO del colegio de los Penitentes de la plaza Elíptica de Madrid. Mal estudiante; dejó tres para septiembre. Sin novia conocida, anda con varias, y la típica panda adolescente. Sus mejores amigos: Antonio, Diego, Lucas, Clara y Luis. Aquí están los teléfonos. Y están todos al llegar.

No había desaprovechado el tiempo, Martín.

Tomás se volvió a sumergir en la pantalla y tecleó: denuncias/acoso/Madrid. Estaba dentro. Samuel Gómez Pescador. Y ahí estaba, vaya si estaba. Un tal Simón le había acusado de acoso y persecución. La argumentación era rica en desprecios a un chico que debía de ser obeso y con el que Samuel se había cebado. Eran compañeros de colegio. Y el caso se había archivado.

—Martín —llamó Tomás.

—Dime —se asomó Martín.

—Busca también a Simón. Simón Toharia Salazar.

11

La exposición estaba ya abarrotada de gente que se amontonaba ante los cuadros, y de inmediato comprobó que no iba a encontrar la serenidad que perseguía. No era la primera vez que llegaban obras de Turner a Madrid, pero no había encontrado una opción mejor para su ritual del domingo: después del baño, misa; y después de misa, un museo. Y era cierto que todo eso iba a cambiar, que tenía otras urgencias y que pronto iba a dejar sus balsámicas rutinas a cambio de algo aún desconocido, pero también era cierto que no eran ellas su problema. Así que asumió incómodo, pero inmutable, su sitio en la cola atestada y empezó a desfilar despacio ante los cuadros bajo el parapeto de una audioguía a ratos averiada.

Era sabido que Turner había dibujado los mejores paisajes de Londres, con permiso de Constable, así que empleó sus fuerzas en aislarse de los rostros distendidos que amenazaban con enervarle alrededor y en concentrarse en el color irrepetible que la explosión del volcán Tambora había llevado hasta los cielos de Europa en lo que se dio en llamar «el verano sin verano». Curioso relato el de la voz de mujer que le guiaba, también turbador. Las cenizas habían cubierto el continente sin que nadie entendiera entonces nada, habían enfriado el aire, habían amortiguado los rayos del sol y habían impactado en el ánimo de la época, en 1816, hasta el punto de generar una corriente de arte y literatura sin calor y con horror. Poemas importantes de Lord Byron o el personaje de Frankenstein eran hijos de esa época, y algunos paisajes de Turner recogían a la perfección la frialdad que se escondía tras el tono rojizo engañoso que adoptaba el cielo de la capital británica. Pero entonces nadie sabía aún por qué ese verano no había habido verano y aquello le atrapó a la vez que le mantenía afortunadamente a salvo de los turistas sudorosos con cámaras, chanclas y bermudas y del calor que con ellos se había colado en el Museo del Prado.

Pensó por un momento en Frankenstein, un hijo incomprendido del miedo que solo generó desgracia. Pensó en el propio Turner, un artista hosco, brillante desde niño y marcado por la enajenación de su madre y el desaire continuo de su padre. Empezó a sentir ligeras palpitaciones, las manos le empezaron a sudar, hacía calor. No podía evitarlo, todo le estaba empezando a afectar. «Concéntrate — se dijo —, concéntrate».

Una de las obras, el sepelio de un amigo del autor en un barco en altamar, se le antojó rotunda, poderosa, hermosa. Paradójicamente le calmaba contemplar la mar revuelta, indómita. Pero otra, la de una prostituta de pechos rollizos de su etapa más flamenca, le causó gran repulsión. La audioguía emitió además interferencias molestas y la apagó contrariado. Entonces otra escena, la de unos ángeles robustos que imitaban a su admirado Tiziano durante la etapa italiana de Turner, le despertó en la memoria un recuerdo reciente y muy inquietante.

Apenas habían pasado unos días desde la inusual cita que le había llevado hasta Alcalá, a una

iglesia recién restaurada donde los frescos de la Anunciación, con la Virgen en el centro iluminada por los rayos divinos y rodeada de ángeles sinuosos y nubes caldeadas por un milagro inminente, resultaban especialmente sublimes en contraste con las paredes encaladas en blanco, sencillas, y la nave central desnuda. Era un escenario perfecto para orar con simpleza, sin el ruido y el entretenimiento vacuo de los bancos y toda la actividad que conllevan: sentarse, levantarse, arrodillarse, santiguarse, y otra vez volver a sentarse, con la consiguiente gesticulación para recolocarse la chaqueta, el cinturón o el bolso por parte de cada fiel asistente.

Rezar de pie, así, con la vista puesta en esos frescos y sin la colección de beatas y curiosos que pasa el rato en los reclinatorios de una iglesia era una experiencia que le había resultado pura, que le había procurado los únicos instantes reparadores que sentía en mucho tiempo.

Pero no era a rezar para lo que les habían hecho ir hasta Alcalá. El Papa iba a llegar en noviembre y los superiores querían preparar una movilización ejemplar en la que todos debían colaborar. Había que remover hasta la última piedra en los colegios para que alumnos, pero no solo ellos, sino sus padres, tíos, abuelos, hermanos, amigos, vecinos y otros fieles contribuyeran a mostrar que desde dentro de España, y no solo desde el Vaticano, se levantaba un clamor contra el laicismo de Zapatero: contra el aborto, contra el matrimonio gay, contra la campaña para sacar el crucifijo de las aulas y los edificios públicos. Y para demostrar que la pederastia no había cruzado los Pirineos, que no había llegado a España.

No era solo una cuestión de principios, de combate a unas ideas que reventaban todos los valores del catolicismo; es que había que plantar batalla en un país que de ser un pilar de estabilidad durante siglos había pasado a convertirse en foco de pecado y maldad con una proyección desmedida para toda la comunidad latinoamericana, que empezaba a imitar las leyes salvajes que llegaban de Madrid. La Iglesia estaba en entredicho en todo el mundo y el Papa había decidido fortalecer desde España los músculos que debían sostener su poder. Había que tensarlos entre todos. Y, sobre todo, exhibirlos.

Por eso no era tampoco a emprender la movilización para lo que les habían hecho venir. O no solo. Porque tras la oración y la charla, el superior les había ido llamando a cada uno por su nombre para formar pequeños grupos de reflexión. Grupos de dos, de tres o de cuatro. Debían desperdigarse entre los jardines arbolados y durante una hora aportar ideas antes de agruparse de nuevo para la oración final y la despedida. O al menos es lo que parecía. Porque la conversación que él protagonizó no tuvo nada que ver con la visita del Papa. O al menos no directamente.

—Luis Ángel. Luis Ángel García Humanes.

Su nombre había sonado en alto, demasiado alto en el micrófono del altar, y le sobresaltó en la nave desnuda donde todos habían orado. Un sacerdote se levantó y le indicó que saliera. Su interlocutor no se presentó, pero él sabía que era uno de los superiores de zona. Le siguió bajo el sol abrasador hasta un banco junto a unos rosales resecos.

—Luis Ángel, hijo mío. Hemos emprendido un camino duro, un camino de servicio y ejemplo en el que no se nos está permitido tropezar.

Él calló.

—Jesucristo marcó ese camino, llevó su propia cruz bajo un sufrimiento extremo y a cada tropiezo volvió a levantarse y a continuar.

—Era la voluntad de Dios —se atrevió a responder.

—Y es voluntad de Dios que superemos los tropiezos, que continuemos nuestra marcha, que lavemos nuestros pecados y que encontremos en el seno de la Iglesia el consuelo y la fuerza para continuar.

No entendía bien qué se esperaba exactamente de él. Permaneció callado, alerta. El superior le miró fijamente a los ojos.

—Debes tener algo muy presente, hijo: si tropiezas, debes confesar, y en el seno de la Iglesia, y solo en ella, hallarás la salvación.

Era una invitación a confesar, pues. Una invitación que le incomodó, pero no lo dejó ver.

—Lo sé, hermano. La Iglesia es la única salvación. Soy muy consciente de ello — desconcertado, optó por dar vueltas en el mismo ruedo.

—Jesucristo vino al mundo para salvarnos de nuestros pecados, pero nosotros debemos ayudarle a salvarnos.

—Estoy convencido de ello, hermano.

—Eso esperamos de ti, hijo. Eso esperamos.

Se mantuvo en silencio mientras siguió con atención las últimas palabras del superior.

—Porque vienen tiempos de mayor sacrificio, de exigencia pública y de escrutinio. Y todos debemos estar limpios.

La campana de la iglesia había puesto fin entonces a la reflexión y con ella a ese momento extraño, como el empujón que acababa de recibir de un japonés que le había hecho regresar del recuerdo; pero el sinsabor se le había quedado incrustado y amenazaba con permanecer largo rato.

Escrutinio. La palabra le había atemorizado entonces y lo hacía en ese instante, pero es que además le estaba sulfurando.

—*Konnichi wa, konnichi wa, excuse me* — el japonés se inclinaba ante él para pedirle disculpas. La audioguía se había caído al empujarle y, tras recogerla, se la estaba tendiendo.

No dijo nada.

—*Konnichi wa*. —El japonés se la quiso poner en las manos pero se dio cuenta de su ligero temblor. Instintivamente él cerró los puños. La audioguía cayó nuevamente al suelo y se partió. Varios turistas desviaron la mirada de los cuadros para volverse a los dos.

Miró al japonés, de baja estatura y vestido con chaleco de viajero, gorra y bermudas y lo apartó de un manotazo mientras un corrillo de turistas sorprendidos empezó a murmurar. A grandes zancadas abandonó el Museo. Intentó respirar. Se propuso recuperar la calma deambulando por el exterior. Hacía fresco bajo los plátanos de sombra del centro de Madrid, pero todo intento de aclarar su mente chocaba con la masa de ociosos que parecían decididos a conquistar el paseo del Prado. Todos en pantalones cortos y camisetas de tirantes. Le exasperaba la falta de elegancia de esa gente y él, con sus pantalones largos de lino, su camisa fresca en manga corta y sus sandalias abiertas, certificaba para sus adentros cómo se podía afrontar el calor con más decencia. Demasiada gente para su termómetro de aguante particular. Así que sin dudarlo más, arrojó en una papelera el folleto de la exposición y se fue. Ya nada de lo que antes funcionaba funcionaba. También las apaciguadoras rutinas del pasado debían ser sometidas a una intensa revisión.

Tomás al fin recibió el material que María le enviaba desde Santander. Fotos duras que iba a cruzar con los contactos de Samuel, a la espera de ver el disco duro de Alejandro. No estaba seguro aún de que los seis hombres que aparecían en ellas le sonaran, pero Alejandro, con su rostro endurecido y atractivo, era sin duda uno de los amigos de Tuenti de Samuel. O de Facebook.

Aisló los torsos de los seis, envió el archivo editado a Santander y se sumergió de nuevo en el disco duro de Samuel. Iba a tener que echar unas cuantas horas para sacar todos los mensajes que ambos se hubieran intercambiado antes de morir. El último, el jueves: «Luego me cuentas, kabron».

La jornada iba a ser larga.

«Sacrificio. Exigencia pública. Escrutinio. Salvación». Y ayuda para lavar los pecados. Las palabras que el superior había pronunciado martilleaban su cabeza y le arrastraban del sueño a la vigilia, mezcladas con la prostituta pintada por Turner, que perdía sus pechos por los disparos de un policía en un control de alcoholemia. Sacrificio, salvación, limpieza, pecado. Los ojos cerrados de nuevo y los ángeles de Turner asaltaban la cúpula de la iglesia de paredes blancas de Alcalá con una violencia que le zarandeó, que le hizo incorporarse en su cama individual y que le dio arrojo suficiente para huir de una vez de aquella pesadilla. «Quieren quitarme de en medio. Quieren quitarme de en medio». La obsesión que había nacido en el sueño atravesó sin barreras hacia su estado consciente, y se instaló en su cabeza ya despierta. «Quieren quitarme de en medio. Van a quitarme de en medio».

Palpitando, tembloroso, cubierto por el sudor, se sentó en la cama. Era de día, apenas atardecía y se había quedado dormido. Se arrastró hasta el lavabo y sumergió la cabeza bajo el chorro potente de agua fría. «Quieren quitarme de en medio». Se asomó al pequeño espejo e intentó componer la mirada y el gesto hasta recobrar la compostura. «Quieren quitarme de en medio. Pero estoy a salvo. Estoy a salvo. Estoy a salvo».

«No pueden hacerme nada porque estoy a salvo». Se santiguó arrodillado, entrecruzó las manos, cerró los ojos y rezó en silencio. Debía salir. Era de día. ¿Cómo se había quedado dormido? No era hora de dormir, no le tocaba dormir, en ningún sitio estaba planeado que tuviera que dormir.

«Pero estoy a salvo. De momento, estoy a salvo».

Excepto por un detalle, lo sabía. Las llaves. No habían funcionado las malditas llaves y el viaje de la víspera no había servido de nada; lo tenía que arreglar de otra manera.

«Pero entonces estaré a salvo. No tendré una piedra atada al cuello, habrá salvación para mí».

12

La playa de Oyambre presentaba un aspecto mucho más tranquilizador de día y hasta El Pájaro Amarillo, la escultura en honor a los aviadores que encontraron en este inmenso arenal su salvación, tenía cierta belleza y le ofrecía un distintivo único para pasar a la historia. Las dunas, los suaves acantilados y los campos verdes que la rodeaban con pequeñas explotaciones de vacas terminaban de dibujar un paisaje único. María adoraba ese contraste que el norte de España ofrece, sin inmutarse, a los que vienen de fuera: el turismo de playa y las cuadras de animales; el *parking* a tres euros el día para caravanas que han recorrido millares de kilómetros en el mismo prado en el que pastan las vacas tudancas. Y el mar siempre brusco, recio, inconforme.

Carlos aparcó en el pedregal de acceso a la playa y ambos descendieron a la arena. No había demasiada gente para ser un domingo; seguramente echaban la siesta en las caravanas, o la bandera roja que prohibía el baño había disuadido a muchos. Un paseo por el lugar en el que se había hallado el cadáver no arrojó mucha luz. La escultura estaba deteriorada. María se subió a las rocas que formaban su base, ahora irregular, y saltó de nuevo a tierra. Dos niños pequeños rubios, sin duda hermanos, arrojaron sus bicis sobre la arena y fueron corriendo hacia ella cuando bajó.

—Señora, no se suba, no se suba, bájese. Aquí han encontrado un muerto y está prohibido venir — dijo el más pequeño.

—¿Y entonces por qué habéis venido? — a María le costó mantener la seriedad.

—Porque la hemos visto y se lo hemos querido decir — dijo el mayor —. Estamos vigilando.

—¿Y dónde están vuestros padres?

—En el *camping*. Allí. — Ambos señalaron el *camping* más cercano.

—¿Y vosotros cómo lo sabéis?

—Porque vimos al muerto. Mi padre llamó al socorrista y lo denunció.

Los pequeños guardianes del escenario del crimen tenían los pies y las chanclas negras del trajín, el pelo despeinado y lleno de salitre y el bañador ya descolorido, pero estaban bien informados y parecían decididos a defender firmemente el lugar. El mayor tenía un arco de madera cruzado en el pecho y la espalda y, el pequeño, un cinturón con dos pistolas y esposas colgando.

—¿Están cargadas? —preguntó Carlos.

El niño sonrió.

—No, pero mi hermano tiene flechas de verdad.

Merecía la pena llegar hasta el *camping*, y, escoltados por los pequeños agentes que ya se

adelantaban en sus bicis, María y Carlos decidieron ir.

No vieron a ningún adulto al entrar en el recinto abierto de par en par, donde unos chiquillos jugaban al fútbol en la misma cancha en la que unas niñas desplegaban cochecitos, ropas y muñecas de Hello Kitty hasta formar una pequeña ciudad.

—Son casi todos primos míos — dijo el mayor con una voz que intentaba ser grave, dándose aires de anfitrión —. Somos más de treinta en total. — Y señaló varias caravanas próximas unidas, situadas en torno a un espacio común y bajo un toldo compartido.

—¿Y cuál es la vuestra?

—La segunda. Aquella de allí.

Pero una mujer salía ya de la caravana, alerta ante la llegada de los niños con un par de desconocidos. Sin duda los había visto desde dentro; también salió un padre con aspecto soñoliento. El olor a café también escapó del interior.

—Mamá, mamá, estos señores han venido a ver el sitio del muerto — el pequeño se adelantó —. Son de la policía.

No era precisamente lo que se esperaban, dos policías en vaqueros, después de ver el cadáver y avisar a los socorristas, pero su llegada no los sorprendió. Una vez que dieron parte, su mayor afán había sido mantener a los niños alejados de allí, ver el partido y celebrarlo, así que ni siquiera habían comprado el periódico para averiguar detalles sobre la víctima.

—¿La víctima? —a María no se le escapó la expresión. Aquellos turistas no tenían por qué saber que no era un accidente.

Bueno. Estaba vestido, con zapatos, el aspecto era bastante sospechoso.

—¿Cuánto tiempo llevan aquí?

—Una semana.

—¿Han visto algún día algo extraño?

Padre y madre negaron con la cabeza. A los dos pequeños se les había unido una buena decena de primos curiosos. María los miró con incomodo y la madre comprendió; mandó a los niños a la cancha e invitó a los policías a pasar dentro de la caravana. Una nube de chavales quedó fuera con la frustración en la cara cuando la puerta se cerró.

—Disculpen el desorden, no esperábamos visitas.

Un par de toallas de playa y algunas chaquetas se amontonaban sobre el banco del minicomedor, pero estaba limpio y era acogedor. La cafetera aún humeaba y el edredón en la cama aún debía conservar el calor de la siesta interrumpida. Carlos se fijó entonces en una cazadora negra de cuero, un clásico para moteros auténticos como él, que habría estado dando vueltas sobre el motor de su Bultaco aquel domingo si no hubiera habido un asesinato.

—¿Eres motero? ¿Qué tienes?

—Tengo varias, pero una Ducati del 96 es la que más llevo. ¿Y tú? — El detector de moteros funcionaba incluso ante policías de paisano.

—Una Bultaco metralla —dijo Carlos —. Mira, tal vez te has fijado. El joven muerto también tenía una buena moto, un modelo nuevo, y es probable que llegara en ella hasta aquí.

—¿Qué modelo?

María ya había desplegado las fotos sobre la mesa y, a pesar de que habían sido editadas para eliminar el contexto, seguían siendo siniestras. Los dos turistas arrugaron el gesto.

—Una BMW HP2 Enduro. De este año — Carlos comprendió la sorpresa de su interlocutor, un tío claramente normal, y explicó —: Era muy jovencito, pero manejaba dinero.

—He visto una BMW, hace días he visto una BMW así. Es imposible de olvidar — dijo él.

Lo recordaba bien. La moto había estado aparcada en la playa, se paró a mirarla y se la enseñó al ejército de críos que le acompañaba. Era espectacular, nueva y brillante, frente a las bicicletas destartaladas que se amontonaban por ahí. Mientras hablaba, María se fijó de pronto en el rostro lívido de la mujer. Pálida, los ojos muy abiertos, intentaba señalarles una foto.

—Y yo he visto a este tío, es él, le he visto — dijo.

Con rotundidad, la mujer señalaba una de las seis fotos que le habían presentado. María y Carlos se miraron con precipitación. Esa sensación chispeante de estar ante el camino acertado les estaba dando un vuelco al corazón. Tenían un testigo.

—Le he visto paseando por la ría con un chico joven, es él.

La escena se le había quedado grabada porque hacía días, mientras paseaban por la ría que desemboca en la playa y los niños se tiraban duna arriba, duna abajo, su perro se le había soltado de la cadena. Era Quillo, un cachorro de pastor belga que tenían desde Navidad, alegre y muy inquieto, que se volvía loco en la playa, corría hacia las olas, se revolcaba y se adentraba sin importarle el peligro. Habían tenido que comprar una correa larga para asegurarse de que, por mucho que corriera, le tendrían bajo control. Y esa correa nueva había resultado difícil de ajustar. Quillo se escapó aquella tarde, el miércoles o jueves debió de ser, y fue directo hacia esos dos hombres que paseaban por las dunas. La mujer recordaba bien la cara del mayor precisamente por eso, por el contraste de su aspecto cuarentón con el del joven que le acompañaba. Pero también por su expresión extraña, su fortaleza, su musculatura, su altura. Y padre e hijo no eran, a juzgar por el abrazo que se estaban dando cuando los interrumpió el perro ladrándolos y desatando la furia de ese hombre cuyo rostro estaba ahora allí, sin ninguna duda, sobre el tablón desplegable que hacía de mesa en su caravana.

—¿Les dijo algo? ¿Dijo algo el más joven?

—Al más joven no le llegué a ver bien la cara. Me preocupaba el mayor, que casi alcanza a pegar una patada a Quillo. Pero cuando los alcancé, cogí al perro, les pedí disculpas y no dijo gran cosa. Dijo solamente: «A ver si controlan a su perro».

No estaba mal, nada mal. El hombre que había señalado esa mujer llevaba el número 4 en la lista de incógnitas que habían establecido y ahora tenían que identificarlo. Iba a ser duro pasear la colección de fotos entre los familiares y amigos de Alejandro, abuela incluida, para que alguien reconociera a esos sujetos, pero ya tenían indicios claros del probable autor. Tras guardar las fotos, tomar sus teléfonos y terminar un café que les supo al mejor grano de Brasil por la amabilidad con que se lo sirvieron, salieron. La nube de chiquillos en chanclas y bañador seguía en guardia por alrededor.

—Dime otra cosa —María se volvió hacia el turista motero —. ¿Y cuándo viste la BMW?

—Estuvo aparcada un par de días a la entrada de la playa, me sorprendió. Y la vi marchar ayer.

—¿Ayer?

—Sí, ayer. Por la tarde. Me fijé porque la oí rugir desde la playa rumbo a la carretera pisando el acelerador a tope y pensé en los críos. Afortunadamente estaban todos en la cancha y pasó sin

más problemas. Pero podía haber pillado a algún despistado en el camino porque salió como un rayo, el cabrón. Aún tengo el susto en el cuerpo.

O sea que el probable asesino, que el jueves había estado allí con Alejandro, había regresado ayer. A buscar la moto. Interesante riesgo. ¿Un viaje para supervisar el terreno, un intento de borrar alguna huella, una vulgar vuelta al lugar del crimen? Una cosa había que tener en cuenta: había regresado cuando aún no había sido hallado el cadáver.

Carlos y María salieron ya rumbo a la ría, y la escolta que les procuraron los dos hermanitos armados, el cachorro saltarín y los padres moteros para reproducir *in situ* el recorrido de esa tarde fatídica no pudo ser mejor.

Esteban había pasado la mañana interrogando a los posibles testigos del parque, entre maldiciones por la ausencia de su jefa, cuando recibió la llamada que esperaba:

—Será mejor que vengas y lo veas tú mismo.

Los compañeros de la Policía del Subsuelo habían terminado el drenaje del estanque principal y lo que habían dejado al descubierto era una chapuza digna de la peor película de terror. Allí, en el lugar en el que había yacido muerto Samuel, una composición de pesas unidas por cuerdas y en forma de cruz desvelaba cómo había logrado el asesino hundir el cuerpo de su víctima. Un par de pesas para el cuello, otra en cada uno de los brazos, en los muslos y en el abdomen, y otras más pequeñas para muñecas y tobillos. El autor debía tener una fuerza extraordinaria para haber traído hasta aquí más de setenta kilos de pesas compactas, y una frialdad polar para planear cada detalle y moverse con tranquilidad en ese escenario. Sin duda, el barco abandonado en la orilla le había servido de base y solo el mal nudo con que había atado las pesas que debían cubrir uno de los tobillos le había fallado. Si no, a saber cuánto tiempo habría pasado hasta encontrar el cadáver.

Un par de pesas le habían sobrado y habían acabado arrojadas en el fondo, que ahora aparecía maloliente y cubierto de botellas, latas, piedras y más basura que había que analizar en detalle.

Esteban lo contempló de nuevo y pensó que, en cierta forma y con tantas molestias, aquello era una suerte de enterramiento pensado y pausado, una tumba acuática en la que el papel de lápida lo desempeñaban aquellas vulgares pesas de Decathlon. Solo parecía faltar un epitafio. ¿Dónde estaba el epitafio?

El proceso para identificar a los seis hombres iba a resultar curioso, a juzgar por las reacciones que fueron encontrando. El Padre Damián había reconocido a tres de ellos, los más jóvenes, como exalumnos del colegio, y les había dado sus nombres y paraderos más recientes mientras se persignaba sin cesar de repetir: «Ave María Purísima, Ave María Purísima». Así obtuvieron los datos de los que habían bautizado asépticamente como «números 1, 2 y 3». Cuando le volvieron a presentar el 4, el 5 y el 6, se siguió santiguando y contestó con un rotundo no. Ni a María ni a Carlos se les escapó el hecho de que el Padre Damián ni siquiera se había esforzado demasiado en fijarse en los otros rostros. «Ave María Purísima, Ave María Purísima».

El joven David, hundido en lágrimas por la muerte de su novio, desconsolado en su soledad, agraviado porque ni la familia le había llamado para que asistiera a su entierro y, sobre todo, por la denigrante investigación que hablaba de un Alejandro no solo promiscuo — como siempre temió — sino malvado hasta el punto de filmar a sus amantes quién sabe con qué propósito, no tenía apenas arrestos para mirar las fotos. De nada sirvió que le dijeran que la familia no podía haberle llamado porque apenas habían descubierto el cadáver, y para qué hablar de un entierro que mientras hicieran la autopsia no se iba a poder programar. Solo las palabras de María, que se empeñó durante una hora larga en recalcarle que, si él no estaba en esas fotos, era porque Alejandro le quería de verdad, parecieron frenar por un momento su desgarro y concederle un poco de cemento con el que empezar a forjar su fortaleza en el futuro. Solo entonces accedió a echar un vistazo a las fotos, para volver a llorar y llorar, mientras Carlos, todo hay que decirlo, daba vueltas en la habitación un tanto exasperado ante tanta pusilanimidad. Pero pese a su tristeza, David señaló una foto: la número 5.

Algunas noches, corroído por celos poderosos capaces de tomar las riendas de su ánimo y en contra de lo que le dictaba la razón, se había quedado agazapado en torno a la casa de la abuela, acariciando al perro dócil que ya le conocía, hasta ver con dolor cómo ese hombre venía a buscar a Alejandro. Llegaba en un Audi gris, bajaba del coche para hacerle una llamada perdida, fumar un cigarrillo y contemplar cómo el joven salía de su casa, siempre bien peinado, con vaqueros y cazadora ajustados. Había necesitado entonces enormes esfuerzos para permanecer callado, llorando, abrazado en la sombra al viejo pastor alemán mientras el Audi chirriaba ya en el guijo rumbo hacia un restaurante, un bar de copas, quién sabe dónde. David no solo se desesperaba al comprobar que había otros hombres, como siempre había sospechado, sino que también le destruía que fueran mayores. Porque después de este número 5 cuyo nombre desconocía, vio a otros. Otros que no estaban en las fotos. Las crisis que aquello desató en su relación le habían minado los nervios. Varias veces se había armado de valor y le había dejado, pero la rutina adictiva de sus conversaciones, su mirada, sus paseos, sus risas, sus abrazos, le habían hecho volver contra su voluntad racional. Ambos se querían como almas gemelas, decía, pero ninguna de las fases de euforia por el regreso, ninguna promesa de fidelidad eterna, ninguna de las etapas en que aplacó los celos mientras se imponía de nuevo la felicidad habían servido nunca para impedir que, alguna noche y con la excusa de un examen o un dolor de estómago, él volviera a engañarle mientras el incendio del orgullo herido volvía a prender en su interior. Cómo un chico atractivo como él, vital y guapo, querido y protegido por su abuela, era capaz de salir con esos hombres era algo que no se podía explicar. Salvo por una cuestión de dinero. Porque esporádicamente le sorprendía con un móvil nuevo, con ropa de marca y un montón de dinero para invitarle al mejor restaurante de la ciudad. David se sumergió de nuevo en el llanto eterno y María le obligó a mirarle a los ojos y a prometer que iba a buscar ayuda, porque nadie puede afrontar en soledad una pérdida así sumada al desgaste anteriormente sufrido. Le dijo.

—¿Y el escenario de las fotos? ¿Conoces este lugar?

—Jamás lo he visto.

Fue mucho más fácil hablar con Leticia, la hermana de Alejandro y la única persona con atisbo de realismo en una casa donde todos parecían haberse vuelto locos. La madre sollozaba mientras clamaba a Dios cómo había permitido que su niño se ahogara.

—Dios mío, Dios mío, a qué prueba me quieres someter. Cómo puedes llevarte a mi pequeño —imploraba—. Él sabía nadar bien, ¿cómo pudo cometer una imprudencia?

¿Nadie le había dicho a esta mujer que la policía estaba investigando un asesinato y que, si el cadáver aún estaba en manos de las autoridades, era porque necesitaba una autopsia en busca de indicios? Al ver cómo Carlos y María abrían los ojos como platos al oír hablar así a la madre, José, el hijo mayor, les lanzó una mirada que imploraba tacto y comprensión mientras la abrazaba en el tresillo. Los medianos estaban allí de pie, con cara de circunstancias. Y solo Leticia les invitó a pasar a la cocina para que dejaran a su madre y respetaran la ignorancia voluntaria de la que en esa casa todos se habían hecho cómplices.

—¿Su madre va a enterrar a su hijo sin saber que ha sido asesinado y que estamos buscando al asesino? —María no pudo evitar meterse donde no la llamaban.

—Compréndannos. Ella no resistiría saber la verdad sobre Alejandro. Desde que mi padre la abandonó…

—Ahí está el problema. Que la verdad de Alejandro también es fruto de… —iba a decir «estupidez», pero se contuvo—. Es fruto de una situación que no ha sido afrontada desde su inicio y que ha ido acumulando mentiras a partir de la primera ficción. Pero en fin, supongo que esto usted ya lo sabe.

Leticia también lloraba con un llanto antiguo, el llanto que la muerte de su hermano traía desde muy lejos, desde que su padre se fue y su madre se encerró en una sensiblería absurda que obligaba a todos a danzar a su alrededor para evitarle disgustos, a tenerla en palmitas para que no se desmoronara, mientras ella renunciaba a su obligación de madre activa, que aplaude las conquistas de sus hijos y que está alerta ante sus pasos en falso. Nada de eso se había producido en esa mujer que había dimitido en vida, y la necia suerte de Alejandro era una de las consecuencias. La ñoñería que desprendían los hermanos era otra y su tristeza también.

—Usted puede afrontarlo y forjarse una vida propia, Leticia. No puede conformarse con esto.

Esta vez, Carlos lanzó una mirada asesina a María. Ya se estaba poniendo pesada la comisaria, le parecía, y era hora de avanzar. Le señaló el reloj porque aún les esperaba la abuela y María reaccionó.

—Le voy a enseñar estas fotos de hombres que tenían alguna relación con su hermano. ¿Está preparada? —María aún esperó a que ella se limpiara de nuevo las lágrimas.

—Enséñemelas, pero yo no conocía a sus amigos ni… sus relaciones. Nadie aquí las conocía —Leticia se recompuso.

María apartó el aceitero, el vinagrero y la plancha y desplegó las fotos en la mesa de la cocina. Se empezaba a sentir como una visitadora que saca la mercancía ante el cliente o un crupier que reparte la baraja con precisión y frialdad ante el ludópata. Ya tenía su forma de colocarlas, en seis filas, una para cada protagonista. Y en cada una habían escrito los números, del 1 al 6.

Y en cuanto las colocó, Leticia abrió unos ojos como platos, su rostro enrojecido se tornó lívido mientras señaló, primero al 2 y luego al 6.

—Este es Miguelón, el 2. Estudió en mi clase, amigo de toda la vida.

—¿Y este? —Carlos señaló al 6.

—¿Este? Es el mismísimo Padre Clemente. El cura del colegio, al menos hasta hace unos años. —Y con un punto de ingenuidad, Leticia miró a los dos y preguntó—: ¿Qué relación

tenía con mi hermano?

Cuando Luna llegó al número 10 de la plaza Elíptica y subió a la planta tres, lo que menos esperaba era encontrar a un hombre sollozando en la escalera, solo, mientras un minúsculo rayo fugaz desde una puerta vecina delataba a algún cotilla en la mirilla.

—¿Gómez?

El hombre alzó la vista confundido y se incorporó; su cara estaba arrasada por las lágrimas.

—¿Luna?

—Sí, soy Luna. Lo siento, Gómez. — Y le abrazó sonoramente, haciendo retumbar fuertes palmadas en su espalda.

—He sido un cabrón, un cabrón de marido y un cabrón de padre. Y hoy ni siquiera me dejan entrar en mi casa, abrazar a mi… a la madre de mi hijo. — El hombre estaba derrumbado, la mirilla vecina seguía vigilando, lo demás era silencio —. Ni siquiera sé dónde llorar.

—Vete a casa, Gómez. —Luna fue taxativo, sabía de la materia, costaba asumir que uno puede ser el currante más honesto, el colega más cercano y a la vez el marido y padre más cabrón.

—¿Y tú? ¿Qué haces tú aquí, Luna?

—Mi trabajo.

—¿Trabajo? Es mi hijo, Luna.

—Es un asesinato, Gómez. Una noticia.

—¿Noticia? Y una mierda. He oído que estamos al borde del cierre, que el periódico se derrumba ¿y tú te preocupas por una noticia, por la muerte de mi hijo?

—Vete, Gómez, llama a algún amigo y vete. Lo siento mucho.

Al borde del cierre. Nadie lo había dicho de forma tan contundente salvo este hombre que ya estaba perdiéndolo todo. Cierre. La sola idea le hizo sentir un gélido escalofrío por la espalda. ¿Qué importaba entonces dónde se iba a sentar él a partir de ahora o dónde poner su media tonelada de archivos? ¿Qué importaba siquiera lo que estaba haciendo? Llamó al tercero B. La mirilla también se iluminó, pero esta puerta sí se abrió. La mujer que anoche acompañaba a Teresa en el Anatómico Forense estaba ahí, junto a otras tres amigas abatidas en el salón.

—¿Teresa?

—Está dormida. Al fin hemos logrado acostarla. ¿Y usted es…?

—Estoy aquí —la madre de Samuel estaba en pie, asomaba desde una habitación del fondo, el rostro grisáceo, los huesos marcados como clavos en la cara, la mirada ida, sin luz.

Luna la observó en silencio. Apenas se atisbaban en ella los rasgos de esa chica que vino a conocerlos al bar del trabajo, a punto de casarse, a punto de ser madre. Las arrugas, las mechas y el golpe de la muerte habían cambiado a aquella persona. Recordó la mirada que se habían cruzado anoche y también le costó reconocerla. Las horas de dolor habían cincelado mellas aún más profundas.

—El famoso Luna. —Ella le miró intensamente, parecía buscar alguna respuesta en sus ojos.

—¿Me recuerdas? Hace muchos años que nos conocimos. Viniste a darnos las gracias por el regalo de bodas — Luna intentaba ser amable.

—El famoso Luna, cómo no iba a conocerte. Luna, Joaquín, Javier… os recuerdo a todos. Todos y cada uno de vosotros hicisteis brillar a mi marido en esa época, parecía todo tan bonito… Y todos y cada uno de vosotros le servisteis de coartada cuando se torcieron las cosas. «Estoy con Luna, estoy en el periódico, tenemos follón». Y todo era siempre mentira.

Luna bajó la vista. No había necesitado nunca a Gómez para resolver ninguna noticia nocturna, pero la excusa le sonaba tanto que la acusación le zarandeó también a él. «Tenemos follón, tenemos lío en el periódico, llegaré tarde». Demasiadas veces lo había dicho en falso, él también.

—Escucha, Luna.

Él atendió. Ambos se habían sentado en el tresillo mientras las amigas trajinaban aparte.

—Hay algo que debes saber, Luna. Samuel te estaba buscando. Hace un par de meses preguntó por ti. Y hoy no puedo perdonarme no haber siquiera intentado dar contigo — los labios de Teresa temblaban, se apretaba los puños contra el pecho.

—Pero… no me conocía. —Luna no lo lograba encajar, jamás recordaba haber tenido contacto con ese muchacho.

—Siempre nos había oído hablar de ti. Sabía que su padre trabaja en un periódico, eres conocido, sales de vez en cuando en la tele y Samuel quería contactar con un periodista. Por eso preguntó por ti.

Luna siguió atento, silencioso.

—Le dije que hablara con su padre, que él te podía encontrar — Teresa sollozaba —. Pero eso era como decirle que no. ¿Qué iba a saber yo? Hace siglos que ese cabrón ni le llama, para qué hablar de la pensión, las matrículas, las notas, hace siglos que desapareció. Hasta hoy, que se ha arrastrado a la puerta para venir a llorar, el hijo de puta.

Luna la acarició con compasión. Su cuerpo temblaba como una hoja azotada y sentía que de alguna manera acariciaba también sus propias penas.

—¿Y sabes por qué me buscaba?

—Quién sabe por qué. Algo tramaba con un amigo, algo querían denunciar, pero jamás me habría dicho qué. Y quién sabe si eso le hubiera salvado… — Las lágrimas no eran tan abundantes como el torrente de dolor.

—¿Un amigo?

—Un amigo del campamento, Álex.

—¿Álex?

—Alejandro, un chaval de Santander. Se conocieron en un campamento, se hicieron amigos. Y algo debían tramar. Estuvo aquí hace un par de meses y me preguntaron por ti. Buscaban a un periodista.

Alejandro, amigo de Samuel. Amigos de campamento. Y algo querían denunciar. Luna sintió iluminarse su cerebro como el patio de una cárcel cuando suenan alertas de fuga. Así que Alejandro y Samuel, amigos de campamento. Recordó las palabras de su antiguo jefe y fuente: «La víctima es Alejandro Sánchez Gandarillas». Lo que no le dijo es que fuera de Santander. Y María estaba ausente, claro, solo podía estar en Santander. Por eso le habló de dos. Pero ¿qué habían querido denunciar los dos? ¿Por qué le habían buscado a él? Y si su cerebro era un patio de cárcel en alerta ¿hacia dónde debía correr? ¿Por qué rendija se le estaba escapando la verdad?

La abuela no estaba preparada para mirar fotos ni lo iba a estar jamás, y ni las vecinas que habían acudido a consolarla habían logrado aplacar su mirada vacía, ausente, desolada. Una de ellas intentaba darle cucharadas de un caldo de gallina recién hecho para que tuviera algo en el cuerpo, pero la buena mujer lo rechazaba mientras repasaba las cuentas del rosario negro sobre el vestido y el delantal negros que ya siempre la iban a acompañar. No iban ni a intentar enseñarle las fotos, pero sí obtuvieron permiso para subir de nuevo a la habitación de Alejandro a revisar su entorno ahora que tenían bastante más información.

Carlos buscó una bolsa y comenzó a despegar algunas fotos lentamente mientras ambos las volvían a repasar con atención: las de David, las de las pandillas de amigos, las de las excursiones, las de un campus de baloncesto, las del surf, las de la playa, las dos del padre (¡aún tenían que ir a ver al padre, que desde la pared los miraba con esa inquietante corona de espinas en la camiseta!). Se las ingeniaron también para deshacer la madeja de cables del ordenador y sacar el disco duro, que iba a ir directo a Madrid.

Y un cansancio enorme les cayó encima cuando lograron bajar el material y cargarlo en el coche. Apenas se estaba poniendo el sol en ese rincón tan especial de Santander, pero ambos necesitaban separarse, descansar y, por un momento, intentar no pensar. Así que, tras dejar a María en su hotel, Carlos se fue directo a dormir.

13

Antonio, Diego, Lucas, Clara y Luis. Los cinco amigos de Samuel llegaron a la comisaría juntos, silenciosos y con los ojos reventados por un drama cuya desmesura, desbordante para cualquier mente de cualquier edad, era simplemente inabarcable para una pandilla adolescente que sumaba más granos en la cara que certezas en el alma.

Ella vestía pantalones «cagaos», camiseta antitaurina y alpargatas, y lucía un par de rastas cargadas de abalorios que debían causar más de una bronca en el colegio de los Penitentes. Los chicos llevaban pantalones caídos por debajo de los calzoncillos, alguno de chándal y otros vaqueros, pero todos grandes, anchos, arrastrados por el suelo, y cargados de cadenas que iban de acá para allá en torno a piernas o caderas sin ningún orden aparente. Las camisetas, de tirantes y ajustadas. Algún tatuaje a la vista. Todos, *piercings* en orejas, labio o cejas. Y el pelo peinado hacia adelante, como quien se quita boca abajo una toalla que ha estado enroscada a la melena y se deja el cabello tal cual, en una cuidadosa pose de descuido premeditado que, sin embargo, debía llevar sus horas con las planchas, alisa que te alisa, hasta lograr el peinado, pensó Martín. Martín que, al igual que Tomás, se sentía aún socio de ese club privilegiado que es la juventud en vigor, la única dueña de la verdad en moda y música, y que empieza a ver que la próxima ya empuja y, aún peor: que nada tiene que ver con ella. Entonces era verdad que nos hacemos mayores, parecía decirse Martín. Cuando uno ve a los siguientes y, en su fuero interno y muy escondido, desprecia la manera en que se arreglan y se visten o se asombra por el tiempo que deben pasar ante el espejo para ir tan compuestos, es que la carrera hacia el desplazamiento ha comenzado. Hay que salir del club. Y estos chicos, que debían gastar en peluquería tanto como las chicas y emplear una buena cantidad de energía para acabar pareciendo clones, copias idénticas los unos de los otros, eran los ejemplares perfectos de la generación futura.

Y puede que algún día les arrebataran el puesto y el protagonismo, pero hoy, en Madrid, estaban aquí deshechos, sin palabras, y abrumados por un asesinato que les había caído encima como el huracán Katrina, sin diques para sujetarlo. Puede que el *piercing*, el tatuaje, o la melena trabajada los hicieran parecerse a todos los adolescentes de Madrid, pero lo que hoy les había traído a comisaría iba a convertirse en su muesca particular. Y cuando empezaran a crecer, a ponerse el uniforme de trabajo, a amueblar un piso, y se quitaran el *piercing* o las cadenas del pantalón, se iban a encontrar con algo de lo que no se iban a desprender jamás. Y era el drama que hoy les había caído encima. Y al menos eso, y los ojos hinchados en un rostro que no sabía encontrar la mueca del dolor de forma natural, les hacía merecedores de bastante compasión.

Así que Martín apaciguó su recelo generacional y les fue llamando de uno en uno.

Antonio era el último que había visto con vida a Samuel y mezclaba la pesadumbre con un

sentimiento de culpa del tamaño de su dolor. Todos habían salido ese viernes por la noche juntos, primero de botellón por el parque y luego de discoteca. ¿Alcohol? Lo típico, unos litros, lo normal. ¿Droga? Algún porrito, nada más gordo. Martín apuntaba con aire de suficiencia, era increíble cómo esta generación había normalizado el porro como si fuera una caña; así les iba como les iba.

—¿Y qué pasó?

—Los demás se tuvieron que ir, todos tienen hora hasta las doce o la una. Él estaba raro, me pidió que me quedara con él, pero yo quería acompañar a Clara; vive en una calle mala, y le dije que pasaba. Se quedó en la puerta de la discoteca, con las manos en los bolsillos, mientras yo me alejaba corriendo para alcanzar a Clara.

—¿Alguien se había acercado a él, le viste hablar con alguien que te llamara la atención?

—¿Cómo me iba a fijar? Todos hablamos con todos.

Diego no tenía un relato diferente. Destrozado porque había compartido con Samuel el baloncesto, que les hacía madrugar algún sábado y machacarse a canastas los miércoles hasta entrada la noche, no podía creer que hubiera ocurrido algo así. ¿Que si vio a Samuel hablar con alguien extraño? ¿Cómo se iba a fijar? Bueno, sí. Le chocó verle charlar un buen rato con Simón, un tío raro de 4.º B con el que antes se había llevado a matar.

—A matar, a matar… no era exactamente lo que quería decir — se embarulló el chaval —. Lo decía como expresión, que se habían llevado a matar, pero no me entienda mal.

—¿Y por qué exactamente te extrañó que hablaran?

—Porque sé que tuvieron un problema en tercero, la verdad es que todos nos reíamos de él, le llamábamos Simón-Bidón porque está como una foca. Lo hacíamos todos pero lo pagó Sam, que le había vacilado en Tuenti, y por ahí le pillaron. Dejó rastro. Pero eso fue hace mucho y ya estaba superado.

Lucas apenas había visto a Samuel en toda la noche y las marcas moradas en el cuello que una palestina disimulaba muy mal venían a traducir en qué había estado bastante más entretenido. El muchacho lloraba y lloraba mientras Martín fracasaba en su intento de sacar algo más.

Luis también se había asombrado al ver a Samuel y Simón. Dos viejos enemigos charlando. Le pareció que incluso Samuel le ofreció a Simón su caña y la compartieron sentados sobre la barandilla que separa la barra de la pista de baile. Sentados, era un decir, porque la corpulencia de Simón le dificultaba su posición, dijo Luis.

—¿Qué relación tenían ahora?

—Ni buena ni mala. La denuncia el año pasado fue un buen susto y no sé cómo lo solucionaron. Pero Samuel tuvo que pedir perdón y ahora intentábamos tener cuidado de no meternos con Simón. Simón-Bidón, le llamábamos. Además, al final resulta que es un tío guay.

—¿Guay? —reaccionó Martín. Había expresiones que ni mil generaciones nuevas iban a dinamitar.

—Sí, guay. Cuando hablas con él mola.

—¿Mola? ¿En qué sentido mola? — Martín tenía mucha paciencia, pero algo en estos chicos, en el fondo la secreta competencia que sentía —, le había puesto en guardia y se empezaba a exasperar.

—¿Crees que Simón era capaz, por venganza, de matar a Samuel?

—Qué fuerte, tío, no puede ser. Qué fuerte. — Y Luis se sumergió en el llanto mientras Martín apuntó con cierto recochineo: «Qué fuerte».

Y quedaba Clara. La única chica de la pandilla parecía tímida, costaba arrancarle las palabras.

—¿Viste a Samuel hablar con alguien esa noche?

—Lo normal. Con los amigos.

—¿Y con Simón?

Ella se sorprendió.

—Pues lo normal, con los del cole.

—¿No había razones para que Simón estuviera enfrentado con Samuel? Sabemos que le había denunciado por acoso.

—Esa es una vieja historia. — Parecía incómoda al recordarla —. Luego le perdonó.

—¿Entonces ya no había razones para que se llevaran mal?

—No.

—¿Te dijo de qué hablaron?

—Para nada.

—¿Crees que Samuel tenía a algún enemigo, a alguien que le persiguiera, algún motivo de sospecha?

—No.

Esto no parecía dar más de sí. Martín cerró la libreta, apoyó la espalda en la silla, estiró las piernas y se acomodó de forma relajada mientras se hizo el silencio. Posó su mirada en la chica para disponerse a despedirla, cuando vio que le temblaban los labios cerrados, prietos, y que el silencio que se había impuesto era solo como la quietud inquietante del instante previo a una tormenta.

Martín esperó sin prisa, porque esta era una tormenta de la que no había que guarecerse. Y ella por fin arrancó a llorar, y de su rostro brotaron tantas lágrimas como palabras.

—Samuel estaba mal, no se lo quería decir a nadie pero estaba mal. Parecía un triunfador, un tío guapo, deportista, simpático, un líder, pero en el fondo estaba… muy mal… — Clara temblaba como una hoja y retorcía en las manos el fular que hasta hace segundos recogía regiamente su cabello —. Había tenido problemas… con… con…

Martín se limitó a sostenerle una mirada suave, amable, sin prisas.

—… con… con un profesor —Martín simuló no sorprenderse, él seguía en el papel de policía confidente —… con un cura. Problemas con un cura.

Ella se sumió en el llanto; el huracán la arrastraba, parecía levantarla, revolcarla, zarandearle el ánimo. El fular ya era solo un amasijo de tela apretada a su rostro. Él intervino con calma:

—Cuéntame, Clara, debes contármelo todo. No te preocupes por nada, lo único importante es saber la verdad.

—Samuel… había cambiado, estaba más triste, ensimismado, no contaba nunca nada pero yo me había fijado y una noche… una noche que me acompañó a mi casa y nos quedamos en un banco charlando… le pregunté… y se echó a llorar… Me hizo jurar que no iba a decir nada a nadie, que él ya lo había arreglado o lo iba a arreglar, pero que estábamos en un colegio de mierda… — el huracán daba severos coletazos, el llanto volvía a dominarla — en un colegio de mierda donde los curas son unos hijos de puta… Le pregunté qué curas y dijo: «Todos».

«Pero ¿qué te ha pasado? — le pregunté —. ¿Qué te ha pasado con todos?». «No con todos — dijo —. Me ha pasado con uno, pero los demás también son unos hijos de puta».

Mientras el ciclón iba amainando y la calma se posaba en esa sala con la tranquilidad contundente que impone dejar fluir la verdad, la verdad más reprimida, Martín logró ir haciéndose una imagen de lo que había ocurrido. O de lo que Clara sabía que había ocurrido.

Samuel había sufrido abusos por parte de un religioso del colegio de los Penitentes. No eran sacerdotes propiamente dichos, sino religiosos con algún tipo de voto de pobreza y castidad, que vivían en la residencia del colegio y vestían, si no sotana, sí lo que ellos llamaban «ropa de curas». No sabía exactamente cuál, Samuel no se lo había dicho, pero sabía que uno había abusado de él y que luego le había aterrorizado con su persecución y acoso. ¿Cuándo? No sabía, el último año, calculaba. ¿Por qué no le había denunciado? No sabía. ¿Cuándo se lo contó? En mayo, o junio, fue antes de los exámenes. ¿Se lo dijo a alguien más? Ni idea, no creía.

Martín podía hacerle mil preguntas, pero ella había dicho lo que había dicho y no iba a salir más de allí. Vaya con la chica. Había costado arrancarle las palabras al principio, pero cuánto valía cada una de las que había pronunciado al final.

Martín la despidió por fin y se asomó a la ventana con la mirada perdida. La oscuridad había tomado Madrid sin barrer el calor sofocante del asfalto. Puede que el huracán que se había desatado en la muchacha se hubiera evaporado, pero otro empezaba a nacer en su interior. Y el remolino de furia que se le estaba formando en el estómago llegaba a la garganta y empujaba. Cómo tras la imagen de un chico guapo, hijo querido, líder y amigo exitoso, podía ocultarse una víctima ante la ignorancia de todos era algo que le hacía crujir por dentro. Cuánto drama se puede esconder tras la imagen bravucona de un chaval que había sido él mismo acosador… El huracán brotaba ya sin barreras y Martín fue hasta el baño y vomitó.

La noche había caído a plomo y vaciado los despachos de la comisaría. Las luces de todas las plantas estaban apagadas y solo la entrada principal iba a seguir abierta para la guardia nocturna. Bueno, no solo. Porque en la quinta planta, en la Brigada de Investigación Tecnológica, Tomás encargaba una *pizza* cuatro quesos de tamaño familiar y tres coca-colas mientras seguía pegado al ordenador.

De nuevo, la noche iba a ser larga.

14

Volar a Uruguay. Doblar sus pantalones, todos ellos iguales, de talla M. Doblar sus camisas de invierno, las de verano, sus chalecos, sus chaquetas, su par de corbatas, su ropa interior de Abanderado y colocarlo en la maleta. Descolgar su traje de Cortefiel guardado en el guardapolvo. Doblar su chándal. Cuadrarlo todo en la maleta. Y la tesis. No podía olvidar la tesis. Eran 4537 folios que desbordaban la vieja maleta.

Y las fotos. Aún debía descartar muchas fotos, pero no las tenía todas… Sentarse encima, apretar, subirse encima y seguir apretando, saltar y saltar hasta que folios y fotos comenzaban a salirse por la cremallera, por los laterales, por arriba y por abajo y a sangrar, y su fuga de la maleta hacía saltar una alarma que crecía y crecía hasta oírse en Uruguay. Saltar. Saltar. Apretar.

Se incorporó nervioso en la cama. La cabeza le martilleaba por el ruido, el despertador le había vuelto a jugar una mala pasada. Lo apagó y cayó de nuevo derrumbado en el colchón. Las fotos descontroladas. La pesadilla le había torturado de nuevo. ¿Qué hora era? Intentó situarse. Las cinco. Si es lunes son las cinco. Los cuadros de Turner, la reunión de Alcalá, la palabrería aquella, el viaje en autobús y el regreso en moto, en coche, para nada. ¿Qué había exactamente en la guantera? ¿Y por qué maldita razón el manojo de llaves no incluía la de la guantera? Lo tenía que arreglar, lo sabía. La orden había sido clara. Se llevó las manos a la cabeza y sintió que ardía, tenía fiebre. Volvió a cerrar los ojos y postrarse, necesitaba urgentemente volver a retomar el hilo del sueño y recuperar las fotos desparramadas, reordenar su tesis, limpiarla. Recogió mentalmente los folios, los sacó de la maleta, los agrupó. Había que seleccionar, había que rematar, debía entregarlo, debía ser por eso que había tenido esa pesadilla. Empezó a serenarse, los ojos cerrados y la sábana sobre el rostro para mitigar los primeros rayos de sol, cuando el despertador empezó a rugir de nuevo sin la más mínima compasión. Tal vez lo había apagado mal, pero esta vez lo agarró entre las manos, apuntó hacia la pared opuesta a la cama, aún lo pensó mejor, dirigió una mirada a la pared de la izquierda, otra a la de la derecha, calculó la más lejana para asegurar el mejor impacto posible, y lo lanzó con toda su fuerza hacia su destrucción. El maldito despertador de su padre iba a morir así, y con él la tortura que aún le infligía a diario años después de su muerte. O al menos eso aspiraba a creer.

El estruendo final fue tan sonoro y el descanso posterior, tan profundo que el tenue sonido de unos nudillos en la puerta tuvo que repetirse para llegar a su oído. Llamaban. Sí.

—¿Quién es? Pase —clamó desde la cama. Por una vez, esa inquietante norma que dictaba que en la residencia no se cierra con llave le iba a convenir, porque no se sentía con fuerzas ni para avanzar hasta la puerta —. Pase.

—¿Está usted bien, hermano? ¿Está usted bien? — El encargado de planta asomaba ya en la

habitación. ¿Por qué había llegado tan rápido?

—Creo que sí —se incorporó.

—Los hermanos han oído ruido… — El hermano se acercó a la cama.

—Estoy bien.

El encargado también había encendido la luz y echaba un vistazo a la habitación. ¿Qué habían creído los hermanos? ¿Qué estaba ocurriendo allí para que ese hombre entrara y fisgara sin cortapisas? ¿Qué o a quién esperaba encontrar en la habitación? Los ojos del encargado se posaban ya en el desconchado de la pared que había causado el golpe y en el cadáver de despertador que estaba pulverizado en el suelo. Recordó su fiebre y se dejó caer de nuevo en la cama.

—Creo que estoy enfermo. Tal vez me puede traer algo para bajarme la fiebre.

El encargado le miró, le posó el dorso de la mano en la frente y puso rumbo al pasillo.

—Está ardiendo. Le traigo ahora mismo algo del botiquín. Comunicaré al superior que hoy no puede bajar a la oración.

Y el encargado salió, menos mal. Abrazó su Biblia, se recostó destemplado en posición fetal y cerró los ojos para hacer frente al intenso escalofrío que había poseído su cuerpo.

María abrió los ojos y tardó unos segundos en reconocer el techo, las paredes, la colcha de la habitación del hotel. Había descansado como un bebé, se había quedado dormida tras devorarse el sándwich y la cerveza que le subió un camarero y ahora se iba a zambullir con ganas, por fin, en el bufé del hotel. Hoy sí. Se dio una ducha, se puso la última muda y camiseta que le quedaba de reserva — recordó que había visto un Zara junto al hotel que iba a ser muy útil si se alargaba su estancia —, agarró su bolso y enfiló hacia el restaurante.

No le defraudó. El primer paseo ya le iba a calmar el estómago: se sirvió salchichas, huevos, queso y jamón. La taza hasta arriba de café. Bien para empezar. Se acomodó en la mesa más próxima al ventanal y pensó que no iba a desayunar sola. Era el mejor momento para compartir, a distancia, mantel y mesa. Contactos. Luna. Llamar.

—Bond —una voz dormida asomó al fin, había tardado un buen rato en responder —. James Bond.

—¿Cómo?

—Ahora soy Bond. —No había resaca esta vez, pero el absurdo sonido del móvil debía haberse aliado con su incipiente senilidad, Luna pensó —. Deja, chorradas mías.

—¿Te despierto? —pregunta retórica.

—¿No conoces los horarios de los periodistas?

—Tío, son las ocho, ¿de qué vas? ¿No era que un sabueso como tú nunca duerme?

—Vete a la mierda.

No la convenció. María siguió hablando mientras mojaba ansiosamente la yema de huevo con el pan.

—Necesito un favor.

—¿No me has contado una palabra y ahora te tengo que hacer un favor?

—Mira, Luna. Estoy fuera. Espero regresar mañana a Madrid, te voy a agarrar, nos vamos a ir a comer y te voy a contar todo. Va a ser tu próximo Pulitzer. ¿Cuántos llevas ya? — Toma

golpe bajo.

—Perdí la cuenta hace tiempo, pero este será el primero en Santander. ¿Tienes vistas al Sardinero? — esta vez la sorprendió él.

—¿Y cómo sabes…?

—No es lo único que sé.

—Explícate.

—También sé que tienes un fiambre parecido al de Madrid.

Entonces no iba de farol. A ella se le cerró repentinamente el estómago, apartó el plato y buscó con la vista un periódico. Lo cazó en una mesa cercana.

—¿No habrás publicado nada? — espetó, mientras se lanzó a hojearlo con tanto nervio que casi iba arrancando las páginas.

—Tranquila, tranquila. Tú me has prometido la historia y no te vendo. Pero no me chupo el dedo — Luna sabía jugar sus cartas. El lobo puso su voz de cordero —. Y ahora dime: ¿qué favor quieres que te haga, comisaria?

—Vete a la mierda. Me has dado un buen susto — ella recuperó el apetito.

—Venga, venga. No podías esperar menos después de despertarme así.

—Mira. Cuando vuelva te lo voy a contar, aguanta solo un poco más, pero hoy necesito un favor.

—A ver.

—¿Recuerdas aquella red de chantaje que destapaste, que resultó ser una especie de secta que había captado a unos chavales que llevaban todos el mismo tatuaje?

—Como los maras de El Salvador. Marcados como ganado. Chungo, chungo.

—¿Llegaste a averiguar quién les había tatuado? Recuerdo que había sido alguien fino.

—Claro. El Comandante, el Comandante le llamaban. Uno de los mejores en España. Les había hecho una rosa minúscula con sus espinas detalladas saliendo de una calavera. Impresionante. Bastante colgado de algunas sustancias catalogadas como ilegales, pero un tío legal, al fin y al cabo. — Luna siempre se arreglaba para combinar las palabrejas de un informe con la jerga callejera —. Luego se convirtió en un testigo clave.

—¿Sabes dónde le puedo encontrar?

—Lo averiguo. Entonces se movía mucho, pero le he perdido la pista. Lo miro y te lo cuento.

—Date prisa.

—¿Crees que esa gente abre la oficina a las ocho? Dame un ratito, comisaria. Tal vez ahora se están echando a dormir.

—O sea, como tú.

—Yo voy al ritmo de mis fuentes. La única que puedo encontrar a esta hora despierta eres tú, y para lo que me sirves… No me has contado nada.

—El muerto de Santander y el de Madrid están unidos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó él.

—Parece perseguirles una misma suerte compartida.

—¿Te explicas?

—Ambos menores, ambos guapos, deportistas, hijos de padres separados, colegios bien, y ambos con un mismo tatuaje: una corona de espinas que está sujetada por unos dedos en posición de ofrenda. Ya te he dicho todo.

—Y ambos ahogados.

—Ambos ahogados —María comprobó una vez más que Luna tenía información —. ¿Tal vez se me escapa algo más, comisario Luna?

—Sí. Que fueron al mismo campamento. — Esta vez fue un golpe bajo, directo al estómago.

—¿Cómo?

—Al mismo campamento. ¿No lo sabías? — Luna disfrutó al comprobar que había agarrado bien la pieza, seguía en plena forma y María no tenía ni idea.

—Eres un cabronazo. ¿Qué más sabes?

—Que deberías atender el correo.

—¿El correo? No he visto ningún *e-mail*.

—¡Qué coño *e-mails*! Te hablo del correo, correo. El correo postal.

—¿Qué pasa? ¿Qué más sabes? — Esta vez, María estaba descolocada.

—No sé nada. —Luna seguía riendo, revivía ante esa comisaria maciza cuando se las daba de mandona —. Pero tengo amigos. Y orejas. Incluso sobres, tengo.

—Pues dile a tus amigos… Dile a tus amigos que más les vale ponerse al lado de la autoridad. Y tú recuerda muy bien una cosa: un asesino está suelto, aquí no estamos de broma. Si tienes algo más o sabes algo más, ya puedes escupir. — Y María colgó. Esta vez se había enfadado de verdad.

Contactos. Tommy. Llamar. Apagado o fuera de cobertura.

Contactos. Esteban. Llamar.

—Hola jefa.

—¿Cómo vais, Esteban?

—A punto de entrar en la casa.

—¿La casa?

—Del sospechoso —Esteban ya empezaba con su culebrón.

—¿Sospechoso? No sabía que tuviéramos ya un sospechoso.

—El chico acosado.

—Recuerda que aún no es un sospechoso, Esteban. Creo que es solo un testigo.

—Estuvo la noche anterior con él.

—Como tantos otros amigos. Vayamos con pies de plomo, recuerda que es un menor. ¿Con quién estás?

—Con Martín.

María respiró aliviada. Al menos un poli bueno (y joven y educado y listo) con el poli malo (y perro viejo, machista y… digamos duro de mollera).

—Está bien. ¿Qué sabes de Tomás? Tengo una información importante que darle y no le encuentro.

—Creía que yo era tu número dos — Esteban y sus celos, siempre dispuesto a picarla cuando más prisa tenía.

—Venga, Esteban, no me vengas con gilipolleces. Él está analizando el ordenador ¿verdad? Tienes que darle esta pista: Alejandro y Samuel, ambos compartieron campamento. Esa es la

conexión.

—Se lo digo, jefa.

—Otra cosa.

—Dime.

—¿No habías ido a ver a tu primo el tatuador?

—Sí.

—¿Y?

—Estaba de boda.

—¿Y? —María empezaba a chasquear los dedos sobre la mesa, impaciente.

—De boda *hippy*, en una casa *okupa* en los Pirineos.

—Enhorabuena a los novios. ¿Y?

—Vuelve hoy. Por la tarde.

—Bien. Y otra cosa.

—Dime.

—¿Sabes si ha llegado un sobre para mí?

—¿Ahora también soy tu cartero?

—Hoy sí.

—Lo miro.

—Ok. Suerte con todo.

—Adiós.

Vaya carácter, Esteban. Siempre escueto, descreído, escéptico y en el fondo — sospechaba María en su fuero interno — siempre receloso de su jefa, por joven y por mujer, y de los policías que brillaban junto a ella. Era efectivo, Esteban, un policía inteligente con recursos, buena gente tras esa fachada de mal genio, pero su retintín resultaba siempre agotador.

Bien. El aviso estaba dado. Miró el reloj, miró el bufé y comprobó que aún le daba tiempo a otra ronda suculenta antes de que asomara Carlos y salieran a cazar a un asesino. Los quesucos de Picos de Europa, los sobaos y las corbatas la estaban llamando. Así que tras pedir otra taza de café y abarrotar un plato con todas las calorías posibles, se zambulló en la dulce tarea de llenar el estómago. El día iba a ser duro.

Así que un tatuaje compartido, una muerte compartida y una suerte parecida. Quién sabe si había más gente en ese club. Luna buscó su libreta, la encontró, la abrió, tenía una intuición. La copia doblada de la vieja noticia del parque estaba aplastada entre las hojas y la desplegó. La leyó atentamente:

Violación e intento de asesinato en un parque de Madrid

> Una joven de Madrid sufrió ayer una violación y un intento de asesinato en Madrid. A. G. G., menor de diecisiete años, fue asaltada mientras corría en el parque Juan Carlos I de Madrid. La policía busca a un solo hombre que intentó estrangularla. La llegada de algunos paseantes al oír los gritos de la joven asustó al asaltante, que huyó sin dejar rastro. Los testigos aseguran que se trata de un hombre alto y corpulento, aunque ninguno de ellos pudo verle la cara. La investigación ha quedado bajo secreto de sumario.

«Secreto de sumario», el becario ni siquiera había escondido su gilipollez. ¿Qué periodista puede replegarse así, a la primera, ante un juez? ¿Qué periodista abandona una noticia como esta sin seguirle la pista? Solo un descerebrado.

A. G. G. Urgía visitar a esa mujer que, si aún le funcionaba su instinto, podía ser un miembro interesante del siniestro club de la suerte compartida.

Hacía horas que Tomás había agotado la *pizza*, las coca-colas, un cuaderno entero con anotaciones y hasta la batería del móvil, pero no la paciencia. Cuando algo serio le atrapaba —y un par de jóvenes asesinados era un asunto tanto o más serio que la trama de pornografía infantil y pederastas que logró desarticular el año pasado—, era capaz de sentarse ante el ordenador durante horas y horas enteras, de perder la noción del día o de la noche, de rellenar croquis gigantescos en la pizarra de papel con las conexiones que iba descubriendo, y lo de estos chavales en Tuenti y Facebook era un filón infinito. Demasiado. Pronto había empezado a establecer los grupos más cercanos con los que se relacionaba Samuel: los amigos del colegio, los del baloncesto, los del barrio, los del grupo de música… aunque pronto también se había dado cuenta de que las fronteras entre unos y otros se borraban con frecuencia. Unos entraban en relación con los otros con mucha mayor facilidad que la que podían tener en el contacto personal. A veces quedaban en persona, había inmersiones de quedadas en la vida real gracias a largas conversaciones que habían despertado el entusiasmo repentino entre dos personas, o grupos y, tras la cita, Tomás podía comprobar cómo aquello era comentado en privado entre dos, entre cinco o entre doscientos. La chica, Clara, era sin duda su amiga más «normal», con la que a veces se cruzaba alguna confidencia y mantenía un tono natural, pero Tomás no podía dejar de pensar, ante tantas decenas de comentarios que unos se cruzaban con otros cada día, uno: que estos chicos eran unos chorras; y dos: que estaban más bien solos. Samuel podía tener cientos de amigos en redes sociales —sumaba exactamente 247 en Tuenti y 153 en Facebook, seguramente muchos superpuestos— pero al final había muerto solo y atacado, sin que ninguno de sus amigos del alma se enterara de nada y dejando atrás a «la vieja» —así la llamaba en Tuenti—, una madre que ignoraba por completo las andanzas de su hijo y que había sido incluso maltratada por una fiera adolescente capaz de acosar a un chico obeso sin contemplaciones.

Simón-Bidón. El rastro del acoso estaba aparentemente borrado pero no había sido difícil de encontrar para él, que sabía inmiscuirse en la telaraña de Internet con extrema habilidad. Samuel lo había machacado a base de bien durante un par de meses con humillaciones y alusiones a su físico en conversaciones abiertas a muchos, que causaban seguramente la risa callada de otros frente al ordenador de su cuarto en decenas de pisos de Madrid y escasos comentarios de censura entre los defensores de Simón. «Córtate un poco, tío», era lo máximo que se podía leer. Y Samuel se crecía con más burradas mientras Simón se sumergía en el silencio informático para ocultar la herida que seguramente le desangraba en la intimidad. Se veía que Samuel era el típico gracioso del grupo, pero en Tuenti, por escrito, todo dejaba una huella. Y Simón, que no era ningún idiota, le había agarrado bien. Tomás comprobó cómo todo aquel torrente de ofensas se había cortado en seco, coincidiendo con la denuncia, y cómo muchos meses después, y ante la

presencia clara de Simón en conversaciones de grupo, Samuel había empezado a asomar de forma mucho más respetuosa.

Y Tomás, desvelado, no había tardado muchas horas en trazar sobre el papel esa trama de redes y relaciones que unía y separaba a todos los amigos de Samuel. Pero los bordes de la *pizza* yacían ya duros en el interior de la caja plana de cartón con manchas de grasa cuando encontró algo que le desencajó. Fue en Facebook. Allí es donde reunía más contactos del mundo del baloncesto, donde convivía virtualmente con los compañeros de un campamento pasado, donde organizaban quedadas para compartir de madrugada partidos de la NBA que no se querían perder y donde subían fotos y la sarta de chorradas habituales que uno cuelga en su perfil. Pero un usuario sin foto y sin demasiada actividad le había mandado últimamente un mensaje privado bastante chocante. Se hacía llamar Hermano y su correo era escueto:

> Entonces los espíritus impuros salieron del hombre y entraron en los cerdos; en un instante las piaras se arrojaron al agua desde lo alto del acantilado y todos los cerdos se ahogaron en el lago.

Tomás se frotó los ojos y se removió en su silla con tal ímpetu que arrojó la caja de *pizza* y las latas volando hasta la pared para acercarse al máximo a la pantalla y releer:

> Entonces los espíritus impuros salieron del hombre y entraron en los cerdos; en un instante las piaras se arrojaron al agua desde lo alto del acantilado y todos los cerdos se ahogaron en el lago.

Esto no cuadraba con el tono habitual de los mensajes y conversaciones de Facebook que frecuentaba Samuel y parecía palpitar en la pantalla como una señal de alerta virtual. Tomás escribió en el croquis: Hermano. Y esa palabra quedó aislada del resto de nombres, que estaban agrupados en círculos según se tratase de chicos del colegio, el barrio, la música o el baloncesto. Acudió a consultar el perfil de Hermano. Sus amigos eran los del campamento de baloncesto, y algunos del colegio. Empezó a trazar líneas sin convicción. Pocas conversaciones frecuentaba este Hermano cuya primera intervención destacada había sido lo que parecía una cita de la Biblia. Comprobó la fecha: el viernes 2 de julio de 2010. La víspera de la muerte. Esto era gordo, joder. Cómo se le había podido escapar. Definió la frase, la volcó en Google y pulsó: Buscar. San Marcos, capítulo 5. Era una cita de San Marcos. Su corazón empezó a dar golpes rotundos y rápidos en el pecho al mismo ritmo al que las latas habían botado en el suelo hacía pocos segundos. Buscó el móvil. ¿Cuántas horas haría que había muerto su batería sin que se hubiera percatado? Corrió a enchufarlo, miró por la ventana y descubrió que era de día. Dios. Cuántas horas llevaba allí encerrado, no estaba precisamente amaneciendo. Miró el reloj: las diez. Llamó a María. Fuera de cobertura. Llamó a Esteban.

—¿Esteban?

—¿Tomás? Yo también te buscaba. ¿Qué habías hecho con tu móvil?

—Creo que tengo una pista, una pista importante. Y no encuentro a la comisaria.

—¿Otro que me quiere puentear? ¿Ahora soy vuestro recadero? — ya se sabe, Esteban no dejaba pasar una —. Ahora estamos con Simón, el acosado supuestamente acosador. Le vamos a detener.

—Esteban. Espere. Escuche esta frase: «Entonces los espíritus impuros salieron del hombre y entraron en los cerdos; en un instante las piaras se arrojaron al agua desde lo alto del acantilado y todos los cerdos se ahogaron en el lago». Es un mensaje del viernes.

Esteban permaneció unos segundos callado.

—¿Me estás vacilando?

—San Marcos 5, escrito el viernes.

—… ¿los cerdos…?

—Los cerdos se ahogaron en el lago. Se ahogaron en el lago.

—¿Quién lo firma?

—Aún no lo sé. Un tal «Hermano».

—¿Cuánto tardaremos en averiguarlo?

—No lo sé aún. Deme unas horas. — Por qué razón trataba de tú a la comisaria y de usted a su número dos era algo en lo que no se había parado a pensar hasta hoy, pero ahora no iba a dejar pasar por alto que Esteban se había declarado «recadero» de los dos. Sin remilgos, atacó —. ¿Tenía algún mensaje para mí?

—Pues sí, señorito. —Esteban seguía molesto —. La comisaria quiere que sepa usted lo siguiente: que ambos chicos compartieron campamento. Y ahí debe haber una clave.

El campamento. Podía encajar.

—¿Y qué les ha contado Simón?

—¿Ahora te rindo cuentas a ti?

—Era solo por si me puede ayudar su información…

—Ya lo sé, idiota. Pero poca cosa: lloros, drama, y poco más.

Tomás no se impacientó. Sabía que Martín estaba allí y que le iba a dar todos los detalles al llegar. Cuánta energía se podía perder en la tontería jerárquica, en no pisar callos, en desagraviar al agraviado tras agraviarle sin querer… Tonterías. Ahora había un objetivo más acuciante, y era averiguar una dirección IP, el rastro informático que debía llevarles al misterioso Hermano que, en vísperas de un asesinato, lo había advertido en la Red: «Los espíritus impuros entraron en los cerdos… y los cerdos se ahogaron en el lago». Siguiendo con la terminología bíblica, este asesinato estaba escrito.

15

—¿Matías? ¿Eres Matías?

El hombre al que Carlos se dirigía se volvió a mirarle con asombro.

—Matías ¿no me conoces? —insistió.

—Debe usted de confundirme con mi padre, caballero. Mi padre falleció hace dos años y me suelen confundir con él.

—Dios mío, perdone. Es usted una copia exacta de mi amigo Matías, el parecido es increíble.

Carlos estaba desconcertado tras la confusión que había sufrido y aún miraba con más incredulidad si cabe al bedel de Los Penitentes. A pesar de que la portera le había dicho que Matías había muerto y que el puesto lo desempeñaba ahora su hijo, el comisario se había dejado llevar por la poderosa impresión de que estaba ante su viejo compañero de juventud. Tenía exactamente las mismas entradas entre los mismos cabellos canos que había lucido su padre. Las mismas gafas de pasta oscura. Y habría jurado que vestía el mismo chaleco gris sobre una camisa de manga corta que un día, hacía ya muchos años, le habían regalado entre todos. Y las mismas sandalias de cuero abiertas y con calcetines que hacían reír a los compañeros cuando se empeñaba en calzarlas en abierto desafío a la moda de los zuecos, las chancletas o más tarde las deportivas. Si el padre ya parecía un viejo en plena juventud, la visión de su hijo con la misma pinta treinta años después solo acentuaba el desfase que ya había heredado hasta extremos patéticos. Solo la visión de su mesa ordenada con cuatro montones de circulares milimétricamente dispuestas y señaladas a mano para los padres (matrícula, extraescolares, excursiones y catequesis) en un habitáculo de paredes avejentadas, una silla de tela desgastada a base de lustros de roces en el mismo condenado punto del respaldo y un calendario de la Virgen de la Anunciación que emanaba rayos celestiales sobre un fondo azul atemperaba un tanto — por pura superposición — la impresión avejentada y desfasada de este joven Matías que era un calco de su padre. Ese extraordinario parecido, y el hecho de que no había visto envejecer a su viejo compañero, le habían llevado a creer que le estaba viendo en vida.

—Discúlpeme, ciertamente no salgo de mi asombro.

Carlos no había recuperado muchas amistades de su infancia en Santander al regresar a la ciudad; tampoco había hecho nuevas. Pero encuentros repentinos y casualidades le habían permitido ir recuperando el rastro de los conocidos hasta sembrar un código de claves suficiente, imprescindible en una ciudad de provincias. De modo que encontrarse así con esta sorpresa, cuando creía ya tener bajo control toda su red del pasado, le había descolocado. Y sobre todo, porque María venía dispuesta a todo con ese bedel.

—Soy un viejo compañero de colegio de tu padre y verte así, como era él, me ha

descolocado. — Carlos volvió a tutearle.

—Me lo dicen mucho, no pasa nada. — Y Matías hijo colocó una taza de leche manchada con un poco de café sobre el mismo cerco que este movimiento había grabado en la mesa quién sabe desde hacía cuántos años, un cerco tal vez también heredado —. ¿Y en qué les puedo ayudar?

—Verás, es un poco… —Carlos miró nerviosamente a María, que percibió la zozobra que se había apoderado de su compañero y acudió al quite.

—Mire. Venimos a hablarle de Alejandro Sánchez Gandarillas. — María observaba atentamente al bedel y creyó ver un ligero parpadeo tras las gafas —. ¿Sabe usted lo que le ha ocurrido?

—¿Se refiere a si conozco los detalles? Claro que no. Sé que ha muerto, pero aquí no sabemos nada más. — El parpadeo se convirtió en un tic en un ojo —. ¿Saben ya lo que ha sido?

—Sabemos que usted está relacionado, si es lo que está preguntando. — El derechazo de María no lo había derribado, pero los músculos de sus ojos palpitaban ya de forma descontrolada y los párpados se contraían y expandían a su albedrío. Intentó mantener la compostura.

—¿Qué quiere decir?

Carlos tampoco se había repuesto del choque entre la relación personal y la primera tunda propinada por María. Así que ella siguió:

—Será mejor que nos cuente todo o saldrá de aquí esposado.

Matías hijo, con los ojos desorbitados, se pasaba un pañuelo por la frente sudorosa. Carlos acertó a intervenir:

—Matías. Es mejor que nos cuentes qué ocurría en torno a Alejandro. Sabemos que tenía relaciones con hombres de este colegio y sabemos que tú apareces mencionado.

—¿Aparezco mencionado? ¿Dónde? — Si el parpadeo se había convertido en tic; el tic, en descontrol, y las primeras gotas de la frente, en un sudor intenso, el color rojo fuego se había apoderado ahora de la cara de Matías hasta desembocar en un incendio de ronchas en la piel.

—En sus papeles, Matías.

—¿En sus papeles? ¿En qué papeles? — El incendio había dado paso al temblor.

—Alejandro dejó pruebas de sus relaciones y escribió los nombres de los implicados. — Carlos por fin había recuperado su ser, y el usted —: Ahora será mejor que colabore.

El temblor se estaba convirtiendo en un preludio del llanto cuando el Padre Damián hizo su aparición en el pequeño habitáculo de olor amargo. Los nervios disparados del bedel habían intensificado la concentración del aire cerrado, ahora cargado con toda la sensibilidad que habían exhalado sus poros.

—No sabía que hoy nos iban a visitar también. — El Padre Damián había abandonado su vocecita eclesial y hablaba con tono firme —: ¿Querían algo del bueno de Matías?

—Sí. Exactamente detenerle — bramó María. Con el alérgeno en escena, ya se sabe, la intolerancia a la sotana se empezaba a disparar.

—¡Por favor! Cómo va a ser eso, válgame Dios. — El Padre Damián recuperó de golpe su entonación eclesial —: ¿Qué puede haber hecho Matías para que digan algo así? Ave María Purísima.

«Sin pecado concebida», estuvo a punto de decir María, pero se cortó:

—Lo mismo que nos preocupa de usted. Que estén intentando ocultar las relaciones de Alejandro con el Padre Clemente, por ejemplo.

—¿Con el Padre Clemente? —Esta vez Damián no supo controlar su voz, que salió agolpada y temblorosa, ni grave ni eclesial, mientras el bedel lloraba ya sin consuelo.

—Con el Padre Clemente —repitió con firmeza María.

—Mire, señorita… mire comisaria — se corrigió Damián —, los pecados de una iglesia se lavan en el confesionario, no le voy a decir que todos estemos aquí libres de mancha, pero trabajamos todos los días con Dios y la oración para limpiar nuestras culpas y redimir nuestras faltas. Debe entender por tanto que no puedo ser más explícito.

—Veremos a ver si es más explícito cuando le enviemos la orden judicial. De momento, Matías se viene con nosotros. Y ahora más le vale que identifique de una vez a los demás hombres de las fotos, o lo que le enviaremos serán las cámaras de televisión.

—¿Fotos? ¿Ha dicho fotos? — gemía Matías mientras el propio Carlos enfilaba con él hacia su coche —. ¿Tienen fotos?

—Tenemos mucho más que fotos, Matías. Por la memoria de su padre, más le vale colaborar.

—En cuanto a usted —María se volvió de nuevo hacia el Padre Damián; nada como la lucha cuerpo a cuerpo le permitía exorcizar la alergia a gusto —: ¿sabe ya quiénes son los otros hombres o habrá que armar un escándalo?

—Solo Dios tiene el poder y la gloria de juzgar al hombre.

—Déjese de milongas. Va a colaborar o además de con Dios se las tendrá que ver con el juez. Y con la televisión. — María se había dado cuenta de que aquello parecía asustarle más que la ley —. ¿Dónde está el Padre Clemente?

—Hace tiempo que se fue de aquí.

—¿Y dónde está?

—En Burgos, creo, en una parroquia de Castilla-León. Se lo miraré exactamente.

—Más le vale. Le llamaré más tarde para que me dé los detalles. Ahora vamos a estar bastante entretenidos.

Y María alcanzó a Matías y al comisario y dio la espalda al Padre Damián. Salir del colegio y de ese ambiente le permitía restablecer los niveles de oxígeno necesarios en la sangre para respirar y pensar. Qué aire tan agrio, tan repugnante, tan cargado del peso oscuro de un pasado que empezaba a desbordar el circuito cerrado de los confesionarios. María aspiró una bocanada de aire fresco, pero nada le pudo borrar la sensación de que esa atmósfera borrosa en la que el delito se disfrazaba de pecado para perpetuarse entre sotanas sucias no se evaporaba al salir de allí. Tuvo la intuición de que el tumor cancerígeno estaba localizado allí, pero que había hecho metástasis en algún otro colegio lejano donde, con niños diferentes y ante padres diferentes, el cura de turno — en este caso, el tal Clemente — habría encontrado nuevos niños, nueva materia prima para prolongar su suciedad. Y la mentira estaría de nuevo, a muchos kilómetros de allí, enturbiando el oxígeno que respira una nueva camada de chiquillos inocentes. Clemente. Cómo Alejandro había sido capaz de grabar todo aquello y explotarlo de forma sistemática era la anomalía que ahora iban a investigar, pero cómo aquello debía existir sin que nadie lo grabara en cientos de colegios del mundo a mayor gloria del confesionario era algo que, jamás, jamás, lo iba a poder comprender. Y al fin y al cabo, gracias a Alejandro, lo iban a descubrir.

A. G. G. ¿Por dónde atacar? El director Perales debía de saber quién era esa joven atacada en su parque, aunque la última vez le había dejado plantado tras robarle una prueba en su despacho. No importaba. Seguro que ni se había enterado.

—¿Perales? Soy Luna.

—¿Luna? ¡Qué cabrón! ¡Aún te estoy esperando en mi despacho!

—Perdona, recibí una llamada importante y tuve que salir corriendo. ¿Novedades?

—Aquí todo tranquilo, hemos reforzado la seguridad e intentamos volver a la normalidad.

—De eso quería hablarte. Escribo un artículo sobre la seguridad en los parques. Necesito que me eches una mano.

—Lo que quieras. Vente, me entrevistas, te cuento lo que quieras, hacéis fotos. Es un día perfecto porque tenemos nuevas patrullas uniformadas, podemos posar… ¿Será para el domingo?

—Para el domingo —Luna mintió. Como todos los vanidosos, Perales prefería salir en la suculenta edición dominical. Un clásico —. Pero mejor si adelantamos por teléfono. ¿Qué medidas de seguridad tenéis?

Guardas, patrullas, cámaras, visitas policiales. Perales entraba en harina con tanta meticulosidad que Luna tuvo que alejar ostensiblemente el móvil de la oreja. No soportaba la propaganda oficial. Mejor no recordarle que ni una cámara había funcionado la noche en que murió Samuel.

—Un buen despliegue. ¿Y siempre ha sido así?

—No siempre, Luna, no siempre. Todo esto lo puse en marcha yo en 2002. Fue el Plan Estratégico de Seguridad, la estrella de mi mandato — Perales no cabía en sí de orgullo, por fin un periodista interesado.

—¿Y por qué? —Luna tanteó.

—Eso mejor no lo menciones. Te lo cuento solo para ti.

—¿A qué te refieres?

—Una violación.

—¿Violación? —Luna disimulaba bien, parecía sorprendido.

—Afortunadamente no hubo escándalo, pasó desapercibida, fue en verano y la prensa casi ni se enteró — ay, el becario aquel, pensó Luna —, pero pudo ser muy grave, pudo acabar en asesinato.

—¿Y la víctima? ¿Qué pasó?

—Andrea García Gil, no lo olvidaré jamás. Vaya marrón. El asunto casi nos amarga el verano.

—¿No te sorprende?

—¿El qué?

—En 2002 una violación con posible asesinato, ahora un asesinato con posible violación.

—Es imposible controlarlo todo, Luna, es un parque gigantesco. Pero lo que te diré ahora sí lo puedes contar: hemos extremado al máximo las medidas de seguridad, los vecinos de Madrid pueden estar tranquilos. Es el mensaje que debemos trasladar a la opinión pública.

—No lo dudes, gracias por todo, lo contaré bien — mintió Luna. Valiente propagandista, pensó.

—Oye ¿y cuándo me mandas el fotógrafo? Lo digo para venir preparado y bien vestido. Avísame con tiempo.

—Yo te aviso.

Andrea García Gil. No iba a llamar a sus amigos de la policía, esta vez quería sorprenderlos él. Y la llamada del jefe ya estaba entrando en su móvil.

—Luna.

—¿Dónde te metes? ¿Qué tenemos?

—Paciencia.

—Cuéntame. No me fío un pelo.

—Estoy en ello, ya te contaré.

—Estás en ello, pero…

—Sin vodka, lo juro, estoy en ello. Necesito que me hagas un favor. ¿Tienes a tu lado a alguno de esos gili… chavales con pendientes que no salen del ordenador?

—Por desgracia no tengo otra cosa a mi lado. Os echo de menos a los calvos y barbudos, fíjate.

—Bueno. Anota, jefe: Andrea García Gil. Necesito un teléfono, una dirección.

—¿No eras tú el *crack* de la identidad?

—Lo pueden buscar, ¿verdad? Pues que averigüen dónde vive.

Y que me lo digan. Ya te explicaré.

—Ok. Andrea García Gil. Oye, recuerda que en mi despacho tienes sitio, pero tus cajas… están amontonadas por todas partes, algo hay que hacer.

—Que lo quemen.

—Luna…

Luna colgó. Debía esperar. Y prepararse para visitar a Quevedo, ese antiguo jefe que debía saber todavía mucho más de lo que le había dicho. Abrió su libreta para repasar las notas y quedó observando los números anotados: 18-6-9-42-48-17-1-2. Debía esperar.

El llanto en que se hundió Matías pudo haberse convertido en río si no hubiera sido por el rollo de papel higiénico que alguien le procuró en la comisaría de Santander y que, trozo a trozo, el bedel fue llenando de lágrimas incontenibles mientras temblaba como un pajarito inocente. O como un hombre culpable.

—Yo no he hecho nada, yo nunca he hecho nada. — Y se sumergía de nuevo en la riada.

María colocó con calma aparente las seis filas de fotos ante los ojos anegados de Matías y se sentó inmutable ante el bedel. Carlos paseaba circunspecto por la sala.

—Yo nunca hice nada, yo no tenía nada que ver.

—¿Nada que ver? ¿Con qué?

—Con todo esto.

—¿Con qué exactamente? ¿Cómo definiría todo esto? — María sabía que debían jugar con habilidad. Este hombre se sentía atrapado, pero no sabía exactamente qué tenían contra él ni qué sabían estos policías. Habían hablado de fotos, de menciones, pero ¿hasta qué punto ponerle al descubierto sus lagunas? Había que tantear con cuidado.

—Era un chaval maldito, se la estaba jugando y al final ha pasado lo que ha pasado. Alejandro era un mal chico y se lo buscó.

—¿Se lo buscó? —Esta vez a Carlos no se le había escapado el lapsus.

—Se lo estaba buscando. Empezó a pedir más y más, cada vez más, y esto iba a reventar. — Y Matías abrió de nuevo el grifo de los lacrimales hasta que logró calmarse.

—¿Cuánto les pedía? —María aprovechó el filón.

—¿Cuánto les pedía? No sé exactamente. Primero dinero, veinte, treinta euros, pero aquello se desbocó. Ropa, MP3, tabla de surf.

—¿Y a usted cuánto le pedía?

—¿Está loca? No habrán pensado que yo… Por Dios santísimo, yo no tenía ninguna relación con él, Ave María Purísima. Yo no soy un sodomita, un gay, como dicen ahora. Dios me libre del pecado. Yo solo…

—¿Solo…?

—Yo solo… —Nueva riada a la vista, Carlos le tendió otro rollo de papel higiénico —. Yo solo debía, yo solo tenía que… cerrar los ojos.

—¿Y cerrar los ojos no es pecado?

—El Padre me había dicho… el Padre me había dicho que… el Padre Damián me había confesado… y Dios me había perdonado.

Matías se había revuelto en la silla al verse considerado como uno de los sospechosos de mantener una relación con un hombre, sospechoso de «sodomía», había dicho, pero a María no se le escapó que un cierto amaneramiento en las formas, un lenguaje gestual melifluo debido a toda una vida entre sotanas no le hacía desentonar del todo de tal sospecha. «Pero qué tontería estoy pensando — se corrigió María —, esta gente me está contagiando». La afirmación de que él «solo cerraba los ojos» era un hilo que en seguida iba a retomar, pero antes quería aclarar un importante extremo:

—¿Por qué se ofende usted cuando le hemos sugerido una relación con un hombre?

—Dios mío, es un pecado. Yo jamás…

—¿No sabe que eso es absolutamente legal?

—Yo no sé de leyes, eso es lo que creen los socialistas y Zapatero, que dejan casarse a esos gais, y así nos va en este país, pero sé de la ley de Dios, y eso es pecado.

—A ver si nos situamos, Matías. — María intentó ahora ser didáctica —: Está usted ante la autoridad, y en estas cuatro paredes, como en las cuatro paredes de una celda o de un juzgado, usted se va a enfrentar al Código Penal, no al Catecismo. Y ser gay no es un delito, pero sí lo es el asesinato, sí lo puede ser la relación con un menor de edad aprovechando una situación de superioridad, y desde luego, lo que sí lo va a ser es la complicidad y el encubrimiento de un delito. A ver si lo tenemos claro.

Matías había dejado de llorar. La sola mención de la cárcel y de una ristra de delitos en los que podía encajar su situación le cortaron de golpe la moquera. Complicidad, encubrimiento, asesinato. Aquello sonaba mal.

—Y ahora volvamos a lo que usted vio. O lo que evitaba ver a base de cerrar los ojos a tiempo. — María retomó el hilo —: Somos todo oídos.

Matías se sonó con estruendo, se limpió los ojos, las gafas, se las colocó, se cogió la frente entre sus manos durante unos segundos, se recompuso en la silla y empezó. Había que

comprender que él debía mucho a los curas, que le habían dado el trabajo de su padre aunque no tenía formación, que le habían enchufado a los sobrinos en el cole —y eran ya catorce sobrinos— a pesar de que la puntuación de proximidad de sus padres no alcanzaba la de muchos inmigrantes que se habían quedado fuera, porque ya se sabe, los inmigrantes, aunque tengan derecho a entrar… nadie les quiere aquí, si no el colegio no podría mantener el nivel de calidad… Y bien —decía— debía mucho a aquellos curas. Les debía todo. Así que cuando percibía alguna cosa rara en el gimnasio o en los baños se persignaba y corría a refugiarse en su despacho. ¿Y qué era alguna cosa rara? Pues eso, alguna cosa rara. Niños que salían con el rostro enrojecido y cabizbajos del gimnasio, niños que intentaban agruparse para entrar y salir juntos de la catequesis, algún rezagado que salía con lágrimas en los ojos. En esa catequesis… nunca había reinado precisamente la ilusión, lo había pensado siempre. Él recordaba su Primera Comunión como una fiesta, con esa sobredosis de devoción que sintió al tomar por primera vez el cuerpo de Cristo… y estos niños no reflejaban desde luego ninguna de esas sensaciones. Acumulaban regalos, alardeaban en seguida de quién había conseguido el móvil, el ordenador portátil o el MP3 el día de la fiesta, y rivalizaban en la caja conseguida —cien euros, doscientos, hasta quinientos euros de regalos— pero estos chicos no lo vivían como él lo había vivido hace ya… tantos años.

—En mis tiempos recibí un cuaderno con mis iniciales y una Biblia ilustrada para niños, y guardaba aquello como un verdadero tesoro, pero hoy…

Matías viajaba en su relato de las impresiones a los hechos y aún enjugaba alguna lágrima de tanto en tanto, María y Carlos intentaban reprimir la exasperación y no meterle prisa, porque la cometa había arrancado a volar, y, como Carlos le había enseñado cuando María empezaba, solo había que darle más hilo.

—Hoy tienen de todo y nada les sirve para estar contentos. Y no digo que los niños… los niños… «afectados» —y lo dijo así, señalando unas comillas con los dedos—… que los niños «afectados» no tengan razones para no tener ilusión, pero es que ninguno muestra el mínimo respeto al cuerpo de Cristo ni la mínima ilusión…

—¿Y cuántos niños están «afectados»? —María intentó dar un tirón a la cometa, porque la moralina particular de Matías amenazaba con tirarla al suelo.

—No todos lo están… Solo unos pocos niños lo han pasado mal, yo creo, y desde luego Alejandro no era uno de ellos, ya se ve en estas fotos que él no es una víctima… Sí hubo unos cuantos que lo denunciaron… Hubo jaleo hace tiempo… pero todo se arregló.

—¿Se arregló?

Y Matías volvió a centrarse y la cometa, a recuperar altura. Un niño había denunciado al Padre Clemente, el que les daba la catequesis, pero nadie le creyó. Sus padres habían aceptado la versión del Padre Damián, que aseguró que era imposible, que serían imaginaciones del niño, que hoy lo han visto todo por la tele o por Internet, y que ellos nunca serían capaces de alojar en el colegio a un cura con esas «tendencias» —de nuevo los dedos puntualizadores—. Que iban a extremar la vigilancia, en todo caso. Pero luego vinieron otros dos. Y otro más. Tres madres se unieron y amenazaron con armar un escándalo. Aquellos días fue cuando se confesó. Confesó con el Padre que él había oído… ruidos, había oído ruidos y había visto… había visto a los niños llorar. También a aquel primero al que nadie había creído jamás. Luego supo que el

Padre Damián había movido los hilos y que Clemente había empezado el siguiente curso en Burgos.

—¿En un colegio?

—No sé los detalles, la verdad.

—¿Y qué fue de los niños?

—Sus padres callaron; la cosa se zanjó.

—¿Y Alejandro?

—Alejandro era otra cosa, era mayor.

—¿Mayor? Tenía diecisiete años.

—Quiero decir, mayor… que los demás, no era ningún niño, y no era ningún inocente.

—¿Por qué no era inocente?

—Porque francamente, se había montado un negocio de la perdición.

—¿Nos quiere decir que en este colegio se abusa tranquilamente de los niños, se mira para otro lado y después es un chico de diecisiete años el que no es inocente y se instala en la «perdición»? ¿Qué tipo de moral tienen aquí? — Esta vez fue Carlos el que perdió la calma.

—Si hubieran conocido a Alejandro sabrían de lo que estoy hablando… Era provocador, era lascivo, era un demonio, era todo menos inocente. Era un sodomita integral.

—Y dale con el sodomita. —Carlos, con todo su bigote, su hombría y sus cincuenta y ocho años de virilidad, estaba a punto de convertirse a la causa contra la homofobia que tan desacomplejadamente abrazaba en general —. Se ve que usted sí le había conocido bien.

—No, por Dios, yo no.

—¿Y qué hace su nombre en la lista de relaciones de Alejandro?

—Mi nombre… Yo solo miraba para otro lado…

—¿Y cobraba por mirar para otro lado? ¿O le organizaba las citas y le buscaba los clientes?

—Solo les diré otra cosa: Alejandro no era un chico que se dejara organizar nada. Y no diré una palabra más. En todas las películas siempre hay un momento en que los acusados no hablan sin la presencia de un abogado, y creo que ese momento ha llegado.

Matías ya no lloraba, aún le temblaban los labios tras su plante ante los comisarios, pero no iba a decir nada más. María amagó con abrir la boca para insistir por ese camino, pero Carlos le hizo una señal de silencio. No era poco lo que les había contado, pero iba a ser mejor no tenerle a la defensiva. Así que forzando un tono más amable, el comisario y viejo compañero de su padre dijo:

—Para terminar, entonces, ayúdenos a identificar a los hombres de estas fotos. Colabore y ya se podrá marchar.

Matías respiró tranquilo. Antes solo las había ojeado por encima, sin pararse en ninguna de ellas, pero les iba echando vistazos rápidos y nerviosos cada vez que hacía un alto en su relato. Por fin se recolocó las gafas y las miró atentamente:

—El primero es Santos Ramírez, alumno hasta hace tres o cuatro años; el segundo es Miguel Castillo, también exalumno, probablemente algo mayor; el tercero es Pedro Rubio, también exalumno.

María iba apuntando sin perder coma, no pudo evitar que se le encogiera el corazón al aproximarse al número cuatro, el sospechoso identificado por los turistas del *camping* de Oyambre. Matías siguió:

—El quinto es Gómez, un antiguo profesor de Química, se salió de cura y ahora da clases en alguna privada. Y el sexto es Clemente, el Padre Clemente.

—¿Y el cuarto? —María no pudo ocultar su decepción.

—El cuarto no lo sé. Jamás le he visto.

Así que hasta aquí habían llegado. Insuficiente, desde el punto de vista de María, que parecía querer insistir algo más. Un avance cierto y objetivo, desde el punto de vista de Carlos, que despidió a Matías con tranquilidad. Este se fue descompuesto, tras anotar su dirección y su teléfono, dejando atrás a los dos comisarios mientras la tarde agonizaba ya en Santander.

—¿Por qué le has dejado marchar? Tiene el cartel de culpable en el rostro, está claro que nos oculta todo — se quejó María.

—¿No recuerdas cómo te enseñé que había que soltar hilo para que la cometa volara? Si la apuras a base de tirones, se estrangula y cae. Y entonces no nos servirá de nada.

El silencio era entonces la mejor opción. El silencio y el paseo. Salieron los dos a la calle. Caminaron sin hablar. Ciertamente habían avanzado mucho, y ahora había que pasar a limpio toda esa información. El asqueo ante la verdad que los muros de un colegio eran capaces de ocultar se apoderó de María igual que la humedad que había traído la noche fresca del Cantábrico, pero con él también nacía una cierta simpatía por un chico, Alejandro, que las personas que lo habían convertido en víctima querían hacer pasar por culpable. El chico lascivo para Matías, adorable para David, cariñoso y bueno para su abuela y atractivo para todos, les había trazado un camino claro para hallar la verdad. Puede que su actuación lograra puntuaciones distintas según el termómetro con que se midiera, pero lo cierto es que era él, Alejandro Sánchez Gandarillas, el que había muerto asesinado, y que a su alrededor se abría un mundo de adultos capaces de creer que el abuso se lava en el confesionario y que, ante el delito, es mejor callar. Y la sensación de que su trabajo podía aportar unos gramos de justicia en ese universo sucio les fue acompañando como un paseante más.

16

La fiebre no había cedido y seguía atacando con violencia su cuerpo quebrado y sin fuerzas. Primero le había aliviado librarse de las oraciones en la capilla, de los rituales colectivos en el comedor, de las preguntas y la rutina esclava de la orden cuando él tenía la cabeza trenzada en otra realidad. Pero después volvía el miedo, el sudor frío, el vértigo ante el abismo. Solo la Biblia, con la inseparable guía de tres lecturas diarias que marcaba el ritmo de su recorrido anual, le socorría desde la mesilla como único hilo conductor con su normalidad. ¿Normalidad, decía? ¿Qué iba a quedar de normal después de esta sacudida, cuando tenía un pie en un futuro distinto, nuevo, en un continente lejano, cuando iba a empezar de nuevo muy lejos de su universo, de aquello que había intentado cincelar su vida y que había chocado con un mármol difícil, agrietado, incapaz de ocultar sus vetas? ¿Y qué iba a dejar atrás, qué temía dejar atrás más que la soledad, las relaciones frías, secas, de la residencia y su trabajo, forjadas en el espíritu de ese eterno segundo plano que debe dejar sitio para el primero, el plano de Dios, el único en el que debía encontrar su forma de llenar el corazón? ¿Y qué había en ese corazón más que vacío, preguntas sin respuestas, lecturas obligadas, oraciones que ocupaban tiempo, rutinas que llenaban horas y tapaban huecos cada vez más gélidos, más clamorosos, más atormentados, y la confusión? ¿Adónde se había ido Dios? ¿Dónde y cuándo le había abandonado? ¿Era Dios el que le había dejado postrado en ese secarral emocional a pesar de su lucha, de su entrega devota en los primeros años, o era él quien había abandonado a Dios, paso a paso, cada vez que sentía arder su cuerpo, cada vez que le abrasaba la maldad, la ira y la lujuria? La fiebre y el calor de julio le hacían hoy consumirse en una fuga de sudor y pensamientos que no le dejaban tregua en esa cama individual, frugal, espartana y solitaria entre cuatro paredes blancas.

Pero no era la fiebre ni era el calor de julio lo que había reiniciado el incendio que ardía desde hacía mucho en su interior. En el fondo, muy en el fondo, sabía que hoy solo se avivaba, que mañana y pasado y al otro podría aplacar algunas llamas, pero que la brasa humeante ya había conquistado su alma, y que esta estaba candente, roja, en combustión. Ningún viaje la iba a dejar atrás. Ninguna lluvia iba a socorrer su tormento. Ninguna cortina de agua iba a aplacar su fuego. Eso lo sabía, como también sabía que solo la entrega incondicional a la Biblia, la insistencia en su llamada a Dios, una y otra vez, y otra vez, y otra vez, iba a poder abrirle alguna puerta. Porque al otro lado, solo quedaba la muerte. La propia muerte. Y las garras de ese bicho no quería verlas. De nuevo.

Así que quedaba la vida, quedaba Dios, quedaba Uruguay.

Y Clemente. Quedaba un seguro: Clemente.

Así que de eso se trataba. Ya sabían: 1) que Alejandro tenía relaciones con hombres del colegio; 2) que cobraba por ellas; y 3) que les hacía fotos a escondidas. Pero aún no habían logrado averiguar: 1) si los fotografiados lo sabían; y 2) si les chantajeaba con ello. También sabían que el abuso estaba instalado en el colegio y que uno de los implicados, Clemente, había sido enviado a otro lugar, como también se había ido el profesor de Química. Pero lo cierto es que Matías había ocultado muchas cosas y que el Padre Damián no iba a ponérselas en bandeja.

María caminaba en círculos por el despacho de Carlos mientras él la miraba y, sin pensárselo dos veces, arrancó de la pared un póster desgastado con las fotos de los terroristas más buscados, le dio la vuelta, lo extendió en el suelo, buscó un grueso rotulador, la carpeta de gomas de Alejandro y, tirada en el parqué, empezó a apuntar:

1. S. R.: Santos Ramírez, exalumno, reconocido por Damián y por Matías.
2. M. C.: Miguel Castillo, alias Miguelón. Antiguo compañero de Leticia, la hermana de Alejandro. Reconocido por ella, por Damián y por Matías.
3. P. R.: Pedro Rubio, exalumno, reconocido por Damián y por Matías.
4. H. H.: Posible asesino. Hombre reconocido por los turistas de Oyambre. Acompañaba a Alejandro en la playa el jueves, la tarde en que murió. Y se le vio en el mismo lugar en la moto de Alejandro el sábado por la tarde, horas antes de que apareciera el cadáver.
5. M. G.: Gómez. Hombre reconocido por David. Reconocido por Matías e identificado como antiguo profesor de Química. Se salió de cura y hoy está en otro colegio. El Padre Damián ocultó que le conocía.
6. P. C.: Padre Clemente. Reconocido por Leticia y por Matías. Antiguo catequista del colegio, hoy en algún lugar de Burgos. Casos de abuso a menores. El Padre Damián ocultó que le conocía.

María se incorporó, se sentó en el suelo sobre sus piernas dobladas, lo pensó dos veces, se inclinó de nuevo, rodeó el número 4 con un círculo grueso y trazó un enorme interrogante al lado. Cerró el rotulador, se palmeó las manos para sacudirse el polvo acumulado y proclamó:

—Carlos ¿lo harás tú?

—¿Qué quieres decir?

—Localizarlos a todos y averiguar qué ha pasado.

—Contigo, claro.

—No. Yo me voy. Me vuelvo a Madrid. Y paso por Burgos. Tenemos ya algunas conexiones y es hora de atar cabos.

—No te vayas, María. Tú debes encontrar al número 4 — Carlos señaló el interrogante que ella había trazado en el póster, a sus pies. Y fue consciente de que su tono implorante era nuevo.

—Carlos, amigo. Yo empecé investigando la muerte de un joven que creíamos que era Alejandro, y que ha resultado ser un tal Samuel.

—Pero estamos tan cerca…

—Seguiremos conectados, y nos acercaremos juntos, pero cada uno con su muerto. He dejado demasiado el caso, mi caso, y he dejado demasiado tiempo a los chicos solos.

—¿Los chicos? ¿Ese es el problema, los chicos? — gritó Carlos mientras María le miraba perpleja. Era él quien siempre la azuzaba para que pasara página del pasado, pero hoy y en este preciso instante, solo pensar en que se iba y en que lo de ese informático pudiera hacerse realidad le estaba haciendo perder el control. Y no eran exactamente celos lo que sentía, no eran celos por una agente que podía ser su hija pero… su marcha se le estaba atragantando como un hueso en la garganta. Y no era capaz de ocultarlo.

—Ni siquiera tengo ropa para seguir aquí. — María obvió las preguntas, tal vez Carlos se estaba haciendo viejo de verdad —. Esta tarde alquilo un coche y me voy.

Carlos la miró con tristeza. Esta chavala vital, su becaria, la única que no le había dejado un momento en el hospital, había vuelto a su vida como un huracán, le había roto su rutina y le había inyectado tal sobredosis adictiva de trabajo interesante que, solo con anunciar su marcha, ya estaba sufriendo el síndrome de abstinencia. Se rehízo como pudo.

—Ten mucho cuidado en Burgos. No me gusta que vayas tú sola. Avisaremos a los compañeros de allí.

—Es solo un viejo cura vicioso, Carlos, no te apures. Te aseguro que me las arreglaré.

Carlos se quedó en silencio mientras recogían todo el material. Él se quedaba una copia, ella otra. Él plegó el cartel que ella había improvisado y se lo entregó.

—Quédatelo tú, eres el que los vas a interrogar — rechazó ella.

—No seas tonta, los viejos como yo no necesitamos esquemas.

Había quedado roto, el comisario Carlos, síntoma de que empezaba a envejecer. Los días pasados habían sido tan ricos, había revivido con tanta intensidad sus viejos tiempos de Madrid que por un momento lo había percibido como si esa fuera la normalidad, como si compartir un caso con esta cría convertida en una comisaria tan sagaz fuera la rutina habitual de su vida y no una excepción que le había hecho resucitar el instinto, la viveza, la pasión por una profesión que parecía estar durmiendo en una especie de prejubilación mental que le mecía los sentidos. Darse cuenta de que esa había sido la excepción y de que ahora le tocaba volver a cubierto, a cumplir su horario fijo por prescripción médica y a alargar las horas libres con un *whisky* acá, un cine allá, un paseo en soledad, mientras el mundo seguía necesitando policías buenos para acorralar a un asesino… no era algo que pudiera encajar muy bien.

—Está bien, lo guardaré —dijo ella —. Vendré personalmente a celebrarlo cuando respondamos a este interrogante. — Y tras cerrar sus carpetas, le miró con cariño y le espetó —: Abuelo.

Tomás necesitaba algo más que una buena cabezada antes de continuar. Había hallado la cita bíblica y movilizado a toda su gente de la Tecnológica para averiguar lo antes posible la dirección IP, el origen de ese mensaje inquietante que conducía a un ahogamiento en un lago, pero no podía seguir sin un respiro.

—Avisadme en cuanto lo encontréis. Voy a dormir un rato y a darme una ducha, pero no podemos esperar. Quién sabe si hay más mensajes en marcha.

Y se fue, reventado de cansancio. En su casa, aún vestido y abrazado a su cachorro inquieto, pero capaz de guardar el silencio necesario para que su amo descansara, las persianas bajadas, logró conciliar el sueño. Ni las pesadillas en las que jóvenes y cerdos se ahogaban en un inmenso

lago mientras un Dios en las alturas daba una lección magistral lograron sacarlo de un sueño, que por fin se tornó tranquilo, profundo, suave. Y ni siquiera el teléfono cuando empezó a vibrar sobre la mesilla cercana le pudo despertar.

No había habido forma de retenerla ni un minuto más, pero la onda expansiva que había causado María en solo dos días le había dejado demasiado trabajo como para entretenerse en la nostalgia y la autocompasión; así que Carlos decidió agarrar el toro por los cuernos, y lanzarse a ensayar un poco de la entrega y la pasión perdidas, esta vez en solitario. Era cierto que no necesitaba escribir esquemas de los pasos que debía dar, como esa nueva generación de policías con el bolígrafo en la mano, pero también era cierto que ese esquema ya existía en su cabeza y que el primer punto era ir a ver a José Sánchez Cuevas, mecánico de profesión. Y padre del joven asesinado.

Encontrar los Talleres Sánchez fue fácil en un viejo tomo de páginas amarillas que aún había en comisaría. Y más fácil aún sobre el terreno, en una rotonda de la carretera de Monte al Sardinero, no muy lejos de la casa de la abuela. «Junto al puente abandonado», rezaba el propio anuncio del taller en la guía telefónica. Y eso no tenía pérdida para nadie que conociera mínimamente el extrarradio de la ciudad. El puente abandonado se había convertido en un monumento al absurdo de la construcción, a la fiesta del urbanismo loco que había apresado a España en los noventa, trazando un mastodóntico paso desde ninguna parte hasta ninguna parte encima de la autovía. Si alguien le hubiera dado a elegir entre dos versiones: que era un puente salido de un cuento surrealista o un puente salido de un plan urbanístico, solo habría elegido la primera. Porque siempre que había pasado por allí había recordado el viejo relato del chico que arrojó por la ventana unas habichuelas creyendo que no servían para nada y se encontró una planta que crecía, y crecía hasta el cielo, empequeñeciendo su casa y su pueblo hasta eso, hasta el surrealismo. Este puente parecía también haber salido de unas habichuelas mágicas, parecía ensombrecer las casas de pueblo que había por allí, porque se había aposentado ante las ventanas de todos sin más explicación que la del relato del absurdo: un plan urbanístico inconcluso, cambiado en medio de su andadura quién sabe por qué intereses.

Y a ese puente abandonado llegó Carlos, y debajo de él halló la vivienda que alojaba los Talleres Sánchez, donde un hombre de su misma edad, en buzo azul desgastado, observaba con tranquilidad los bajos de un Volvo de último modelo alzado por un elevador neumático. Una gran bandera de España colgada en el balcón de la vivienda, en el piso de arriba, recordaba el pálpito acuciante del Mundial.

—Buenos días. ¿Es usted el padre de Alejandro Sánchez Gandarillas?

El hombre miró con seriedad. Sus ojos transmitían una tristeza mayúscula, también serenidad. Apagó el foco con el que revisaba los bajos, lo posó en un mostrador cercano, tomó un trapo húmedo para limpiarse la grasa de las manos y le indicó el camino hacia un despacho. Otro par de chicos en buzo revisaban unas motos.

—Dígame —dijo, ya sentado en su oficina.

—Soy el comisario Carlos Fuentes, a cargo de la investigación.

El mecánico no dijo nada. Se limitó a observarle con atención desde su silla. Solo se movió para frotarse una pequeña mancha de grasa sobre la mano izquierda con el pulgar de la derecha.

—No sé qué relación tenía con su hijo, si estaba al tanto de su vida y de sus relaciones, pero la investigación nos está llevando al entorno del colegio — Carlos empezó a tantear.

El hombre seguía callado. Su tristeza en la enormidad de sus ojos parecía venir de muy atrás. El comisario continuó:

—Hemos averiguado que tenía relaciones… cómo decirlo, relaciones en las que debemos profundizar. ¿Hasta qué punto sabía usted de su vida?

—¿Quiere decir hasta qué punto sabía que era maricón y que los hijos de puta de los curas le habían jodido la vida? — por fin arrancó.

—Por ejemplo.

—¿Y que si hay un asesino hay que buscarlo en los conventos?

—Puede ser.

—¿Y que si mi hijo se hizo maricón fue por culpa de esa madre mojigata y loca y de esos curas cabrones?

Si María hubiera estado aquí, seguramente le habría cantado las cuarenta a ese mecánico que echaba la culpa a su exmujer y le habría recordado que un hijo es responsabilidad de dos, pero ella no estaba, y lo cierto es que el comisario Carlos empezaba a sintonizar bien con su discurso. Maricón, cabrones, hijos de puta. Era su lenguaje y se empezaba a animar.

—Puede ser.

—Mire comisario. Alejandro era un maricón de tomo y lomo, pero le aseguro que tenía el alma limpia como — miró sus manos, pero aún tenían restos vagos de aceite — como los bajos de ese Volvo nuevo que ha visto ahí subido. Era un chaval tierno, único, bueno, querido por todos… — ahora se le ahogó la voz en la garganta, los ojos enrojecidos —. Mi madre le cuidaba y él venía a verme… pero le jodieron bien. Hijo de padres separados, imagínese. Todos los intentos que hice para convencer a su madre de que dejara ese colegio fueron inútiles. Mi exmujer está loca, supongo que ya la ha conocido, vive en la inopia, es la única habitante de su mundo feliz, y los calzonazos de mis hijos mayores le siguen el juego… Supongo que todo es culpa mía también.

José Sánchez no pudo reprimir más las lágrimas, que empezaron a brotar gruesas, como goterones de una lluvia escasa pero convincente, y a caer sobre su buzo de hombre tosco, rudo y trabajador. El comisario siguió en silencio.

—Le jodieron bien. —Y José Sánchez se mesó el cabello gris, poblado y terso, imbatible a la madurez, con sus manos recias de mecánico —. Le jodieron bien.

—¿Qué sabe usted? —No era este un terreno en el que el comisario Carlos se sintiera cómodo, pero estaba solo y había que arrancar.

—Desde luego no sé quién lo ha matado, pero le juro por mis muertos… — su voz se volvió a atragantar —, le juro por Alejandro… que lo que sepa, se lo voy a decir. Y ojalá los de la sotana ardan en la cárcel y el infierno.

El comisario le tendió una mirada abierta, tranquila, un gesto que parecía decir «adelante, aquí me tiene, yo ya estoy de vuelta de todo». Pero en seguida se dio cuenta de que ni su hombría indiscutida, ni sus casi cuarenta años de experiencia, ni su escepticismo vital le habían preparado para seguir con indiferencia el relato que este hombre de su generación tan parecido a él en tantos sentidos, le iba a desgranar.

Los abusos a Alejandro habían empezado desde niño, pero esto era algo que había sabido mucho después. El crío había sido tardío, no estaba en los planes, había nacido cuando las cosas ya se habían puesto feas en el matrimonio y se había convertido en el balón de oxígeno para intentar salvar una pareja agotada. Eso había sido un error. Luego había crecido entre las faldas de su madre y las de su abuela, mimado por sus hermanos mayores y era el clásico chaval gracioso, guapo, capaz de conquistar a adultos y compañeros, un pequeño líder en su casa y en su clase. Por eso nadie sospechó jamás que pudiera haber problemas. Bueno, nadie no. Él nunca. La abuela había resultado ser más lista. Pero no era ella ni el chico quienes le habían abierto los ojos. Un día, hacía meses, recibió un telefonazo sorprendente. Un cura le llamó y le pidió que fuera a hablar al colegio. A hablar de Alejandro. «Mire — le dijo — el tema de las notas y el colegio lo lleva su madre, yo…». Pero el cura fue tajante: «Debe venir usted. Y mejor que no le diga nada a nadie». Él se había asustado, temió una gamberrada gorda, una expulsión, estaba descolocado, nunca se había ocupado de esas cosas; él solo trabajaba, siempre estaba en el taller, y… allá se fue. Se quitó el buzo de diario, se lavó a fondo para eliminar todo rastro de motor, se puso un pantalón de traje, una camisa limpia, su chaqueta de las bodas, se pasó el peine por su cabello recio y se presentó ante aquel cura como quien acude a examinarse a una autoescuela, a una oposición. Quién le iba a decir que toda la suciedad de su taller era una patena de oro al lado de la porquería que encontró. Porque puede que el colegio estuviera limpio e impoluto, pero la negrura que escondía era aún mayor que la de las sotanas.

—Mire, en este colegio están pasando cosas que no nos gustan y que debemos investigar. Con la discreción adecuada, pero lo tenemos que abordar.

José Sánchez asistía pasmado.

—Hay padres que están denunciando comportamientos… pecaminosos por parte de algunos padres, de algunos sacerdotes, quiero decir, pero también hay sacerdotes que están denunciando comportamientos… nocivos por parte de algunos alumnos.

El pasmo solo podía crecer.

—¿Usted no ha oído nada? —le había preguntado el cura.

—No sé de qué me está hablando.

—Mire, le voy a ser franco. — José se había percatado de que el Padre no contaba con que no supiera nada —. Tres chicos han denunciado a un sacerdote por… abusos. No me es grato contarle esto, como se puede imaginar, pero creo que debe saberlo todo.

—¿Y le ha pasado algo a Alejandro? ¿Qué tiene él que ver con todo esto?

—No, no, a su hijo no le ha pasado nada. Pero coincidiendo con esa denuncia… que estamos intentando resolver por el mejor camino posible dentro de la discreción… su hijo… su hijo amenaza con sacar a la luz unas fotos… comprometedoras.

—¿Fotos comprometedoras? ¿Qué fotos?

—Vamos a ver. No quiero que se asuste, pero esto es serio y por eso hemos creído que debe usted saberlo, hablar con el chico y que entre nosotros podamos frenar algo que solo es perjudicial para todos. Le hablo así por el bien común.

—No me aclaro. ¿Han hablado ya con la madre de Alejandro?

—Señor Sánchez, usted mismo comprenderá… que la madre es… es un tema muy delicado para ella, hemos juzgado que iba a ser mejor tratar esto entre hombres… Sabemos que ustedes están separados, pero que usted mantiene una buena relación con Alejandro.

La incredulidad de José Sánchez iba aumentando a medida que avanzaba la conversación. No se llegaba a aclarar:

—A ver. ¿De qué fotos, de qué clase de fotos me está hablando?

—Alejandro ha hecho fotos comprometedoras de… un cura… de un cura en pecado, es mejor que usted no las vea.

—¿En pecado? ¿Qué quiere decir «en pecado»? — Empezaba a sentirse asqueado; estos malditos curas debían estar en un gran follón para que vinieran a contárselo a él.

—En pecado… con algún alumno del colegio, Dios nos asista. Sé que es duro y aquí no hemos parado de rezar desde que escuchamos las denuncias, pero…

—¿Y qué les ha dicho? ¿Cuál es su finalidad?

—Creíamos que quería dinero… perdone, esto sé que es delicado, pero simplemente ha dicho que las hará públicas sin más, que las colgará en Internet, que las enviará a un periodista.

—Ya. ¿Y a él qué le ha pasado?

—A él nada, él solo… ha hecho fotografías.

—Ya. ¿Y ustedes qué quieren de mí?

—Si hablara usted con el chico, verá, es un asunto muy delicado que requiere mucho tacto. Estamos intentando solucionar todo por las buenas con los chicos… que han denunciado; estamos hablando con sus padres y todo se va a solucionar, pero es importante que todo permanezca en el plano de la discreción, porque si llega a saberse, sería peor para todos. Para todos. Si usted habla con él y le convence nadie sufrirá represalias, ningún niño quedará estigmatizado.

—¿Y quiere usted decir que mi hijo tiene pruebas de abuso y que el abusador se va a ir de rositas?

—No lo vea usted así, no es eso. Va a ser castigado como corresponde, en el seno de nuestra iglesia. Le aseguro que este cura no volverá a tener trato con los niños pero… es por ellos, porque nadie resulte estigmatizado. Lo peor sería ahora que esto saltara a la prensa. Dese cuenta de que un acto de ese tipo no nos dejaría más opción que la salida del colegio.

—¿La salida? ¿La salida de quién?

—De su hijo. El padre tendrá su castigo, pero él… Tenga en cuenta que el chantaje y la deslealtad también deben ser castigados. Por eso queremos que hable usted con él, que nos entregue sus fotos y que podamos seguir adelante todos de la mejor manera posible. Sin escándalos.

Así que era eso. José Sánchez había abandonado el colegio asqueado y con arcadas. Al volver al taller había arrojado el traje en una silla y se había enfundado el buzo con alivio, como si una rana le hubiera dado el beso inverso, el beso que elimina las trazas de príncipe para volver a su ser, a sus trazas de mecánico, más simple, honrado y limpio que todo lo que había visto, olido y tocado en su incursión en el mundo eclesial. La desvergüenza con que ese padre le había pedido ayuda, le había amenazado con la expulsión de su hijo, le había insinuado que los trapos sucios se lavan en casa y que el que esté libre de pecado tire la primera piedra, no se podía soportar. Y no había sabido a quién acudir. Pensó en su propia madre, pero todo era demasiado fuerte para esa anciana que bastante tenía con cuidar del chico. Pensó en su exmujer, pero era impensable que ella pudiera absorber esa información no apta para sus oídos. Y pensó en Alejandro, con quien terminó intentando una conversación demasiado tensa para que

desembocara en una solución. Demasiados años de incomunicación, de relaciones con propina, de monosílabos y algún palmoteo aislado no preparan el terreno para un asunto tan grave. Resultado: ni logró averiguar nada más, ni logró sacarle del colegio, ni logró de él nada más que largas y algún «tú no te preocupes, papá; todo está solucionado».

Hasta hoy. Hasta hoy, martes 6 de julio, el primer día en que abría el correo del ordenador de su oficina desde la desaparición de Alejandro. Había publicidad, había algún pedido de piezas, consultas sobre recambios, ofertas de viagra y allí, en medio de esa caterva de *e-mails* sin gran interés en el buzón de entrada, un mensaje de su hijo. Era inusual, no recordaba jamás haber recibido de él ninguno personal, salvo para adjuntarle alguna lista de libros necesarios para el colegio o algún número de cuenta para ingresar una matrícula, pero hoy lo había encontrado allí y lo había imprimido. Un mensaje personal de su hijo enviado el día en que desapareció. Remite: «Álex». Asunto: «Lo que solo tú debes saber». Fecha: jueves 1 de julio de 2010.

Así que había más pruebas, más datos, más material. El comisario Carlos sintió que se le oprimía el pecho y se tuvo que pasar un pañuelo por la cara mientras el mecánico le tendía una copia de la carta. ¡Una carta póstuma de Alejandro! ¡Cuánto tiempo podían haber perdido sin saberlo, cuántos días había estado ahí guardada la prueba más clamorosa, llamándoles, pidiendo socorro, en el viejo ordenador de un mecánico destrozado y confundido! Echó un vistazo fugaz y sus ojos fueron a parar a unas palabras en cursiva, entre comillas, en medio de la misiva, que destacaban por sus márgenes diferentes y su letra más pequeña:

> *«Los demonios fueron a los cerdos y, al instante, se arrojaron al mar y murieron en las aguas».*

Carlos sintió el pulso fuertemente acelerado y percibió también cómo el padre de Alejandro había quedado exhausto, las piernas temblorosas, los labios secos, las cuencas de los ojos doloridas. Y supo que era el momento de irse. Le agradeció su ayuda. Era hora de dejarle y de estudiar a fondo el documento, que sostenía en sus manos sin doblar siquiera. Mientras se despedía, observó de nuevo a los dos muchachos del taller arreglando las motos y se dio cuenta de que aún tenía tres preguntas para él.

—La moto de su hijo ¿la conoce? ¿Salió de aquí?

—Una BMW de último modelo, una joya. Un cliente me la dio para saldar una deuda. ¿Por?

—Su hijo se fue en esa moto con su posible asesino. ¿No la ha vuelto a ver?

El mecánico negó con la cabeza.

—Otra cosa: ¿quién era el cura que le atendió en el colegio?

—El Padre… cómo se llamaba… el Padre Damián. Damián, se llamaba. En un despacho grande y frío, nada acogedor. El Padre Damián.

—Y una última cosa —y le tendió la foto en la que vestía una camiseta con una pequeña corona de espinas mientras posaba con su hijo —: ¿de qué es esta camiseta?

El padre se volvió a emocionar. Estos días aciagos se había dado cuenta de que ni siquiera tenía una foto con él de mayor, y esta debía de ser la última que se hicieron, hacía tal vez un año. La había hecho David, el amigo de su hijo, a las puertas de la casa de su abuela. Ahora la agarró entre las manos como quien sostiene un tesoro frágil, como quien al fin ha hallado pepitas de oro en el río y teme se le vayan del cedazo.

—Me la trajo de su campamento, un campus de baloncesto que hizo con el colegio en Burgos. Hace un año — la voz le volvió a temblar.

—¿En Burgos? ¿Me podrá decir el lugar exacto? — Carlos contuvo el aliento, todo iba encajando, y todos los caminos llevaban a Burgos.

—Creo que sí. Aún debo tener la inscripción por aquí. — Volvió a su mesa y rebuscó entre viejos papeles, no fue difícil de encontrar —. Tenga, aquí está. ¿Puedo quedarme esta foto?

El comisario miraba ya la inscripción: Campus de Baloncesto 2009. Colegio de los Penitentes de Lerma. Burgos. Coordinador: Clemente.

—Por supuesto que sí, claro que sí, señor.

Tenía todo lo que necesitaba. Carlos, el comisario, le dio un apretón de manos largo, eterno, más efusivo de lo que acostumbraba, y se fue. Y José, el mecánico, se quedó mirando la foto, la última foto, y limpiando con la manga de su buzo los nuevos goterones que desde sus ojos habían resbalado hasta ahí.

Andrea García Gil. La joven había accedido a verle sin problemas. Vivía en un piso pequeño y compartido al sur de Madrid y era mejor que se encontraran en un bar. Los chicos del pendiente la habían localizado en Facebook y él mismo pudo ¿chatear? — ¿lo llamaban chatear? — con ella sentado en la redacción, cuando ellos le hicieron sitio en sus pantallas no sin cierta sorna en la mirada:

—Mira Luna, aquí la tienes, habla con ella.

Él les había mirado con recelo. Ellos habían demostrado en menos de un minuto su increíble habilidad.

—Venga tío, está esperando a que le digas algo.

Él había observado la pantalla y comprobado el diálogo que parpadeaba:

—¿Eres Andrea García Gil de verdad?

—Ya t dicho sí. Kien eres.

—Perdona el asalto. Somos del equipo de investigación de *El Diario* — cualquier excusa es buena en periodismo, eso lo sabían ya los chicos del pendiente.

—De k va esto.

—De nuevo te pido disculpas de antemano por entrometerme. Estamos investigando una serie de violaciones.

—Ke kereis.

—Hablar contigo. Nuestro especialista en sucesos, Javier Luna, quiere hablar contigo. Somos serios. Este es un periódico serio, no tienes nada que temer.

Todos habían contenido el aliento en este punto. La chica tardaba en responder, podía desaparecer sin más y adiós. Pero seguía ahí.

—Cómo supisteis mi nombre?

Y ahí es cuando le obligaron a asomarse.

—Venga, maestro. Ahí la tienes. Contéstala tú.

Y no solo Luna había contestado. Así supo que vivía muy lejos del centro, pero que accedía a hablar y que era mejor verse en un bar en el centro. A las ocho. En el Café Comercial.

—¿Y cómo te reconoceré? Dime cómo vas vestida.

—Dime como t reconozco yo a ti.

Agrrr. No estaba acostumbrado Luna a ese tonito. Miró a los chicos del pendiente, que reían, y obediente replicó:

—Con barba, entradas…

—Edad?

—Cincuenta y… algunos.

Y allí estaba, a las ocho, en el Café Comercial de la glorieta Bilbao. Las ocho y cinco. Miró a su alrededor, vio a un par de grupos de chicas y a otra joven que trasteaba con su móvil sin prestarle atención. Las ocho y diez. ¿Vendría sola, vendría acompañada? Cualquier intento de cruzar la vista con alguien que le buscara se estrellaba, nadie le miraba a él. Las ocho y cuarto. ¿Le había vacilado? ¿Se había arrepentido? Si no recordaba mal, si era menor en 2002, ahora debía tener veinticuatro o veinticinco años. Ni rastro de tal perfil. Las ocho y veinte.

—¿Javier Luna?

Luna se volvió. Tenía que haber un error. Un vozarrón de hombre lo llamaba y un joven de veintitantos estaba allí, frente a él, con melena y barba más negra y poblada que la suya.

—¿Eres…?

—Andreas. Andreas García Gil.

—¿No eras…? —Ay, se estaba metiendo en líos. ¿No era una mujer la víctima de la violación? ¿No era una joven Andrea? ¿No estaría ante un cambio de… sexo? —. ¿No eras… una mujer?

—No. Soy un hombre, está claro.

—¿Y siempre has sido… un hombre?

El joven rio.

—Esto sí que no me lo esperaba. ¿Que si siempre he sido un hombre? No me jodas.

Luna estaba noqueado.

—Entonces ¿la noticia sobre la menor violada?

—Lo recuerdo, era un error. Me cabreé cuando vi publicar aquello sin que nadie hablara conmigo. Eres la primera persona que se interesa por aquello.

—¿La primera? —El recuerdo de aquel nefasto becario le revolvió la memoria, aquel inútil ni siquiera había amagado con investigar por su cuenta. Se había creído la milonga del secreto de sumario y había obedecido sumiso a la autoridad —. En el ordenador te pregunté que cómo venías vestida…

—Ya me di cuenta. Por eso te pedí tus datos, cómo reconocerte yo a ti. Ya que estabais equivocados, por qué no seguiros la corriente. Si mentíais, con darme la vuelta bastaba.

—O sea que un tío. ¿Y todo lo demás es verdad? ¿Fuiste…?

—Sí.

—Esto es delicado. Ha habido otra viola… otro asalto en el Juan Carlos I.

—Lo sé.

—¿Y quieres hablar sobre ello?

El joven estaba sereno, tenía los rasgos prietos, la mirada despierta, una energía en los ojos parecía emerger del sufrimiento pasado.

—¿Sabes una cosa?

Luna le miró. No acostumbraba a hablar con víctimas, era un hombre de morgues, policías, delincuentes. El trato directo se le iba a hacer difícil, pero había que intentarlo. Y el hecho de que Andreas fuera un hombre no hacía sino aproximarlo más a ese club de casos parecidos.

—¿Qué?

—Que llevo ocho años deseándolo. Deseando hablar de ello.

—Pues soy todo oídos.

Y ante un par de cafés dobles con hielo y con la letra apretada, Luna empezó a llenar páginas de su libreta. Y entre todas las palabras, un nombre para subrayar: el Padre Clemente. Clemente Herráez.

17

Era ya de día cuando los ojos de Tomás se abrieron de golpe, en seco y en medio del silencio, sin que sin embargo se moviera un solo átomo más de su cuerpo y menos aún de su mente sumergida en el sueño reparador. Tardó aún varios segundos en volverse a situar. Había dormido de una forma tan profunda que le pareció que debía llamar a su alma para que volviera a él. No era exactamente sobrevolar sobre una camilla de hospital rumbo a la luz lo que había sentido, pero sí que estaba tumbado placenteramente a la sombra de un encinar de Ávila en una tarde cálida cuando un rayo de sol se coló hasta sus ojos y despertó; y aún percibió un desfase de segundos hasta que su ser consciente dejó aquel paraíso y encajó de nuevo en su cabeza, pecho, piernas, brazos, que se desperezaban en esa cama solitaria de ese apartamento solitario de esa vida de Madrid. Casi había tenido que repasar su identidad como quien despierta del coma años después del accidente: eres Tomás, agente de la Brigada de Investigación Tecnológica, y cuando caíste dormido estabas esperando una llamada importante para… ¡identificar a un asesino! Ahora sí, la mente encajó en el cuerpo y Tomás saltó de la cama dando tal manotazo en la mesilla en busca del móvil que este fue a parar al suelo junto a la pequeña lámpara y el último libro de Andrea Camilleri que hacía ya tres días que no había podido tocar. Se agachó para tantear en la penumbra aún, pero los rayos de sol que le habían despertado tras colarse por una rendija de la persiana — y que no eran de Ávila, sino del mismísimo Madrid — le ayudaron a certificar que el móvil se había despanzurrado y que la batería había saltado por los aires, así que dio zancadas rápidas al salón, donde su cachorro ya saltaba de alegría a su alrededor, y acudió hacia la televisión, la forma más rápida de averiguar la hora, al menos. Cuando al fin cazó el mando, atinó a pulsar el 1 y percibió el tenue sonido de chispitas al encenderse el aparato le pareció que había pasado un siglo, otro siglo de ventaja para el asesino, pero al fin la imagen de unos toros corriendo entre la gente por Pamplona le situó en el plano temporal exacto: debían ser las ocho de la mañana del miércoles 7 de julio, porque aquello era sin duda el chupinazo de San Fermín. Así que había dormido más de quince horas seguidas desde que salió de comisaría tras pasar tres días sin descanso. Abrió las persianas, introdujo de nuevo la batería en su móvil, la tapa, lo encendió, marcó el pin y al fin, tras unos segundos que le parecieron días, aquello empezó a revivir. Mensajes de buzón de voz y SMS: «Lo tenemos, un ordenador de Burgos». No había más tiempo que perder. Anotó los datos, sumergió cuerpo y alma, al fin juntos, bajo una intensa ducha fría y se largó, no sin antes escribir a Hilda, la chica boliviana que le limpiaba la casa: «Saca al perro a pasear. Gracias. Tomás». Comprobó lo necesario: tenía gasolina y tenía el cargador. Pulsó el mismo mensaje para Esteban y María: «Me voy a Burgos. Localizada la dirección IP en Lerma. Os llamo». Solo había que pisar el acelerador.

La residencia estaba sumergida en el silencio, hacía rato que le habían visitado para conocer su evolución y traerle el desayuno y que una monja había repasado su habitación cuando intentó incorporarse al fin en su cama. Aún se mareaba. El suelo de baldosa estaba fresco, recién enjabonado y un fleco de fregona trabado en la pata de su cama era la única mácula que perturbaba su vista. La ventana que le habían dejado abierta traía el rumor lejano de las novicias de la cocina al colocar los platos y tazas de Duralex recién lavados en la estantería habitual. Pero no había mucha gente a estas alturas del año. Cinco o seis hermanos más se habían quedado cerrando algún asunto, notas, repeticiones, exámenes para septiembre o, como él, para empujar una tesis arrastrada tras años de investigación.

La tesis. Sumaba ya 4537 folios que había logrado imprimir, uno a uno, en la vieja impresora del salón de estudios de la residencia y apenas le quedaba terminar de redactar las conclusiones finales para enviarla a su tutor. Pero no solo eso. Quinientas treinta y cinco entrevistas a alumnos a lo largo de los cuatro últimos años, más de diez mil mediciones y más de cien horas grabadas con todo el material. Cientos de horas dedicadas al final de cada clase a hacer las pruebas, a grabarlas de forma metódica, midiendo el crecimiento de los chicos, mes tras mes, a lo largo de varios cursos, y en tres colegios diferentes del país. No había un estudio tan exhaustivo sobre los efectos de la educación física en la musculatura adolescente en todo el mundo y eso le satisfacía, pero le obsesionaba y, lo sabía, le llenaba de miedo y zozobra también.

Aún debía revisar el material, descartar más fotos… y no las tenía todas. Volvió la mirada a la fila de CD alineados milimétricamente en su balda pulcra; esos no eran el problema. Sintió un ligero mareo al ponerse en pie, buscó un punto de apoyo en el respaldo de una silla, se sentó de nuevo unos segundos y decidió terminarse las galletas que antes había rechazado junto al café. El problema estaba muy lejos de allí, en otros CD. Y en una guantera que no había logrado abrir, en un llavero que no incluía la llave oportuna. Debía volver. Debía acabar el trabajo.

No tenía apenas nada en el estómago tras dos días en cama, pues ninguno de los caldos, tortillas francesas o pescado hervido que le habían subido habían logrado poco más que atraer un picoteo desganado en medio de su estado febril. Se dio cuenta de que era eso, de que estaba débil, y lo iba a arreglar rápidamente con un cargamento de zumos, plátanos y una inyección de hidratos y proteínas en cualquier gasolinera, porque la fiebre había pasado y el viaje que tenía que iniciar no podía esperar más. Así que tras superar el mareo, encaminarse hacia la ducha con paso más decidido que firme y observar su rostro más delgado y pálido en el espejo, se dispuso a prepararse para su misión. Y ninguno de los pasos que iba a dar se le antojaba fácil mientras se agarraba a los bordes del lavabo para frenar el tambaleo. Ni afeitarse, ni vestirse, ni sacar su propio coche, ni emprender el viaje, ni destruir el material para terminar de una vez. Ni permitir que la visita del Papa que había puesto a todos tan nerviosos arruinara su reputación y su futuro. Nada de esto iba a ser fácil y el corte que acababa de hacerse en la mejilla con la cuchilla de afeitar se lo estaba recordando, pero no por ello iba a dejar de dedicar hasta el último aliento de su ahora escasa energía a intentarlo. Mientras se limpiaba las gotas de sangre con la toalla y se colocaba una minúscula tirita en el mentón, la convicción se fue imponiendo a su dolor, a su mareo y a los rastros de la fiebre recién superada. «Voy a acabar el trabajo — se dijo —. Y nadie me va a detener».

Y con la seguridad recuperada, de nuevo impávido, se vistió y puso rumbo a una jornada complicada pero, para él, ineludible.

Le gustaba este Alfa Romeo que le habían dado en la zona de alquiler de coches del aeropuerto de Santander. No había habido muchas dudas a la hora de elegir. Las cenizas del puñetero volcán islandés que habían puesto en solfa la aviación en Europa habían regresado, y los modelos intermedios se habían agotado tras cancelarse algunos vuelos. Así que entre un Renault 5 bueno para ciudad, escaso para viajar, y un Alfa Romeo de color plata que iba a acariciar por primera vez en su vida, no tuvo la menor duda. Ya se arreglarían después con la factura. Así que ya cabalgaba sobre los 175 caballos por las montañas de Cantabria como si hubiera irrumpido en un hipódromo a lomos de un ejemplar salvaje. Había que esforzarse más por embridar aquel motor desbocado y clavarle las espuelas a base de freno que por acelerar. Ni siquiera cumbre arriba, rumbo al pronunciado puerto del Escudo, había que esforzarse por animar al motor. Aquel modelito subía y subía solo, como un perro joven que corre ya hacia una perra sin importarle ahogarse con la correa que le frena. Libre y ciego ante las ataduras. Un placer, por una vez.

La comisaria encendió la radio a falta de CD y le costó sintonizar algo que no fuera Radio María, donde retransmitían una misa desde distintos diales, o la Cope, donde los tertulianos debatían sobre por qué a la Roja no se le llamaba España, sin más, sobre el complejo de los españoles a llamar a su país por su nombre y sobre cómo la camiseta nacional se multiplicaba incluso en el País Vasco y Cataluña. Creían ver un resurgir del sentimiento nacional dormido y ahora se escandalizaban porque algún jefe del PNV no había sido bastante entusiasta con la Selección. Hoy jugaba España la semifinal y la expectación se notaba en todas las cadenas, en todo el país. Las banderas españolas colgaban de los balcones en los lugares más recónditos, y los chavales de pueblo que habían amanecido vestían camisetas de Villa o Iniesta. Fue en Ontaneda donde hubo de pisar el freno a fondo — clavó la espuela, firmes las riendas — para no estrellarse contra una vaca que saltó a la carretera desde una cuadra, pastoreada por un niño, ambos ataviados con ropa de la Roja: el niño con el traje entero y la vaca con bufanda y bandera en el lomo. María se sonrió al ver a aquel chaval de mejillas coloradas, madrugador y diligente, que sacaba a la tudanca a pastar al prado mientras su madre, joven, le despedía desde la puerta de la cuadra, también con camiseta roja y pantalón vaquero. La comisaria mantuvo el coche a quince o veinte kilómetros por hora hasta que el niño enfiló con su ejemplar hacia un camino a la derecha, rumbo a contar las horas hasta que, por la noche, a las nueve, los once héroes se enfrentaran a Alemania en un nuevo duelo a vida o muerte. Y podía sentir cómo ese niño de pueblo, cómo España entera estaba conteniendo el aliento.

Un tertuliano de la Cope se entretenía considerando a los jugadores del Barça poco comprometidos y criticando a Puyol por hablar en catalán «en estos momentos que requieren la unidad patriótica» cuando se decidió a probar otra emisora. Más Radio María, otra presión en el botón y al fin Radio Nacional. Le pareció que una cornetilla anunciaba el arranque de San Fermín y que un locutor narraba lo que debía de ser el encierro, pero la calidad era pésima y apagó.

Ella sola con sus pensamientos se iba a entretener, al menos hasta pasar las montañas.

Y esos no estaban con el fútbol ni con los toros de San Fermín. La última conversación con el Padre Damián había sido grotesca. El día anterior, antes de alquilar el coche y retirarse al hotel, había pasado a ver al director del colegio.

—Vengo a preguntarle por el paradero de Clemente, como hemos quedado.

—Aquí se lo he escrito. Pero quiero pedirle que tenga en cuenta que hoy en día…

—¿Qué?

—Hoy en día se ha superado lo que ocurrió. Las víctimas fueron reparadas y él es un hombre que cuenta con la confianza de la Curia.

—La ley no entiende de curias. — Que fácil decirlo, pensó María, no se lo creía ni ella.

—Hoy es el director del Plan Pastoral de la Iglesia.

Clemente Herráez. Director del Plan Pastoral de la Iglesia. Cuando tecleó en Google su nombre en un cibercafé que encontró, tras dejar atrás el olor acre del despacho del Padre Damián, encontró material, exactamente ciento veintisiete resultados sobre Clemente Herráez. El primero: «Preparativos para la llegada de Su Santidad». Pulsar. «La adhesión a Jesucristo y el deseo de organizar la vida según el Evangelio no ocurren por arte de magia, ni se improvisan la víspera. La preparación pastoral es el entrenamiento para que todo sea verdadero y auténtico». María torció el gesto y pulsó Atrás al mismo tiempo. Siguiente entrada: «Planes para 2010». Pulsar. «Fortalecer nuestra adhesión a Jesucristo y nuestro compromiso con el anuncio del Evangelio». Atrás. Las demás entradas no anunciaban mejores resultados. Ni rastro de abusos. Ese capítulo de la vida del Padre Clemente tal vez había salido del confesionario y llegado a los pasillos o despachos del colegio, puede que incluso hubiera saltado a la oficina de algún superior, pero desde luego no había visitado Internet.

María se adentraba ya en la provincia de Burgos cuando logró sintonizar al fin un poco de música en la radio. Hacía un año que Michael Jackson había muerto y una emisora se entretenía repasando su vida. El recuerdo de una noche muy especial con Tomás, de un episodio volcánico vivido al ritmo del cantante omnipresente aquellos días y enterrado luego como él, le incendió el estómago mientras atravesaba el Páramo de Masa como un rayo. *Thriller* sonaba bien mientras lograba olvidar por un momento a Alejandro y a Samuel, a Clemente y a Damián, y rememorar uno por uno los ecos de aquella noche en que, tras unas copas y muy lejos de la comisaría que compartían, aquel condenado policía y ella misma se habían quitado las máscaras y se habían dejado llevar por una vieja amiga más que descuidada: la pasión.

—¿Por qué te hiciste policía? — le había preguntado él en un momento de calma.

—¿A qué viene eso? —renqueó ella.

—Sí, ¿por qué dejaste la psicología? — se atrevió a seguir. Sabía que era un tabú que la comisaria siempre rehuía, pero quería averiguar qué había tras esos ojos que siempre cerraban el paso.

Ella se lo pensó largos segundos antes de responder, le miró y, escueta, contestó:

—Al diván solo llegan los que ya están enfermos. Quiero actuar antes de que lo estén. ¿Y tú?

—¿Y qué pasó?

—Te toca a ti.

—¿Quién te hirió para que cueste tanto llegar hasta ti?

—Dime por qué un informático se hizo policía.

—¿Qué enfermo llegó a tu diván demasiado tarde, María?

—Sé que las empresas se quitan a los informáticos de las manos.

Él la miró desafiante durante largo rato, pero se rindió:

—Me harté de la silla y el ratón. Supongo que, como tú, también quiero actuar.

Entonces volvieron a sumergirse en abismos que no dejaban lugar a los debates. La charla quedó para mejor ocasión. Pero nunca hubo otra ocasión. Y hoy, como esa música que pervivía fuera de la tumba de su autor, los ecos de aquella noche también resucitaban con fuerza por mucho que ella hubiera matado su continuación.

Aceleraba ya su coche sin contener la furia. La presión le bullía en su interior a borbotones cuando dejó atrás la gasolinera, tras reponer fuerzas y repostar al completo, y se situó en la Nacional I rumbo al norte. El calor le subía desde el vientre hasta la cabeza, pero ya no era la fiebre, sino un sentimiento ahogado de rabia acumulada y de expectativas frustradas que era un antiguo conocido. Sabía cómo iba a actuar y tenía la certeza de que no debía rendirse. Ni rendirse ni morir. Él no. O no todavía. La imagen de Jesucristo sufriendo en el Gólgota, vagando noche y día asaltado por dudas y tentaciones y abandonado por Dios le estallaba en la cabeza. ¿No había sufrido Cristo en horas bajas? ¿No había sentido deseos de renunciar? ¿No había acariciado el poder del mal sin sucumbir? ¿Acaso no había percibido también deseos de matarse o de escapar del camino de Dios, que no era sino otra forma de matarse, antes de asumir su destino?

Él sabía bien cuál era su propio Gólgota. Recordaba en todo su ser cómo el infierno le había llamado, le había abierto la puerta, le había invitado a pasar, le había empezado a acoger cuando en sus horas más bajas llegó a abrir el gas en la casa de su padre, a sellar todas las ventanas y a tumbarse a esperar para escapar, como el fluido mortal, de su cadena de pecados.

Y sabía bien que Dios había enviado a una vecina, a la vecina de atrás. Y que llegó una ambulancia, una camilla, que dos enfermeros le atendieron y que el golpe de oxígeno que le hizo revivir no había eliminado jamás el sabor a gas del fondo de su garganta.

Allí se alojaba aún ese mal sabor, como en todo su ser se alojaba el convencimiento de que no era ese el camino. Había pecado, había sufrido y había hecho sufrir, pero huir no servía, sino enfrentarse al mal y lavar el mal.

Limpiar, lavar, curar, volver a Dios… Ese era el camino.

Así que la autodestrucción, esta vez, estaba desechada.

De pronto tuvo que aminorar la marcha. Dos coches tuneados y cargados de jóvenes con banderas españolas se habían adueñado de la autovía y querían forzar a todos a pitar con sus vuvuzelas, a compartir sí o sí el ritmo de su exaltación, y solo si el viajero pulsaba la bocina con su mismo estruendo le permitían pasar, en una suerte de manifestación impuesta y absurda de lealtad a la Roja. Los dos coches andaban despacio ocupando los tres carriles, con las ventanas bajadas, y sus ocupantes vociferaban para exigir el peaje en forma de hinchada. Frenó a tiempo de evitar el choque y miró con desprecio a aquellos chicos que seguramente aún no se habían acostado. Tenían tatuajes, tenían gomina, tenían *piercings* y podía adivinar que vestían pantalones por debajo del nivel del calzoncillo asomado. El calor le volvió a golpear el pecho, la furia se intensificó y solo el miedo a un atropello le hizo permanecer en el asiento en lugar de salir del coche a golpear sus chasis lustrosos y gritarles «niñatos, gilipollas, desnortados». Odiaba el simplismo que exhibía el país ante el Mundial; odiaba la vulgaridad de los gritos;

odiaba los lugares comunes; odiaba la visión de unos energúmenos desinhibidos que habían tomado fuentes, plazas, balcones, televisiones. Odiaba hasta el tono de condescendencia irracional que se había apoderado de políticos y locutores en esos días y él, profesor de Educación Física, empezaba a odiar hasta el deporte. Porque ¿qué relación podía haber entre la competición sana y reglada, la superación de uno mismo a base de energía, esfuerzo y normas, y esos borrachuzos que solo alcanzaban a asociar el gol con la cerveza o el éxito con el griterío? Cómo les odiaba, cómo odiaba ahora a los conductores que se plegaban a la voluntad de esos estúpidos y emitían bocinazos de victoria para que les dejaran pasar, sonrisa y saludo incluidos, con esa comprensión en la mirada y ese aire bobalicón que parecía decir: «Todos hemos sido jóvenes».

«Todos hemos sido jóvenes». Mejor en eso ni profundizar. Menos mal que dos motos de la Guardia Civil se acercaban ya con las sirenas a todo volumen para sacar a esos descerebrados de allí. Logró evitar el choque verbal, pero el odio descarnado a la humanidad, o a cierta parte de la humanidad, empezó a revivir en su interior como una planta carnívora en un bosque tropical.

¿Y si el asesino no tenía nada que ver con ese Hermano que enviaba mensajes a Samuel? ¿Y si la cita bíblica era fruto de una casualidad? ¿Y si se estaban desviando de la verdadera pista que conducía a Simón, el muchacho que había sido acosado por Samuel y con el que se había visto la noche anterior a su muerte? ¿Y si había algún otro sospechoso que se les estaba escapando? Tomás sabía que la respuesta a todas esas preguntas era un lacónico «no», pero no podía evitar volver y volver sobre cualquier hipótesis, repasar todos los ángulos para sentirse reafirmado en el camino elegido mientras rodaba rumbo a Burgos. Aquel Hermano era un viejo contacto de Samuel, y la cita elegida en la Biblia para describir la muerte de los cerdos ahogados solo podía ser la exhibición de una profecía autocumplida. Esa convicción y el recuerdo de las pesas metódicamente llevadas hasta el lago y colocadas sobre el cuerpo sumergido, la escena previa en el barco abandonado en el que Samuel debió de vivir sus últimos segundos mientras escondía el móvil en el asiento, esforzándose por dejar una pista mientras presentía su inminente y lamentable desenlace. Todo eso y el informe provisional de Hernández y Fernández, los forenses, que al fin habían redactado sus terribles conclusiones… Recordar ahora el mensaje grabado en su móvil que había escuchado aquella mañana le erizaba la piel y le hacía sentir repulsión por lo que pueden llegar a ser los humanos que, entre caso y caso, lograba acallar. Había sido un mensaje de Martín:

—Ya tenemos la autopsia, Tom. Antes de morir, Samuel fue violado.

No había forma de eludir la conclusión inevitable: aquel Hermano, Hermano Lobo más bien, debía de ser el culpable. Y por qué la traza informática llevaba hasta Burgos era algo que aspiraba averiguar muy pronto. Así que no iba a seguir dando vueltas a la hipótesis. Introdujo el disco póstumo de Michael Jackson en el lector de CD y se sumergió en el placer oculto — sabía que esto era como lo de Star Treck, un friquismo solo apto para la intimidad — y en la suave conducción. Los ecos de una noche lejana de baile, copas y amor — sí, amor —, con esa comisaria tan distante, tan hermosa, que tanto escondía tras su inaccesibilidad aparente, también llegaron hasta él.

Colegio Pastoral de los Penitentes. Camino viejo a Covarrubias. Lerma. No fue difícil enfilar el Alfa Romeo, ya domesticado tras dos horas de viaje, por la antigua carretera burgalesa, aunque como todo caballito mimado protestaba por la grava del camino y por los baches. María sorteó como pudo algunos agujeros, deslizó suavemente el motor al ritmo de las curvas del camino sin hallar una sola que no estuviera indicada en el GPS y por fin, tras un último recoveco escondido a la sombra de unos chopos frondosos e iluminados por un sol castellano imbatible, vio frente a sí un viejo monasterio hermoso, rehecho y ampliado a partir de una ermita románica a la que su pequeñez no robaba el cartel imaginario de ser la joya más valiosa del conjunto. Estaba la ermita, estaba el claustro, estaba una construcción más moderna, residencial, y un pabellón de madera, donde sin duda se debían celebrar retiros y campamentos. María frenó y se disponía a aparcar cuando sus ojos fueron a parar a una moto grande y reluciente situada en medio del aparcamiento. Sin sacarle la vista de encima, encajó el coche a su lado, bajó, cerró la puerta y se dispuso a rodearla con la sorpresa en el rostro. El corazón ya se le empezaba a acelerar. Era la BMW de Alejandro, no parecía haber ninguna duda. Estaba llena de polvo y tenía barro en las ruedas, pero era el modelo HP2 Enduro que el campista motero había reconocido, no una sino dos veces. María recordaba a la perfección el relato: la moto había estado en Oyambre y, el sábado, un hombre solo se la llevó acelerando rumbo a la autovía hasta alarmar a los padres de la chiquillada que jugaba en chanclas y bañador por allí.

El palpitar iba a más y María sintió el flujo desbocado de la sangre hasta en el cuello, donde la carótida le jugaba malas pasadas en momentos de tensión. Regresó a su coche a recoger el bolso, se aseguró de que la pistola estaba cargada y las esposas en su sitio, y se encaminó silenciosamente hacia la entrada principal.

No tuvo que llamar para pasar. La puerta estaba entornada y un leve empujón fue suficiente para acceder al interior. Una gran estancia vacía hacía las veces de *hall*. María recorrió las paredes con la vista y retuvo un tablero a la derecha donde las chinchetas sujetaban fotos de chicos, calendarios, programas. Luego volvería allí. Antes iba a recorrer una por una, desde la izquierda, las puertas que asomaban a esa estancia, pero todas estaban cerradas con llave, no había nadie más que ella en ese lugar. Se acercó entonces al mural y echó una ojeada rápida: eran calendarios realizados a partir de fotos de grupos y, en una de ellas, un lema que no se le escapó: «Campus de baloncesto de los Penitentes. Los chicos del campus de 2009 les desean a todos Feliz Navidad y un Próspero Año 2010». María observó la foto ya amarilleada y no le costó reconocer a Alejandro, e incluso a Samuel. El primero estaba en la fila de atrás, de pie. Y el segundo delante, de cuclillas. Alejandro tenía la mirada seria y seca; Samuel simulaba una sonrisa a todas luces requerida por quien había hecho la foto. De pronto, sus ojos se abrieron fijamente al posarse en un extremo, en el que debía ser el monitor, un hombre de unos cuarenta años, con el mismo uniforme que los chicos pero con la camiseta metida por dentro del pantalón y este ajustado a la cintura, los calcetines subidos hasta la rodilla, las deportivas impecables. ¿Y el rostro? María se fijó en el rostro y percibió un aire familiar; no era capaz de asegurarlo pero aquel hombre podía ser el número 4. El pelo corto, la tez afeitada, las cejas finas, podía incluso ser atractivo, pero algo en él transmitía un leve tono de antigüedad. Comparar una foto de un vídeo sexual grabado clandestinamente con la fotografía formal de un campus de un colegio no era fácil, pero algo en ambas imágenes parecía cuadrar: las sienes, las entradas, la mirada seca.

María arrancó el grueso calendario con la foto del campus del mural, lo dobló y lo estaba introduciendo en su enorme bolso cuando un ruido la sobresaltó.

—¿Está buscando algo?

El corazón le dio un vuelco y la carótida renovó con fuerza su palpitar. Lo que menos esperaba era encontrar aquí a un joven cura, monje, hermano o lo que fuera negro, negro azabache, con el pelo corto y acento latinoamericano. Posiblemente cubano.

—Señorita. ¿Está buscando a alguien?

—Estoy buscando al Padre Clemente — María por fin contestó. El hombre la había pillado sin duda guardando el calendario, pero no hizo ningún comentario.

—Aguarde fuera del edificio, por favor. Están todos en el bloque nuevo. Le voy a avisar.

Pasaron tres o cuatro minutos hasta que regresó. Era un pedazo de hombre este joven, guapo, de cuerpo bien formado y al que solo un pequeño alzacuellos encajado entre los botones superiores de la camisa clara y de manga corta asociaba aparentemente con la Iglesia. Mientras esperaba, María miró de nuevo al conjunto y a la moto. A la sombra se podía resistir, pero el sol caía a plomo sobre el pabellón, del que emergían voces infantiles lejanas, el ruido de balonazos y el pitido esporádico de algún silbato. Al fin volvió su anfitrión y le indicó el camino.

Tras los pasos del cubano, entró en el edificio por un gigantesco gimnasio con las paredes forradas de espalderas y largas hileras de pesas de todos los tamaños. La imagen del joven Samuel amarrado con pesas en el fondo del estanque estaba incrustada en su memoria y ahora resurgió. Tonterías, se dijo. Nadie se llevaría desde Lerma un montón de pesas para ahogar a un joven en Madrid. Como nadie en su sano juicio ahogaría a un joven en Madrid, se contradijo. Cualquier intento de aplicar la lógica choca con este caso, se dijo. Pero siempre hay cierta lógica en todo, incluso en medio del caos, se contradijo. Y punto. Tras subir un tramo de escaleras, el cubano había abierto ya la puerta de un despacho en el que el Padre Clemente se hallaba sentado frente a un ordenador. La comisaria avanzó y se sentó frente a él.

—¿En qué la puedo ayudar?

18

«Querido padre:

»Te puedes imaginar lo difícil que es para mí sentarme a escribir esta carta, sobre todo porque no sé cuándo la leerás, y no sé qué habrá sido de mí cuando la estés leyendo. Si hoy es para ti un día normal, sábado o domingo, tal vez vas a venir a casa de la abuela a comer marmita y nos vamos a ver, y entonces desearé que la hayas traspapelado sin más o que a partir de este punto no sigas leyendo, porque la vergüenza que voy a sentir será infinita. Pero si te escribo es porque temo que tal vez no sea un día normal. Estoy en un inmenso lío, papá, tengo miedo y no sé a quién acudir. Es horrible estar rodeado de gente buena y sin embargo no saber a quién acudir. La abuela, la pobre, bastante tiene con cuidarme. Mamá me quiere mucho, pero no está en este mundo, ya lo sabes tú bien. Y mis hermanos bastante tienen con lo suyo. David es la mejor persona del mundo, y solo te pido que si me pasa algo le tratéis con dignidad y cariño. David es mucho mejor persona que yo y su único defecto es haberse enamorado de mí, porque no me merezco a una persona tan buena. Ya sé que todos habríais querido otra cosa para mí… pero no ha sido así y no me puedo quejar en absoluto. La abuela lo ha tomado siempre con naturalidad, porque ella es más sabia que nadie y tú… pues supongo que no te ha hecho gracia pero ¡qué remedio! Y mamá… mejor ni hablar, le da un ataque si se entera, si todavía tiene vuestras fotos de boda expuestas como si fueras a volver… Pues eso, solo os pido que, si me pasa algo, a David le tratéis bien, sé que la abuela lo hará.

»Ahora estoy llorando, papá, porque me estoy poniendo en lo peor. Y porque si no sucede lo peor, no sé ya cómo salir de este infierno en el que estoy atrapado. Así que, aunque me cueste explicarlo, voy a intentarlo.

»¿Recuerdas cuando te llamaron del colegio para ir a hablar? ¿Recuerdas que el director, el Padre Damián, te amenazó con expulsarme si no entregaba las fotos que había hecho del Padre Clemente? Decían que todo se estaba arreglando, que el cura iba a ser castigado y que mis colegas o sus padres habían “optado” por retirar la denuncia para no “estigmatizar” a los alumnos ni al colegio. Estigmatizar. Era la primera vez que yo oía esa palabreja. ¿Te acuerdas, verdad? Me lo contaste, te preocupaste y luego te dije que ya todo se había arreglado.

»Hoy me da vergüenza la manera en que se arregló, pero nadie me ha enseñado a hacerlo mejor. Y ya es hora de que se sepa toda la verdad de este puto colegio de curas babosos, corruptos y pederastas.

»Mira, papá, en ese colegio todo el que quiere saber sabe que hay curas que abusan de los niños. Cuando era pequeño, ay del que se quedara el último en el vestuario, nos duchábamos y vestíamos todos como un rayo para salir escopeteados antes de quedarnos allí con el hijo de puta

de Elías, el antiguo “profesor de gimnasia”, y lo pongo así, entre comillas, porque era el más incompetente del mundo. Para qué hablar de la catequesis… No te voy a dar detalles ni quiero hacerme la víctima, porque al final va a resultar que yo soy peor que todos ellos. Pero sí quiero que sepas lo que hice y por qué lo hice, porque ahora se me ha ido de las manos.

»Hace un tiempo, decidí denunciarles, sacar todo a la luz. Y necesitaba pruebas. Por eso hice un vídeo y aquellas fotos que envié al Padre Damián; seguramente ese fue el error. Quería divulgarlo, colgarlo en YouTube o en otra web y que se armara un escándalo, pero tenía miedo y le envié las fotos a él. Me podría enrollar aquí contándote cómo me presionaron, cómo me manipularon diciéndome lo que iban a sufrir mi madre, mis hermanos, cómo me iban a expulsar y no me iban a admitir en ningún otro colegio; me juraron que ese tema se iba a acabar y me ofrecieron dinero. Yo me creía más listo y fui un idiota, no sé cómo explicarlo, pero al final acepté. Eliminé el vídeo y las fotos de mi archivo y les entregué las copias que tenía a cambio de dos mil euros. Sé que hice mal, pero en ese momento lo viví como una victoria. Porque el pacto fue destruir esas fotos, nunca me comprometí a nada más. Si seguían, yo pensaba hacer más y preparar una denuncia a lo grande. ¿Y a quién le iba a venir mal conseguir dos mil euros? Me sentía el rey.

»Y pasó lo que preveía: hubo más fotos. Siento contarte todo esto, pero hoy estoy desesperado, papá. Les quiero denunciar y no sé cómo hacerlo. Un colega de Madrid que ha vivido lo mismo que yo me apoya, él conoce a un periodista. Nos queremos organizar y ellos ya lo saben. Este verano les vamos a denunciar. Y ahora tengo miedo. Tengo mucho miedo, papá. Nos han amenazado. Me hablan de cerrar de una vez el capítulo del mal, de terminar con este infierno y enterrar los males del pasado, toda esa palabrería de curas. Lo último ha sido este mensaje:

> *»—Los demonios fueron a los cerdos y, al instante, se arrojaron al mar y murieron en las aguas.*

»Y tengo miedo, papá. He hecho cosas muy malas para denunciar el mal, pero ahora no sé por dónde salir, si es que puedo salir. Si cuando leas esto ya no estoy, quiero pedirte que se sepa todo. Y si estoy, me dará muchísima vergüenza, pero quiero que me ayudes a salir de esto. No sé a quién más acudir.

»Y pase lo que pase, ya sabes que, a pesar de todo… pues os quiero, tío. Esto último díselo también a la abuela y a mamá. Sé que las he hecho pardas, pero cuando te pones a pensar… las quiero muchísimo a las dos. Y que me perdonen todo lo que he hecho mal».

Carlos leyó dos veces la carta de principio a fin, se quitó las gafas de cerca y se echó atrás en su butaca. En sus casi cuarenta años de vida profesional se había enfrentado a narcotraficantes, terroristas o delincuentes de poca monta, pero jamás a un colegio de curas pederastas y asesinos ni a un menor que había intentado manipular a todos para montar una dudosa operación de denuncia de la que, mientras tanto, sacaba provecho. ¿En qué mundo estamos en que unos chicos pueden estar atrapados sin que sus mayores lo sepan? ¿Era el indicio de que arrancaba una nueva era de delitos para la que su generación no estaba preparada, o acaso se trataba de algo que siempre había ocurrido sin que nadie le prestara atención? ¿Acaso no habían sido todos prisioneros de un tiempo en que nadie se atrevía a denunciar? Él también lo recordaba: «Tonto el último que se quede en el gimnasio», se decían de chavales. Y nadie decía por qué, pero todos

sabían por qué. Así que puede que Alejandro hubiera sido un chico sin moral y sin escrúpulos, capaz de incurrir en el juego sucio y el chantaje para vengarse de los curas, pero no dejaba de ser un joven que intentaba abrir los ojos a los demás. Y, en suma, una víctima.

Carlos se volvió a ajustar las gafas y buscó la vieja Biblia de los tiempos del colegio. No recordaba haberla abierto nunca tras dejar atrás las horas eternas de estudio obligatorio, pero ahí estaba y hoy iba a cumplir un papel. Amagó con servirse un *whisky*, pero lo pensó de nuevo, porque el corazón no le daba tregua. Se puso una tónica con unas gotas de ginebra, se echó hielo, se arrellanó de nuevo en la butaca y, sin prisa, pero sin pausa, fue directo a los Evangelios. Debía saber a qué atenerse antes de continuar.

Conocía bien la dirección: Príncipe de Vergara, 222. Él no se prodigaba en el correo y por ello cada Navidad le seguía sorprendiendo su felicitación religiosa en la redacción. Empresas, embajadas, ministerios le seguían mandando detalles, saludos más bien laicos, deseos de un buen año nuevo, pero el de Quevedo, su primer jefe, antiguo amigo, su fuente actual, seguía siendo la imagen de un clásico belén con ángeles, pastores, Virgen y Niño Jesús. Escrito a mano: «Te deseo Feliz Navidad». Y el remite invariable desde que enfermó: Residencia de Mayores Nuestra Señora del Amparo. Y él solía corresponder, aunque más bien con una botellita de *whisky* y un saludo cordial: «No seas demasiado bueno, disfruta de la vida». Príncipe de Vergara, 222. Y aquí estaba hoy, pulsando el timbre de recepción, listo para subir.

—¿El señor Quevedo?

—¿Quién pregunta por él?

—Luna. Javier Luna.

Hacía muchos años que no le visitaba, tal vez desde que se mudó a este asilo de medio lujo cuando se jubiló, carcomido por una vieja polio que le había inutilizado las piernas. Debía llevarle apenas diez años y eso significaba hoy mucho más de lo que significó en otro tiempo. Quevedo debía de cabalgar rumbo a los setenta. Y él le seguía detrás.

Luna subió a pie hasta la tercera planta; el resuello le aceleró la respiración. Por qué demonios no había cogido el ascensor, solo por sentirse lo más lejos posible de esa postración. Error, resoplaba como un toro ante la espada letal. Habitación 303. La visión de su amigo le impactó. Tenía el rostro blanquecino, los rasgos más afilados, los ojos huecos. La edad había propulsado a Quevedo directo a la vejez. Pensar que solo diez años le podían separar de aquello… Un buen apretón de manos le recibió, cariñosas palmadas en la espalda desde la silla de ruedas.

—Querido amigo.

—Qué bien te veo. Estás espectacular.

—¿Espectacular? Esa es una de las palabras que empiezas a oír solo cuando te haces viejo.

Luna calló. Era obvio que había mentido. Pero la visión de este hombre en silla de ruedas, tan delgado, menguado, su antiguo y primer jefe, el mismísimo Quevedo, le había sobrecogido.

—Cuántos años han pasado, Luna. ¿Cómo te va?

—Espectacular, también.

—Bien. Sigues en forma en cinismo, al menos. Buena señal.

—Digamos que sobrevivo —Luna torció la mirada. Si él había visto a su amigo tan viejo, ¿no habría ocurrido lo mismo con él? ¿Acaso él había empeorado también?

—Leo. Y sé que en la prensa estáis mal — siguió Quevedo.

—Se acabó la era de los periódicos, jefe.

—Te equivocas, Luna. Se acabó la era del papel, no la de los periódicos. Yo los sigo todos en Internet.

Luna miró a su alrededor y comprobó que su amigo jubilado era cualquier cosa menos un inválido incomunicado. La pantalla del ordenador palpitaba, una tableta iPad también. El enemigo estaba en esta habitación, pues.

—Algunos no nos adaptamos nunca, ya sabes — musitó.

Lo sabía, Quevedo, claro que lo sabía. Sabía que, por no adaptarse, perdió hace cuarenta años al mejor de sus reporteros sin que le pudiera retener. Sabía también que la terquedad de Luna le impedía hacer trampas, condescender, ni pactar. Y que con él no había contemporización.

—Ni os adaptáis nunca, ni os rendís.

Luna le miró con ojos interrogativos.

—¿Qué quieres decir?

—Que no me creo nada. Que sé que investigarás y escribirás hasta que te mueras. Y que en este caso vas a llegar hasta el final.

—Entonces como tú —espetó Luna, mientras Quevedo arqueaba las cejas —, porque ¿qué hacemos hoy tú y yo aquí sino llegar hasta el final?

—Intentarlo, sin duda.

—¿Incluso vengarnos?

—Llamémoslo, más bien, celebrar la hora de la verdad.

—Aunque un día te rendiste.

—No teníamos nada, Luna.

—No queríamos nada, más bien.

—No podíamos ir contra un superior.

—¿No *podíamos*? Di que no podías tú.

—Te lo acepto, no podía.

—¿Y hoy? ¿Hoy sí puedes?

—Ya no debo nada a nadie. Digamos que estoy fuera. Pero algo debe quedarte claro: tengo que seguir estándolo.

—¿Y él sigue vivo?

—Y coleando.

—¿Y crees que está relacionado?

—Lo creo.

—¿Y qué tienes?

—Dime qué tienes tú.

—Dos jóvenes muertos, un tatuaje común y un campamento.

—Qué más.

—Sé que ambos me buscaban. Samuel es hijo de un viejo conocido mío. Y ambos querían denunciar algo.

—Qué más.

—A ti. Te tengo a ti. Tú sabías de esto antes que la policía. Creo que lo sabías incluso antes de que ocurriera.

—Y qué más.

—Unas cifras.

—¿Cifras?

—Escritas en un periódico. Un periódico que envolvía los zapatos de Samuel — Luna le tendió la libreta abierta.

—Léemelo, hazme el favor, también la vista me falla.

—18-6-9-42-48-17-1-2.

Quevedo reflexionó unos instantes.

—¿Puedes repetir?

—18-6-9…

—Frena, frena.

—¿?

—18-6. Abre ese armario, Luna, mira esa balda, alcánzame el libro.

Luna agarró el único libro que había en ese estante.

—¿La Biblia?

—La Biblia. Abre en San Mateo 18, 6, si no me equivoco.

Así que era la Biblia, eran capítulos, versículos… ¿Cómo no había caído? Con voz grave empezó a leer.

—«Al que escandalizare a uno…» — arrancó Luna.

—«… de estos pequeñuelos que creen en mí, más le valdría que le colgasen una piedra y lo hundieran en el fondo del mar». — Quevedo lo sabía de memoria, continuó sin un solo error.

—Hundirles en el fondo del mar. Con una piedra colgada. No se andaban con chiquitas en el Evangelio, pues.

—Es el castigo al pederasta, todos lo saben. Jesucristo no tenía la menor contemplación, no había perdón para el pederasta. Por eso la reacción de Roma ha abierto una herida sangrante dentro de la Iglesia: porque los curas pederastas salen indemnes, están protegidos, y eso no es lo que quiso Nuestro Señor.

—¿Y por qué escribe el asesino estas citas? ¿No es él quien está castigando a esos chicos? Les ha hundido en el lago o en el mar, lo que dijo Jesús.

—Pero algo no cuadra, porque el pederasta es él. Y todo el que conoce la Biblia sabe que ese es el castigo no para los niños, sino para quien violenta a los niños.

—¿Y los otros números?

—Seguramente son las otras versiones, Marcos 9 y Lucas 17, si mi memoria no me falla. Pequeñas variaciones de lo mismo. Al menos sabemos que el asesino conoce bien la Biblia.

—¿Y…?

—¿Sí?

—¿Y Clemente…?

—¿Sí?

—¿Clemente es un buen conocedor…?

Entonces, sin que ninguno de ellos hubiera percibido el menor ruido, una enfermera entró en la habitación. Hora de ir al comedor. Luna miró a Quevedo con aire inquisidor, no podía dejar

aquí la conversación.

—Ahora debo irme, así es la vida aquí. Pero la respuesta es sí, Clemente es un buen conocedor, el mejor especialista en Evangelios.

Y empujado por la enfermera, Quevedo salió. Luna tras él. Y antes de entrar en el ascensor, se volvió desde su silla de ruedas y añadió:

—Y el mayor manipulador, el más malvado, el más inteligente que haya conocido jamás.

La puerta del ascensor se cerró, llevándose a Quevedo rumbo al mundo de la bandeja, el *catering*, el puré, las natillas, la comida blandita y la vejez. Y Luna pulsó el botón para llamar el ascensor. Ni en broma iba a gastar un solo soplo más de vida en un escalón más. Ni siquiera para bajar.

19

—¿En qué la puedo ayudar?

El Padre Clemente repitió su pregunta mientras la comisaria tomaba asiento frente a él. Era un hombre corpulento, de unos setenta años, y todo el calor del mundo no le había disuadido de embutirse en su sotana negra y cerrada desde el cuello hasta el suelo. En su pecho colgaba un vistoso crucifijo en plata, a juego con un voluminoso anillo en el anular de la mano derecha que ahora le tendía de forma meliflua y que María rechazó. Tras la aparente amabilidad se intuía un tono hermético, autoritario, y María fue consciente de que conocía de antemano su llegada.

—Soy la comisaria Ruiz y estoy investigando el asesinato de dos menores.

—Dios los acoja en su seno.

Otra vez, ese lenguaje. Había que cortar por lo sano.

—Tengo pruebas que le vinculan a usted con Alejandro Sánchez Gandarillas. Explíqueme cuándo fue la última vez que le vio.

El Padre Clemente se santiguó tres veces y besó el crucifijo antes de sentenciar:

—Mis explicaciones son solo para Dios.

—Ya. Y sus abusos son para Alejandro. Dígame cuándo fue la última vez que le vio.

—Le repito, señorita, por si no lo ha entendido bien — hablaba despacio, midiendo cada palabra, con tono afectado —. Irrumpe usted así en mi despacho y quiere de buenas a primeras que le cuente episodios de la vida que están bajo secreto de confesión, que pertenecen a un pasado que aún estamos tratando en el seno de la Iglesia. Nuestra Santa Madre Iglesia tiene su propio ritmo, que es el ritmo del Señor. Y tiene su propia justicia, que es la justicia de Dios.

Ningún músculo delataba ni un mínimo rictus de nerviosismo en aquel cura anciano, pero fuerte, vigoroso, cargado de autoridad. María se fijó en que debía de haber estado usando el ordenador que tenía a su derecha cuando entró. En la pantalla se apoyaba un grueso maletín de cuero ajado y desbordado.

—En la cárcel podrá usted esperar tranquilamente la justicia de Dios, porque la que está en vigor es el Código Penal, y eso ahí se llama abuso de menores — y María arrojó sobre la mesa la foto número 6.

—Hace usted mal en huir de la justicia divina — el cura ni siquiera dirigió un vistazo a la foto, ni se inmutó —, pero si prefiere hablar de la justicia humana hablaremos. Porque ese Código Penal que a usted tanto le gusta permite, ¿cómo lo llaman? ¿Sexo consentido? ¿Es así como lo llaman?, desde los trece años. Así es la justicia que usted defiende, señorita.

—No cuando hay una relación de superioridad entre el mayor y el menor — María se empezaba a poner a la defensiva, no iba bien por ahí.

—Hace un año que me fui de allí, no hay ninguna relación de superioridad.

Estaba preparado, Clemente. Sabía de antemano lo que se le avecinaba y estaba atrincherado en su impasibilidad. Mejor salir de ese charco y atacar por otro lado.

—Y dígame. ¿De quién es esa moto que está ahí fuera?

—¿Una moto? ¿Qué moto?

Por primera vez María percibió nerviosismo en el cura; esta vez sí le había desconcertado, iba bien por ahí.

—Sí, una moto. Exactamente la moto de Alejandro Sánchez Gandarillas, asesinado el pasado jueves en una playa de Santander. ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

La contrariedad era visible, obviamente no sabía que esa moto estaba ahí. O al menos que estuviera exactamente ahí. El Padre Clemente se levantó casi de un salto de la silla y acudió a asomarse a la ventana, su agilidad contrastaba con su aspecto y con su edad.

—Eso mismo me estoy preguntando yo. Porque comprenderá usted, señorita, que un anciano como yo no anda viajando en moto como si tuviera dieciocho años. No sé qué puede hacer ese vehículo aquí, pero lo averiguaré — su voz denotaba más enfado que sorpresa.

—Ya le digo yo que lo va a averiguar. Si antes no lo averiguo yo. — María había recuperado el control, era hora de apretar —. Comprenderá que es una prueba de cargo de primera magnitud. ¿Quién la ha traído hasta la puerta de su casa, en su opinión?

—Lo desconozco —Clemente sonaba ahora tan tajante como hermético.

—Tal vez conoce a este hombre, ya que desconoce todo lo demás. — Y María arrojó sobre la mesa el dosier de fotos abierto por el número 4.

Lo hizo con tal virulencia que el ordenador vibró y el maletín de cuero abarrotado de papeles que el cura había apoyado en la pantalla cayó como un plomo sobre la superficie. El Padre Clemente corrió a reagruparlo, a resituar los papeles que habían asomado y lo dejó en horizontal a su derecha sin quitar la mano de encima. María insistió.

—Repito, ¿puede identificar a este hombre?

—Yo, yo… —El Padre Clemente había perdido el dominio de la situación. Ahora era él quien actuaba a la defensiva —. No lo sé.

—¿Y este? ¿Al menos este sabrá quién es? — Y María sacó el calendario del campus, señaló al monitor —. Me lo puede decir aquí o en comisaría. ¿Quién es este hombre?

—Yo, yo, no sé… muy bien… — Su tez estaba más pálida, ahora se santiguaba sin parar.

—¿Quién es? Piense que antes o después, lo voy a averiguar. Y siempre será mejor colaborar.

—Comisaria —la rapidez con que sus interlocutores pasaban de «señorita» a «comisaria» en los momentos difíciles era de nuevo algo digno de reseñar. El Padre sacó algo de un bolsillo oculto en la sotana. Era un rosario de piezas negras, apenas se entreveía sobre la ropa — le ruego que me deje unos instantes de oración y reflexión.

—Ni en broma le voy a dejar — María no iba a soltar a la presa.

—Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre…

María no lo podía creer. Ahí mismo, delante suyo, el Padre Clemente había interrumpido la conversación para rezar.

—¿Me quiere contestar inmediatamente? O tendré que empezar a leerle sus derechos. ¿Quién es este hombre?

—… venga a nosotros tu reino y no nos dejes caer en la tentación…

—Va a ser usted detenido por abuso de menores y complicidad en asesinato, para empezar.

—… mas líbranos del mal…

—Amén. Y ahora ya puede acompañarme y llamar a un abogado.

Pero en ese momento, una explosión seca abrasó el aire ya caliente del campo de Burgos. El impacto los sobrecogió a los dos, que se levantaron incrédulos con la vista puesta en las ventanas, donde los cristales habían saltado en pedazos por toda la habitación. María corrió al mirador, que asomaba exactamente al patio de entrada donde ella había aparcado y donde una inmensa llamarada estaba devorando la moto y transformándola en una chimenea de humo negro que ensuciaba ya el cielo límpido y azul de Castilla. Un chorro de aire penetró como una lengua de lava volcánica en la habitación. Desde ahí mismo observó el pabellón próximo y, en la entrada, vio al monitor del campamento con algunos niños asustados que asomaban la cabeza tras él. Dios. Aquello era un edificio de madera y las llamaradas podían alcanzarlo fácilmente. María salió corriendo escaleras abajo y ni siquiera entonces, mientras empujaba violentamente las puertas que tenía a su paso dejando manchas en cada una de ellas, se dio cuenta de que tenía sangre en las manos. Con cuatro grandes zancadas se libró de las escaleras y se precipitó al exterior, donde las llamaradas habían alcanzado ya su Alfa Romeo de alquiler y el porche de madera del barracón del campamento empezaba a crepitar. Hacia allí se apresuró. Aquello podía ser cuestión de minutos. Decenas de niños lloraban y gritaban en el gimnasio central mientras el humo penetraba ya espeso en la estancia.

—Tranquilos, soy policía y os vamos a sacar a todos.

Dos monitores intentaban abrir una puerta en la parte de atrás, pero estaba bloqueada, nadie en medio de tantos nervios lograba saber quién podía tener la llave. María observó rápidamente el escenario. El gimnasio era un espacio rectangular amplio que en la pared izquierda estaba forrado de espalderas y por la derecha recibía luz a través de cuatro ventanales. María intentó abrirlos pero tenían verjas ancladas en la fachada, era imposible moverlas. Quedaba la entrada en llamas, quedaba la salida de emergencia bloqueada, y un pequeño despacho al fondo que parecía cerrado. La escalera del fondo hacia la planta de arriba era una incógnita, pero sería su única salida si fallaba todo lo demás. María corrió hacia el despacho, estaba abierto, era la salvación. Allí la ventana no ofrecía más problemas que el desnivel exterior, llamó a los monitores y empezó a indicar a los niños el camino hacia la escapatoria. Eran pequeños, de unos ocho años, y uno por uno los fueron ayudando a saltar hacia el exterior. De pronto, vio a una niña llorando asustada mientras la señalaba.

—¿Qué te ocurre, corazón?

—Señora, está sangrando.

María miró entonces sus brazos, se llevó las manos a la cara y se dio cuenta de que estaba herida. Tenía cristales minúsculos pegados en las mejillas y se rasgó aún más al palparse. Pero no había tiempo que perder.

—¿Hay gente arriba?

—Sí. Los del turno de las camas. El grupo de koalas — respondió un monitor.

Como en todo campamento, los niños estaban divididos en grupos y tenían repartidas las tareas: turno de camas, turno de cocina, turno de colada, turno de vajilla… También lo había visto pegado en el mural de la entrada al llegar.

—¿Cuántos son?

—Ocho niños, los koalas.

—Voy a por ellos. Mientras, alejad todo lo posible a los niños de aquí. He visto un río junto a la carretera, caminad hacia él. Y contadlos sin falta.

Una taquicardia leve le había despertado, pero se había diluido entre la ducha y los pensamientos que le acompañaron horas después, mientras caminaba rumbo a su cita con Leticia. La hermana de Alejandro había accedido a verle. Si había alguien cuerdo en esa casa con quien poder hablar solo podía ser esta muchacha herida que en su fuero interno era consciente del absurdo que habían tejido en su hogar. Leticia llegó triste, pero serena. No estaba impaciente por saber qué había ocurrido pero no rechazaba saber. Carlos la saludó con amabilidad:

—¿Quiere tomar un café? ¿O prefiere pasear?

—Un paseo está bien.

Y ambos empezaron a caminar por el Paseo Marítimo, ante la mar picada que estrellaba la espuma grisácea contra la bahía.

—¿Han sabido algo más?

—Estamos cerca. Pero lo que estamos encontrando no le va a gustar a nadie.

—¿Fue uno de esos hombres de las fotos? — Leticia miró hacia el suelo mientras preguntaba.

El comisario Carlos no respondió. Ambos andaban lentamente entre turistas y la brisa fresca del Cantábrico les daba tranquilidad.

—Su hermano dejó una carta.

—¿Una carta?

—Su padre seguramente se lo contará.

—Hace años que no hablo con mi padre.

—Alejandro sí. Y le contó que estaba metido en un buen lío.

Leticia palideció. La visión de esas fotos de hombres, el misterio que lo envolvía todo, el dolor ignorante de su madre, la soledad con que había madurado ella mientras sus hermanos mayores se casaban y el pequeño disfrutaba, sin importarle los problemas de los demás… Todo pesaba en ella, que había estado siempre con su madre y que veía romperse de nuevo el precario equilibrio de una familia descompuesta hacía tiempo e instalada en la mentira. Así que no era gran curiosidad lo que sentía, era sobre todo ansia de huir.

—¿Y qué quiere de mí?

Lo dijo en un tono educado, no era una pregunta antipática, pero buscaba una concreción que el comisario no había previsto. Por eso él se sorprendió. ¿Para qué la había llamado? Ella ya había identificado a los hombres que reconoció en las fotos y él tampoco podía confiarle más detalles. No encontraba respuesta a esa pregunta, y la ausencia de María se le presentó como una pequeña punzada en el corazón. ¿Por qué la había llamado? Tal vez por ser otra chica lista, agradable, un buen interlocutor en la soledad de Santander.

—No lo sé, tal vez solo charlar — se sinceró —. Hacía tiempo que no me enfrentaba a un caso tan complejo, lo confieso.

—Presiento que no será tan complejo, al fin y al cabo. Relaciones… complicadas, tal vez cuernos, tal vez celos — ella medía la articulación de cada palabra y cada una de ellas le costaba una barbaridad.

—Y amenazas, sacerdotes… ¿quiere que siga?

—No quiero, no siga.

—Como su madre entonces. ¿No quiere saber? — para qué se metía en ese jardín, adonde pensaba llegar, era algo que no sabía bien. Se arrepintió en cuanto ella empezó a llorar.

—He perdido a mi hermano, comisario. De un golpe me he enterado de que se relacionaba con hombres. Y ahora me habla de sacerdotes. ¿De qué va todo esto?

—Su hermano iba a denunciar al colegio y recibió amenazas.

—¿Eso es lo que le contó a mi padre?

—Jesús cura a un poseso. San Marcos 5. ¿Ha estudiado la Biblia?

—Lo justo.

—A Jesucristo le salió al encuentro un poseso, un hombre desnudo, enloquecido, refugiado en unos sepulcros, que había perdido la razón.

—¿Y qué tiene eso que ver con mi hermano?

—El espíritu impuro que poseía a ese hombre habló a Jesús. Le pidió que le sacara de allí.

—¿Y?

—Cerca merodeaba una piara de dos mil cerdos. Jesús ordenó al espíritu abandonar el cuerpo del hombre, entrar en los cerdos, y así ocurrió. Y los cerdos se lanzaron precipicio abajo contra el mar.

—Sigo sin entender.

—Se ahogaron. Los cerdos se arrojaron al mar y se ahogaron con el espíritu impuro. Como Alejandro. Y como Samuel, un amigo de su hermano.

—¿Me lo va a explicar mejor?

—Ese fue el mensaje que el asesino envió a su hermano. Y él se lo contó en una carta a su padre.

Los dos habían llegado andando hasta el final del muelle. Unos pescadores echaban la caña mientras los turistas yacían en la playa tostándose al sol.

—¿Quiere decir que le mataron para que alguien se librara de un espíritu impuro? ¿Fue un crimen, un castigo, digamos, liberador?

—Así es.

—Pero si mi hermano y su amigo cargaron entonces con el espíritu impuro y murieron, ¿quién era el poseso?

—Eso es lo que tenemos que averiguar.

—Porque quienquiera que sea el poseso, ese al menos se ha salvado.

—Así es —Carlos la miró satisfecho, había acertado, esa chica era un buen interlocutor.

—Entonces, alguien se ha librado de ese espíritu impuro sacrificando a mi hermano. ¿Y el poseso se ha quedado libre y tranquilo?

—Tranquilo, muy tranquilo no debe de estar. Y libre, por poco tiempo. Pero eso debía de ser lo que quería, sí. Quedarse libre y tranquilo.

—Liberarse de su maldad.

Ambos dieron la vuelta. Leticia había dejado de llorar. Carlos quedó en silencio. La taquicardia había regresado, o tal vez no se había ido y ahora la volvía a notar. Prefería no hablar. Anduvieron callados de nuevo hasta comisaría, y al despedirse le dijo:

—Leticia, lo siento mucho.

—El qué.

—Lo de su hermano. Creo que aún no le he dado el pésame.

—Se lo agradezco.

—¿Seguiremos en contacto?

—Claro que sí. —Ella le miró con cierta gratitud. Había pasado un rato tranquilo, reconfortante, por primera vez en muchos días. No había muchas personas con las que hablar a su alrededor, o simplemente pasear —. Llámeme cuando quiera charlar.

Hacía rato que Tomás observaba una columna de humo en el horizonte de trigo mientras se aproximaba a Lerma distraído cuando el GPS le indicó que tomara la siguiente desviación. Serán rastrojos del campo, se había dicho al principio. No. Demasiado humo y demasiado negro para unos rastrojos, pensó después. Avanzó entre curvas, comprobó que enfilaba directamente hacia allí, y no pudo dejar de sentir el placer íntimo de quien va a satisfacer la curiosidad ante un siniestro que cree lejano en la carretera. Serán neumáticos, los talleres aún queman montañas de neumáticos para no ocuparse del reciclado, se dijo, a la luz de la dimensión y la negrura que adquiría aquella humareda. Ahora lo veré. Solo al dejar atrás el último cruce antes de adentrarse rumbo al monasterio y al ver a una niña corriendo hacia él por la carretera en un silencio sobrecogedor se sobresaltó. Corría con una sola chancla, la otra la había perdido por el camino, estaba llorando y al verle gritó. «Hay fuego, hay fuego en el campamento». Tomás frenó completamente, la miró, miró de nuevo la humareda que estaba ciertamente cercana y vio venir de allí a más niños corriendo con un par de monitores.

—¿Qué ha ocurrido?

—Un fuego atroz, está ardiendo el pabellón del campamento. — El monitor más joven también lloraba, apenas debía de tener dieciocho años, en el fondo era otro crío más grande.

—¿Quedan más niños allí?

—Al menos ocho, y una mujer, una mujer policía. — La otra era una muchacha, mantenía el dominio de sí misma.

—Agrupad a los niños por aquí hasta que llegue más ayuda. Intentad tranquilizarlos. Yo también soy policía.

Mientras hablaba, Tomás marcó el aviso de emergencias con el móvil y apenas podía reprimir pisar el acelerador y el freno a la vez mientras daba las últimas instrucciones. Por fin, venció el acelerador y despegó hacia el incendio. Un par de curvas y allí estaba, unos vehículos ardiendo en un patio central, una iglesia incólume, un edificio más moderno con manchones negros en la fachada y el pabellón del campamento, de madera, empezando a arder. Abandonó el coche y saltó corriendo hacia allí. Varios curas de cierta edad lo rodeaban al borde de la histeria, juntando las manos y clamando a Dios mientras daban pasos nerviosos hacia un lado y hacia otro. Tomás observó el lateral del pabellón: ventanas con verjas, pedazo de violación de las

normativas antiincendios. Giró hacia el fondo: una salida de emergencias bloqueada. Oyó que le llamaban. Era un joven negro desde arriba.

—¡Socorro, aquí, aquí, les tengo que arrojar a los niños desde aquí! — En sus brazos una niña aterrorizada se aferraba al sacerdote. El humo que había invadido la planta baja subía ya por la escalera.

—Solo un momento —dijo Tomás. Giró de nuevo la esquina y gritó a los curas que se persignaban —: ¡Vengan aquí, tienen que ayudar aquí! — Y volvió a situarse bajo la ventana —. Vamos, bonita, no tengas miedo, te voy a agarrar bien.

El salto funcionó. Los dos cayeron sobre la hierba del impacto; ella, en sus brazos. Y podría perfectamente resistir más saltos si esos inútiles de curas no se aprestaban a ayudar. Pero ahí estaban ya. Entre todos recibieron a otro, y otro y otro… ya iban seis.

—Ya están todos. Ahora voy yo.

—¿Todos? ¿No eran ocho?

—Aquí solo tenía seis.

Tomás se volvió hacia los religiosos, que permanecían a su lado.

—Padres ¿no tendrán una escalera? — preguntó.

—Claro que sí. Voy corriendo a por ella.

Y dirigiéndose de nuevo hacia arriba:

—¿Y no había una mujer? ¿Una mujer policía?

El humo empezaba a emanar ya también de esa ventana. Tomás colocó la escalera, trepó con rapidez, se sentó a horcajadas sobre el alféizar para ayudar al joven sacerdote a bajar y, sin pensárselo dos veces, penetró en la estancia. La sirena de bomberos se oía a los lejos, estaban salvados, pero ¿dónde demonios se había metido María? Porque ¿quién iba a ser si no? Esa mujer policía no podía ser otra que la comisaria Ruiz.

Al fin había contactado con el tatuador, al fin había identificado el sentido de los números que halló en el parque, al fin tenía el testimonio del otro joven violado pero, por más vueltas que daba al asunto, Luna no lograba atar los cabos. ¿Cómo podía presentarse de esta manera Clemente, un fantasma olvidado del pasado, en esa sarta de crímenes sin resolver? ¿Quién lo había catapultado hasta el presente? ¿Cómo era posible que alguien tan mayor no solo estuviera vivo, sino que surgiera en crímenes tan separados como el hilo que hilvana una costura ensangrentada? Luna necesitaba pensar.

Pero no podía pensar.

El jefe del Departamento de Personal ya le había dado un ultimátum: debes firmar, tus compañeros ya lo han hecho, el plazo termina hoy. Y todos aguardaban a que él pasara por *El Diario* a retirar su archivo.

—No puedo tenerlo más, Luna. Debes venir a recogerlo. Hoy comienza la reestructuración de la redacción, lo van a tirar todo. Solo tienes hasta las tres.

—Pues quémalo.

Necesitaba pensar. Que le dejaran pensar. Pensar cómo alguien que debía sobrepasar los setenta podía estrangular, violar, matar a un menor. Y cómo alguien así sabía además que le

esperaba el castigo más fulminante de Dios: morir sin piedad, con una piedra atada al cuello, sin perdón. Lo decía San Mateo, 18, 6; lo había dejado escrito.

Llamó a la comisaria Ruiz.

Apagado o fuera de cobertura.

Llamó a Esteban.

—Os espera el tatuador, hablé con él.

—Lo sé. Ya hemos quedado con él.

—¿Y María dónde está?

—Tras la pista de un testigo. Y de regreso a Madrid.

—¿De un testigo? ¿Qué testigo?

—Luna…

—¿Ahora te cortas conmigo? De este caso sé ya más que toda la pasma junta. Os lo podré demostrar.

—No te ofendas, tío. Es Clemente. María paraba en Burgos para ver a un tal Clemente.

—Joder.

—¿Qué ocurre?

—Que está bien encaminada. Pero que espero que haya ido con refuerzos.

Clemente, otra vez. No había perdido un minuto la comisaria Ruiz, cómo habría llegado hasta él. No importaba. Los viejos episodios del pasado podían contar, debía ayudarla, debía…

De pronto, un pensamiento le hizo saltar como un resorte mecánico. Miró la hora. Las tres. El archivo. ¿Estaba a tiempo? Llamó a su jefe. Contestador. «Espérame, espérame, que no se lleven mi archivo». Se lanzó a la calle. Un taxi paraba ya frente a él. «A la sede de *El Diario*». En algún lugar de sus cajas, allá por el año anterior a la prehistoria, debía estar el material. Todo sobre Clemente Herráez. El pederasta que él había descubierto hacía ya cuarenta años. El pederasta al que jamás logró denunciar.

María se había sentido a salvo al alcanzar el piso de arriba desde el gimnasio caliente, pero sabía que el humo que había subido con ella por la escalera interior podía ser peor que el propio fuego. La sequedad de la madera en un edificio que debía incumplir todos los requisitos de seguridad podía hacer el resto.

—¿Hay alguien? ¿Hay alguien?

La primera habitación que abrió tenía las cuatro camas hechas, le enterneció fugazmente el orden esforzado que emanaban aquellas almohadas más o menos estiradas, los sacos alineados no siempre en paralelo a los bordes. La segunda habitación estaba igual. Y la tercera, y la cuarta… ¿Dónde se habían metido los condenados?

—¿Dónde estáis? Koalas, ¿dónde estáis?

Una cara con coletas asomó de la puerta del baño.

—Estamos aquí. Mi amiga está en el baño y yo la acompaño.

María alcanzó a la niña.

—Corre, debemos salir, hay fuego y debemos salir corriendo. ¿Cuántos estáis en el baño?

—Mi amiga Patricia y yo.

—¿Y los demás, los demás koalas?

—Seguían haciendo las camas. Nosotras nos hemos venido al baño.

—¿Solos? ¿Estaban solos?

—No, con el Hermano Luciano.

—Sal, Patricia, no hay tiempo que perder. — María zarandeó la puerta. El olor del humo penetraba intensamente y las tres ventanas del baño eran pequeñas, por ahí no se podía escapar. Pero había que aprovechar el agua y las toallas —. Sal, Patricia, tenemos que huir.

María abrió los cuatro grifos y colocó una toalla bajo cada chorro.

—¿Cómo te llamas, bonita?

—Me llamo Claudia.

—Mantén los grifos encendidos, Claudia. Si se apagan vuelve a presionar. Que se mojen bien las toallas. — Y volvió a zarandear la puerta —. Patricia, tienes que salir.

—No puedo, señora, no puedo abrir, está atrancada.

María estudió el hueco por debajo de la puerta. Demasiado estrecho. Por arriba. Demasiado alto, pero era la salvación.

—Súbete al retrete, cariño, lo más alto que puedas, te voy a ayudar a salir.

Tomás agarró la primera ropa que pudo de alguna cama para taparse la cara y se lanzó al pasillo. El humo era denso, apenas quedaba visibilidad, y ya no estaba solo, las llamas habían empezado a devorar el suelo al fondo.

—¡María! ¡María! ¿Hay alguien aquí? ¿Hay alguien aquí? — Solo el crepitar de la madera respondía. Notó que las puertas ya estaban calientes, como el suelo; debía volver atrás —. ¿Hay alguien? ¡María! ¡María!

Tomás se sentó en el suelo, tenía que volver atrás, pero había otro pasillo, iba a probar. La sirena de los bomberos había parado, ya habían llegado, debían de empezar a actuar. A gatas y sin apenas oxígeno se encaminó hacia el otro pasillo, avanzó gritando y tosiendo y al fin oyó una voz.

—¡Socorro, señor, estamos aquí, estamos aquí! — La voz salía desde el interior del baño. Estaba atrancado. Sin fuerzas ya, Tomás tomó un último impulso para meterse en la habitación más próxima, alcanzar la ventana abierta y gesticular desde el dintel.

Los bomberos acababan de abrir las mangueras y al fin supieron por dónde empezar.

Correr, correr, huir. El aire caliente era solo una realidad científica en torno al cuerpo destemplado y frío que se desplazaba como una rueda ligera sobre los campos de trigo, abriendo un surco de fuga entre las amapolas, las espigas, las arañas, los bloques de tierra seca y agrietada, las cigarras y las gotas de los aspersores que salpicaban vida en ese secarral. Se quedó parado ante uno de esos chorros que latían como corazones rítmicos y sanos; sintió humedecerse cada centímetro de su piel y su ropa a retazos rápidos, como antes había sentido la violencia del fuego y del olor a combustible, y cerró los ojos intentando definir una oración. «Gracias, Señor, gracias, Señor por permitirme acabar con todo». ¿Acaso no era esto una broma al lado de Sodoma y Gomorra? ¿No era una pequeña prueba a la que le sometía Dios? Correr, correr, huir.

«Que el fuego borre el rastro del pecado y que el agua limpie los canales atascados de la fe. Que Dios, y solo Dios, hable a través de mí. Que nunca me deje apartarme otra vez de él».

20

Las láminas con trazas y bocetos cargados de colores abarrotaban el suelo; los había minuciosos, abigarrados, gruesos, finos. Borradores caídos al infierno del fracaso por obra de una mano precisa y exigente, una mano rápida en el esbozo, lenta en la versión final. Vírgenes, cristos, dragones, serpientes, rostros, tetas, letras góticas, letras con sombra, juegos geométricos. El suelo estaba forrado de una capa de papeles desechados más densa que el propio parqué, como las paredes abrigaban cuerdas y cuerdas asaeteadas de dibujos prendidos con pinzas de tender la ropa. A Esteban le llamó la atención el motivo en el que trabajaba el dueño, que sumido tras las gafas de aumento y el sonido estridente de su música no se había percatado de que tenía visita. Era un retrato de un Iker Casillas limpio, épico, iluminado, portando una bandera de España con sus pliegues sombreados.

Hay que estar sonado para querer hacerse un tatuaje así, pensó en su fuero interno. Martín le captó al vuelo y se sonrió. Su pequeño lagarto en el hombro era solo para él, y el cascarrabias de Esteban jamás iba a entender lo *sexy* que podía resultar un tatuaje bien hecho en un cuerpo cultivado. Pero ahora había que darle la razón con la mirada, porque aquello de Casillas era una horterada superior.

—Esperaba una mujer. Luna me habló de un pedazo de tía, una comisaria cañón. — El tatuador sí los había visto.

—Y yo me esperaba un artista, no te jode — Esteban contraatacó a tiempo —. A mí Luna me habló de una autoridad. Y mi primo el Chapas me dijo que eras todo menos maricón.

—¿Tu primo, el Chapas?

—El Chapas.

El dibujante apagó el foco, se quitó las gafas, las dejó sobre la mesa de trabajo y apagó el ritmo *ska*. Pasó una mano sobre el boceto a punto de acabar y limpió los restos de mina y polvo, lo sacudió en el aire, lo sopló y lo depositó de nuevo con cuidado.

—Artista, sí. Pero quinientos euros son quinientos euros.

Martín lo miró con detalle, el dibujo era fino y el retrato de Casillas, asombroso. El aire de victoria parecía tomado de la *Libertad guiando al pueblo* o de la toma de Iwo Jima. Pura épica en quince centímetros cuadrados.

Y el autor era este hombre menudo pero musculoso, de cabeza afeitada y ristra de *piercings* en cejas y orejas, al que difícilmente podía hallársele un centímetro de piel libre de tatuajes sombríos a la vista. El Comandante, se hacía llamar. Y como tal parecía que debían tratarle.

—Así que el Chapas es tu primo. ¿Y de qué rama de esa familia te has caído para hacerte policía, macho?

—De la que no está podrida — nadie iba a tomar el pelo a Esteban.

—Vaya hijo de puta, el Chapas. Ese sí que es un hijo de puta.

—Redomado.

Mientras hablaban, Martín seguía merodeando por el local, mitad por curiosidad, mitad porque había visto una cámara camuflada en la entrada, y eso había llamado su atención.

—¿Y qué mosca os ha picado esta vez?

—Mosca, ninguna. Sino dos menores.

—¿No me joderéis por dos menores? Aquí no pide el DNI ni Dios.

—Dos menores asesinados.

—Jesucristo.

Y el Comandante se persignó. En lo que a marginales se trataba, Esteban siempre se sorprendía. Nunca se sabía por dónde iban a respirar. El de aspecto más delictivo del mundo podía ser el más devoto.

—Jesucristo, exactamente.

—Explícate.

—Los dos compartían el mismo tatuaje.

—Tengo miles de parejas que lo hacen.

—Una corona de espinas.

—Dime más.

—Con tres gotas de sangre.

—Me suena.

—Sobre unos dedos abiertos…

—… en posición de ofrenda.

—Exacto.

—Y aquí está —Martín volvió a la conversación con el boceto en la mano. Atento a todos los dibujos colgados de las pinzas, había encontrado el borrador exacto del tatuaje, tan minúsculo, tan minucioso, tan especial como el marcado en la piel de Alejandro y de Samuel.

—Joder, *Verano en rojo*, así llamé a esa obra.

—¿Obra?

—De arte. ¿Algún problema? — y el Comandante se irguió ante los policías.

—Ninguno, ninguno —Esteban alzó las manos en son de paz —. Háblanos de esos dos chicos. ¿Les recuerdas?

—Ya lo creo que recuerdo a esa pareja.

—¿Pareja?

—No sé, tío. Pero vinieron juntos, eligieron juntos y no recuerdo precisamente que estuvieran celebrando nada. Esos troncos estaban jodidos, muy jodidos.

—Explícate.

—No había más que verlos, joder. ¿Tienes dieciséis años y lo que se te ocurre es grabarte una corona de espinas con tu tronco?, ¿con sangre y dedos? Hay que estar mal del cráneo, la verdad.

—¿Qué dijeron? ¿Qué te pidieron? ¿Qué te parecieron?

—Frena, frena, colega, todo a su debido tiempo. ¿Qué dijeron? Me trajeron una camiseta con una corona de espinas y una foto con esa escultura de los dedos. Me pedían algo que clamara auxilio. Esa escultura lo tenía todo: unos dedos que emergen sin mano, sin cuerpo, que surgen de

la tierra sin dueño, que piden socorro. ¿A quién? Al cielo, a un amigo, al mundo entero, quién sabe. La fui a ver donde me dijeron porque me lo pidieron, porque me pagaban mucha pasta y porque los rollos místicos me van, tío, me molan. Y allí fui a verla, al parque.

—¿Al parque? ¿A qué parque? — esta vez Esteban y Martín habían saltado al unísono. El corazón se les encogía, todo iba a cuadrar.

—Al parque Juan Carlos I, allí está esa escultura. Enorme, imponente, cinco dedos perfectos que salen desde el suelo, no se conoce el cuerpo al que pertenecen, no se sabe qué piden, solo sugieren ofrenda y sugieren socorro, sugieren que hay alguien sepultado que pide auxilio. Me moló mucho ese curro. Sugerente, profundo, angustioso. Y rentable.

—¿Sabes que ese lugar es el escenario del crimen?

—No me jodas. ¿La escultura de los dedos?

—El parque Juan Carlos I.

—Lo he oído, tío. Un menor asesinado en el Juan Carlos I. No me puedo creer que sea uno de ellos.

—Y el otro ha muerto también.

—Samuel y Alejandro, ahora los recuerdo bien. Con ellos recorrí el parque.

—¿Y recuerdas a alguien más? ¿Hablaron de alguien más? ¿Dijeron por qué se lo hacían?

—Ni una palabra. Solo pedían un clamor, un grito de auxilio que los salvara a los dos.

—¿Y las gotas de sangre?

—Se las sugerí yo. Solo tres gotas en color rojo cobrizo, mi especialidad. Y les gustó. ¿Yo qué iba a saber que estaban en peligro? Pensé que eran unas putas cabras, que estaban jodidos y ya está. Como tantos otros.

—¿Y el nombre? *Verano en rojo*. ¿Por qué?

—Ni me acuerdo. Espera —el tatuador se concentró de nuevo en el boceto que tenía entre sus manos —. Rojo, por la sangre. Y verano, porque decían que este verano era clave.

—¿Para qué?

—Para que alguien acudiera en su auxilio, para su salvación — el Comandante soltó el borrador, acercó los índices a las sienes para hacerlos girar en torno a la cabeza y zanjó —: Dos putas cabras, lo dicho. No puedo ayudaros más.

Esteban calló esta vez. Pero Martín atacó.

—Poder, sí puedes.

—Ya me dirás en qué.

—Enséñanos lo que grabó tu amiguita, esa cámara ilegal. — Y Martín señaló la esquina más camuflada —. ¿O es que tus clientes saben que les estás grabando?

—Tocado, tío, pero no me jodas. Aquí hay que sobrevivir.

—No te jodo, tío, solo danos la grabación.

El Comandante se sumergió en su archivo, luego en la trastienda y no tardó ni quince minutos en tenderles un CD. Tenía bien organizado su servicio de control.

—Marchando la grabación.

—Estaremos en contacto, Comandante.

—Por el Chapas y por Luna, cualquier cosa.

Ya. Y por no encontrarse una mañana a la inspección de higiene en el trabajo ni a la Agencia de Protección de Datos investigando esa cámara que grababa sin avisar. No importaba. El crimen

manda y, en cuestión de fuentes, un maestro tatuador puede ser siempre de gran ayuda. Así que con el CD a buen recaudo y bastante más información, ambos agentes se largaron.

Ya caía el sol cuando los dos policías emprendieron el camino de regreso. Tomás ayudó a María a reclinar el asiento, le ató con cuidado el cinturón, colocó su bolso-almacén a buen recaudo y estuvo tentado de apartarle el pelo de la cara, pero ella estaba alerta y se lo pasó por detrás de las orejas con los dedos que le habían quedado al descubierto. El vendaje de las manos era aparatoso: dos bolas de gasas desde el codo hasta las yemas, como guantes de boxeo listos para atacar y desafiar de una vez el color blanco, limpio e impoluto del hospital. La cara no tenía mejor aspecto, con varios apósitos colocados para supurar y cicatrizar los trece microcortes que habían quedado tras retirársele otros tantos cristales de mejillas, frente y sienes. Solo uno era más serio, en el pómulo derecho, y habría que vigilarlo cada día para supervisar su cierre. Pero dadas las circunstancias, se podía decir que había tenido suerte.

—Ha sido un milagro que no te hayan entrado los cristales en los ojos — dijo Tomás, ya sentado en su asiento de piloto.

—No me hables de milagros, por favor — zanjó María.

Y se sumergieron en la quietud mientras empezaron a rodar rumbo a Madrid. Él pisó suavemente el acelerador, dejó atrás el hospital, atravesó las calles desiertas de Burgos con todos los semáforos abiertos y alcanzó la Nacional I en segundos.

—Parece que la han puesto solo para nosotros. ¿Dónde se ha metido el resto del universo?

—¿No te acuerdas? El partido. La semifinal.

Claro que lo recordaba. Hasta el personal de urgencias que la había atendido se había quedado formando corrillos en torno a un pequeño televisor mientras saboreaban de antemano el par de horas que iban a pasar sufriendo ante el gigante alemán.

—Qué lástima que les haya tocado guardia — les había dicho ella al grupo de celadoras, enfermeras y auxiliares.

—No pasa nada. Con un partido así no entra ni una urgencia. Le aseguro que lo vamos a disfrutar — le había respondido una mujer —. Los infartos y los borrachos vendrán después.

Y así era en general, lo sabían bien en comisaría, y hasta había oído estadísticas de uso de agua doméstica, de tráfico o de accidentes. Cuando se paraliza un país ante el televisor, se para hasta el crimen, la fiebre y la tos. En el descanso hay alguna actividad: el agua de las cisternas, el microondas en marcha, el frigorífico retomando fuerza tras descargar más cervezas, *pecata minuta*. Pero hasta el minuto noventa no se reanuda la vida, y con ella las peleas, las anginas y los choques.

—¿Te encuentras bien? ¿Vas cómoda así?

—Mejor que Clemente, sí.

Clemente. Cuando los bomberos terminaron de apagar el fuego, derribaron la puerta del baño y la encontraron acurrucada con dos niñas pequeñas bajo un montón de toallas húmedas nadie pensó en Clemente, el padre ausente, el único de los responsables del convento que no daba saltos compungidos en torno al pabellón humeante en el que podían haber muerto tantos niños. La habían sacado de allí, la habían metido en una ambulancia y ella había tardado un mundo en darse cuenta de que el hombre que estaba a su lado sentado, agarrándole una mano con la cara

sucia y olor a quemado era Tomás, su colega de la policía, su amigo, su amor lejano. ¿O es que lo había soñado? Pero cuando volvió en sí, no fue su nombre el que dijo sino el que había seguido martilleando su cabeza incluso mientras estuvo inconsciente:

—Clemente.

—María, comisaria, ¿estás bien? — Tomás al fin la veía volver a la vida.

—Clemente.

—María, María, ¿estás bien? Soy Tomás.

—Tienes que buscar a Clemente. Dios mío, Tomás, ¿pero de dónde has salido tú? — por fin caía en la cuenta, con su mano herida le intentó tocar el rostro; el gotero lo impidió.

—Seguía el rastro del ordenador y eso me ha traído hasta aquí, pero ahora no importa, solo importa que te pongas bien.

—El ordenador está arriba, en el despacho de Clemente. En su despacho. Allí ha quedado mi bolso, mi pistola, todo mi material, y el ordenador. Tienes que recogerlo, Tomás.

—Voy a buscarlo, no te preocupes. Ahora te van a llevar al hospital y pronto te iré a buscar.

—Tomás.

—Dime. —Él se volvió. ¿Acercamiento, un gesto tierno al fin desde la camilla de una rescatada, una palabra de debilidad?

—Había un maletín junto al ordenador, grueso, de cuero, abarrotado, inconfundible. Cógelo también.

—¿Quieres descansar ya? Ahora no te preocupes de nada.

Así había sido su regreso a la vida cuando la ambulancia conectaba la sirena y los focos de emergencia para trasladarla al hospital, y así fue cuando se reencontraron allí, horas después y Tomás le relató lo ocurrido. Ni un solo pensamiento para su propio estado. Solo había preguntado por el maldito Clemente:

—¿Cómo ha ido?

—Él se queda ingresado en el hospital, también tiene cortes en la cara.

—¿Como yo? Pues vaya teatro, si no es nada.

—Y corazón. Al parecer tuvo un ataque de ansiedad y se queda en observación. No te preocupes, muy lejos no se irá.

—¿Y el ordenador?

—En mi coche.

—¿Y el maletín? ¡Dios mío! Te estás pareciendo a Esteban, cuéntame todo de una vez.

—No había ningún maletín.

—¿Cómo? Estaba allí, apoyado en el ordenador. Después se cayó y quedó junto al teclado. Ocupaba casi más que la pantalla.

—No había ningún maletín allí, eso te lo aseguro.

—¿Y el incendio? ¿Qué sabemos del incendio?

—Quienquiera que fuese, quería hacer daño. Los bomberos han encontrado bidones de gasolina junto al *parking*. Pero ni rastro de nadie. Ni una sombra.

—¿Habéis controlado los coches? Quien fuera tuvo que traer esos bidones en coche. ¿Nadie vio nada?

—Esteban y Martín vienen para acá. Ellos se van a ocupar. ¿Y ahora quieres hacer el favor de descansar?

Pero la adrenalina no había dejado a María ni un momento. Se inclinó hacia su bolso con tal impulso que el trípode que soportaba la vía se tambaleó. Tomás no alcanzó a agarrarlo y se vino abajo arrastrando el gotero y tirando fuertemente de la aguja insertada en la vena. Una enfermera corrió para atenderla.

—¿Está loca? Debe estarse quieta, señora.

—Tomás, abre mi bolso. Coge ese calendario, míralo. — María se apretaba la muñeca contra el pecho conteniendo un gesto de dolor; la vía se había salido y la enfermera intentaba enmendar la faena —. ¿Ves esta foto, ves al monitor? Es el hombre que debemos identificar, ese es el sospechoso.

Dos mujeres irrumpieron en ese instante en el box de urgencias del hospital. Tenían el rostro encendido, los ojos llorosos, el gesto decidido, hasta agresivo. Tomás les cortó el paso.

—¿La señora policía? ¿Es usted la señora policía del incendio?

María aún se agarraba la muñeca dolorida mientras la enfermera le intentaba untar desinfectante.

—Por favor, ahora déjenla ¿no ven que está herida? — las frenó Tomás.

—¿Qué ocurre? —dijo ella con un hilo de voz —. ¿Qué ha pasado?

—¿Las ha salvado usted y dice que qué ha pasado? — La más activa era rotunda, llevaba la iniciativa.

—Solo queremos darle las gracias. ¡Usted ha salvado a nuestras hijas!

Y ambas se lanzaron a abrazarla en la camilla. Tomás se rindió.

Patricia y Claudia. Casi las había olvidado. Dos niñas de coletas y en edad de escribir a menudo al ratón Pérez, despistadas en medio de un incendio… Las dos habrían muerto asfixiadas por el humo si ella no hubiera llegado hasta allí a buscarlas, si él no la hubiera seguido y si los bomberos no hubieran actuado rápido para apagar el fuego y sacarlas de allí.

—Es mérito de todos, yo no he hecho nada.

—Mi niña solo habla de usted, de una mujer.

—Ha sido como un ángel de la guarda.

Tomás la observó sumergirse en el silencio y volver la vista a la pared. Y se dio cuenta de que al fin María, la comisaria intachable, la que no se permitía el más mínimo margen para la conmiseración y el halago, estaba ocultando algo entre los vendajes de la cara: lágrimas clandestinas.

Y ahora, al rodar hacia Madrid mientras España entera estaba parada frente al televisor, no sabía si estaba ante la comisaria dura, exigente y reconcentrada en el caso, o ante la mujer sensible, herida y capaz de empatizar con los mejores humanos. ¿Por qué era tan difícil para ella sintonizar a las dos? No lo sabía. Sin más averiguaciones, encendió la voz magnética de Michael Jackson en el CD y ni de reojo la miró. No habría podido encontrar su mirada, que surcaba el horizonte desde su ventanilla hasta el confín más alejado, buscando un respiro en medio de la emoción. Él puso la quinta. Tal vez había ido demasiado lejos con su apelación directa al recuerdo compartido, pero si las cosas se ponían feas siempre le iba a quedar otro recurso: pasar a la radio y sintonizar el partido. Pero algo le decía que no iba a hacerle falta.

No era un tramo extenso del vídeo, ni tenía buena calidad, pero resultaba inconfundible. La puerta se abría, Alejandro y Samuel entraban en el local, deambulaban al principio despistados mirando los bocetos colgados. Alejandro señalaba uno en lo alto, Samuel negaba con la cabeza y entonces ambos se volvían hacia un mismo punto y desaparecían, seguramente llamados y atendidos por el Comandante, el artista del tatuaje. Martín lo miraba una vez, otra vez, y otra vez. Debía darse prisa y largarse ya hacia Burgos con Esteban, pero no podía dejar de mirar y rebobinar. Otra vez.

—Agente Martín. Te estoy esperando.

—Solo un momento.

—Nos esperan en Burgos.

—Aquí, mire aquí. Esteban, mire aquí. — Martín saltó nervioso, rebobinó otra vez. Esteban se acercó escéptico —. ¿No ve a alguien aquí?

—Alejandro y Samuel en el local, lo hemos visto veinte veces. ¿Qué ves de especial?

—No son ellos. Mire la puerta, mire afuera.

Al entrar los chicos al local, una sombra se había quedado fuera, un hombre que merodeaba por allí. Martín esta vez no rebobinó, dejó correr la cinta hasta el final. Los dos chicos desaparecían de la cámara, atendidos por el Comandante, pero la cámara seguía grabando la entrada del local. Y esa sombra se convertía en un rostro claro al pegarse al cristal. Aproximaba la cara al escaparate; estaba intentando averiguar qué pasaba dentro, y a medida que aumentaba su esfuerzo por ver lo que sucedía en el interior, sus contornos se iban haciendo cada vez más nítidos. Era un hombre, un cuarentón. Aguardaba unos minutos, a ratos se despegaba de la puerta y se convertía en sombra, a ratos volvía a entrar en el campo de visión y se convertía en rostro nítido; y cuando ellos volvieron a entrar en acción y se dispusieron a salir, el hombre desapareció a toda prisa de la escena.

—Joder —Esteban no pudo ser más expresivo.

—Nos dice algo esta cara, ¿verdad?

—La hostia.

—Voy a hacer las capturas e imprimirla. En Burgos nos será de gran utilidad.

Era una nueva prueba en sus manos. El hombre que les había seguido, espiado y esperado era el protagonista de la foto número 4. Solo les faltaba una identidad. Y eso bien merecía perderse de nuevo un partido del Mundial.

21

Abrió los ojos, logró incorporarse y tardó unos segundos en atravesar la espesura de su despiste y en caer en la cuenta de que no estaba en un hotel ni en una cama de hospital, sino en su propia casa. Como el escenario precintado de un crimen, había quedado intacta, con rastros visibles de su vida interrumpida en seco. Los periódicos del sábado, el cruasán duro, el vaso amarillento que había contenido un zumo, la taza con restos de café reseco y agrietado sobre la mesa, la camiseta y las mallas con las que había corrido arrojadas por el suelo. Todo lo que había dejado cuando Esteban la llamó y la arrancó de su descanso seguía allí, sin un milímetro de variación, reivindicando una rutina que ahora parecía inasequible. Un calmante le había permitido dormir pero ahora, pasado el efecto y recién despertada, el dolor había regresado al rostro junto a un hematoma oscuro que se abría paso alrededor de ambos ojos. Recogió mallas, camiseta, taza y vaso. Aquel sábado se le antojaba ya lejano. El crimen le había impedido el plan familiar de cumpleaños, paella y partido; anoche también se lo había perdido.

Bueno, no del todo.

Porque cuando le pidió a Tomás que parara un momento en Alcobendas a su llegada a Madrid para abrazar al fin a su familia, cuando aparcaron, cuando llamaron al timbre de su madre y la puerta se abrió, justo en ese momento retumbó en todas partes un clamor de gol que el país entero iba a tardar muchísimo en saborear, digerir, disfrutar, asimilar. El cabezazo de Puyol. En una nueva edición de David contra Goliat, el bajito catalán había echado a volar sus rizos y sus pies hasta sobrepasar a todos aquellos alemanes como torres, alcanzar el Jabulani y encarrilarlo sin tacha hacia una portería que pareció abrirse de par en par como la boca de una ballena hambrienta. Devorado el balón, dormida la ballena y destrozada Alemania, quedaba vibrar, gritar, celebrarlo y elevar a Puyol al altar. Y en esas estaban cuando ella y Tomás llegaron a casa de su madre, donde sus cuatro hermanos y la ristra de sobrinos se abrazaban y saltaban en ese momento, al menos hasta que la vieron con semejante aspecto, la cara asaeteada de tiritas y vendajes.

—¡Dios mío! ¿Qué te ha ocurrido?

—No es nada, no es nada, ni os preocupéis. ¿Qué ha pasado? ¿Cómo ha sido?

—Ha sido Puyol, tía, un cabezazo, ¡hemos ganado! — resumió uno de los sobrinos.

María y Tomás alcanzaron a ver la repetición. Ellos también se abrazaron, pero en otro código, uno que solo el barullo de la sala camufló. Se acomodaron con todos a sufrir hasta el minuto final. Más brindis, saltos. Más abrazos.

—¿Y qué te ha pasado hija?

—Nada, todo muy vistoso, pero nada de nada. Pequeños cortes por un cristal, demasiada

venda para nada.

—A ver, hijo, ¿qué ha pasado? Igual tú nos cuentas más — la madre se dirigió a Tomás.

—Si ella dice que no es nada, es que no es nada. ¡Cualquiera lleva la contraria a la comisaria! — Pero Tomás estaba tranquilo, y todos vieron que la broma era síntoma de sinceridad.

—Nos llamas el sábado, suspendes tu plan y ahora apareces así con estas vendas… ¿Es por ese crimen del menor en el estanque, verdad? — Ella nunca contaba sus cosas, pero, Mundial aparte, no se hablaba de otra cosa en los programas de Madrid, y asintió —. Qué mala pinta tiene.

—Malísima.

—Y hay otro menor asesinado en Santander. Hablan de algo de abusos, de curas… — Su hermana Carla no estaba mal informada. A nadie se le escapó la mirada de preocupación que María y Tomás se intercambiaron.

—¿De curas? ¿Quién habla?

—He leído algo por ahí.

—De curas no me habléis, que debemos tenerles en palmitas. Que ahora me dan de comer — Julián, el mayor, tenía algo que contar.

—Cuéntales, Julián. Ahora cocina para la Conferencia Episcopal — aclaró la madre.

—Solo en ocasiones —puntualizó él.

—Como la visita del Papa. ¡Tu hermano va a hacer la comida del Papa cuando venga!

—¿Se supone que hay que darte la enhorabuena? — María volvía a estar alegre —. ¡Vaya planazo, la comida del Papa! Con lo que tú eres. ¿Cómo han podido contratar a un anticlerical como tú? ¿Ya han visto tus antecedentes?

—Lo de las risas cuando venía el Padre Saturnino a casa nos lo vamos a callar, hermanita, si te parece bien.

Todos rieron con ganas. La victoria y el eco de la infancia compartida estaban barriendo el estrés de estos días, y a medida que la adrenalina daba paso a la confianza, María y Tomás también se miraban sin tensión. O con otra tensión. Pero no iba ella a desaprovechar la oportunidad, y antes de sumirse en la relajación total, aún tuvo una pregunta para su hermano mayor:

—¿Y cómo está el ambiente en la calle Añastro? ¿Cómo está la Curia?

—Como te puedes imaginar.

—¿Qué quieres decir?

—Pues como son ellos: afectados, lujosos, amantes de la buena mesa y el buen vino, caprichosos… esa gente no tiene complejos, pero también están nerviosos.

—¿Nerviosos?

—Llega el Papa en medio de todos los escándalos que se están oyendo en Bélgica, Alemania, Irlanda… Y tienen miedo a que pase algo en España.

—¿Miedo?

—Sí, miedo, hermana. Miedo a las denuncias de pederastia.

—¡Y eso que solo eres el cocinero!

—Ya lo sabes, hermana, siempre he dicho que el buen cocinero no atiende estómagos; atiende neuras, situaciones y contextos.

Las palabras de su hermano regresaban ahora mientras buscaba un nuevo Nolotil y estudiaba si podía meterse bajo la ducha tal cual, a limpiar el cansancio con la suciedad, como quería, o debía pasarse una esponja delicadamente entre vendaje y vendaje, como le habían ordenado. Se miró al espejo y, sin dudarlo más, empezó a levantar cada uno de los esparadrapos, en la cara y en las manos. Necesitaba el programa más lujoso de su particular túnel de lavado. Todo iba avanzando, todo estaba en marcha. Esteban y Martín no podían tardar mucho en identificar al monitor, había buenas pruebas para acusarle de asesinato y razones para pensar que era también el pirómano enloquecido. Carlos seguía en Santander buscando testimonios clave y Tomás seguramente estaba ya destripando el ordenador de Burgos.

Tomás. Tomás. La mirada que le había dirigido al despedirse aún le aceleraba el corazón. No te despistes, María, vuelve a la tierra.

Porque algo no cuadraba en la maraña de datos que machacaban su mente como el chorro de agua que ya estaba golpeando su cabello, cuerpo y heridas bajo una ducha potente. Algo no cuadraba. Una de las heridas se abrió y un poco de sangre cayó al fondo de la bañera, tan rápido como se fue, huyendo por el desagüe con el sudor, el estrés y los restos de humo pegados al cuerpo desde ayer. María cerró los grifos, se envolvió en el albornoz, buscó las vendas cicatrizantes y se tapó las heridas de cara y brazos con tranquilidad. Algo no cuadra, algo no cuadra. ¿Qué es lo que se me escapa aquí?

—Luna. Es Luna.

Su voz había roto el silencio de su piso. En soledad, se puede hacer ruido moviendo tazas, platos, sillas… Pero cuando uno pronuncia unas palabras en soledad, todo es un poco más solemne, más certero. Y a ella misma le sorprendió su voz, pero no lo que quería decir su voz.

—Es Luna, es el cabrón de Luna.

Se apresuró hacia la puerta de su apartamento. Por la noche, cuando llegó, había dejado las cuatro o cinco cartas que había encontrado en el buzón desparramadas en el aparador. Las reagrupó, se sentó en el suelo, las miró. El gas, el agua, la luz… Y ahí estaba. Una carta enviada desde la Policía. Comisaria Ruiz. La rasgó. Otra carta en su interior. Sin remite. La rasgó. Unas hojas de un periódico y una nota: «No debes descuidar nunca a los amigos». El correo del que Luna le habló.

Le llamó.

—¿Comisaria? Por fin. ¿Estás bien? — Luna preguntó.

—¿Y por qué iba a estar mal? — El pulso entraba en escena, no importaban las heridas, ella no daba tregua.

—Algo me ha llegado.

—Eso me lo vas a tener que contar.

—¿No eras tú la que me ibas a contar todo a mí? — él tanteó.

—Creo que hoy lo vamos a hacer al revés — María sentenció.

—¿A las 12?

—A las 12.

—¿Donde siempre?

—No, donde siempre no. Hoy en la escultura de los Dedos. En el parque Juan Carlos I.

Y colgó. A ver qué significaba aquella carta. Y a ver si al fin le explicaba cómo supo que ambas víctimas, Alejandro y Samuel, compartieron campamento. Y todo eso antes de leerlo

publicado en su periódico.

Tras colgar el teléfono, Luna miró una vieja carpeta colocada en su mesilla. Había pasado buena parte de la noche leyendo su contenido. Y había merecido la pena rescatarla *in extremis* del almacén de basuras. El resto de su archivo, verdaderamente, lo podían quemar.

¿Hospital o campamento? Esteban y Martín le dieron vueltas y optaron por el campamento. Al fin y al cabo en el hospital solo quedaba el Padre Clemente ingresado en coronarias — y ese no iba a abrir la boca — y niños asustados con padres aliviados que no tendrían ni idea.

—Y además está más lejos —dijo Esteban.

Así que enfilaron hacia el campamento de los Penitentes de Lerma, donde los restos del pabellón en pie no ocultaban unas tripas humeantes y negras destinadas a la destrucción total. Los policías de Burgos habían tomado fotos de la moto, el coche de María, el pabellón, infinidad de huellas, pero no habían hallado ni rastro del pirómano.

—¿Y alguien ha visto a algún extraño, algún sospechoso?

No.

Pero no era el incendio lo que habían venido a investigar, sino dos asesinatos. Así que con la foto del calendario que Tomás les había hecho llegar acudieron al corrillo de sacerdotes y empezaron a preguntar.

Ninguno parecía saber nada, todos arqueaban las cejas y contraían los labios como quien no sabe nada, como seres ignorantes mientras daban pasos por el patio con las manos a la espalda, pero fue visible cómo todos intentaron contener el rictus de preocupación — sin conseguirlo — cuando Esteban proclamó:

—Muy bien. Pues ahora les vamos a tomar declaración uno a uno, a ver si así recuerdan algo más.

Y así lo hizo. Sin contemplaciones. Hizo abrir uno de los despachos a la entrada del edificio administrativo, colocó dos sillas frente a frente, tomó asiento y mandó a Martín ir a buscar al primero de los curas, seis en total.

—Y Martín.

—¿Dígame? —el joven agente se volvió a asomar.

—Que se acojonen.

Acojonados, acojonados, no sabía Martín si era ese el verbo preciso que iba a poder utilizar, pero temblorosos y llorosos, por lo menos, sí llegaron. Casi todos.

—No le conozco, yo soy nuevo — se excusó el primero, el más joven de ellos, ante el calendario.

—Me suena, pero no me acuerdo — dijo el segundo, mientras se apretaba las manos y se pasaba el brazo por la frente sudorosa.

—¡Válgame Dios! Yo no sé nada — musitó el tercero, que lloraba.

—No le recuerdo, no le recuerdo… bien — añadió el cuarto, que bajó la vista al suelo.

—Algo me suena… me suena pero no me acuerdo del nombre, por aquí pasan muchos… — el quinto abundaba en el ataque de memoria corta que parecía sufrir toda la comunidad.

—Claro que sí, le conozco.

Bien. El sexto al menos parecía libre del alzhéimer colectivo que había arrasado a aquellos curas como el fuego al pabellón. Y aunque negro — pensó Esteban — sabe español.

—¿Y quién es?

—Luis Ángel García Humanes. El amigo del Padre Clemente.

—¿El amigo?

—Usted sabe, hermano.

—No soy su hermano, ni cura.

—Usted perdone, hermano, allá en Cuba decimos hermano, no se lo tome a mal.

—Pues ni soy cura, ni su hermano, ni cubano. Soy un policía español. Así que háble me con claridad.

—Vaya humos, hermano, usted perdone.

Esteban rugió por dentro, pero qué leches, este negro estaba bien informado:

—Venga, venga. Dígame. ¿Qué quiere decir con que es amigo del Padre Clemente?

—Usted sabe, hermano, Luis Ángel viene, Luis Ángel va.

—¿Y de dónde viene y adónde va?

—Yo creo que a Madrid. Es profesor en Madrid. Y acá viene de tanto en tanto.

—¿Y por qué dice que son amigos?

—Ah, yo no lo sé, hermano, eso sí que no lo sé.

Así que Luis Ángel García Humanes, profesor en Madrid, que viene y va.

—¿Y cuándo le vio por última vez?

El sacerdote cubano no lo pensó dos veces:

—El fin de semana pasado.

—¿Recuerda el día exacto?

—El sábado, sí, era el sábado.

—¿A qué hora?

—Era tarde, a punto de anochecer.

—¿Recuerda algo especial?

—Sí. España estaba jugando contra Paraguay.

—… algo especial… sobre él — Esteban se impacientó.

—Yo me había asomado al patio, era el descanso y estaba nervioso. Él llegó en moto, una moto nueva, preciosa, la que hoy se ha quemado. La dejó aparcada en el garaje. Y rápidamente se fueron los dos.

—¿Qué dos?

—Clemente y él. Se fueron en coche los dos.

—¿A dónde?

—A Madrid. El Padre Clemente dijo que se iba a Madrid. Desde que es director pastoral tiene muchas reuniones en Madrid. Preparan la visita del Papa y allá se fueron los dos.

—¿Y en qué coche?

—En el todoterreno de Clemente, un BMW X3.

Así que el sábado por la noche, mientras ellos investigaban el asesinato producido la madrugada anterior en el parque Juan Carlos I de Madrid y mientras un joven desaparecido

aparecía asesinado en Cantabria, el tal Luis Ángel había llegado a Burgos en la moto de Alejandro, por tanto desde Santander, y se había ido en coche con Clemente hasta Madrid.

—Claro —añadió Martín, que parecía seguir sus pensamientos —. Se le había visto salir de la playa en esa moto. Por la tarde.

Esteban le dio vueltas. Era difícil, pero era posible. Así que llamó a María.

—Comisaria ¿cómo estás?

—Bien, Esteban, bien. ¿Y tú?

—Todo encaja, comisaria, todo comienza a encajar.

—A ver.

Y lo que le contó Esteban fue digno de un nuevo croquis a lo grande. Ella tiró de un póster colgado en su cocina, de nuevo le dio la vuelta, de nuevo se tendió en el suelo, de nuevo rotulador en mano, y apuntó:

> Jueves: Luis Ángel asesina a Alejandro en Oyambre (Cantabria). El mismo jueves o el viernes, viaja a Madrid. Posiblemente ha ido en su coche y en él se va. Pero la moto queda allí.
>
> Viernes noche: Luis Ángel asesina a Samuel en Madrid.
>
> Sábado por la mañana: Se da cuenta de que algo ha fallado, la moto de Alejandro también tiene sus huellas, tal vez guarda algo que debe recuperar, hay que volver, por alguna razón hay que esconderla. Viaja de nuevo de Madrid a Cantabria. Posiblemente en tren o en autobús (Esteban, comprobar. Chequear horarios y cámaras en estaciones). Coge la moto y en ella viaja hasta Lerma. La deja a buen recaudo en el campamento y vuelve a Madrid con Clemente, en el BMW de Clemente.
>
> Ayer: Regresa a Lerma, de nuevo seguramente en su coche. Cargado de bidones. La saca del garaje y la quema. ¿Qué hay en la moto? Tal vez más pruebas. Tal vez es solo pura obsesión.

—Es un enfermo —se dijo María en alto, mientras se incorporaba observando lo que había escrito. Si había más pruebas, habían desaparecido en el fuego. Si era obsesión, el asesino volvería a dar señales. También podía tratarse de ambas cosas, no importaba, tenían lo principal.

Luis Ángel García Humanes, que viene y va.

Hermano Humanes, el número 4.

HH. Todo cuadraba.

¿Y dónde encontrarle?

Profesor en Madrid.

Malos tiempos para encontrar a un profesor, en pleno julio. Pero con su nombre, su apellido y su congregación, cercarle iba a ser cuestión de horas.

Aunque antes, tenía grandes dudas que resolver. Y eso lo iba a hacer con Luna.

El calor caía a plomo al mediodía sobre el asfalto y ni un alma se atrevía a atravesar ese bosque de esculturas polvorientas y resecas por un sol implacable.

—No querrás que me derrita andando por este desierto —le había dicho Luna por el móvil al llegar al parque—. Recógeme, comisaria.

Y María le recogió en la entrada, mientras se hacía abrir la verja que impedía el paso a todo vehículo ajeno al lugar. Luna subió al coche policial, miró a María y perdió de un soplo su aire de macho ibérico siempre atento a sacar el látigo dialéctico de la ocurrencia escéptica.

—¿Pero qué te ha ocurrido, niña? —Y le acarició con ambas manos el cabello mientras la miraba a los ojos, a salvo entre esparadrapos y vendas—. ¿Quién te ha hecho esto?

María tragó saliva para deshacer el nudo de emoción. Concentrada como estaba, se olvidaba del impacto de su rostro parcheado, esta vez por los vendajes que ella misma se había colocado con más torpeza que maña. Contuvo el ataque de sensibilidad que les rondaba, pero no evitó hundirse en el abrazo repentino de Luna, viejo reportero y sin embargo amigo.

—Venga, venga, que tenemos mucho que hacer.

—Joder mi niña. Sabía que habías tenido lío, pero no que lo llevaras escrito en la cara.

—Escrito, escrito… mientras no esté escrito en tu periódico…

—No te quejarás, he contado poca cosa. Estoy esperando tu historia.

—Y yo la tuya.

Bien. No habían tardado en recuperar el tono. Su relación, ya se sabía, era muy simple: qué buena estás, qué imbécil eres, qué me cuentas, qué me das tú, el día que tú quieras…, vete a la mierda. Y mientras cumplieran los términos, y así había sido en los últimos años, hasta el afecto era posible entre los dos. Al fin y al cabo compartían un objetivo: saber. Y disentían en otro: cuándo contar. En general podían llegar a acuerdos buenos para los dos. Salvo en lo de «el día que tú quieras…», faltaría más.

Así que, salvados por el aire acondicionado del coche, fueron penetrando en un parque en el que hasta los peces de colores se ocultaban bajo los nenúfares para huir del sol invasor. El lago principal estaba seco y precintado. Olía mal. Bajaron ahí. Los charcos de barro agrietado eran ya los únicos testigos del asesinato de Samuel. María miró a Luna.

—¿Y bien?

—¿Qué?

—¿Me vas a contar?

—Creo que va siendo hora.

María se quedó mirándole. Los dos sudaban. Se sentaron a la orilla del estanque vacío, bajo una sombra de la que ni su presencia hizo huir a dos gorriones que picoteaban pan guarecidos del calor.

—Voy a contarte algo que te va a sorprender. —Luna la miró a los ojos, ella escuchaba atenta—. Este caso ha estado vinculado a mí desde el principio, ha removido historias del pasado y del presente, no sé por dónde empezar.

—¿El asesinato de Samuel? ¿Y de Alejandro? ¿Vinculado a ti? Explícate —María le miró, intrigada.

Luna siguió, enigmático.

—En realidad este caso comenzó hace cuarenta años, cuando yo empezaba mi carrera y está acabando cuando se termina —hablaba abstraído, como para sí.

—¿Qué quieres decir?

—Acabo de firmar mi despido. Mi jubilación.

—¿Despedido?

—La crisis. Estoy fuera, comisaria. Prácticamente fuera.

—¡Luna! —De todas las explicaciones que había podido imaginar, esta es la que jamás se le había podido pasar por la cabeza. Luna despedido, jubilado. ¡El mejor periodista que había conocido jamás! La crisis iba devorando pedazos de vida a su alrededor, pero jamás habría supuesto que pudiera alcanzar a este Quijote de las causas secretas, al rey de las cloacas, de la investigación discreta, a este escrutador de capas y más capas de la realidad —. Tú no vas a dejar de escribir, de eso no me vas a convencer.

Él bajó la vista. La temperatura abrasadora había aplanado el aire del parque, debían salir de allí o pronto se asemejarían a ese lago drenado, seco y maloliente.

—Hay una viejísima historia, una historia que tiene que ver conmigo y con el asesino y que tú debes saber.

—¿El asesino… y tú? —María aguzó el oído, las sorpresas solo habían empezado, de eso era Luna el maestro.

Él siguió:

—Fue mi primera investigación seria. Yo era un periodista que empezaba y descubrí un escándalo en una parroquia de Madrid. — María escuchaba, pese a trabarse en algunos silencios, el periodista continuó —: Yo tenía apenas veinte años, eran los años setenta, había un ambiente de denuncia y libertad después del franquismo, todos los periodistas nos lanzábamos a investigar, había un orgullo…

—No te hagas el abuelo, Luna, sé perfectamente lo que había, ve al grano.

—Descubrí un caso de abuso sexual en un colegio de Madrid. — A Luna le empezó a temblar la voz, ella nunca le había visto así —. Al principio era algo que se comentaba por ahí. Pero me enteré bien, investigué, busqué testimonios y conseguí que uno de los chavales identificara al culpable y hablara para mí. Las víctimas eran chavalillos que ayudaban en la Iglesia, que pasaban el cepillo, atendían al cura y se ganaban unos duros y la salvación, ya sabes, eterna — Luna se interrumpió.

—¿Y qué pasó? —A Luna le costaba avanzar, María le animó.

—El energúmeno aquel les hacía confesar, primero arrodillados en el confesionario, pero luego…

—¿Luego?

—… luego les hacía pasar dentro… — Luna paró; el relato le estaba causando más sudores que el calor — primero uno solo, después…

—Déjalo.

—… después varios… —la voz quebrada de Luna era difícil de afrontar, era otro Luna el que María tenía ante sí.

—Déjalo, amigo.

—Les hacía desnudarse como parte de la penitencia, les decía que debían humillarse para encontrar el perdón de Dios.

—Luna. Déjalo.

—Y luego les hacía sentarse encima suyo, les… — Luna volvió a callar, se pasó un pañuelo por la frente, lo guardó —. Los chicos no querían hablar pero a uno le convencí, poco a poco me fue contando lo ocurrido, identificó al abusador. Yo me comprometí a ayudarle, a

perseguirle, le convencí de que publicarlo era el primer paso, después vendría la denuncia, el castigo, le dije que el culpable sería apartado.

—¿Y qué pasó?

—Que nunca se publicó.

María seguía escuchando. El sudor empezaba a levantarle los vendajes, había que irse de allí, pero no iba a ser ella quien interrumpiera a Luna. Él continuó:

—Llevé la historia a la redacción. Pero se paró. Entró en el túnel de absurdo. «Es que debemos comprobar estos nombres». «¿Has llamado al acusado para que te dé su versión?». «Es que hemos hablado con los chicos y lo niegan». «Tu historia no se sostiene».

—¿Y qué hiciste?

—Yo estaba empezando, al principio me creía sus patrañas, pero finalmente mi jefe se sinceró: «Esto no va a salir. El pederasta es demasiado poderoso para que le podamos tumbar».

—¿Y?

—Me fui. Sencillamente me fui.

En ese momento, los dos vieron un vehículo amarillo con los distintivos del parque aproximarse al lago, emergía borroso entre los vapores caldeados del asfalto. María apremió:

—¿Y qué tiene que ver todo esto con mis crímenes?

—Perdí la pista de aquel pederasta, pero mi jefe no.

María no daba crédito. ¿Un pederasta de los años setenta en la España de hoy? Pero el coche del parque se había hecho realidad ante ellos, no era una ilusión visual. Frenó a unos metros. Los gorriones alzaron el vuelo asustados. Y un hombre salió del vehículo.

—¿Y crees que es el mismo pederasta?

—Según mi jefe, sí.

El hombre se les acercaba. Era el director Perales. Fin de la fiesta.

—Pero algo no cuadra, Luna. ¿El Hermano Humanes, en los años setenta? — apuró María.

—¿Humanes? ¿Quién es ese? ¡Humanes no! ¡Hablo de Clemente Herráez!

—¡Luna! ¡Comisaria! ¿Cómo venís a mi parque sin pasar a verme?

Perales ya les había alcanzado. Luna y María se miraron, una chispa de complicidad infantil brotó de forma simultánea en sus ojos y no tuvieron que decirse nada para ponerse de acuerdo, levantarse y poner rápido rumbo al coche.

—Tengo muchas cosas que contaros, hemos aprobado un nuevo plan de seguridad, hemos reforzado las patrullas, vamos a implementar…

Ambos entraban ya al coche sin apenas dedicarle más que un gesto rápido con las manos.

—¡Luna, Luna! ¡Comisaria!

—Una llamada de emergencia, Perales, nos vamos — María se apiadó antes de cerrar su puerta lo suficiente para darle una explicación, pero la risa se le escapaba de los labios apretados.

Los dos ya se alejaban risueños como niños pillados in fraganti mientras el director aún les gritaba:

—¡Luna! ¡Aún no me has mandado el fotógrafo! ¡Nadie me ha llamado de *El Diario*! ¿Publicarás la entrevista el domingo…?

Las carcajadas les acompañaron mientras ella aceleraba y el aire acondicionado les refrescaba la fuga. Antes de salir del parque, ella frenó un instante junto a una escultura. Bajó del coche de nuevo. La placa estaba a sus pies: «Dedos. Mario Irarrázabal. Chile». Rodeó el

conjunto sin prisa, palpando con su mano abierta el granito del índice, corazón, anular, meñique, pulgar. Él, inquieto, vigilaba el camino.

—Dedos. Esto es lo que ellos se tatuaron en la piel, Luna. Los dedos clamando al cielo. Y una corona de espinas. El símbolo del sufrimiento.

—Vámonos, niña. O te vas a derretir.

Y ella volvió al coche. Aún tenían muchísimo de que hablar.

Los pantalones, las camisas, el neceser. Al fin hacía la maleta de verdad. Al fin sus objetos iban a clasificarse entre los que debían de acompañarle y los que iban a quedarse atrás. Al fin la ropa estaba lista para entrar en ella e ir con él. Su estante vacío, su Biblia cerrada, su portátil preparado; esta vez no era un sueño. «Debes decir adiós». La voz de Dios aún resonaba en su cabeza. «Debes decir adiós». Dobló meticulosamente la ropa, la metió en la maleta. Comprobó el brillo de sus zapatos, los introdujo en su funda. Los cinturones. Alineó calzoncillos, calcetines, camisetas. Los guardó. «Debes decir adiós». Bien doblado, bien agrupado, todo encajaba en el futuro. Se miró en el espejo diminuto que le guiaba cada día en su afeitado; estaba demasiado serio y pálido. Intentó ensayar una sonrisa, no le salió. Voy a dejarme bigote. En Uruguay voy a dejarme bigote. Intentó imaginarse distinto, podía quedarle bien; esta vez sí sonrió. Se sentó a su mesa, cansado, aún estaba débil por la fiebre, mareado, sus manos se posaron sobre el montón de folios agrupados. La tesis. Ahora completa. La acarició. Cuántas horas de trabajo, cuántas horas empleadas mirando a los niños, midiendo, contemplando sus pasos, fuera del horario escolar, haciéndoles desfilar en el gimnasio cerrado mientras él tomaba notas, mientras grababa, mientras anotaba con pulcritud su rendimiento, sus ritmos de crecimiento, la longitud de sus brazos. Sus piernas. Su musculatura.

Las grabaciones, las notas, las fotos que tuvo que descartar. Lo sacó todo de un cajón. Una caja de CD completa, cuatro años de trabajo. No, no lo iba a tirar. Todo eso también iba a ir a la maleta.

«Debes decir adiós».

Volvió al espejo, se miró. Se tocó el mentón, el labio superior. Un bigote, sí, un bigote. Y tal vez barba. Se acarició ambas mejillas rasuradas. Barba, sí. Se acercó de nuevo a la maleta, sacó la cuchilla de afeitar del neceser y volvió al lavabo, allí la posó y volvió a sonreír. Adiós, cuchilla. Adiós, rostro.

«Debes decir adiós».

Se acercó al crucifijo en la pared, de madera oscura, grande, no era suyo. Lo tocó. «Adiós, Cristo».

Volvió la vista hacia la cama. El viejo maletín de cuero también estaba ahí. Era la última pieza que faltaba por clasificar. ¿Llevarla a Uruguay o dejarla? ¿O había otra opción?

Dios le había liberado, le había curado. Y ahora debía decir adiós. Y para ello, intuía, debía volver allí. A una vieja casa. A un cementerio abandonado.

—¿Decías Clemente Herráez?

—¿Decías un tal Humanes?

Los dos hablaron a la vez, Luna y María se pisaban las preguntas mientras al fin se sentaban bajo el fresco de un potente aire acondicionado ante unas jarras de cerveza helada y el mejor jamón disponible en Fredo's.

—Empieza tú.

—No, empieza tú.

—Empieza tú.

Y Luna empezó. Su antiguo jefe, sus comienzos, su investigación, el niño abusado, el enfrentamiento con un superior. Y Andreas Gil, el joven violado en el parque, su nítida acusación, el testimonio que nadie había querido escuchar. Y siempre, un nombre: Clemente Herráez.

—¿Y por qué no publicaste lo del niño entonces, cuando llegaste a *El Diario*?

—Lo intenté. Contacté de nuevo con él. Le dije: «Ahora sí». Pero el chaval no quiso sostener la historia. Le habían machacado, supongo, le defraudé.

—¿Y esta carta? ¿Qué significa esta carta? — María sacó los recortes de periódico que Luna le había enviado, los números.

—Un mensaje del autor que envolvía los zapatos de Samuel. Simplemente lo encontré y te lo envié. ¿Y sabes de qué se trataba?

María alejó la bandeja de jamón, los vasos, dobló el periódico para dejar visibles los números, los observó, lo analizó.

—¿Versículos? ¿Capítulos y versículos de la Biblia? — prorrumpió.

—¿Cómo lo has sabido? A mí me costó un mundo averiguarlo — Luna estaba asombrado.

—El autor envió versículos a las víctimas horas antes de actuar. Jesús cura a un poseso. La liberación de un hombre poseído a partir del sacrificio de unos cerdos — explicó María —. ¿Y esto qué es?

—El castigo al pederasta, un capítulo muy distinto. Aquí Jesucristo condena al pederasta a hundirse en el mar con una piedra al cuello.

—Curioso.

El jamón había caído, había más hambre. A ella le dolía la cara al masticar, pero el sabor a bellota le hacía olvidar el malestar. El camarero entendió: algo rico para el paladar, fácil de morder. Una suave tortilla de camarones iba a ir marchando. Más cerveza y coca-cola.

—¿Curioso por…? —preguntó Luna.

—Piensa en las citas. Luis Ángel García Humanes, el autor, debe de ser un hombre torturado. Por un lado, su cuerpo se libera del espíritu impuro a través del sacrificio de unos cerdos; pero por otro lado duda, le tortura que él pueda ser el castigado, el ahogado por la sanción de Dios.

—Un momento.

—¿Qué?

—¿Y cómo has dicho que se llama el autor?

—Hermano Humanes.

—No, no. Su apellido no. Su nombre.

—Luis Ángel. Luis Ángel García Humanes.

—¡Luis Ángel! —lo dijo secamente, helado.

Cómo no había caído antes. Los recuerdos de hacía cuarenta años podían estar muy lejos, sí, exactamente a cuarenta años de distancia. Pero la noche que había pasado en blanco releyendo su

archivo, página a página, hasta desgranar los últimos detalles del episodio que marcó su carrera estaban frescos, muy frescos. Y eso sí que estaba claro: Luis Ángel era el niño, el niño que un día se atrevió a denunciar a Clemente, el niño al que un día defraudó. Su rostro estaba lívido, María comprendió.

—¿Es aquel…?

Luna asentía, el rostro blanco.

—¿Aquel niño…?

María hilvanó. Clemente Herráez. Hermano Humanes. Culpable y víctima, hoy dos culpables.

—… es este hombre torturado…

De pronto, los móviles de los dos cobraron vida y empezaron a vibrar sobre la mesa. Ambos miraron sus respectivas pantallas y, a la vista de la urgencia del mensaje, se lanzaron a responder.

—¿Qué ha pasado? —María hablaba con Tomás.

—Carlos está en la UCI, ha sufrido un infarto masivo.

—Nuestro Carlos, no debí someterle a tanto. Me vuelvo para allá.

—María.

—¿Qué?

—Cuando vuelvas…

—¿Qué?

—Cuando vuelvas… —Tomás se entrecortó.

—¿Qué?

—Tenemos que hablar.

La comisaria cerró el teléfono y recuperó la mirada de Luna, que también acababa de colgar.

—Su puta madre, su puta madre. — Luna empezó a golpear la mesa con el puño; los ojos abiertos, a punto de desbordarse. También se lo habían comunicado a él. Todos en la policía sabían que Luna y Carlos eran mucho más que viejas fuentes, eran como hermanos.

—Este caso le ha sacado de su tranquilidad. — María hundió su cara entre las manos vendadas.

—Niña, vámonos para allá. Vamos con Carlos.

Y es que otros podían dar caza al culpable. Pero acompañar a Carlos en la UCI, era algo solo apto para los amigos.

22

Clemente Herráez. El móvil que jamás llevaba encendido no iba a funcionar hoy tampoco y el colegio iba a ser un hervidero de policías y bomberos, era imposible ir allí. ¿Qué habría pasado? Clemente Herráez.

¿Dónde estás? ¿Cómo estás? La última vez yacías tumbado en el suelo, rodeado de cristales y ensangrentado, jadeando con dificultad en medio de la humareda mientras señalabas algo con la mano. El grueso maletín de cuero. Tu última voluntad. «¿Lo demás lo has destruido?», logró preguntar. «Lo acabo de hacer», respondió él. Y Clemente señaló de nuevo el viejo maletín que ahora tenía a sus pies.

Un intenso olor a gasolina y humo se había pegado a ella. Luis Ángel lo palpó, dudó, pero finalmente, por un solo instante, lo abrió. Listados, palabras subrayadas, rojo sobre negro, negro sobre blanco. Nombres marcados hasta marear. Aparentemente aquello no decía nada. Lo cerró, lo arrojó al interior de la maleta, selló la cremallera y, tras echar un último vistazo a su habitación, se persignó.

Podía ser arriesgado, pero había que intentarlo. Debía sepultar para siempre todo ese material.

—¡Leticia!

—¡Comisaria!

Las dos se fundieron en un rápido abrazo en la sala de espera de la UCI del Hospital de Santander. Apenas se habían conocido unos días antes pero la sintonía había sido fulminante y María sabía que, a saber por qué, era ella la que había avisado a sus colegas.

—¿Qué ha pasado?

Las dos lo preguntaron a la vez. Leticia, por las vendas de la comisaria. Esta, por lo ocurrido con Carlos.

—Estábamos en contacto, habíamos quedado. Él tenía novedades, pero tardaba y le llamé. — Leticia estaba nerviosa, hablaba deprisa, cansada, no parecía haberse movido de allí en muchas horas.

—¿Y qué pasó? —A María no se le escapó la tensión emocionada de Leticia.

—Le llamé. Contestó al teléfono. Pero solo oí una voz ahogada y una palabra sorda: «Ayúdame». Llamé a comisaría, enviaron una ambulancia; lo demás, ya lo ves.

—Infarto masivo de miocardio. Tendremos suerte si logra salir de esta. — Luna se había informado, estaba abrumado, María le cogió una mano y la apretó —. Pronto podremos pasar a

verle unos minutos.

—Leticia ¿sabes si había averiguado algo importante, si tenía alguna novedad? — María no renunciaba a saber algo más.

—Ayer iba a ver a… a otro de los… amigos de Alejandro. El número 5.

—El profesor de Química, si no recuerdo mal.

—Recuerdas bien.

—¿Y qué pasó?

—Es lo que me iba a contar.

Se sentaron a esperar. Luna estaba desbordado. María le observó con ternura y, como tantas cosas raras en estos días tan raros, aquello era nuevo. Despedido, jubilado, arrojado de *El Diario*, enredado hasta la médula en un caso sucio, asustado ante el infarto de un amigo, era otro Luna el que estaba allí. Leticia, deshecha, había perdido a su hermano y ahora estaba cerca de otro drama, María podía percibir sus sentimientos a flor de piel. Carlos, el maestro comisario ingresado, enfermo, luchando otra vez contra la muerte. ¿Y ella? Sus heridas no eran nada importante pero, por una vez, se permitió cerrar los ojos nublados — nublados, sí —, apoyar la cabeza en el hombro de su amigo y llorar. Llorar a mares, por una vez.

Faltaba la Biblia, las llaves y adiós. Adiós, cama individual. Adiós, espejo. Adiós, destrozo en la pared. Si es viernes, son las cinco. Si es sábado, son las seis. Si es domingo, son las siete. Y siempre es demasiado tarde. Adiós, puntualidad. Adiós, rutina. Adiós, residencia, adiós. No había un alma de la que despedirse, tal vez la suya se estaba quedando allí. Adiós, Luis Ángel García Humanes; adiós a mí mismo; adiós, profesor en Madrid. Adiós.

Introdujo la maleta en el coche, miró a su alrededor, apenas amanecía y un ejército de pájaros formaba filas en las ramas de los árboles para disfrutar del frescor. Al fin se asomó el encargado, debía de haber estado dormitando.

—¡Hermano Humanes! —le llamó—. ¿Se va usted ya?

—Así es.

—A Uruguay ¿verdad?

Él asintió.

—Le deseo suerte, Hermano. ¿Ya se ha recuperado usted?

—Por completo.

Y con un corto apretón de manos le despidió. Adiós, encargado de la residencia. Adiós.

Comenzó a deslizar el coche suavemente calle abajo, bajó las ventanillas, sintió el chasquido de las piñas y las púas bajo la presión de los neumáticos, el olor familiar de los pinares y frenó. Debía despedirse del parque, su parque, sus carreras al amanecer. Descendió. Un momento iba a bastar.

Al fin pudieron pasar. Cama 2. Carlos yacía cuan largo y corpulento era, apenas cubierto por una escasa sábana desgastada de hospital. Luna y María avanzaron hacia él. Esos enfermos estaban en el umbral de otro mundo y el recinto concentraba un olor denso, mezcla de laboratorio, sangre y sudor, además de un intenso calor artificial. La vista se les fue hacia una mujer con el cráneo

asaeteado por gruesos clavos recogidos en un arco de metal. «Solo diez minutos. No pueden estar más». El comisario tenía los ojos abiertos, pero la mirada perdida.

—Carlos.

No reaccionó. Los dos amigos se pusieron uno a cada lado, junto a él. Respiraba con dificultad. Los monitores de control marcaban el ritmo; les asustaron los sonidos, pero el personal médico ni se inmutó.

—Carlos, amigo.

María le acarició el hombro, él no respondía. Luna estaba pétreo. El rostro del comisario estaba pálido, sus brazos flácidos por encima de la sábana, montones de cables registraban su pulso vital. Ni la otra vez le habían visto tan mal. Pasaron unos minutos.

—Carlos.

Ninguna reacción. El llanto de otras visitas llegaba hasta ellos, miraron alrededor. El hombre situado junto a la mujer de los clavos sollozaba sin remedio, se aferraba a su mano mientras una enfermera le decía suavemente:

—Tal vez es mejor que salga, señor. Más tarde podrá ver a su hija de nuevo.

Había que desalojar. María volvió a acariciar el hombro al comisario. Le pasó el dorso de la mano suavemente por la frente, las mejillas, ninguna reacción.

—Estamos aquí, Carlos, no te vamos a abandonar.

Y ambos salieron de allí.

Andar.

Andar no, correr.

Correr no, volar.

Volar. Si se pudiera volar, atrapar el único aire fresco disponible y adherirlo al rostro, piernas, hombros y brazos desnudos al amanecer, alcanzarlo y retenerlo.

Luis Ángel se alejó corriendo entre los árboles dejando el coche atrás, absorbiendo el oxígeno limpio de la mañana y repitiendo, por última vez, el recorrido metódico que había seguido cada mañana, cada día, durante tantos años, tras tantas noches de insomnio.

Si es viernes, son las cinco. Si es sábado, son las seis. Si es domingo, son las siete. Y siempre es demasiado tarde. El frescor huye más deprisa, escapa siempre. Los pies te lanzan al parque, el coche se queda atrás, el aire te acelera el pulso y pone en guardia cada célula dormida, cansada, perezosa y vaga, pero nunca es suficiente. El aire escapa y el calor vuelve multiplicado por dentro.

Huir, volar y sentir las bandadas de pájaros alzando las alas al paso para competir, como si el torrente de sangre también arrastrara a los cuervos y me quisieran acompañar. ¿Dónde estás, Clemente Herráez?

Volar. Pisar la hojarasca, sentir las ráfagas de agua que lanzan los aspersores, dejarse empapar sin variar el rumbo. Hay que seguir, volar, huir.

Huir. Porque no hay solo ramas, riego y cuervos aguardando las zancadas, no hay solo aire fresco en el parque. Porque hay una pareja escondida que no ha terminado de amarse. Porque hay un grupo de jóvenes que apenas está empezando su juerga. Porque hay botellas tiradas. Porque hay condones. Usados. Porque hay mendigos. Con perros. Cartones. Pecados.

El parque debería ser puro y otra vez me está esperando con la cara sucia del pecado.

«—¿Pero no has pecado tú también?

—No es lo mismo.

—¿Pero no has amado tú también?

—No es lo mismo.

—¿Pero acaso no has matado?

—Yo no he sido.

—Claro que tú has matado.

—Yo no he sido».

Luis Ángel paró repentinamente en medio del bosque, su pecho jadeaba y las lágrimas brotaban de sus ojos. Se dio la vuelta, quería volver atrás, pero se desplomó en el suelo cubriéndose la cara con las manos. Varios jóvenes sentados en corro se asustaron, alguno amagó con levantarse — «¿Está usted bien?» — y él gesticuló para que le dejaran en paz. Luis Ángel lloraba mientras las voces seguían librando una batalla en su interior.

Debo volver al coche.

«—Has matado.

—Yo no he sido.

—Claro que has sido tú.

—Yo no he sido».

¿O es que la orden no era limpiar, sanar? ¿O es que no has hecho sino obedecer a un superior? ¿O es que no íbamos a corregir el rumbo, lavar la herida, poner freno a las pasiones que nos torturaban desde niños, castigar a aquellos que disfrutan del pecado? ¿Acaso no queríamos arrojar los espíritus al lago y empezar de nuevo, limpios y perdonados? ¿O ahora me vas a poner la piedra al cuello, Dios? Háblame. Al fin y al cabo yo nunca me atreví… Yo nunca desafié tu autoridad, su autoridad. Yo nunca te cuestioné, nunca le cuestioné. Nunca me opuse. Nunca le paré. Y nunca logré… Dios mío ¿pero de qué lado estás tú? ¿De qué lado estás?

Las lágrimas se agolparon en sus ojos como las gotas de agua del aspersor.

¿Dónde estás, Clemente Herráez?

«—Eres un asesino.

—Pero soy una víctima.

—Eres una víctima.

—Pero soy un asesino».

¿O es que aprender el catecismo mientras una mano adulta busca algo muy lejos de los mandamientos no te convierte en víctima? ¿O es que las noches de vigilia en el internado intentando mantenerte alerta no lo explican todo? ¿O es que aprender a buscar un escondite, a respirar sin ruido, a huir de las duchas entre el rumor de sotanas no lo justifica todo? ¿O es que el padre que te dejó allí al cuidado de los curas no tiene nada que ver? ¿O es que la madre que murió sin ayudarte a crecer no es culpable?

¿O es que el bien va a resultar ser el mal y el mal va a resultar ser el bien?

El aire fresco del amanecer ya se ha escapado. Quedan largas horas para abrasarse en el horno del calor. Largas horas, largos días, largos años.

¿Dónde estás, Clemente Herráez? Adiós, Clemente Herráez.

Vuelve al coche y lárgate.

Luis Ángel regresó sobre sus pasos, subió al coche, dedicó una última mirada al parque y arrancó.

Adiós, bosque. Adiós, carreras, Adiós, Clemente Herráez.

23

El pulso no iba bien, comenzaba a ser irregular; las arritmias saltaban en el monitor de control como decibelios clamando socorro; la respiración apenas se escuchaba. Esteban y Martín se apartaron al paso de los enfermeros que acudían corriendo ante la señal de alarma. No había nadie más en la habitación de Clemente Herráez, ni una visita, ni un compañero, ni un familiar. Los agentes salieron al pasillo. Los ramos de flores abarrotaban las puertas de otras habitaciones, pero allí no había un solo pétalo. No había nada más que hacer. Le habían preguntado, le habían hablado, pero solo habían obtenido un tenue hilillo de voz:

—Luis Ángel.

—¿Nos quiere contar algo?

—Avisen a Luis Ángel, tengan piedad — se apagaba, se aproximaron a su tenue hilo de voz —. En la residencia de Madrid.

No era una confesión, eran las penúltimas palabras de un moribundo que imploraba una compañía. Hubo tres más.

—Tráiganme un confesor.

Y había un confesor en el Hospital de Burgos, un sacerdote joven dando misa a familiares y pacientes capaces de llegar a la capilla, una docena en total. Fue llamado, interrumpió el oficio, corrió al ascensor, subió hasta la planta 12, llegó a la habitación. Pero un pitido uniforme en el monitor de control fue el único átomo de vida que le esperaba, porque Clemente Herráez, el director pastoral de la iglesia, acababa de fallecer.

—¿Le conocía usted? —probó Esteban.

—¿Yo? Ni idea. Solo me han llamado para darle confesión.

—¿Y al Padre Luis Ángel?

—¿Luis Ángel? Yo qué voy a conocer. ¿Y ustedes? Son los últimos que le han visto con vida, ¿me pueden contar algo de él para que pueda pronunciar una oración?

—Sí. Que no se la merecía.

Y el joven sacerdote los miró extrañado. Uniendo las manos y cerrando los ojos, comenzó a musitar una oración. *In nomine patris*. Y bendijo su cuerpo trazando una cruz con la palma de la mano en el aire. «Descanse en paz, Dios mío, acógelo en tu seno». Después, se dio la vuelta y se excusó:

—Me disculpan. Debo volver a terminar la misa, que he dejado a medias.

—Que la termine usted bien — dijo Esteban, que se volvió hacia Martín y añadió —: Burócrata de la extremaunción.

Y Esteban y Martín también se fueron.

Puede que el sacerdote le hubiera bendecido y perdonado, pero los poderes de la Iglesia no iban a ser suficientes para que Clemente Herráez evitara las llamas del infierno por una larguísima temporada, quizá una eternidad, pensó Esteban.

O puede que en su tumba le royeran los gusanos y eso fuera todo. Que cientos de niños y padres perdieran la oportunidad de conocer la justicia, de ser resarcidos, pensó Martín.

24

—¡La ropa! —María no preguntó, exclamó.

—¿Cómo? —Leticia se sorprendió.

—¡La ropa del comisario! ¿Dónde está?

—No lo sé.

—Busquémosla.

La comisaria saltó del asiento desgastado y sucio de la UCI y se encaminó veloz al mostrador. Leticia y Luna, perplejos, la siguieron.

—¿Dónde está la ropa del comisario?

—¿Qué quiere decir?

—Ahí dentro el comisario está cubierto con una sábana — María señalaba enfadada la puerta de la UCI —, supongo que no vino así. ¿Dónde han quedado sus cosas?

—No lo sé ahora, señora. El protocolo incluye quitárselo todo, meterlo en una bolsa y guardarlo en el almacén hasta que salga de la UCI, yo no se lo puedo dar.

—Ya le digo yo que sí. Y ahora mismo, me lo va a dar.

No necesitó enseñar la placa. Le bastó con sugerir una llamada fulminante a un superior para que el enfermero levantara el auricular y pulsara los números necesarios para que, en apenas dos minutos, un celador de verde le trajera una bolsa precintada y arrugada marcada con las palabras precisas: «Carlos Fuentes». La rasgó.

—¿Qué buscas? —preguntó Leticia —. Carlos aún no lo va a necesitar.

—No es para él lo que busca — Luna lo había entendido, siempre lo entendía todo.

—Datos, busco datos. ¿Qué hizo antes del infarto? — María ya había sacado una camisa, no tenía bolsillos. Iba a por el pantalón.

—Ya sabes que Carlos no trabaja con libreta — dijo Luna.

—Pero con móvil sí. Y aquí está. — Y metiendo los dedos en un bolsillo endiabladamente estrecho, María logró sacar el teléfono de su compañero, en el que un hilillo de batería en rojo era suficiente para intentarlo todo. Buscó las llamadas más recientes —. Leticia, Leticia, Leticia… — María hablaba con un retintín creciente y le dedicó una mirada de curiosidad, mientras ella se encogía de hombros y su rostro enrojeció — comisaría, Víctor, María, esa soy yo… y aquí está, un móvil sin identificar. A por él.

Leticia y Luna la miraban; él divertido. Reservada como era cuando estaba metida en un caso, Luna se daba cuenta de que en realidad nunca la había observado de cerca en acción, ella siempre le había tenido a raya. La comisaria estaba ya pulsando el número desconocido mientras a toda velocidad pasaba las hojas de su libreta, ella sí.

—¿Dígame?

—Buenos días… —María continuaba pasando las páginas, no encontraba el dato exacto.

—¿Quién es?

—Buenos días, profesor… —Al fin lo encontró, clavó el bolígrafo en la página exacta, las iniciales exactas, el apellido exacto —. Buenos días señor Gómez.

—Buenos días. ¿Se puede saber con quién hablo?

—Soy la ayudante del comisario Fuentes. — Cruzó los dedos, esperó.

—Ya le he contado todo, francamente, y quedamos en que me iba a dejar en paz.

—Solo nos falta un dato, señor Gómez — María tragó saliva, Luna y Leticia también —, y no le molestaremos más.

Tras un breve silencio, él continuó:

—¿Qué dato?

—Necesitamos saber la dirección, dónde se reunía con Alejandro, dónde tomaba las fotos — María contuvo la respiración, sus amigos también.

—¿Y me dejarán fuera de todo? ¿No tendré que ir a declarar?

—Ya lo sabe —María se tiró el farol, era muy probable que Carlos le hubiera dado similares esperanzas —. Haremos todo lo posible para que sea así.

Y tras unos segundos que les parecieron horas, el profesor de Química al fin habló:

—En la vieja imprenta de San Román.

Y el móvil murió.

Los tres se miraron expectantes, pero una enfermera llamaba de nuevo a los familiares para entrar a ver a los enfermos. De nuevo, de dos en dos. De nuevo, los diez minutos de rigor.

—Esta vez entráis vosotros — dijo María, Leticia protestó —. Tengo otra visita que no puede esperar.

Residencia de Madrid. Ni más ni menos que 1357 residencias en Madrid. Tomás hizo correr unos segundos los pantallazos inútiles y volvió al índice del buscador. Residencia de los Penitentes de Madrid. Probemos así. Solo tres. Bien. Martín y Esteban le rodeaban en torno al ordenador. Los tres se miraron y entendieron: una para cada uno.

—¿Luis Ángel García Humanes, por favor?

—¿Quién?

—Pregunto por el Hermano Humanes. ¿No vive ahí?

—No señor.

Martín les hizo un gesto negativo, Esteban también. La suerte fue para Tomás.

—Residencia de los Penitentes. En la Ciudad Universitaria. Me han dicho que, al menos hasta hoy, ha estado ahí.

Y comprobadas esposas, pistolas y placas en su sitio, con la adrenalina hirviendo, los tres policías salieron disparados hacia allí.

El billete de avión sobresalía incólume entre las páginas de la Biblia posada en el asiento del copiloto. Luis Ángel lo comprobó una vez más mientras se tanteaba el pasaporte en el bolsillo de

la camisa y ponía la cuarta marcha para acelerar. Lo tenía todo, estaba entero, se sentía ya repuesto y lleno de serenidad. Adiós, carreras. Adiós, parque. Adiós, por fin, Madrid.

San Román era un viejo pueblecillo situado a pocos kilómetros de Santander que no le costó encontrar y que albergaba idéntico magnetismo que el barrio de la abuela de Alejandro. En un suspiro, María había pasado del infierno de barriadas del extrarradio de Santander al paraíso rural. Casas de piedra plagadas de geranios rojos en los balcones, una pequeña iglesia bien conservada, una bolera, varios ancianos curioseando y algunas señoras sacudiendo sábanas por las ventanas formaban un paisaje particular que algunos nubarrones se empeñaban en amenazar. El sonido de unos truenos se escuchaba muy lejano y algún gato cruzó zumbando la plaza central. Merodeó un poco por ahí y, tras preguntar, se encaminó hacia una gran casa apartada cuya fachada lateral aún tenía grabada en letras góticas y desgastadas la palabra clave: «Imprenta». Estaba pegada al cementerio.

Llamó. Pasaron largos segundos hasta que volvió a tocar el timbre, sin resultado alguno. Se alejó unos pasos de la puerta mientras volvía la vista hacia el balcón y al fin vio asomarse a una señora en bata y delantal. Qué podía relacionar a esa ama de casa con Alejandro y sus amantes era un misterio creciente.

—¿Quién llama? —gritó la señora desde arriba.

—Disculpe ¿podemos hablar? — María intentaba no gritar, algunas vecinas empezaban a asomar. Unas ráfagas de viento movieron las ramas y algunas contraventanas, las nubes se estaban cerrando.

—No quiero nada, pesados, siempre vendiendo, no quiero nada — la señora sacudió el trapo de polvo sin ninguna compasión hacia María, que hubo de cerrar los ojos ante la lluvia de motas que se avecinó sobre ella y sus vendajes antes que la de verdad.

—Ábrame, joder, soy policía.

Las vecinas se miraron unas a otras entre las ventanas, los ojos y el gesto alerta. A María no se le escapó la expectación mientras se pasaba las manos por la cara aún malherida y aguardaba a que la señora bajara con su mal humor y le abriera, al fin, la puerta.

—Lo siento, lo siento, creí que era usted una testigo de Jehová, una vendedora… ¿Qué desea? — asomó, con la sonrisa forzada, las zapatillas desgastadas.

—Saber si conoce usted a este chico — María sacó una foto de Alejandro.

—No. ¿Qué ocurre?

—¿Quién vive aquí?

—Mis hijos, mi marido y yo, nadie más — la señora se empezaba a asustar, no parecía amable, pero tampoco parecía que tuviera nada que ocultar.

—¿Desde hace mucho?

—Toda la vida de casados, ya más de treinta años. ¿Qué ha pasado?

—¿Por qué figura ahí la palabra *imprenta*? ¿Es esto una imprenta?

—Era una vieja imprenta, señora, su antiguo dueño era el impresor, pero murió.

—¿Y está segura de que nadie más viene por aquí? Es una casa muy grande.

—Mire, señora…

—Comisaria. Comisaria Ruiz.

—Mire, comisaria Ruiz. Aquí vivimos una familia normal, no sé qué está buscando, pero aquí no nos metemos en líos.

—¿Me permite echar un vistazo?

La dueña le franqueó el paso, ahora solícita, y María entró justo en el momento en que un chaparrón de lluvia gruesa empezaba a malograr el día. Era una casa aseada, olía a Fairy, limpieza, café.

—¿Sus hijos no están?

—Están todos fuera, de vacaciones, de campamentos…

—¿Campamentos? ¿Cuántos años tienen? — La alerta saltó.

—Diecisiete el menor, el que está de campamentos.

—¿Dónde? —María temía lo peor.

—En Asturias.

—¿Con quién?

—Con los *scouts*.

Calma, no era esa la conexión. María siguió.

—¿Y los mayores? ¿Dónde están?

—Con sus novias en Canarias. Tienen veinticuatro y veintiséis años, ya son mayorcitos los dos. ¿Qué ocurre? ¿Les ha pasado algo? — la señora se inquietaba por momentos.

—¿Puedo ver sus habitaciones? ¿Le importa enseñarme la casa?

—Me está asustando, comisaria. Por supuesto mire lo que quiera, aquí no tenemos nada que ocultar.

María se adentró en el pasillo, la lluvia había oscurecido el ambiente, recorrió la planta baja sin reconocer nada especial. Subió al piso superior. Las habitaciones estaban pintadas de blanco, y no precisamente hacía poco; la casa entera estaba a falta de un repaso. Las fotos de Alejandro no tenían mucha calidad pero si algo estaba claro en ellas era el trasnochado gusto de los papeles pintados que cubrían las paredes donde estaban hechas. Y, evidentemente, no era este el lugar.

—¿Puedo saber lo que busca?

María callaba. Revisó de nuevo la planta superior, de principio a fin, algo no cuadraba. Descendieron. La intriga parecía otro personaje en escena, concretamente la dueña de la situación.

—¿Y esto es todo? ¿No hay ningún espacio más en su casa? ¿Un sótano? ¿Un desván?

—¿Más espacio? ¡Qué más quisiera yo!

—Le enseñaré algunas fotos. — Y María sacó las imágenes de los seis hombres —. ¿Reconoce a alguno de ellos?

—Claro que sí. —La señora fue directa al 4 con viveza, pero en seguida sus ojos se ensombrecieron —. Este es Luisito, el pobre Luisito.

—¿Luisito? —María abrió los ojos como platos. Luisito. Había dado en el clavo.

—Claro que es él, Luisito, el pobre. El hijo del impresor, el antiguo dueño de esta casa.

—¿Y pobre por qué?

—Porque era un crío cuando se murió su madre, fue un drama en el pueblo, y luego le mandaron a un internado en Madrid. No ha tenido una vida fácil, Luisito — su gesto se había definitivamente nublado.

—¿Y le ha visto últimamente? — María intentaba mantener la calma, aparentar la tranquilidad necesaria para superar el abismo entre la señora sorprendida que hasta hace segundos no sabía nada y la que ahora lo sabía absolutamente todo. Naturalidad, se decía, sobre todo naturalidad —. ¿Le suele ver por aquí?

—Pocas veces. De vez en cuando viene a la imprenta. Su padre siguió viviendo ahí hasta que murió, y él viene de tanto en tanto. Hace unos años…

—¿Qué?

—… se le quedó abierto el gas.

—¿Y qué ocurrió?

—Que llegué a tiempo y le salvamos.

—¿Pero dónde?… ¿dónde está… la imprenta? — Naturalidad, María, mucha naturalidad.

—En la parte de atrás. Solo tiene que rodear la casa y la encontrará, subiendo una pequeña escalerilla. Antes vivían y trabajaban aquí, en todo el edificio. Pero cuando el padre enviudó, segregó la mayor parte de la vivienda, nos la vendió, y se quedó un pequeño apartamento con taller en la parte de atrás. Era nuestro vecino de pared.

Así que era eso. La planta de arriba no cuadraba porque era más pequeña que la de abajo, una parte de ella estaba separada y formaba otra vivienda aparte con acceso diferente.

—¿Y no tendrá la llave?

—No le hace falta, comisaria. Bajo el felpudo de la entrada se la encontrará. Ahí la dejaba siempre el viejo impresor y ahí la sigue dejando Luisito. Así le pudimos salvar aquella vez.

Qué más podía pedir. María dio las gracias a la señora y salió. Con el corazón más desbordado que los charcos que estaba pisando pero, sobre todo, con muchísima naturalidad. Naturalidad e intriga, que también salió con ella.

—Hoy se ha despedido, se traslada a Uruguay.

—¿A Uruguay?

—A Uruguay. Ya se ha ido al aeropuerto.

—¿Hace mucho?

—Un par de horas, nada más.

—Mierda.

El recepcionista de la residencia de los Penitentes arqueó las cejas sorprendido, no era ese un lenguaje común en aquel silencioso lugar.

—¿Está seguro?

—Yo mismo le he despedido en el patio de la entrada, señor, cómo no voy a estar seguro. ¿Qué ha ocurrido?

—Tal vez me lo cuente usted. — Esteban, ya se sabe, no se andaba con chiquitas. Tras llamar a la central para ordenar el dispositivo urgente en el aeropuerto de Barajas, taxativamente, pidió —: Enséñenos su habitación.

—Síganme.

Y Esteban, Martín y Tomás subieron hasta el cuarto de Luis Ángel, un lugar recio, espartano, frugal, ante la mirada de sorpresa de varios hermanos que pululaban nerviosos por ahí.

—¿Podemos saber por qué le buscan? — el encargado de planta aparentaba ignorancia.

—Quién le dice que solo le buscamos a él — Esteban se tiró el farol, no le gustaba el rictus de inocencia fingida, de aparente bondad. El encargado calló, los hermanos se miraron.

No había gran cosa en la habitación. Una cama individual desvestida, un viejo colchón impoluto, una mesa y una silla, un desconchón en la pared, una cruz. Llegaban demasiado tarde.

—¿Y este roto? —Martín señaló la pared.

—Se ve que arrojó algo, el despertador. Ha pasado unos días con fiebre y deliraba.

Los tres hombres continuaron la revisión urgente en esa habitación desnuda. Algo sí había. Unos papeles dispersos, copias sueltas de un trabajo, algunos arrugados y con la tinta corrida.

—¿Y esto?

—La tesis. Estos días ha acabado la tesis.

Lo miraron. «Estudio sobre la musculatura de los adolescentes deportistas. Por Luis Ángel García Humanes». Tomás lo guardó.

—La musculatura de los adolescentes… todo un título — se interesó Tomás.

—Pasó cuatro años en esa investigación, con cientos de entrevistas; estaba satisfecho. — El encargado parecía lanzarse a hablar con visible orgullo, pero al ver las miradas agresivas de los tres agentes, se replegó y se calló.

En ese momento, el teléfono de Esteban sonó y él contestó. Todos callaban, al fin habló:

—Nos vamos al aeropuerto. El vuelo a Montevideo sale en una hora y está en la lista de pasajeros.

Los tres se apresuraron a salir. Abandonaban la habitación cuando el encargado de planta se fijó en algo más:

—Miren, se ha olvidado la cuchilla de afeitar.

—Tranquilo, se la podrán llevar a la cárcel. Si no les mandamos a ustedes también por complicidad.

Y dejando atrás un gran nerviosismo en el aire, salieron. No daban abasto los hermanos para santiguarse y hacer correr, una tras otra, las cuentas de los rosarios negros atesorados bajo el peso de unas sotanas más tenebrosas aún.

La llave estaba ahí, bajo el felpudo mojado. Una maraña de hojas secas y vainas caídas de un plátano de sombra que ocultaba la escalerilla reflejaba que últimamente no había habido allí actividad. La puerta era vieja, de madera; la pintura, descascarillada. María, tiritando por la caladura repentina, miró la llave en su mano, echó un vistazo alrededor y se cruzó la mirada con el gato ahora resguardado bajo un carro. Sería perfecto tener una orden judicial, pensó, pero quién ha dicho que todo tenga que ser perfecto. Introdujo la llave en la cerradura y, antes de que pudiera girarla, su móvil vibró. Luna.

—Cuéntame.

—Se ha despertado, María. Carlos ha despertado.

—¿Está bien?

—Fuera de peligro, por esta vez.

El alivio la invadió con más virulencia que la lluvia que la había empapado. Fuera de peligro. Era mucho más importante que lo que tenía entre manos, pero ahogando la alegría que emergía en ella, calló.

—¿Sigues ahí?

—Sí.

—¿Y tú qué? ¿Dónde estás?

—Métete en… —El resorte habitual estaba saltando, pero se contuvo a tiempo —: En la imprenta de San Román.

—¿Has averiguado si…? —Luna también tenía dentro su particular cabra que tiraba al monte, también la embridó —. En fin, cuídate.

Policía y periodista, demasiados colmillos en escena como para convivir en paz, demasiado instinto peleando como para ser amigos. Ambos lo sabían y, mientras cerraban los teléfonos, ambos sonrieron.

María iba a girar la llave cuando el móvil volvió a vibrar. Esteban, esta vez.

—¿Cómo vais?

—En el aeropuerto, jefa. El hijo de puta debe de estar a punto de embarcar con destino a Uruguay. Todos están aquí avisados, no se nos va a escapar.

—Bien. Cazadlo bien.

—¿Carlos qué tal?

—Por esta vez vivirá. Luna me acaba de llamar.

—¿Luna? —Esteban se extrañó, se dio cuenta de que el estruendo que rodeaba a María no podía ser de un hospital —. ¿Y tú dónde estás?

—A punto de atar un cabo suelto, ya te contaré.

—No sé dónde te has metido, pero suena al fin del mundo.

—Una tormenta de verano, ¿nunca has estado en el norte?

—Yo soy Torrente, ya sabes, solo tías buenas y sol.

—Vete a la mierda.

—En fin, cuidado con los cabos sueltos, son los peores del barco en caso de vendaval.

Y colgó. María estaba guardando al fin el móvil cuando notó entrar un SMS. De Tomás: «Dde stas? Cn kien stas? Cuidate».

Ah, estos tíos no la iban a dejar en paz. Sintió un hormigueo inoportuno en el estómago, pero… ¿no tenían que cazar a un criminal? Le tentaba contestar pero… déjate de… María, vamos a lo que vamos, ellos a por el asesino, tú a por las pruebas, céntrate. Y arrojando al fin el móvil al bolso, empapada por la lluvia y sin percatarse del temblor que la acompañaba, se aplicó a girar la llave de la vieja imprenta.

Estaba dura, atenazada, hubo de atraer fuertemente la puerta hacia sí hasta sentir un gran dolor en las heridas del brazo para que la llave al fin doblegara el resbalón y, tras una vuelta, otra vuelta y un golpe seco, la mole de madera se abriera sin resistirse más. Unas telarañas y capullos que habían anidado en el marco se rompieron y cayeron, arrastrados por la puerta, y unas hojas se colaron en el interior en remolino. Miró hacia la calle y comprobó que seguía desierta, el gato se había levantado y corría a buscar mejor refugio.

Entró. La lluvia había oscurecido tanto el cielo que apenas se veía el interior. Tanteó la pared y al fin dio con un interruptor, que encendió. Una bombilla solitaria colgada del techo se movía azotada por las ráfagas de viento, arrojando más sombras que luces en la habitación. Cerró de un golpe el portón.

El tiempo se había parado en esa habitación, no, no era una habitación. Era un viejo apartamento cargado de densidad. En un rincón, un sonoro frigorífico, un fogón y una mesita con dos sillas apretadas formaban una cocina diferenciada del resto por un metro cuadrado de suelo de sintasol, con los bordes levantados, amarillos, viejos. Al fondo, un sofá cama abierto, un edredón sintético que le provocó un escalofrío cuando lo rozó. Montones de libros, revistas, un crucifijo, una televisión.

Se acercó a la pared. Era esta, sí. Acarició el juego geométrico de hojas marrones y verdes entrelazadas que debía de adornar esa pared desde los años setenta. Sacó las fotos del bolso. Era este lugar. Buscó primero el escenario exacto de la grabación, se sentó en el lugar de la cama en donde Alejandro había captado el rostro de sus abusadores, sus víctimas. Se descalzó, se adentró aún más en ella y se situó en el lugar repetido, la posición repetida, primero de Alejandro, después del abusador, sin entender cómo había hecho esas fotos, desde qué lugar. Había estanterías, había cientos de libros y cintas de vídeo alrededor, pero no había ninguna cámara ni un lugar evidente desde el que grabar. La bombilla del techo se había parado ya cuando, forzando la vista, percibió una trampilla forrada del mismo papel anticuado que el resto de la pared. Entonces sintió el frío de su ropa mojada. Estaba helada, empapada y las heridas también acusaban la humedad. La oscuridad se había hecho reina del lugar.

Bajó de la cama, se acercó a la trampilla, palpó el contorno sin encontrar la forma de abrirla. Desde ahí volvió la vista hacia la cama, sí, ese era el ángulo exacto desde el que se habían tomado las fotos. Volvió a la cocina y, tras zarandear y abrir un cajón que se resistía, eligió un cuchillo. Todo en esa casa le recordaba la de su difunta abuela, otra María, dueña de un hogar estancado en un rocoso pasado. Los cubiertos, los muebles, el sintasol, el papel de la pared y hasta una foto descolorida de una señora triste la trasladaba irremediablemente a otro tiempo. Regresó y probó a hundir el cuchillo en torno a la trampilla. Recorrió con él el contorno pero no cedía por ningún lugar. Al fin, en el lado izquierdo, el cuchillo topó con un metal, debía de ser la bisagra y estaba muy profunda. Fue al lado opuesto, dedujo que se abría por ahí. En ese punto había un botón del que algún día, supuso, colgó un cordón del que tirar, pero fuera lo que fuera estaba arrancado, observó los hilos cortos que quedaban, alguien lo había cortado. Hundió ahí el cuchillo y, haciendo palanca, logró empezar a separar la trampilla de la pared, apenas medio centímetro. Se resistía. Soltó el cuchillo y, agarrando el borde con los dedos de sus manos heridas, tirando fuertemente, al fin la venció.

Era una puerta pequeña, de menos de un metro cuadrado. Al otro lado había una cuidadosa serie de estanterías empotradas en el lado inverso de una escalera, seguramente la escalera de la familia vecina. Y mucho más importante aún: una colección de cámaras, vídeos, objetivos y trípodes dispuestos para grabar. Además, otra escalerilla invitaba a descender a un universo paralelo, oscuro, que desde ahí era incapaz de distinguir. Bajó despacio varios escalones, se agachó para asomarse, alumbró precariamente con su móvil y lo que vio la hizo caer abruptamente sentada sobre la escalinata. Decenas de cajas estaban amontonadas en ese sótano, y cientos, tal vez miles de cintas de vídeo estaban clasificadas entre espesas telarañas. Y en la pared, un muestrario del horror: fotos y más fotos de niños desnudos. Delgados, gordos, altos, bajos, solos, agrupados, pequeños, adolescentes. Bebés. Todos desnudos.

Vaya con Alejandro. O vaya con el tal Luisito.

Fue entonces cuando oyó un golpe seco y sobre ella se cernieron de nuevo las sombras zarandeadas por la bombilla azotada por el viento que había entrado, otra vez, en la habitación. Y era claro que ese viento no había entrado solo.

Tomás observó de nuevo el móvil mientras intentaba dar alcance a sus compañeros, pero no había respuesta.

«Estoy atando un cabo suelto», le había dicho a Esteban. Dónde se había metido María y por qué su segundo no había averiguado más detalles eran las preguntas que martilleaban su cabeza. Puede que él fuera un flojo, un informático al fin y al cabo, no un verdadero sabueso, siempre le decían, pero su silencio le inquietaba y, sobre todo, le recordaba lo ocurrido en Lerma. Cómo ella había ido sola a meterse en la boca del lobo, a visitar a un posible asesino y cómo él se había presentado casi por casualidad para acabar sacándola de allí en ambulancia era algo que no quería olvidar. Y cómo al despertarse solo había seguido preguntando por Clemente, sin pensar en sus heridas, cómo se había arrancado el gotero sin importarle nada, sin ni siquiera darse cuenta, para seguir indagando.

Le gustaba esa mujer, le gustaba enormemente esa mujer tan femenina, tan valiente, tan tenaz, tan cálida bajo esa apariencia de frialdad, y esta vez no iba a tirar la toalla fácilmente. Pero esa capacidad de abstraerse más allá del dolor propio, de avanzar obsesionada sin valorar el peligro que la acechaba también le asustaba. ¿Dónde se había metido? ¿Dónde estaba atando un cabo suelto? ¿Y qué cabo suelto quedaba?

—¿Estás dormido, tío?

Esteban le gritaba en la terminal, Martín le hacía gestos para que espabilara. Faltaba poco para el vuelo y Luis Ángel no se había aún presentado a facturar. Era extraño que viajara sin un equipaje grande para un vuelo intercontinental, pero podía ocurrir, era un cura, quién sabe, podía ocurrir. Y la tarjeta de embarque bien podía haberla imprimido en su residencia, en cualquier ordenador. Los tres aceleraron hacia la puerta de embarque. Número 90, zona K. Al llegar, Esteban les frenó. El embarque no había empezado aún.

—No debe vernos, quedémonos aquí.

Mientras esperaban, Tomás volvió a sacar el móvil. Nada nuevo. Impaciente, volvió a teclear.

—«dde stas, contestame».

—Ya te vale con el móvil, Tomás. Estemos todos atentos.

Tomás lo guardó en el bolsillo del pantalón para seguir alerta, pero ninguna vibración llegó. El asunto olía mal.

Tenía tal vez muy pocos segundos para reaccionar. María tecleó ágilmente un SMS urgente: «sos imprenta s roman atras». Y con la misma velocidad buscó dos o tres destinatarios. Luna. Esteban… Carlos no, Carlos sí, sí, Carlos sí. Su móvil lo tiene Luna… y Tomás, también Tomás. Enviar. Mierda. Sin cobertura. No había cobertura en aquel sótano inmundo y su carótida empezaba a vibrar al ritmo de su tiritona. «Contrólate. María. Contrólate».

Pero los pasos firmes del intruso eran una realidad, como lo había sido el segundo golpe seco que cerró el portón y que cortó de forma contundente la nueva exhibición del viento poderoso que había penetrado hasta la escalera donde ella estaba acurrucada, temblorosa, sin saber si debía subir y enfrentarse a lo que fuera o bajar y esconderse lo mejor posible. Si fuera la vecina, si al menos fuera la vecina la que había venido a husmear… pero, mejor reconocerlo, no era muy probable que la señora aquella hubiera llegado en silencio, sin al menos saludar en voz alta al entrar.

«Cuidado con los cabos sueltos, son los peores en caso de vendaval», le había dicho Esteban. ¿Por qué nunca le hacía caso? Y el vendaval que arreciaba era de los formidables. El cielo parecía desangrarse en Cantabria, abierto en canal. Si al menos hubiera contestado al SMS de Tomás…

Subir. No, subir no. Bajar. No, bajar tampoco. La pistola. Estaba en su bolso, arriba. Había que intentarlo. María se deslizó silenciosamente, descalza como estaba, hacia la trampilla y, conteniendo la respiración, pudo ver la figura de un hombre de espaldas, depositando unas llaves en la mesa de la cocina, con una maleta a su lado. No parecía intranquilo. Tal vez no se había dado cuenta de que alguien estaba allí dentro, quién sabe. Tal vez la luz encendida pudiera achacarse a un descuido pero… ¿la llave en la puerta? Demasiados descuidos. María volvió la vista al sofá cama. Su bolso estaba en el suelo, abierto junto a sus sandalias, no demasiado evidente desde la cocina, pero iba a ser imposible que él no lo viera cuando empezara a moverse. Correr hacia allí, no correr, qué hacer. Estaba a punto de impulsarse hacia el bolso cuando él empezó a girarse en redondo. Era alto, musculoso, estaba en forma. Era él. María se agazapó de nuevo, vio el cuchillo que había quedado en el suelo al borde de la escalera y, en la misma milésima de segundo, lo apresó. Era un vulgar cubierto de mantequilla envejecido, pero ahora mismo era su mejor armamento, un auténtico misil en su imaginación. Y, entornando suavemente la trampilla hacia sí, se replegó en la oscuridad.

Abrió de nuevo su móvil. Fuera de cobertura.

Decenas de pasajeros formaban ya cola cuando comenzó el embarque en la puerta 90K. Con el pasaporte en la mano, los carritos de los niños aún sin plegar y las maletas de mano engordadas con incontables bultos colgantes, no había nadie que tuviera un aspecto similar al del asesino. Vestido de paisano, Esteban merodeaba sin disimulo por ahí junto a los compañeros del aeropuerto, que habían dado todas las alertas. El personal de Iberia sabía a quién buscaban, y todo parecía cuestión de esperar. Tomás volvió a sacar el teléfono, Martín le miró.

—¿Qué pasa con el móvil tío?

—María no da señales de vida, Martín, y esto no me gusta nada.

—Ay, María, María… se te nota demasiado, colega — Martín habló con sorna. Tomás se encrespó, no de vergüenza, sino de ira. Esteban se había acercado.

—¿Qué coño se nota? —Tomás continuó —. ¿Has visto al tal Luis Ángel por aquí? ¿Te has planteado cómo ese tío no asoma por el aeropuerto aunque salió hace horas de la residencia?

—Sabemos que tiene la tarjeta de embarque, me lo acaban de confirmar — dijo Esteban —. La imprimió ayer.

—Ya. ¿Y se puede saber dónde está?

Esteban le miró sin responder. Martín quedó con la sonrisa desdibujada en la cara. El informático se había enfadado.

—¿Y dónde se ha metido María? ¿Sabéis decirme dónde se ha metido María?

Tampoco contestaron. La cola estaba desapareciendo entre bultos, carritos y familias, y ningún varón adulto y solo respondía al nombre ni la descripción de Luis Ángel. Fin del embarque. Las azafatas de Iberia los miraron y se encogieron de hombros mientras cerraban la cinta de acceso y Esteban, con su estilo contundente, dijo:

—Parece que la hemos cagado.

Martín y Tomás le miraron con la cara entre blanca y gris sin abrir la boca. Esteban, con los ojos aún fijos en la puerta de embarque recién clausurada, preguntó:

—¿A qué hora salió de la residencia?

—A las ocho.

—¿Y cuánto se tarda en coche de Madrid a Santander?

—Pon cuatro horas.

Los tres miraron el reloj. Las doce. Y Esteban sentenció:

—No es que lo parezca. Es que la hemos cagado.

25

«Tranquila, María, él está tranquilo y no puedes darle esa ventaja. Tú debes estar tranquila. Respira».

El recuerdo de horas feroces en el diván, cuando los pacientes sacaban sus monstruos más íntimos a pasear sin que ella pudiera inmutarse, como si desear a una hija o golpear a una puta tras una detención frustrada fuera lo más normal del mundo, acudió como un tentador salvavidas a su mente. En esos tiempos escuchaba atrocidades sin alzar una ceja y aplacaba el escándalo que incendiaba sus tripas trocándolo en palabras razonables y tranquilas, en las preguntas exactas que permitieran al paciente sacar idénticas conclusiones sin merma de su autoridad.

Pero eso era cuando aún sabía mantener el tipo. Cuando sus palabras funcionaban. Cuando aún llegaba a tiempo de curar a los pacientes. Cuando un joven policía aún no había desenfundado un arma para hacer algo muy distinto de lo que ella esperaba de él: introducir el cañón en su propia boca, una hermosa boca, haciendo añicos su vida, la de ella y su fe en la terapia y en la humanidad.

«Regresa, María. Ahora nada de eso importa. No hay elección. Tú eres una psicóloga y eso es, aquí y ahora, un arma. Aunque solo sea una vez más».

María revisó la situación. Un asesino en fuga, tal vez armado, estaba arriba en posición de ventaja y seguramente ya sabía que ella había entrado allí. Podía haber huido a Uruguay y por alguna razón había vuelto a casa, lo que podía ser bueno — un punto débil — o malo — ya no tenía nada que perder —. Podía encontrar la pistola, podía usarla. ¿Y ella? Una mujer menuda, escondida, en desventaja y sin cobertura en el móvil.

«¿Por qué no habré contestado a Tomás? Tomás, otra boca hermosa. Céntrate, María, retoma el hilo, la calma. La calma es otra arma en tu poder. Psicología y calma. Vaya alivio. ¿Qué más tienes?».

Miró el cuchillo que se había guardado en el bolsillo trasero e intentó no desmoralizarse demasiado. Más le valía encontrar algo más. Alumbró con el móvil las cámaras almacenadas en el escondite y escogió la que le pareció más convincente. La inspeccionó, tenía batería de sobra, pulsó REC, la situó en el mejor ángulo disponible para que registrara, fuera lo que fuera, lo que allí iba a ocurrir, y dejando atrás la luz rojiza que confirmaba que la grabación estaba en marcha, en silencio, descendió. Si había que morir, mejor que hubiera testigos.

Necesitaba buscar. Con enorme sigilo abrió las primeras cajas, las marcadas como «Cuarto 2». Cortinas, libros y juguetes quedaron a la vista en la penumbra mientras un denso olor a alcanfor invadía el aire encerrado de aquel sótano. La luz del móvil le devolvió

momentáneamente la imagen de las fotos de niños desnudos pegadas en la pared: «Concéntrate». Coches, canicas, madelman, nada de esto le servía. Abrió otra caja. «Cuarto 1».

Atención, objetos de tocador. Un viejo cepillo de mango de porcelana. Un espejo resquebrajado a juego. Tijeras. Tijeras viejas, sí, pero toledanas, esto mejora bastante la situación. Y prensándolas firmemente en su puño prieto mientras un camisón de seda se desdoblaba rodando hasta el suelo, María subió de nuevo hasta la trampilla como un corcho a flote en el temporal.

«Tranquila, María, respira. Tijeras, cuchillo, calma y psicología. Ya tienes un arsenal».

Entornó milímetros la trampilla. El hombre estaba sentado en la cama, de espaldas al bolso, y con suerte aún no lo habría visto. Era más fuerte y joven de lo que ella había imaginado. Sostenía un marco entre sus manos, seguramente la foto descolorida de su madre, esa mujer triste retratada en marrón. Se pasó un brazo por la frente. Hacía calor. No estaba inquieto, sí demasiado tranquilo.

«Calcula, María, calcula. Hay dos opciones. Quedarse y esperar el milagro de que él no te liquide en esta cueva secreta o saltar y correr al bolso, con suerte alcanzarlo, recuperar el control. Esperar, saltar. Calcula».

Entonces, mientras el corazón le latía en el pecho y María se contraía como una oruga temerosa, él se levantó, depositó la foto en la cama, permaneció unos segundos de pie sin que se atisbara hacia dónde iba a tirar y al fin, lentamente, se encaminó hacia ella.

Ahora sí, no había opción B.

Así que arrolló la trampilla con toda la energía de la que su cuerpo fue capaz para golpearle con el mismo impulso que la propulsó hacia el bolso situado al otro lado de la habitación.

Sin éxito.

El hombre, apenas tocado en las rodillas, reaccionó como un felino, se movió ágilmente y alcanzó a dar tal patada al bolso que lo lanzó al profundo y oscuro enrejado en que se sustentaba el sofá cama mientras ella resultaba paralizada por otra patada feroz. Él le pisó la cabeza. Su cara quedó aplastada en el suelo; solo veía los bajos del sofá, donde el bolso había quedado inaccesible.

También para él, pensó.

Pateada, golpeada, dolorida, apenas sintió un ligero alivio cuando él aflojó la presión, despegó la bota de su cráneo y ella pudo volver el rostro hacia ese energúmeno de mirada gélida y aspecto, sin embargo, normal.

Y también hacia la cámara, donde solo ella sabía que la luz rojiza aún brillaba. Rec.

—Has tardado en salir —dijo, secamente, él.

—Y tú en coger un avión —respondió ella, calmada, al menos eso iba bien.

Él la analizó con desdén y sentenció:

—Eres fácil de matar.

—Coge el teléfono, Luna, cabronazo, cógelo.

Esteban llamaba una y otra vez a Luna, su única opción. A ratos saltaba el buzón, a ratos sonaba y nadie contestaba. Hijo de tu madre, cógelo. Martín reventaba el acelerador mientras Tomás manipulaba desesperado el GPS sin más detalle que la ciudad de destino: Santander. Pase

lo que pase, tiremos hacia allí, se habían dicho. Y los tres agentes angustiados viajaban ya por la Nacional I sin tener ni idea de hacia dónde exactamente debían enfilar.

—Cógelo, Luna, cógelo.

Todo lo que podían hacer estaba hecho. Todos los cuerpos de seguridad habían recibido la máxima alerta y la foto del asesino fugado. Todos sabían que María había desaparecido. Y un tal Víctor estaba movilizando a todos los agentes de Cantabria con la emergencia precisa y la orden muy clara: cazar al asesino y hallar a la comisaria. Pero nadie sabía en realidad dónde demonios podían estar.

Esteban le volvió a llamar:

—Víctor: debes ir a la UCI y buscar a un hombre llamado Luna, amigo del comisario.

—Sé quién es. No hay nadie en la policía que no sepa quién es.

—Bien. Luna está ahí con Carlos, al pie del cañón. Y es el único que puede saber dónde está la comisaria Ruiz. Ya lo sabes: vuela.

Acelerar, acelerar, era todo lo que estaba ahora en sus manos. Los primeros carteles que indicaban su aproximación a Lerma no tranquilizaron a Tomás, que sintió erizarse el vello al recordar la temeridad de María, incapaz de esquivar ningún infierno. Y este pederasta era peor que todos los que había conocido hasta ahora, y no eran pocos. A este le gustaba coleccionar a sus muertos.

—Demasiado fácil de matar.

María no se movió. La puerta estaba cerrada, las contraventanas y cortinas también y la pistola era ahora mismo inalcanzable. Su única esperanza entonces estaba puesta en algo muy sencillo: que él no la quisiera, en realidad, matar. Para lo cual era importante invertir la situación: que ella no le quisiera, por ejemplo, detener. Así que, a su manera, probó a meter en escena su optimismo.

—Pues mátame ya —provocó.

Él la observó en silencio, su determinación no le inmutó. La imagen de ese hombre aplastando entre sus dedos la garganta de Samuel en un barco abandonado la acechaba, pero no se iba a dar por vencida, intuía una oportunidad. Él se tomó largos segundos para sentenciar:

—Aún no. Tendrás que esperar.

Había tiempo, pues. Ella se incorporó lentamente y se sentó en el suelo sin perderle de vista mientras él la miraba inmóvil, de pie, con los brazos caídos y el rostro inerte. En un movimiento rápido alzó sobre ella una pierna con gesto amenazador, amagó con descargarla sobre su rostro de nuevo, pero la posó en el suelo. Ella no se amilanó, pero no se movió más.

—¿A qué tengo que esperar?

—Explícate. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

Peligro. Él quería hacerla hablar. Debía lograr que fuera al revés.

—Habéis dejado demasiadas pistas ¿no crees?

—Las preguntas aquí las hago yo. — Solo un pequeño crucifijo que le colgaba en el cuello se movía acompasando la prominente nuez en ese cuerpo pétreo —. ¿Cómo has llegado a mi casa?

—No sabía que fuera tu casa.

—¿No me has oído, puta? —Y le propinó otra patada —. No me repliques. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

¿Puta, había dicho? El detector de testosterona de María se activó a la vez que se intentaba reincorporar; su mala leche entraba en escena.

—¿No me has oído tú? —intentaba hablar despacio pero la cólera solo crecía —. Puedes repetir la pregunta y yo repetiré la respuesta: demasiadas pistas… cabrón.

Peligro, la psicóloga se retiraba, la policía entraba en acción y, ya se sabe, en determinadas circunstancias, se crecía. No tenía miedo y eso ahora era arriesgado. Él alzó la pierna velozmente y, otra vez, la tumbó de una patada. Exactamente de dos más.

«Calma, María. Dijimos calma, psicología, tijeras, cuchillo. Eso no incluye el insulto, deja el repertorio para hijos de puta para mejor ocasión. Te queda todo el arsenal a mano pero no te servirá de nada si le provocas. O esa bota acabará pronto contigo».

—No hay nada que os pudiera guiar a este lugar. Así que explícate.

—Estás confundido. —María se incorporaba otra vez, la sangre empezaba a fluir de sus heridas reabiertas pero no sentía el dolor. Debía ser comedida pero no se iba a callar. Él levantó el pie amenazador de nuevo y lo bajó al suelo cuando ella, despacio, continuó —: No es a ti a quien busco aquí.

Él la observó con aire inquisidor. No había abandonado su mirada gélida, su posición de dominio de la situación, pero la duda se empezaba a atisbar en su gesto inexpresivo y frío.

—¿Qué quieres decir?

—Solo busco el escondite de Alejandro.

Él siguió en silencio, esperaba explicaciones. María notó que la sorpresa había aparecido en su rostro y estaba acompañando a la duda. Tenía que alimentar a las dos.

—Busco las cintas, el lugar donde Alejandro traía y grababa a sus… amigos.

Sí, sorprendido, había sorprendido al asesino, que siguió callado unos segundos más.

—¿… amigos?

—Bueno… a sus amantes.

La furia se apoderaba de Luis Ángel y teñía sus mejillas de rojo escarlata. Podía estar acertando. Por primera vez, él abandonó su posición y se dejó caer en una silla frente a ella, con la mirada perdida hacia el suelo. Había logrado sorprenderle, moverle, tocarle una fibra sensible. El fuego de los celos era evidente en sus ojos, pero cuidado, eso podía hacerle aún más peligroso. Él volvió a endurecer el gesto y clavó la mirada en ella:

—Explícate —ordenó—. Si mientes ya no esperarás para morir.

María tragó saliva pasando por alto su sabor sanguinolento. Se incorporó lentamente del suelo para sentarse en el sofá; él torció el gesto, pero no se lo impidió.

—Alejandro traía aquí a sus amantes y les grababa en todo tipo de posiciones. Guardaba en su casa una buena colección de fotos, tú mismo sales en ellas — se atrevió a decir, y paró a medir su reacción.

Él mantuvo su mirada amenazadora pero sus labios denotaron un leve e incipiente temblor. Entonces, tal vez no estaba al tanto y la muerte no había sido por venganza o miedo al escándalo, sino solo por castigar un pecado común.

—Sigue —se limitó a ordenar.

—Uno de sus amantes quería borrar las huellas, encontrar las cámaras, los archivos, las cintas, limpiar todo el rastro — el farol era mayúsculo, arriesgado, pero sentía que era su única opción.

—¿Quieres decir que has venido aquí a buscar las fotos? ¿Que estás cumpliendo un encargo?

María no contestó. Solo se encogió de hombros y le devolvió un gesto ambiguo que se podía interpretar como un «sí». Mejor no dar más detalles; en sentido estricto, ni siquiera había mentido.

—¿No eres policía, entonces? Dime quién eres.

—Tengo pruebas de lo que te cuento, las fotos, verás que tú eres el número cuatro.

El fuego de los celos volvió a ser visible en sus ojos. Cuidado. Ambos se sostuvieron la mirada hasta que ella continuó:

—Están en mi bolso. —Y señaló los bajos del sofá. Contuvo el aliento, esta vez se había pasado. Si era ella quien lo abría estaba salvada, pero si era él… encontraría las fotos pero también su placa, su pistola, su mentira.

María, puedes estar acabada.

Él la agarró colérico por los brazos y la apartó como a una pluma del sofá. Presionó con fuerza la barra del extremo y lo empezó a plegar. Estaba enrojecido, sudaba por el esfuerzo a pesar de su evidente fuerza. Era un mueble antiguo con un mecanismo oxidado que no lograba doblegar. La cama quedó alzada en el aire en vertical, en posición fantasmal. El bolso también se alzó enganchado a los hierros del sofá mientras los cojines y unas mantas rodaban hacia el suelo y la presunta foto de su madre se hacía añicos al caer.

María vio el tesoro al descubierto y se lanzó a cazarlo. Él soltó el mueble y la empujó. Le fue fácil derribarla y patearla una vez más. Entonces, chirriando lentamente, la cama cayó sobre ellos y los golpeó. Ella quedó tumbada sangrando, magullada, algo se le había roto y su cara estaba herida, no acertaba a ver dónde estaba él. El mareo le cerró los ojos, la inconsciencia la invadió y durante unos segundos, tal vez minutos, dejó de sentir el dolor.

Y lo que vio al abrirlos fue al asesino sentado junto a ella, con las fotos desplegadas en el suelo, lágrimas en los ojos y la pistola en la mano. Ambos junto a la trampilla abierta, al borde de una escalera que solo invitaba al infierno.

—¿Luna?

—El mismo.

Luna y Leticia se volvieron sorprendidos ante Víctor, el agente recién llegado a la UCI. Su ansiedad no encajaba con una visita convencional a un enfermo.

—Tú eres el único que puede saber dónde está la comisaria. Y está en peligro.

—¿La comisaria?

—María Ruiz.

—Fue al lugar donde se hicieron las fotos… — Luna dudó. ¿Quién era este policía? ¿Debía hablar?

—Dispara, tío, dispara. Está en peligro, tal vez con el asesino.

—María se fue al escondite de Alejandro, el lugar donde hacía las fotos. — Luna se volvió a Leticia —. ¿Dijo una imprenta?

—La imprenta de San Román. Vamos — Leticia estaba sobrecogida, pero fue la primera en arrancar hacia la salida.

—Quédate, Leticia, alguien debe estar con Carlos y parece que él tiene claras las preferencias.

Leticia pasó por alto el comentario, pero asintió.

—La imprenta de San Román ¿sabes dónde es? — preguntó al joven policía.

—Perfectamente. Soy de allí.

Víctor y Luna salieron zumbando. Y hasta la UCI llegaron los decibelios de unas sirenas que revolvieron a Carlos el gusanillo dormido. Por quién sonaba esa sirena. No estaba al tanto, pero una inmensa inquietud se apoderó de él mientras recordaba que, entre sueños, había percibido la presencia de María. Y ahora ¿dónde estaba María?

A muchos kilómetros de allí, atravesando Burgos con otras sirenas al máximo, Esteban, Tomás y Martín también avanzaban presas de la angustia.

—Fui yo quien le enseñé.

María no se movió, le dolía hasta parpadear, pero su cabeza se activaba en busca de alguna salida mientras escuchaba, atenta. Estaba viva.

—Yo le enseñé a grabar. Yo le hacía fotos, le grababa, era nuestro secreto, yo le necesitaba — y volviéndose hacia ella — para mi tesis.

«María, no te muevas, recuerda el diván, muestra comprensión, él cree que esa tesis es lo más normal del mundo».

—¿Cómo pudo engañarme, violar la intimidad de mi casa y traer a estos hijos de… a mi casa? — Luis Ángel hablaba ahora afectado, lloroso, era un monstruo malherido lamiéndose el daño mientras contemplaba la colección de fotos en el suelo. Miró a María lastimero y continuó —: Este es mi escondite, mi casa, la casa de mi madre. ¿Cómo ha podido profanar mi santuario? Tan cerca de la tumba de mi madre.

—Tal vez estaba ya profanado — María se atrevió a hablar, la psicóloga había vuelto —: Tal vez ya no era un santuario.

—Era el santuario de mi madre — Luis Ángel la miró con convicción, había perdido la agresividad —. Su tumba.

—¿Por qué *era*? ¿Qué pasó? — se atrevió a preguntar.

—Que llegó el pecado, la soledad, la traición.

—¿Quién te traicionó? —demasiado personal, se había pasado. Luis Ángel la miró abstraído.

—Todos. Todos me traicionaron, pero no te lo voy a contar.

La frialdad volvía a su rostro, pero las lágrimas no le habían abandonado. «Retírate de lo personal, María, vuelve al hilo más seguro de la imprecisión».

—¿Y no se puede limpiar el pecado? ¿No crees que tiene curación?

—Claro que sí. Por ello Jesucristo liberó a un poseso y arrojó sus espíritus al lago. Está en San Mateo, San Lucas y San Marcos.

—¿Y qué ha fallado?

—Que hay más cosas en San Mateo, San Lucas y San Marcos.

—¿Qué más hay?

—El castigo al pederasta, para él no hay salvación.

—Para todos puede haber salvación — mintió.

—No para el pederasta. Ay del que moleste a los niños. Le será colgada una piedra al cuello.

—Hay más salidas, Hermano Humanes, siempre hay más salidas — se atrevió a llamarle por su nombre.

—Para mí ya no las hay. Y para ti, lo sabes, tampoco.

Y arrodillándose ante el cuerpo malherido de María, Luis Ángel se santiguó con calma, besó el crucifijo que le colgaba del cuello y llevó sus grandes manos al cuello de la comisaria. Despacio, muy despacio, la empezó a estrangular.

Esteban encendió el enésimo cigarrillo con el anterior y se pasó otra vez la ley por donde solía al arrojar por la ventana la colilla encendida.

—¿Qué sabemos? —inquirió Tomás.

—Que están en camino —respondió Esteban.

El coche avanzaba sorteando obras y camiones con las sirenas al máximo, ya afónicas tras horas de presión. Martín no daba tregua al acelerador y Tomás se sumía de nuevo en el móvil, su móvil, el único hilo posible con María hasta que llegaran a Santander.

—¿Luna sabe entonces dónde está?

—Sí. María salió hace horas de la UCI rumbo a la imprenta de un pueblo llamado San Román, donde Alejandro fotografiaba a sus amantes.

—¿Quiénes han ido?

—El tal Víctor y Luna. Y ya han movilizado a los demás.

María, llamar. María, llamar. María, llamar. Tomás probaba angustiado una y otra vez, nunca había cobertura. María, llamar. Empezaba a introducir el pueblo de San Román en el GPS cuando, de pronto, el móvil empezó a dar señales de vida. Milagro, sonaba rítmico y vivo. Nervioso, se apretó el teléfono al oído mientras con la otra mano alertaba a sus dos compañeros, silenciosos, encogidos. Los tres sintieron el corazón en un puño cuando el aparato, al fin, al otro lado, se descolgó.

Luis Ángel estaba apretando el cuello de María, ya blanquecina e inerte, cuando el móvil empezó a sonar. Aflojó la presión, comprobó que ella no revivía, relajó las manos y sus propios labios prietos para extraer el teléfono del vaquero de la policía y, con notable calma, descolgó. Hizo un gran esfuerzo para contener la ira al ver el nombre que parpadeaba en la pantalla, Tommy. Qué imbécil se llamará así, pensó.

—¿María? —el tal Tommy preguntó.

Luis Ángel guardó silencio. La voz ansiosa insistió:

—¿María, eres tú?

Silencio.

—María, tal vez no puedes hablar — Tomás susurraba temiendo lo peor —: Estamos llegando a buscarte, María, aguanta, cielo, aguanta. Luna está a punto de llegar.

El impulso de Luis Ángel al levantarse iracundo como un depredador enjaulado, al arrojar el móvil contra una pared y hacer añicos otro marco acristalado que contenía más fotos sacudió a María, que abrió repentinamente los ojos sin saber muy bien en qué lado de la línea entre la vida y la muerte se hallaba. Luis Ángel recorría la estancia de ventana en ventana intentando averiguar si alguien llegaba. ¿Luna? ¿Había oído Luna? Ese nombre le resultaba familiar. ¿Acaso no era el periodista aquel? Furioso, corrió de nuevo las cortinas y cerró el paso a los rayos de sol que nacían tras la tormenta feroz. Y cerrando todo de nuevo, enervado por que hubieran interrumpido su ritual, corrió a abalanzarse sobre ella dispuesto a rematarla rápido. La alcanzó.

«Ahora, María, ahora o nunca».

Y en el mismo instante en que Luis Ángel cargaba con su leve cuerpo para arrojarla escaleras abajo, ella, herida, se aferró a él. Y alcanzó su arsenal. Y mientras ambos caían, azotados por los tumbos en la oscuridad, logró clavar las tijeras toledanas en el cuello del verdugo. Luis Ángel García Humanes cayó ensangrentado sobre las cajas marcadas como «Cuarto 2», donde canicas, coches y madelman rodaron unos instantes hasta quedar inertes sobre un camisón de seda que un día debía de haber sido muy suave. María abrió los ojos y comprobó que sí, que ella seguía en el lado correcto de la línea, y que hasta el cuchillo de mantequilla había encontrado un sitio en la garganta acertada.

Fue entonces cuando las luces de una sirena se colaron hasta el sótano, arrancando el último destello a las sórdidas fotos de la pared.

Y la lucecita roja aún parpadeaba en la sombra cuando Luna, Víctor y la vecina en zapatillas entraron en tromba en el mismísimo infierno. Fue la escena más amable que esa cámara había grabado jamás. Rec.

26

El azul limpio de un cielo veraniego que se tomaba la revancha tras el aguacero, los rayos de un sol que reconquistaba el aire con ganas y los nubarrones negros que huían a la carrera es lo que María recordaba haber visto mientras unos hombres la trasladaban en camilla desde la ambulancia al hospital, dando botes sobre un suelo en obras, rasposo. Recordaba el cielo, recordaba a Luna circunspecto acelerando el paso junto a ella y recordaba — o creía recordar — otra camilla, otra ambulancia que les seguía al paso. Después, una oscuridad de la que despertó temblando, agitada por las pesadillas, angustiada, luchando por deshacerse de un asesino redivivo que resultó tratarse de la madeja de cables que la mantenían conectada a siete aparatos. Siete.

—Calma, María, calma.

¿Era ella quien se hablaba así de nuevo, otra vez en esa cueva oscura?

—Calma, María, cielo.

No, no era ella.

Miró a su alrededor, había mucha luz y le costó poner cara a las siluetas que la rodeaban en su cama de hospital. El más cercano era Luna, que había recuperado el gesto duro, irónico, de vuelta de todo en la vida, desde el que muy a su pesar le llegaba un disimulado rictus de cariño. Estaba Martín y su mirada dispuesta, siempre simpática. Estaba Esteban, tan cascarrabias, tan tieso, sin palabras, firme a su lado. Y estaba Tomás, tan joven, tan cálido, puro sentimiento a punto de descorchar, quien se inclinó hasta ella y le susurró:

—Bienvenida.

El alivio recorrió su cuerpo como otro suero más. Había tenido que entornar los ojos para distinguirlos uno a uno, porque su cabeza estaba inmovilizada y su cuerpo apenas respondía. Probó a hablar:

—¿Y Carlos? —Bien. Podía hablar.

—Tres plantas más arriba. En pocos días os podréis visitar el uno al otro en camisón — dijo Luna.

—¿Y el… hijo de…? —ya se sabe, María no derrochaba insultos, pero fue el temblor en la voz lo que le impidió rematar el que tenía destinado al asesino.

—Responderá de todo —afirmó Esteban.

—Ha sobrevivido, entonces — dijo ella, apagando la voz.

Asintieron con la mirada. Todos se dieron cuenta de que no era precisamente entusiasmo lo que la noticia provocó en María, a pesar de que «cazar» era para ellos siempre mucho más gratificante que matar. Pero la rotura de costillas, el bazo, un traumatismo craneoencefálico de

pronóstico reservado, la sangre perdida y la angustia vivida en carne propia tal vez no compensaban la perspectiva de una condena a miles de años para el asesino que se iban a quedar en ocho tras un comportamiento ejemplar.

—Si le hubieras clavado las tijeras más profundamente… — Esteban pareció leer sus pensamientos.

—Calla, hombre.

Esteban obedeció.

—¿Y cómo estoy yo?

—Viva —zanjó Luna—. Estás viva.

María quedó en silencio. El dolor que sentía en todo el cuerpo era tan intenso como su inmovilidad pese a la sedación profunda que sabía que corría por sus venas.

—Si al menos tuviéramos esa maleta — dijo.

—¿Qué maleta? —preguntó Esteban.

—El maletín de Clemente, solo él podía tenerlo.

Todos se volvieron hacia Luna, que se encogió de hombros:

—Yo solo me ocupé de María — se excusó, alzando cejas y manos —. Los maderos, aquí, sois vosotros.

—Lo averiguaremos en seguida. Víctor se quedó en el escenario y lo tendrá controlado. — Esteban sacó el teléfono, se encaminó hacia el pasillo y desde allí se volvió —: ¿Qué esperas encontrar en él?

—Algo por lo que esto haya merecido la pena.

Luna salió tras Esteban. Martín miró a Tomás y, comprendiendo, también se batió en retirada. El informático se aproximó a la cama, María intentó mirarle. Dios, entre todos sus órganos machacados al menos sentía vivo el corazón, que bombeaba acelerado bajo la áspera sábana de hospital mientras él le apartaba el cabello de la frente y se atrevía, al fin, a hablar:

—María, eres la comisaria.

«Ah, vete a la mierda», estuvo ella a punto de decir. Maldito cargo, toda la vida iba a ser la jefa inaccesible y fría, la temida comisaria, toda la vida… ¿O acaso no era esa la barrera que ella misma había alzado para no volver a comprometerse jamás? ¿No era ese el mejor seguro contra los hombres dispuestos, el que utilizaba desde hacía demasiado tiempo para huir de la misma atracción que ahora se hacía evidente en la pantalla del electro?

—Eres la comisaria, María, pero sé que no es ese el problema. — Tomás pareció dudar, no era fácil abordar así a una jefa, a esta jefa, pero siguió. Sabía dónde quería llegar. Y la evidencia del electrocardiograma palpitante le ayudó —. ¿Recuerdas lo que ocurrió hace un año?

Cómo no lo iba a recordar. La noche en que celebraban el fin del caso de Dom Perignon, cuando huyeron de todos los compañeros con las copas chispeantes en la mano para encerrarse en el despacho y arrojar ruidosamente al suelo las lámparas, los uniformes, la severidad… y acabaron escapando al piso de Tomás, donde agotaron las reservas de cava y felicidad hasta que ella desapareció de madrugada mientras él dormía como un niño satisfecho. Cómo no iba a recordar cómo le miró, tan hermoso, tan joven, con un aire de recién llegado a una vida sin problemas. «Eres la comisaria», también ella se dijo entonces. «Pero ese no es el problema — se dijo también —. Recuerda los errores, no cometas más». Y cómo se volvió a poner el uniforme y salió despacio mientras el cachorro de Tomás la siguió gimoteando hasta la puerta.

Ella le acarició entonces pensando: «Tu amo no lo sentirá así, como tú, él lo entenderá». Siempre seria, siempre al mando, siempre enfrascada en los casos, siempre incapaz de permitir que se escaparan siquiera unos segundos de concentración. «Soy la comisaria Ruiz, perrito, y él lo entenderá».

Después ambos se habían cruzado en la comisaría. Ella solía mirarle cuando él se alejaba y, calladamente, le gustaba sentir que él la miraba cuando ella se alejaba pero ¿sería verdad? ¿Estaba viva la atracción? ¿O era su imaginación? Maldito cargo. Por momentos ya dejaba de saber lo que fue antes, la rigidez de su cargo o la de su pasado.

—¿Lo recuerdas?

Ella asintió emocionada, incapaz de hablar.

—No puedes decirme que fue una noche cualquiera.

Dios, claro que no. Fue la mejor noche desde hacía tantos siglos. Pero no pudo decir nada.

—¿Por qué me rehuiste después?

—Soy una jefa —musitó, en tono nada convincente.

—No es por eso. Dime por qué.

Ella siguió en silencio. No quería contestar, pero no quería que él dejara de preguntar. Que nunca renunciara a la respuesta.

—¿Por qué bajas la mirada cuando te cruzas conmigo? ¿Por qué siento que se puede cortar el aire cuando estamos en la misma habitación? — siguió Tomás.

Ella ahora le mantuvo la mirada, pero no habló.

—¿Por qué siento que el deseo es mutuo, que el cariño es mutuo, que…? — ahora él se calló.

—¿Qué? —reaccionó ella. No quería que él perdiera el hilo.

—Que he sufrido enormemente creyendo que ibas a morir. Y que deseo no tener que esperar al siguiente caso para que nos volvamos a encontrar. Una vez al año no es bastante, María.

El brillo en los ojos de la comisaria fue más poderoso que los hematomas que los rodeaban. Estaba herida, molida y dolorida, pero se sentía fuerte:

—Hubo un hombre, Tomás —al fin arrancó.

—¿Y?

—Me enamoré perdidamente de un hombre.

—¿Y? —Él alzó los hombros—. No esperará usted ser la primera, comisaria — se permitió bromear.

Ella, con visible dolor en la cara, sonrió. Después la seriedad llenó su rostro de sombra:

—Cometí todos los errores que se pueden cometer, Tomás, todos y cada uno de los malditos errores de manual. — Se calló unos segundos agotada, el cuerpo no acompañaba el vigor que ahora la empujaba —. Me enamoré como una idiota de mi paciente más hundido, absorbí todos sus problemas, me convencí de que yo le iba a ayudar y ni siquiera fui capaz de sacarle del diván cuando…

—¿Cuándo?

—Cuando se metió en mi vida.

Tomás calló. Ella se tomó unos segundos para respirar mejor, el pecho subía y bajaba. Siguió:

—Era un hombre como tú, Tomás, un policía atractivo, inteligente, sensible, querido, lo tenía todo a su favor.

—¿Pero?

—¿Alguna vez ha muerto alguien por tu culpa, Tomás? — Él siguió escuchando sin dejar de mirarla, pero se mantuvo en silencio. Ella repuso fuerzas y continuó —: Mataron a su compañero en un control que le tocaba a él y no pudo superar la imagen de esa viuda con un bebé en sus brazos… Se sintió culpable y entró en barrena… ahora no importa. Pero yo estaba convencida de que le podía ayudar, le estaba tratando y me estaba enamorando… Todo parecía ir bien. Y, una noche, encerrado en su pensión, se mató.

Tomás quedó unos segundos en silencio. Y entonces preguntó:

—¿Y ahora eres tú la que te sientes culpable de su muerte? ¿Como él?

María también se quedó unos segundos pensando. Jamás había contado a nadie todo lo que ocurrió, ni siquiera a Carlos. Pero el hombre que estaba a su lado la estaba invitando a cerrar heridas más sangrantes que las que la postraban en cama y a abrir nuevos capítulos; tenía otra oportunidad. Le miró. Y aunque le faltaban el aliento y las palabras, decidió seguir hasta el final:

—Yo me había quedado embarazada, Tomás. Ese día se lo había dicho y… supongo que él no pudo aceptar la vida que no tuvo su compañero. — María bajó la vista humedecida hacia la sábana que cubría su cuerpo y, por unos segundos, le tembló la voz. Arrastró las manos con todo el cacharreo hacia su vientre herido —: Y a ese también lo perdí.

Un hijo. Un ser de milímetros que podía haber nacido y que fue arrastrado por la misma riada que se tragó su vida, sin permitirse siquiera asomar y probar suerte. Un hijo de la equivocación que se batió en retirada. Un secreto demasiado tiempo encerrado en la penumbra del pasado, demasiado viejo para seguir vivo.

—Y esa culpa también la siento yo.

Una enfermera entró en ese momento a revisar los goteros, no se le escaparon las lágrimas de María.

—¿A eso vienen sus compañeros policías? ¿A hacerla llorar? — No disimuló el disgusto —: Lo prohíbe el tratamiento.

—No se preocupe, eso lo vamos a arreglar ahora mismo — dijo Tomás sin quitar la vista de los ojos de María mientras la enfermera salía. Se aproximó de nuevo y le acarició el cabello. Con el dorso de la mano le limpió una lágrima. Su mirada era cálida y su sonrisa suave, tierna.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde entonces?

—Doce años, seis meses y dos…

—¿Haces muescas cada día en una celda? ¿No crees que has cumplido ya bastante tu condena?

Ella guardó silencio, su cara parecía tranquila. Tomás lo tomó como un «sí»:

—¿O es que me quieres condenar a mí también?

Más silencio. Una sonrisa. Tomás lo tomó como un «no».

—¿Podemos seguir entonces? ¿Da usted permiso para continuar con la vida?

Ella asintió con el gesto. Dios, claro que sí, que no había sobrevivido a un asesino para seguir viviendo solo una parte de la vida, para seguir escogiendo solo la más dura. Estaba agotada, no tenía más palabras y el electro hacía rato que lo celebraba por su cuenta, pero aún tenía algo que añadir:

—Solo te pido una cosa.

—¿Una sola? —él bromeó—. A mí se me ocurren muchas.

—Idiota. —Ella sonrió. Luego se puso seria —. No me llames comisaria. Y no me trates de usted. Fuera de allí no me recuerdes que eres policía.

—Primer error —respondió, serio, él —. No pienso hacerle ni caso. Fuera de allí no voy a hacerle ni caso. Comisaria.

Rieron, pero el deseo era ya un incendio en ambas miradas. Él ansiaba devorarla, ella también, pero la maraña de cables y vendajes no ayudaba, así que un sentido beso en la mano libre de María fue lo más parecido al sexo salvaje que ambos iban ahora mismo a conseguir. Él aún entrelazaba con fuerza esa mano, los nudillos de ambos blanquecinos, cuando los demás entraron, ruidosos.

—Tenemos el maletín, María. ¡Lo tenemos! — Esteban no hizo nada para contener su alegría. Todos se miraron, jamás le habían visto tan elocuente —. Estaba en la maleta de Luis Ángel. Míralo.

Esteban lo puso a la vista de todos. María se intentó incorporar mientras Tomás soltó disimuladamente su mano. Era un grueso portafolios de cuero, desgastado, desbordado, avejentado.

—Quieta, quieta, yo te lo leo — siguió Esteban —. Nombres, parroquias, sacerdotes, destinos. ¿Pero esto qué es?

—Si es lo que espero, es la lista de los curas pederastas ocultados por la Iglesia.

—¿Qué quieres decir?

María miró a Luna:

—Explícalo tú, Luna. Tú lo sabes mejor.

Esteban, Martín y Tomás se volvieron sorprendidos hacia Luna.

—Los pederastas de España, la lista negra — y calló, disfrutando ante las caras de asombro.

—¿Y bien…?

—En todos los países católicos han aparecido cientos de casos, salvo en España. Y no porque no los haya — explicó.

Los demás quedaron boquiabiertos, eran ellos quienes siempre le informaban pero hoy era al revés.

—¿Y están aquí? ¿En manos de Humanes?

—En manos de Clemente Herráez, su mentor, su abusador — los demás miraron sin comprender bien. Luna siguió —: Una política de ocultación sistemática ha permitido a la Iglesia silenciar a las víctimas y esconder a los culpables cuando empiezan las denuncias. Simplemente convencen a las familias y cambian de parroquia a los curas pedófilos. El Papa ha prometido formalmente llegar hasta el final y entregar los casos a la justicia, pero la jerarquía española se resiste. Y este portafolios contiene la lista negra. Muchos la habían buscado sin éxito.

—¿Y qué hacía él con esa lista? — inquirió Martín.

—Probablemente lo iba a sepultar con todas sus cosas. Ya no podrá — concluyó Luna.

—¿Y tú cómo sabes todo eso? — preguntó Esteban, extrañado —. ¿Qué pintas tú en esta historia?

—Digamos que pasaba por ahí.

—¿Y eso?

—¿Os sorprende? —ayudó María—. Luna siempre pasaba por ahí. — Y mirándole expeditivamente a los ojos mientras él aguardaba serio, la comisaria sentenció —: Y esperemos que durante mucho tiempo más siga pasando por ahí.

Los cinco quedaron en silencio. La tarde había caído sobre Santander y los últimos rayos de sol se zambullían en el agua. Miraron el intenso espectáculo que ofrecía el ventanal del hospital y comprobaron cómo la calma largamente ansiada llegaba desde el horizonte despejado de un mar Cantábrico que estaba, por una vez, en paz.

TRES DÍAS DESPUÉS

Quién ha dicho que los enfermos no pueden ver una final de un Mundial.

Su médico.

Pero dónde está escrito que una final pueda ser perjudicial para la salud.

—Es obvio, señor comisario. Demasiada tensión.

—Y una mierda. La tensión va a ser perjudicial si no me dejan ver la final, entonces sí que nos va a dar un infarto.

Y los convalecientes de corazón de la planta cinco de Valdecilla le aplaudieron, soltando por un momento el gotero que habían arrastrado hasta el pasillo y la bata abierta por detrás, que debían sujetarse con la mano si no querían simular un concurso de nalgas de hombres maduros en calcetines. Aquellos que podían andar se habían agrupado en torno a él. Podían ser policías, profesores, abogados o tenderos, pero el uniforme hospitalario los había despojado de toda personalidad y en este momento eran solo manifestantes unidos por una sola reivindicación: ver el partido. España iba a librar con Holanda el pulso final y ni el riesgo cardiaco iba a impedírselo. Qué coño, si había que morir, venían a decir, mejor por una copa del mundo.

—A ver, señores. Sean obedientes y vuelvan a sus habitaciones. Volveremos a hablar con los médicos.

Y como pastores pacientes los celadores fueron acompañándolos por el pasillo hasta sus habitaciones.

—¡Carlos!

El comisario Fuentes se volvió al oír su nombre. No podía creer lo que veía. María llegaba en silla de ruedas, con el gotero colgando, empujada por Leticia.

—Dios mío, chiquilla, ¿qué haces aquí?

—Venir a verte. Y traerte un regalo.

María posó un paquete en el suelo para darle un abrazo en el que él se fundió con tal energía que, de celebrarse, habría ganado *cum laude* el susodicho concurso. Ambos goteros también se engancharon.

—Me han dicho que hubo un ángel de la guarda al pie de mi cama en la UCI.

—¿Uno solo? Yo diría que más de uno. — Y María miró a Leticia, que sonreía detrás.

—Ay, mi niña, no sé cómo ocurrió. Había logrado localizar a los hombres de las fotos…

—Carlos, tranquilo. Todo se ha acabado.

—¿Caso resuelto?

—Caso resuelto.

Los ojos del comisario se humedecieron.

María había vencido y el mundo podía continuar girando sin él.

—Eres toda una comisaria…

—Hace siglos que soy comisaria, Carlos. Me enseñaste demasiado bien.

—Y ¿tú cómo estás?

—Mejor que tú.

—¿Mejor? —Carlos la miró intentando alejarse y adoptar más perspectiva. La agarró por los hombros. Tal vez… —: ¿Ha caído el muro de Berlín?

—Cállate y abre el regalo. — Ella, sonrojada, intentó disimular.

Leticia observó sin entender. Carlos lanzó a María otra mirada cargada de afecto, satisfecho, y rasgó el papel. Un gran cuadro era un obsequio sorprendente para recibir así, en un hospital.

—¿Un cuadro?

—Míralo bien.

Lo dio la vuelta y, enmarcado, estaba el croquis que ella había improvisado en el reverso de un cartel de los terroristas más buscados. Tumbada en el suelo, trazando interrogantes, ligando fotos y nombres, ella había dibujado hacía pocos días la trama. Y el interrogante final, el número 4, tenía ya su respuesta: Luis Ángel García Humanes. Cárcel del Dueso.

—Tú y tu manía de tomar apuntes. Para ser comisaria no necesitas… — Pero no iba a seguir con la lección. La barbilla le temblaba muy ligeramente, lo suficiente para traicionarle —. Supongo que para ser comisario tampoco hace falta llorar.

—Déjate de idioteces. Mira el otro regalo que te he traído. Nos será de gran utilidad.

Y de su bolso gigantesco María sacó un portátil más que decente para ver un partido en diecisiete pulgadas. Lo encendió. La visión del pulpo Paul anticipando la victoria ya se distinguía en pantalla y prometía, aquello daba calidad.

—¿Será suficiente? —preguntó él.

—Para nosotros tres sí.

—¿Y para todos los demás?

María volvió la vista a la puerta de la habitación. La nube de convalecientes con el gotero en la mano, la bata hospitalaria, calcetines en los pies y alguna bufanda roja había tardado poco en asomar al primer indicio del sonido de las vuvuzelas, convertidas en poderosas flautas de Hamelín.

—¿Podemos pasar?

Para qué responder. Siete hombres se estaban acomodando ya en el par de camas en torno a María y al ordenador. No había sofás, no había cervezas, no había alta definición ni vecinos con cohetes preparados para estallar. Pero la alegría contenida, el ansia de aferrarse a la vida y la libertad para gozar fueron suficientes para que, en el dulce instante en que Iniesta metió a España en el Olimpo, en esa habitación se produjera la más tierna, sentida y vibrante celebración. En rojo.

Y allí no hubo ningún ataque al corazón.

NOTA DE LA AUTORA
REALIDADES Y FICCIÓN

Hubo una mujer llamada María Ruiz. Perteneció a una generación de españolas que no tuvo la más mínima oportunidad de llegar a metas situadas mucho más allá de su casa, de su pueblo. Si las hubiera tenido, la abuela María habría sido una increíble comisaria, por ejemplo. O coronela, como de hecho la llamaban.

Hay un maestro periodista, Jesús Duva, cuyo único parecido a Luna son solo sus virtudes; una amiga, Maribel Marín, con una espléndida personalidad; y varios buenos amigos, buenos compañeros, mis padres, hermanos y sobrinos que, de muy diferentes maneras, me orientaron, me leyeron, me ayudaron a mejorar.

Hay una editora, Anik Lapointe, y un lector, Aro Sáinz de la Maza, que me enseñaron que su oficio está más cerca de la artesanía labrada que de la producción industrial.

Hay un equipo de fútbol que sembró el sueño y la inspiración. La selección de España, la Roja, demostró que el pequeño puede ser grande y genial.

Hay unos lectores enormemente generosos por haber llegado hasta aquí.

A todos los anteriores, gracias.

Hay también una Iglesia y unos crímenes. Esta novela es una invención, desgraciadamente inspirada en la sombra de algunos casos reales.

A esta institución no se lo vamos a agradecer.

Y casi todo lo demás es ficción.